

RENIO PA

SU ALTEZA
SERENISIMA

F1233

P29

1895

100043

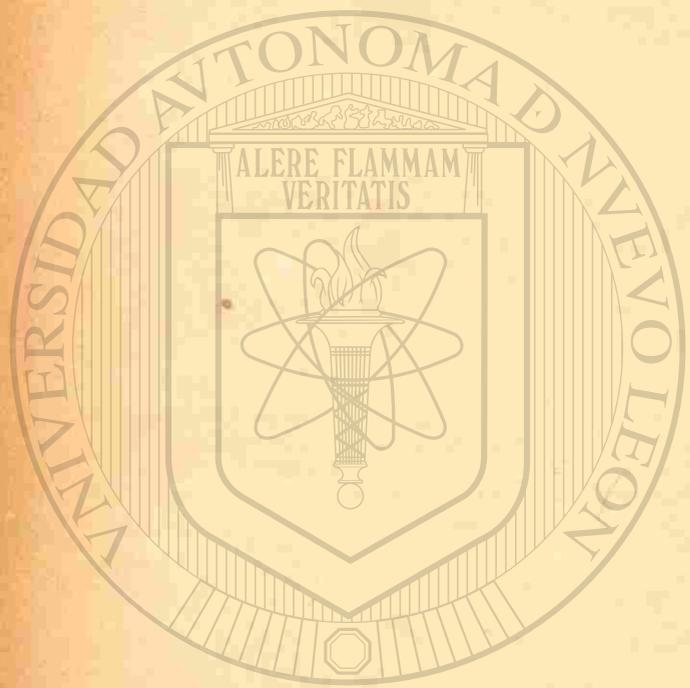


UANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



105043



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEYENDAS HISTORICAS

ESCRITAS

POR IRENEO PAZ.

SEGUNDA SERIE

LEYENDA TERCERA.

SU ALTEZA SERENISIMA

SEGUNDA EDICION

Propiedad reservada.



MEXICO.
IMP., LIT. Y ENCUADERNACION DE IRENEO PAZ.

Segunda del Belox número 4.

1895

F 1233

P 29

1895



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

CAPITULO I.

PRESENTACION DEL HEROE.

Despues de haber hecho un calor espantoso durante el día, al comenzar á pardear la tarde ^{se}sopló la brisa del mar y refrescó un poco, sintiéndose menos pesada la atmósfera. Entonces fué cuando el gobernador Dávila volvió de la playa á donde habia ido á respirar, y dijo al ordenanza, que se hizo á un lado de la puerta de la casa, cuadrándose:

—Tan luego como llegue el teniente Santa-Ana, le haces entrar. [Aquí tenemos que hacer notar que entonces Santa Ana se escribía con una *n*, pero como él quiso agregarle otra despues, nosotros le pondremos siempre su apellido con las dos *nn*.)

—¿Ya volvió el teniente Santa Anna? le preguntó su hija que habia salido á encontrarlo en la puerta, luego que lo divisó.

—Sí, mi Ines, le contestó el viejo abrazándola. Cuando estaba en la playa recibí este papelito suyo

F 1233

P 29

1895



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

CAPITULO I.

PRESENTACION DEL HEROE.

Despues de haber hecho un calor espantoso durante el día, al comenzar á pardear la tarde ^{se}sopló la brisa del mar y refrescó un poco, sintiéndose menos pesada la atmósfera. Entonces fué cuando el gobernador Dávila volvió de la playa á donde habia ido á respirar, y dijo al ordenanza, que se hizo á un lado de la puerta de la casa, cuadrándose:

—Tan luego como llegue el teniente Santa-Ana, le haces entrar. [Aquí tenemos que hacer notar que entonces Santa Ana se escribía con una *n*, pero como él quiso agregarle otra despues, nosotros le pondremos siempre su apellido con las dos *nn*.)

—¿Ya volvió el teniente Santa Anna? le preguntó su hija que habia salido á encontrarlo en la puerta, luego que lo divisó.

—Sí, mi Ines, le contestó el viejo abrazándola. Cuando estaba en la playa recibí este papelito suyo

en que me dice: "Acabo de llegar: dentro de unos momentos me presentaré ante V. E. para darle cuenta de mi comision."

—¡Ah! entonces no debe tardar en aparecer, dijo Ines haciendo una mueca y queriendo echar á correr.

—Dame antes un beso. No te detengo porque ya sé que te hace muy mal estómago mi teniente Santa Anna.

—No tanto que me enferme su vista, pero no puedo dejar de confesar que su presencia me causa cierto disgusto. Hasta luego.

Ines besó á su padre en las mejillas y se fué corriendo.

Pocos segundos despues era introducido el teniente Santa Anna al despacho del Gobernador. Este le tendió la mano, y aquel, despues de habérsela besado doblando una rodilla, tomó por expreso mandato de su superior el asiento que éste le designó á cierta distancia.

—Ahora platíqueme vd., querido teniente, ¿cómo le fué con el señor Apodaca?

—A mí me fué muy bien, Exmo. Señor Gobernador, porque ademas de recibirme en su gabinete de trabajo tres veces y concederme que tomara asiento en su presencia, me mahdó expedir el despacho de capitán graduado.

—¿De manera que ya es vd. Capitan?

—Me hizo el honor de nombrarme sin solicitarlo.

—Sí, ya entiendo: quiso ganarlo á su causa. Proslga vd.

—Por lo que respecta á la delicada mision que Su Excelencia me confi6 de poner un término decoroso á la polvareda que contra su gobierno han venido levantando varios chismes, me contestó que se sentia muy ofendido por la dureza con que estaban escritas las últimas notas del Gobierno de la Provincia de Veracruz.

—De manera que persiste en su capricho de seguirme hostilizando?

—Las tres veces en que se dignó recibirme hablamos muy largo sobre ese particular, y pude cerciorarme de que está muy impresionado con tantas historias, que no pueden haber referido mas que los enemigos de vuestra Excelencia, pues lo acusan ademas de algunos despojos de particulares, de haber dispuesto sin autorizacion de las rentas del tabaco y de providencias dictadas sin consulta. Pero debo agregar que todo eso lo disimula, segun dice, con tal de que sean retiradas y repuestas las notas irrespetuosas.

—Rayo de Dios! exclamó el Gobernador, levantándose rojo de cólera, pues era muy irritable, me disimulan lo que no tengo necesidad de que me disimulen, porque es un surcido de calumnias todo eso de que me hacen cargo; y quieren que retire unas notas que mas bien estoy dispuesto á repetir, una vez que no contienen mas que mi justificacion.

El ya capitan Santa Anna que tambien se habia levantado, continuó diciendo:

—Yo me cansé de alegarle que lo habian engañado y que si las notas eran enérgicas nada tenian de

irrespetuosas; pero se encerró en sus trece, haciéndome saber, sin duda por inadvertencia, que se estaba formando el expediente para remitirlo en primera oportunidad al trono de España.

—Eso, eso; los dos iremos al trono de España y á uno ú otro, ó á los dos, nos costará el empleo; pero yo no he de ceder ni en una línea ante las pretensiones de ese mentecato. Mañana mismo enviaré mis quejas al Rey, y estoy seguro de que me hará justicia. Por fortuna que no carezco de buenos valimientos en la Corte.

—Debo también decir una frase que se escapó al Exmo. Señor Virrey en el calor de la conversacion.

—¿Qué frase es esa? preguntó Dávila deteniendo sus paseos.

—Dijo así: ya me informé de que ese Gobernador de Veracruz tiene nombramiento del Rey y no podré destituirlo, pero si tantas me hace, sabré, podré y deberé suspenderlo.

—¡Ah! ¿con que llega su odio á tal punto, eh? Pues ya, ya le haremos ver quien es el Gobernador Dávila.

Y como en los paseos que estuvo dando por el gabinete, llegó tres veces á la mesa y dió otros tantos golpes con el puño, ya eso le sirvió para desahogar un tanto cuanto su cólera, y luego dijo á Santa Anna con la voz mas reposada:

—De todos modos, le agradezco mucho el empeño con que ha ido á cumplir mi comision, aunque nada se haya conseguido. Y como necesita vd. descansar

del viaje, le permito que se retire quedando por el día de mañana relevado de todo servicio.—Buenas noches, capitán.

Santa Anna hizo dos profundas reverencias y se retiró á reculones. El Gobernador siguió dando muestras de mal humor durante la cena, lo cual hizo murmurar á Ines:

—Ese oficial Santa Anna es ave de mal agüero para todos nosotros.

Unos quince días despues entró Santa Anna al despacho del Gobernador con su traje nuevo de capitán. Aquel funcionario le habia enviado de sus oficinas á su casa por unos papeles que le interesaban.

No fué poca sorpresa la del oficial ver á Ines que estaba sentada escribiendo en la mesa de Don José Dávila y esto hizo que se contuviera turbado en el centro del gabinete.

Ella levantó la cabeza y preguntó con altivez.

—¿Qué se ofrece?

Santa Anna se excusó por haber entrado, creyendo que el gabinete estaba solo, presentándose de una manera tan irrespetuosa, y luego agregó:

—El Exmo. Señor Gobernador me envía por unos papeles que cree haber dejado encima de esa mesa.

—Pues entonces, búselos y lléveselos.

Mientras Santa Anna se acercaba y buscaba, ella cubrió con otro papel cualquiera lo que estaba escribiendo.

El oficial buscó y encontró luego los papeles, pero aun despues de haberlos tomado, se quedó inmóvil

mirando á Ines. Esta, disimulaba, dirigiendo los ojos hácia otro lado.

Santa Anna era atrevido, y al fin exclamó con tono meloso:

—Pero Ines, adorable Ines, ¿qué delito he cometido yo para que me trate vd. con tanta dureza?

—Mi padre ha de haber encargado á vd. que regresara pronto.

—El señor Don José es muy bondadoso para con su ayudante; solo vd., Ines, usa para conmigo de rigores que no creo merecer.

—Señor oficial, contestó la altiva dama, no tiene vd. derecho para estarme dirigiendo la palabra con abuso de confianza.

—¿Con abuso de confianza? preguntó atónito el oficial.

—Sí, porque no fué enviado á hablarme, sino á llevar unos papeles, y usted abusa al verme aquí sola.

—Dios me libre de ello, hermosa Ines, Dios me libre que crea que la ofendo en lo mas mínimo, cuando es para mí tan sagrada; vd. conoce mejor que nadie mis sentimientos, puesto que desde hace tiempo la he hablado de un amor que tanto desdeña.

—Despues de haberle dicho una vez que ponga sus pretensiones en otra, porque hay muy grande distancia entre nosotros dos, como la hay entre el amo y el criado, pasa de insolencia seguir insistiendo.

Santa Anna se puso lívido ante aquel insulto, y contestó haciendo esfuerzos para contenerse:

—Yo estoy en carrera y dejaré de ser criado. Soy

pobre y plebeyo, pero me siento con fuerzas para hacerme rico y noble.... ¿Me seguirá vd. desdeñando á pesar de eso?

—Cuando sea vd. igual á nosotros, cuando consiga hacerse dueño de la hacienda de Manga de Clavo como dijo el otro dia en medio de su insensatez, entonces venga y dirija sus pretensiones á mi padre. Entre tanto no nos conocemos.

Y cogiendo rápidamente el papel en que escribia, echó á correr, no sin fijar antes en Santa Anna una mirada llena de altivez al mismo tiempo que desplegaban sus labios una sonrisa burlona.

Santa Anna se quedó como clavado en medio de la pieza.

Cuando volvió en sí del ensimismamiento que le habian producido los golpes de orgullo de la jóven, se caló su gorra militar y salió de allí echando chispas.

Por la calle se fué pensando, á la vez que se encaminaba á llevar los pliegos olvidados al Gobernador Dávila, de esta suerte:

—Debia abandonar esa empresa que tiene tantas dificultades y tantos peligros, debia haber desistido desde el primer dia en que respondió con suprema altanería á mis miradas amorosas y á mis tiernas palabras; pero el caso es que su misma altivez es lo que mas me induce á seguirla y á desearla. Que la rindiera yo un poco, que la obligara á interesarse algo en mi persona, que la viera yo un tanto cuanto inclinada á corresponderme y con eso solo me conformaria, pues demasiado claro veo que estoy muy abajo para pretenderla.

¿Qué viene á ser un pobre capitán graduado sin mas capital que su espada, junto á la noble hija de un Gobernador? ¿Qué porvenir tiene que ofrecerla un infeliz oficialillo á quien los insurgentes pueden matar mañana? Solo que pudiera engrandecerme á gran prisa y aun esa esperanza es perdida, puesto que la guerra de la insurrección está terminándose. Daria lo que no tengo porque llovieran Minas ó demonios y la guerra volviera á comenzar mas encarnizada.

Como si el cielo hubiera oído los votos secretos de Santa Anna, sucedió que aparecieron unas turbas de insurgentes en frente de las murallas de Veracruz. Hacia mucho tiempo que aquellas no se presentaban porque habíanse casi terminado en toda la provincia, y aquel atrevimiento llamó mucho la atención.

--Señor Gobernador, exclamó Santa Anna, precipitándose en el despacho del Gobernador, se han presentado por allí afuera unas chusmas de insurgentes y yo quisiera estrenar con ellas mis divisas de capitán.

--Precisamente estoy en los momentos de dictar providencias, le contestó el buen Don José Dávila, de manera que vd. será el encargado de ahuyentar esas turbas.

--Con cien hombres del Fijo me atrevo á creer que daré buena cuenta de ellas.

--Ya sé que es vd. intrépido, capitán, pero es mejor que lleve doscientos hombres de infantería y lo menos unos cincuenta de caballería, porque esos insurgentes son tenaces y aguerridos,

--Como Su Excelencia lo disponga.

Y al poco rato toda la población de Veracruz presencié la salida de Santa Anna al frente de aquellas tropas, subiéndose las gentes á las azoteas para presenciar el combate. El oficial montaba airoso un buen caballo, y con su traje nuevo de capitán parecia un general mandando un Ejército, tan satisfecho así iba y tanto daba voces de mando y hacia caracolear su corcel por las calles.

Los insurgentes luego que vieron salir la pequeña tropa empezaron á dar gritos de gusto. Era precisamente lo que iban buscando, que se les destacara alguna fuerza para quitarle armas y parque de que estaban necesitados.

El combate fué breve, pero muy reñido. En un santiamén rodearon los insurgentes á los realistas y comenzaron á lancearlos sin misericordia despues de una descarga de mosquetería que fué á herir y dejar muertos á varios de los curiosos que estaban en las azoteas mas próximas.

Los realistas sufrieron una soberana derrota, quedando en poder de los insurgentes una multitud de muertos, heridos y prisioneros, lo mismo que todo el armamento. El jefe de la columna apenas pudo escaparse á uña de caballo perdiendo el sombrero en la vertiginosa carrera.

Cuando Santa Anna pasó todavia corriendo por la casa del Gobernador, se detuvo un poco al oír cierto

ruido muy significativo de risas y murmuraciones. Volvió la cara hácia arriba y vió á Ines que lo señalaba con el dedo lanzándole al rostro una muy alegre carcajada.

—Y no te abres, tierra, para tragarme! murmuró el despechado oficial.

Este fracaso acontecia en Septiembre de 1818.

Y aquí tienen nuestros lectores al héroe de la presente Leyenda.

CAPITULO II.

LA PRIMERA VOLTERETA.

Muy herido estaba el orgullo de aquel oficial, que unia á su extrema pobreza la humildad de su cuna, por los desaires que recibía así de la hija del gobernador como de toda la aristocracia veracruzana, entre la cual no había podido hacer letra por mas que á figurar se sintiera llamado por sus grandes aspiraciones. Don Antonio Santa Anna á secas, pues todavía no se agregaba el Lopez en aquella época, no era de despreciable figura á pesar de la mala conformacion de sus narices, sino que tenia la sangre pesada para algunas gentes, era lo que ahora se llama propiamente un ser antipático, así es que mientras el gobernador lo quería porque nunca se fijaba en él y solo tomaba en cuenta su viveza natural y sus adulaciones, las demas personas en lo general lo veían de mal ojo, unas por celos y otras porque les repugnaba la petulancia de

S. ALTEZA—3

que lo acusaban. El por su parte solo al general Dávila profesaba algo de estimación y algo de agradecimiento por sus favores, sin que esta circunstancia loli-gara mucho, pues el no sabía ligarse con nadie profundamente, pero ahora pesaba además en su conducta la consideración de que estaba empeñado en interesar á Inés fuera por cuestión de amor propio ó porque realmente estuviera enamorado, de manera que todo eso lo unía estrechamente con el gobernador.

Sucedió al poco tiempo que este funcionario, que como dijimos antes, había caído en la desgracia del Virrey, fué suspendido en su cargo durante mas de un año sustituyéndole Liñan, y entonces Santa Anna se empeñó en darle mayores pruebas de adhesión mostrándose mas apegado á su persona, con lo cual desarmó un tanto cuanto á Inés que llegó á tratarlo con menos dureza y casi con algun afecto. Sin embargo, Dávila ganó el pleito al Virrey ante la Corte de España que aprobó todos sus actos mandando que fuera re-puesto en la gobernación de la Provincia de Veracruz é Inés tornó á manifestarse desdeñosa con el capitán agoviándolo á desprecios.

Llegó el año de 21, fué proclamado el plan de Iguala, se conmovió el país; tomó incremento la revolución en algunas poblaciones de Oriente y entonces fué cuando Santa Anna, que era ambicioso y valiente, vió abiertas de par en par las puertas del porvenir. En sus conversaciones con Dávila procuró insinuarse con buenas ideas, como se había insinuado antes en las cuestiones con el Virrey, habiendo sido coronados con el éxito sus

planes de defensa, pues era hábil para la intriga, de tal modo que Dávila se acostumbró á ver en él una buena espada y un hombre de recursos muy capaz de ayudarlo á salir de los mas grandes atolladeros.

Santa Anna le había dicho:

—Deseo que se presente una oportunidad para probar á V. E. tres cosas: en primer lugar mi adhesión á su persona; en segundo lugar mi valor, y en tercer lugar, mi actividad y mis conocimientos de la Provincia, de los insurgentes y del arte militar.

La oportunidad se habia presentado porque se tuvieron noticias ciertas de que la población de Orizaba queria insurreccionarse y lo envió con doscientos hombres y con el título de comandante, á fin de que hiciera aquella campaña, dándole plenisimos poderes para que obrara segun las circunstancias.

—Señor, dijo al Gobernador besándole la mano entusiasmado, con nada podré pagar á V. E. esta grandísima distinción, que me llena del mas profundo agradecimiento; pero voy á procurar siquiera corresponder á su confianza con mi lealtad y con mis esfuerzos, llenando mi deber hasta donde me ayuden las fuerzas

—Comandante Santa Anna, le contestó el Gobernador, fío las armas del rey al mas fiel de mis subordinados y por mas que sea vd. americano, fundo el buen éxito de la campaña que le encomiendo en su amor ardiente por la causa realista.

—V. E. sabe que odio á los insurgentes y que nada me complace tanto como castigarlos, así es que me

prometo hacer los escarmientos mas severos con todos los que caigan en mis manos.

—Vaya vd, pues á alistarse para salir esta misma noche con la mayor reserva, pues importa que nadie descubra nuestros planes.

Santa Anna pidió permiso para despedirse de la familia del gobernador y concedido que le fué, se presentó en la casa é hizo por encontrarse un momento á solas con la hermosa Ines apareciéndosele en el momento en que cruzaba por el corredor.

—El general me ha dado licencia, le dijo, de venir á despedirme de su familia que tanto amo y respeto.

—Va vd. á salir á campaña? le preguntó la joven.

—Voy á buscar la muerte en los combates, una vez que aquí soy tan desgraciado.

—Pues mucho cuidado con el sombrero, le contestó ella riéndose.

Santa Anna se puso purpureo de vergüenza y de despecho y se apresuró á replicar.

—¿Quiere decir que no he de recojer otra cosa con mi amor que ofensas y desprecios?

—Señor Santa Anna, dijo la jóven recobrando su seriedad, pero con gran altivez, yo haré presente á mi familia que vino vd. á despedirse de ella.

—¡Ah, Ines! ¡cruel Ines! ¿me arroja vd. de su presencia?

—Deseo á vd. un buen viaje.

Y sin ver siquiera el efecto que producía en el oficial este nuevo desprecio, le volvió la espalda y se introdujo en la habitacion.

Santa Anna corrido, despechado, rabioso, salió de aquella casa preñado el corazon con sentimientos de venganza. ¡Oh! con cuanto ánimo iba á tomar parte en aquellos sucesos que presentaban ya un aspecto formidable hasta hacerse rico, hasta hacerse noble, hasta engrandecerse mas que el general Dávila si era posible. Solo de un modo no subiría mucho, si encontraba la muerte en alguno de los combates; pero y si lo mataban, ¿que se perdía? ¿que importaba la muerte de un oscuro soldado en medio de los torrentes de sangre que iban a derramarse? En todo caso le era preferible morir si por subalterno habia de sufrir semejantes humillaciones de parte de las damas de alta alcurnia. Su venganza consistiria en poder volver mandando una División como general, en llegar á ser el niño mimado del Virrey como lo era entonces del gobernador de la Provincia de Veracruz y en poder conseguir con su influencia lo que no habia logrado por sus humildes merecimientos. Ines seria suya cuando lo viera honrado, engrandecido con la ilimitada confianza del Virrey, quien tal vez no vacilaria en confiarle, despues de tres ó cuatro años de buenos servicios el mando de todos sus ejércitos. Se sentía con tamaños hasta para ser Capitan General. Sobre todo, que vinieran las riquezas, y si le vendrian porque iba á esprimir á todos los pueblos valiéndose de los plenísimos poderes que llevaba, y despues de ser rico, tan rico como Armijo, como Calleja ó como Iturbide que habian hecho colosales fortunas en sus campañas militares, todo caería á sus piés, supuesto que le constaba

por experiencia que nada se resistía nunca al poder del dinero. Con esas ilusiones, con esas opiniones, con esos pensamientos, con esas esperanzas, salió á la media noche de aquel día llevando cien hombres de infantería y cincuenta de caballería que era todo el ejército que podía proporcionarle el gobernador en aquellas circunstancias algo críticas ya, en que tanto temía debilitar su guarnición.

El comandante Santa Anna hizo la travesía á Orizaba con toda felicidad, no obstante que ya andaban levantadas algunas partidas de insurgentes, llegando con su pequeña tropa al punto de su destino.

Apenas tenía cuatro días de llegado y empezaba á tomar sus disposiciones para atacar ó defenderse, cuando en la madrugada del 23 de Marzo se presentaron á la vista de la villa de Orizaba los independientes Francisco Miranda y José Martínez con sus partidas que montaban á unos quinientos hombres muy mal armados y peor municionados, los que sin detenerse entraron á la plaza, habiendo tenido los realistas tiempo de replegarse al convento del Carmen y sus alrededores.

El jefe Miranda había adelantado un correo con una carta-intimación para Santa Anna, en la cual le decía que siendo oficial americano y estando ya todos los americanos y aun muchos españoles por el plan de Iguala, esperaba que depusiera las armas y aun se le daría el mando principal de toda la fuerza en el evento de que quisiera seguir las banderas de la independen-

cia; pero que en todo caso debía evitarse que corriera la sangre entre hermanos y que en tal virtud le suplicaba que entraran en arreglos, cualesquiera que fueran, porque el caudillo de la revolución deseaba que por la persuasión y no por la fuerza de las armas triunfara la santa causa que estaba defendiendo.

Santa Anna que era sagaz, preguntó al correo:

—¿Quién es vd?

—Soy el sargento Cristóbal Ballecano.

—¡Ah! de manera que vd. conoce los elementos que tienen Miranda y Martínez.

—Sí, Señor Comandante.

—Ellos me ofrecen que si me paso á sus banderas me darán el mando; pero yo solo entraría con ellos si me dieran una lista de sus hombres, de sus armas y de su parque, porque si no tienen lo necesario es preferible esperar otra oportunidad.

El sargento cayó en el garlito y creyendo que había buena fé de parte de Santa Anna, le hizo una relación sucinta de los casi nulos elementos que traían los independientes.

—Ya contestaré la carta, dijo á Ballecano mandándolo encerrar en el convento.

E inmediatamente se precipitó con sus fuerzas á atacar al enemigo que estaba en la plaza descansando sobre las armas en espera de la contestación.

Luego que vieron los independientes que los atacaban, se prepararon para resistir, pero antes de contestar el fuego que se les hacía se adelantó Miranda á

caballo quitándose y el sombrero políticamente gritó con todos sus pulmones:

—Señor Santa Anna, no queremos pelear, sin que nos conteste antes la intimación.

El jefe realista sin atender súplicas mandó cargar; pero como los independientes no tenían parque, se lanzaron sable en mano por entre sus contrarios á refugiarse en la iglesia dejando algunos fusiles tirados en el cementerio.

El 24 de Marzo Santa Anna se fortificó en el Carmen y dió orden de que se le presentaran bajo penas severas todos los que tuvieran armas y caballos. El 25 los insurgentes se aproximaron al fuerte, cambiaron algunos tiros con los realistas y en seguida se fueron á situar en la garita de la Angostura.

En los días siguientes hubo algunas escaramuzas, no atreviéndose ni unos ni otros beligerantes á librar un combate formal porque Santa Anna tenía pocas tropas y los insurgentes estaban escasos de parque, hasta que el día 29 recibió Santa Anna un buen refuerzo de Córdoba compuesto de algunas compañías del batallón de Asturias, sorprendiendo al enemigo que estaba durmiendo á pierna suelta en la garita. La derrota de este pudo ser completa en virtud de la sorpresa; pero los jefes eran valientes y aguerridos y lograron reponearse y hacer una defensa vigorosa que obligó á los realistas á volverse al Carmen en donde unidos con los frailes del convento celebraron con repiques y otros ruidos la victoria, poniendo Santa Anna en seguida un parte al Virrey de los más rumbosos, parte que le

valió se le estendiera desde luego como premio el nombramiento de Teniente Coronel.

Cuando se celebraba el triunfo, el insurgente Miranda pasaba otra vez por el centro de la villa á ocupar la garita de Escamela.

Seguia en el Carmen la frasca cuando á las dos de la tarde se presentó á Santa Anna un emisario del comandante José Joaquín de Herrera anunciándole que lo tenía rodeado con cerca de dos mil hombres de muy buena tropa.

—¡Canario! exclamó Santa Anna, esta si es gorda: ó sucumbo y se marchitan en un instante mis laureles ó me paso al plan de Iguala que es lo que está de moda y en el otro campo que es el mio verdaderamente podré hacer mas pronto carrera. ¿No me han humillado los realistas porque soy americano, con excepcion del gobernador Dávila, no su misma hija se ha declarado mi mayor enemigo? Pues entonces que me perdone el gobernador y yo le explicaré, si hay tiempo, que no tenía otra salida. Lo mejor en este caso es pasarme al enemigo con armas y bajages, pero mirando siempre á mi conveniencia.

En seguida, sin comunicar nada á los frailes que eran sus aliados, escribió á Herrera diciéndole que estaba dispuesto á acogerse á sus banderas, para lo cual le pedia una media hora de conversacion.

En menos tiempo quedaron allanadas las dificultades.

—Espero un ascenso del Virrey, le dijo á Herrera, ¿me reconocerán vdes. con ese carácter?

—Si el Virrey hace á vd. Teniente coronel, le contestó Don José Joaquin, yo le respondo de que Iturbide para no ser menos, le hará Coronel.

—¡Magnífico! exclamó Santa Anna, restregándose las manos, ¿y qué mando podré obtener desde luego?

—El mando de toda la Provincia de Veracruz con plenas facultades de que yo le dejaré investido, pues que soy llamado urgentemente por Bravo para irme sobre Puebla.

Santa Anna apenas podía creer que le sonriera tan locamente la fortuna y mandando sacar sus tropas del convento y formándolas en la calle, se plantó delante de ellas y gritó:

—¡Viva el Plan de Iguala!

—¡Viva! contestó la mayor parte de la tropa que tenía simpatías por la nueva causa.

Y se puso en marcha el nuevo Comandante insurgente sin despedirse de sus amigos los frailes.

CAPITULO III.

LAS ALAS DE ICARO.

Santa Anna se tenía y era tenido en Veracruz por uno de los realistas mas ardientes, así porque con ellos se habia formado, como por sus aspiraciones y costumbres, de modo que cuando se vió al lado de los insurgentes disculpó interiormente su deslealtad para con el gobernador con este argumento de su uso particular, según hemos dicho antes: "Inés me desaira, los demás me humillan, luego debo hacer carrera por otro lado," sin tener en cuenta que ninguno á su edad y en sus condiciones de mexicano habia hecho mayores progresos. Lo que menos se confesaba, era la versatili-
 dad de su carácter que comenzaba á tener oportunidad de manifestarse. En lo que sí estaba conforme era en que se sentía con grandes ambiciones y en que para satisfacerlas debía ir por el camino por donde se

—Si el Virrey hace á vd. Teniente coronel, le contestó Don José Joaquin, yo le respondo de que Iturbide para no ser menos, le hará Coronel.

—¡Magnífico! exclamó Santa Anna, restregándose las manos, ¿y qué mando podré obtener desde luego?

—El mando de toda la Provincia de Veracruz con plenas facultades de que yo le dejaré investido, pues que soy llamado urgentemente por Bravo para irme sobre Puebla.

Santa Anna apenas podía creer que le sonriera tan locamente la fortuna y mandando sacar sus tropas del convento y formándolas en la calle, se plantó delante de ellas y gritó:

—¡Viva el Plan de Iguala!

—¡Viva! contestó la mayor parte de la tropa que tenía simpatías por la nueva causa.

Y se puso en marcha el nuevo Comandante insurgente sin despedirse de sus amigos los frailes.

CAPITULO III.

LAS ALAS DE ICARO.

Santa Anna se tenía y era tenido en Veracruz por uno de los realistas mas ardientes, así porque con ellos se habia formado, como por sus aspiraciones y costumbres, de modo que cuando se vió al lado de los insurgentes disculpó interiormente su deslealtad para con el gobernador con este argumento de su uso particular, según hemos dicho antes: "Inés me desaira, los demás me humillan, luego debo hacer carrera por otro lado," sin tener en cuenta que ninguno á su edad y en sus condiciones de mexicano habia hecho mayores progresos. Lo que menos se confesaba, era la versatili-
 dad de su carácter que comenzaba á tener oportunidad de manifestarse. En lo que sí estaba conforme era en que se sentía con grandes ambiciones y en que para satisfacerlas debía ir por el camino por donde se

llegara mas pronto al logro de sus deseos. Por eso, con escándalo de todas las gentes de aquella época, aceptó el nombramiento de teniente coronel que le mandó el Conde del Venadito, despues que se habia pasado á las filas contrarias, y por eso tambien se empeñó en que se le cumplieran las promesas que le habían hecho los revolucionarios, hasta que Iturbide le mandó á su vez el despacho de Coronel, condecoración que no se tuvo con otros oficiales de mayores méritos que habían luchado por la Independencia con toda fidelidad desde el principio de la revolución.

Viéndose Santa Anna encumbrado tan repentinamente, comenzó á dar vuelos á su actividad y á su buena inteligencia militar, ensanchando sus operaciones; pero teniendo cuidado de hacer saber al gobernador Dávila por medio de un comisionado de confianza, que habia aceptado aquella situación por no perder los elementos que tenia á su cargo en Orizaba; y que estaba seguro de que en adelante le daría mas de una prueba de que permanecía fiel y adicto á su persona. Y, lo primero que hizo luego que se vió al frente de mil quinientos hombres, fué poner cerco á Veracruz con el deseo vehementísimo de que alguno de los azares de la guerra pusiera á merced suya la plaza con sus autoridades y con la hija del gobernador. Aquel deseo, que no llegó á realizarse, hubiera sido el colmo de la fortuna de Santa Anna. Pero Dávila era perro viejo y supo siempre tenerlo á raya, siendo como es sabido el último que depuso su actitud hostil varios años despues de declarada y consumada la Independencia.

Pero no adelantemos los sucesos y sigamos á nuestro héroe en su elevación y en sus campañas.

Después que hizo la conquista de Alvarado, regresó violentamente á Córdoba á donde fué llamado por Herrera que estaba sitiado por el realista Hevia. Este general murió, y los sitiados que recibieron varios refuerzos se convirtieron en sitiadores, pidiendo capitulación el jefe que sucedió á Hevia en el mando, para alzar el vuelo mientras estaban en suspenso las hostilidades. Santa Anna fué el encargado de perseguir á los fugitivos y por cuatro leguas fué batiéndolos aunque sin derrotarlos, no obstante llevar 300 infantes y 800 caballos. Esta fué una gran contrariedad para él porque deseaba ser en todas horas protegido y bien protegido por el dios de las batallas.

Libre todo aquello de realistas, se le encomendó á Santa Anna la ocupación de Jalapa que verificó haciendo capitular al Coronel Orbegoso, quien le dejó cuantiosos elementos de guerra á cambio de las banderas y una escolta con que pudo retirarse á Puebla.

Esto era lo que necesitaba Santa Anna, cualquiera ventaja que le presentara la oportunidad de poderse levantar él mismo hasta las nubes. Después del suceso hizo redactar un parte en que aparecían en relieve sus medidas, como si hubieran sido dictadas por el Gran Capitán del siglo. Había visto que era buena táctica la de la bambolla y juró hacérsela de modo que se pararan mientes en él como militar entendido y diligente. Su rumboso parte le valió, como dijimos, el nombramiento de Coronel y el mas importante aún

de jefe de la undécima división del ejército de las tres garantías. Desde aquel momento ya nadie estaba sobre él mas que el primer jefe Don Agustín de Iturbide... ¡Que rápida subida la de Santa Anna! ¡Como se regocijaba en su interior calculando la impresión que harían en la desdenosa Inés estas colosales noticias!

Todavía hizo el nuevo caudillo de Oriente algunas pequeñas campañas que lo pusieron en posesión de los puntos en que los realistas conservaban algunos destacamentos, principalmente para proveerse de dinero y algunos cañones, pues que su sueño dorado era poderse presentar á las puertas de Veracruz al frente de un lucido ejército. Por entonces no pensó en adquirir recursos para formarse un capital propio sino para vestir bien á su tropa y presentarla bien organizada á los ojos del gobernador Dávila y de las personas de su familia.

Cuando ya no quedaba en toda la Provincia mas plaza que la de Veracruz en poder de los realistas, Santa Anna empezó á prepararse para ir á ponerle sitio contando con la ayuda que le prestarían los simpatizadores que en la población y en la tropa misma habia por la independencia. Estaba ya listo para moverse á la vez que una circunstancia inesperada vino á ponerlo á punto de ver derrumbarse todas sus ilusiones. Esta circunstancia fué la aparición del general Victoria en su campamento, que era el antiguo insurgente de la provincia de Veracruz mas caracterizado y que por su noble conducta disfrutaba en toda ella de simpatías enormes. La división sintió un

estremecimiento de alegría al presentarse el antiguo caudillo. ¿Que le quedaba que hacer á Santa Anna nuevo en las filas independientes, ante aquella gran figura de la revolución? Era cierto que él era el jefe reconocido por Herrera y el nombrado por Iturbide; pero ¿quién dejaría de reprobable que no se pusiera incondicionalmente á las órdenes de Victoria?

El jefe novel que tenía una gran viveza, se propuso sacar el mejor partido de aquel incidente, y sin decir nada á Victoria lo mandó dar á reconocer como general en jefe de la División en la orden del día, poniendo á su disposición á todos sus ayudantes. Ya sabia que el noble insurgente rehusaría aquel honor como lo rehusó con toda firmeza, dando por disculpa que tenía interes en ir á apersonarse con Iturbide para tratar con él algunos puntos interesantes con respecto al plan de Iguala. Entonces Santa Anna le rogó que lo acompañara hasta frente á Veracruz, sin desmentir el caracter que le había dado, y que publicara una proclama anunciando su aparición y que se proponía seguir luchando bajo aquellas banderas, accediendo Victoria con aquellos deseos que consideró muy legítimos, puesto que redundaban en favor de la causa.

Santa Anna lanzó tambien una proclama y el 29 de Junio se presentó con sus tropas, (ya sin Victoria que se habia ido siempre para el interior,) frente á los muros de Veracruz, comenzándose el asedio ese mismo día con algunas escaramuzas de los piquetes realistas que salieron á poner obstáculos así como á practicar algunos reconocimientos.

El nuevo jefe de División era joven, era atrevido,

era ambicioso, su audacia no le detenía ante ninguna empresa, por dificultosa que fuera, y sin embargo, al encontrarse desempeñando aquel encumbrado papel, al ver los edificios de Veraeruz, en cuya ciudad había pasado sus primeros años, no pudo menos que sentir las más vivas emociones y comprender el gran peso de la responsabilidad ante sus subordinados, ante el Ejército de las Tres Garantías y ante la Nación. Bien podía decir que apenas el día anterior era un capitán graduado y que de la noche á la mañana se encontraba mandando un cuerpo de Ejército, sin más escuela militar que algunas escaramuzas sin importancia. Por favor de Dávila había mandado algunos soldados más que los que formaban su compañía y su primera campaña había resultado desastrosa. Después, en Orizaba había cometido varias torpezas, él lo reconocía, y lo que era peor, estaba convencido de que cualquier otro jefe realista hubiera hecho mucho más con los elementos con que contaba. El triunfo que obtuvo en Jalapa lo alcanzó sin combatir y debido á una pura casualidad. Orbegoso era un coronel realista, pero no se sentía obedecido, lejos de eso, sus soldados empezaron á pasarse al enemigo, y algunos lanzaban desde los puntos que ocupaban gritos á la independencia, de modo que consideró inútil defenderse él solo y aislado, firmando una honrosa capitulación. Esta *chiripa* de la guerra fué el pedestal para la elevación de Santa Anna. Este jefe, viéndose ahora frente á una plaza fuerte como la de Veracruz, sostenida por una marina de guerra y por el castillo de

San Juan de Ulúa, con una guarnición en su mayor parte española y mandada por un jefe como Dávila, que era tenaz, indomable y realista de los más furiosos, todo lo cual conocía muy bien, no podía menos que sentirse pequeño ante tan gigantesca empresa, teniendo sus momentos, pero nada más momentos de vacilación, porque él tenía alguna fé en sí mismo, pero más la tenía en la casualidad, en brazos de la que se echaba con toda confianza, porque nada perdía, puesto que poco antes no era nada, y en el albur jugaba su engrandecimiento contra una derrota que él sabría vestir con los mejores ropajes para que se perdiera entre aquel remolino de acontecimientos.

Así, pues, procuró hacer á un lado los escrúpulos, y dirigió al Gobernador la correspondiente intimación para que se rindiera, haciéndole toda clase de amenazas, mientras él buscaba la manera de colocar sus tropas para dar desarrollo á las operaciones militares. Ni por un momento llegó á hacerse la ilusión de que el orgulloso Gobernador rindiera las armas á uno que había sido su subalterno entre los más insignificantes, sino que antes al contrario, se afirmó en la idea de que había que pelear, y muy duro, luego que vió que se mandaban derribar por parte de la plaza algunas casucas que pudieran servir de estorbo á los fuegos de la artillería, lo cual dió ocasión á otros encuentros de poca importancia.

Santa Anna pareció tomar sus medidas muy seriamente, procurando que se notara el buen desempeño en su papel de jefe, y en esa virtud, mandó ocupar el

punto llamado "Mundo Nuevo," sin duda porque era para el un nuevo mundo aquello de encontrarse sitiando una plaza artillada, cosa que no había visto en su vida.

Ya se comprende la impresión que le causaría recibir al día siguiente la respuesta del Gobernador que de letra de su hija Ines, contenía estas solas palabras: "¡Ingrato! ¡Traidor!—Dávila."

No había, pues, que pensar en negociaciones, y comenzó el día 2 de Julio las hostilidades, haciendo disparar un obús desde el médano del Perro.

En aquellos momentos no tenía confianza en nadie, sino en sí mismo, de manera que exclamó en su interior:

—¿Por qué diablos no contestan mis fuegos? ¿Llegará á tanto el desprecio del señor Dávila hacia mí que no haga caso ni de las granadas que le dirijo?

Pero el día 4 se le dió gusto, contestando el baluarte de Santa Bárbara, que hizo en los suyos bastantes destrozos.

Entonces cambió de táctica, puso al abrigo á sus gentes y mandó construir cincuenta escalas para atacar el baluarte de la Merced por consejo que le dieron un sargento y cuatro soldados que se le pasaron. Estos le aseguraron á la vez que si no cambiaban de allí el destacamento, el punto sería ocupado casi sin resistencia. Todo resultó á medida de sus deseos, y de los avisos que había recibido: el baluarte de la Merced fué ocupado sin dificultad en la madrugada del día 7.

Un general experto se hubiera aprovechado de esta ventaja, adquirida tan á poca costa, puesto que ya tenía en las manos la clave de la plaza; pero nuestro coronel era aún bisoño: él mismo se puso al frente de una columna para ir á atacar la Escuela Práctica y todavía, dejando á su Ejército ocupado en batirse por varios lados, fué él personalmente á cuidar la puerta del muelle por donde estaban huyendo los europeos para embarcarse, quienes tuvieron que volverse á continuar en la refriega. Nunca salió mas cierto el refran que dice: *al enemigo que huye, puente de plata*, pues que entonces ya nadie pensó en huir, sino en defenderse, organizándose los que ya estaban derrotados para tomar la iniciativa.

Mientras tanto cayó una fuerte lluvia que mojó el parque de los independientes, los soldados y oficiales que estaban en la Merced, no teniendo otra cosa que hacer, mandaron abrir las tabernas y se emborracharon; los de la caballería que se habían quedado fuera de la plaza, quisieron entrar á ella por los puntos que estaban aun ocupados por los realistas y fueron rechazados con pérdidas; los que atacaban el Cuartel del Fijo, defendido por el coronel José Rincon, fueron derrotados, y en medio de aquel desconcierto en que por falta de cabeza cada cual obraba á su placer, Santa Anna recibió el aviso de que ya solo él se encontraba dentro del recinto fortificado cuidando el muelle, y entonces fueron sus apuros para hacer una salida con solo ochenta hombres. Cinco minutos de

vacilación y queda allí prisionero, y allí acaban sus glorias del momento, lo mismo que las futuras; pero conocía la localidad al dedillo y sin pretender disputar el paso á muchos enemigos que también andaban desorientados y que aun no podían volver en sí del susto, logró salirse, dejando en poder de los realistas cincuenta muertos y heridos, ochenta prisioneros, su artillería, buen número de fusiles y bastantes pertrechos de guerra.

Santa Anna que se creía dueño de Veracruz, como llegó á serlo en efecto, salió de allí estirándose los cabellos, lleno de rabia; pero en cambio, y como poseía en alto grado la ciencia de compaginar partes en que todos los hechos quedaban desfigurados, rindió uno á Iturbide en que solo le faltó decirle que se había sacado preso al Gobernador.

CAPITULO IV.

FARSANTERÍAS.

Se puede formar idea de la gran mohina que produjo al moderno Coronel Santa Anna su fracaso veracruzano, leyendo el siguiente párrafo de la proclama que publicó cuando estuvo de vuelta en Orizaba, á donde llegó con felicidad, gracias á que no hubo quien lo siguiera. Dijo en ese célebre documento:

“¡Veracruz! La voz de tu exterminio será desde hoy en adelante el grito de nuestros combatientes al entrar en las batallas; en todas las juntas y senados, el voto de tu ruina se añadirá á todas las deliberaciones. Cartago, de cuya grandeza distas, lo mismo que la humilde grama de los excelsos robles, debe ponerte miedo con su memoria. ¡Mexicanos! Cartago nunca ofendió tanto á Roma como Veracruz á México.

vacilación y queda allí prisionero, y allí acaban sus glorias del momento, lo mismo que las futuras; pero conocía la localidad al dedillo y sin pretender disputar el paso á muchos enemigos que también andaban desorientados y que aun no podían volver en sí del susto, logró salirse, dejando en poder de los realistas cincuenta muertos y heridos, ochenta prisioneros, su artillería, buen número de fusiles y bastantes pertrechos de guerra.

Santa Anna que se creía dueño de Veracruz, como llegó á serlo en efecto, salió de allí estirándose los cabellos, lleno de rabia; pero en cambio, y como poseía en alto grado la ciencia de compaginar partes en que todos los hechos quedaban desfigurados, rindió uno á Iturbide en que solo le faltó decirle que se había sacado preso al Gobernador.

CAPITULO IV.

FARSANTERÍAS.

Se puede formar idea de la gran mohina que produjo al moderno Coronel Santa Anna su fracaso veracruzano, leyendo el siguiente párrafo de la proclama que publicó cuando estuvo de vuelta en Orizaba, á donde llegó con felicidad, gracias á que no hubo quien lo siguiera. Dijo en ese célebre documento:

“¡Veracruz! La voz de tu exterminio será desde hoy en adelante el grito de nuestros combatientes al entrar en las batallas; en todas las juntas y senados, el voto de tu ruina se añadirá á todas las deliberaciones. Cartago, de cuya grandeza distas, lo mismo que la humilde grama de los excelsos robles, debe ponerte miedo con su memoria. ¡Mexicanos! Cartago nunca ofendió tanto á Roma como Veracruz á México.

Sed romanos, pues teneis Escipiones: Dios os proteje!

Se ve como el decadentismo literario tenía desde entonces sus prosélitos. Por supuesto que Santa Anna no cumplió ninguna de sus amenazas, como despues veremos, y menos cuando no le habia quedado ni un cañon y su tropa salió de aquel extravagante asalto bastante aporreada.

Sin embargo, como tenia á su disposición toda la Provincia, una vez que los realistas apenas ocupaban la plaza de Veracruz, pronto logró reponerse, á lo menos extendiendo su poder á las villas, encontrándolo el nuevo Virrey O'Donojú al llegar al puerto de Veracruz de nuevo rodeando la posición con algunas fuerzas que apenas sostenian ligeras escaramuzas con los sitiados cuando estos hacian alguna salida.

Esta fué otra de las casualidades que contribuyeron al engrandecimiento de nuestro héroe, la de que fué el primer jefe caracterizado con quien el alto funcionario español tuvo que entenderse. Despues de haber ordenado O'Donojú que cesaran las hostilidades de parte de la plaza y que al ¿quién vive? contestaran los realistas á los insurgentes "Amistad," se dirigió á Santa Anna pidiéndole permiso para entrar al pais á conferenciar con Iturbide. Santa Anna sacó partido de esta circunstancia, celebrando pláticas con el nuevo Virrey, al cual, por sí ó por no, le rindió pleito homenaje, sirviendo de jefe de la lucida escolta que lo acompañó en su travesía á Jalapa y haciéndole con todo esmero los honores de la hospitalidad.

Al separarse de allí para volver á su campamento le dijo O'Donojú:

—Estoy muy agradecido á sus finezas, señor Santa Anna, y no dejaré de hacer presente al señor Iturbide que si todos los jefes de su ejército son tan bizarros y tan entendidos como su señoría, indudablemente que el uno y los otros estarán llamados á hacer la felicidad de esta Nacion.

—V. E. me honra sobremanera, le contestó Santa Anna inclinándose, yo no he hecho mas que cumplir con mi deber prestando los acatamientos que son debidos á persona tan eminente como Su Excelencia. Réstame pedirle sus superiores órdenes, que cumpliré sean cuales fueren.

O'Donojú se quedó mirándolo y haciendo á un lado la idea que de pronto le habia ocurrido, se conformó con decirle:

—No le ordeno, señor coronel, sino simplemente le recomiendo, como lo he hecho con el Gobernador de Veracruz que se evite el derramamiento de sangre, mientras hablo con el señor Iturbide.

Santa Anna se inclinó.

—Y que si el señor Dávila llega por cualquier circunstancia á caer en las manos de su señoría, continuó diciendo el Virrey, lo trate con las debidas consideraciones.

—Si no lo sabe V. E. yo se lo haré saber, se apresuró á contestar Santa Anna.—El señor Gobernador Dávila ha sido mi segundo padre, le amo y le respeto, ¿cómo habia de causarle el menor perjuicio?

—Siento que padre é hijo anden tan divididos en

opiniones, señor de Santa Anna, y ahora hasta mas ver.

Santa Anna se fué pensando en ese DE agregado á su apellido que no le caía mal, y el señor O'Donjú se quedó murmurando para sus adentros:

—Tiene trazas de ser un buen perillán este señor de Santa Anna.

Y aquí es fuerza agregar que este señor de Santa Anna, no volvió á figurar en la historia hasta el mes de Octubre, en que despues de consumada la independencia, se le dió aviso de que el Gobernador Dávila se habia trasladado con familia, tropas, cañones, víveres, dinero y cuanto pudo sacar de la plaza de Veracruz al fuerte de San Juan de Ulúa, en donde se hizo señor absoluto contra Iturbide, contra O'Donjú y contra Santa Anna, pero especialmente contra el último, á quien aborrecia con todas sus fuerzas, así como con todas sus fuerzas antes lo amaba. Quizás con algun otro jefe se hubiera entendido; pero con Santa Anna, ¡jamás! y mucho menos teniendo á su lado á Ines que tanto le calentaba la sangre ponderándole la ingratitude de su protegido.

El jefe militar de la Provincia entró á Veracruz, reconociendo como Gobernador al coronel Don Manuel Rincon, nombrado por el Ayuntamiento, rindió un parte á Iturbide, diciéndole que Dávila desde antes le habia ofrecido entregarle la plaza, lo cual no era verdad, y expidió luego la proclama de cajon, en que decia que sus propósitos eran: *dejar cerradas las puertas del ominoso templo de Marte y abiertas únicamente las de Mercurio, Minerva y Flora*, con otras cosas

más que hicieron desternillar de risa á nuestros antepasados, quienes las calificaron de sublime pedantería y que arrancaron pullas al grave Alaman en su "Historia de México."

Sin embargo de los partes, cartas y proclamas con que Santa Anna procuró tener viva su memoria en el cerebro del Generalísimo Iturbide, vió con sorpresa que no apareció su nombre en la lista de los generales, mariscales, brigadieres y coroneles que se reconocieron por decreto del 12 de Octubre, y que antes bien Don Estanislao Luaces, español, resultó nombrado Capitan general de las Provincias de Oriente, quedando comprendida la de Veracruz en dicha capitania como era natural.

—¡Adios de mi dinero! exclamó el héroe dando de patadas contra el suelo, y toda la culpa de este desaire la tiene el condenado Dávila, ese viejo imbécil y caprichudo que todavía quiere sostener en San Juan de Ulúa la bandera española, cuando ya hasta los Víreyes y el Ejército están rendidos.

—En fin, continuó rumiando en su interior, por de pronto debo conformarme con que no me quiten el mando de tropas y ya me haré premiar del mismo señor de Iturbide, ó juro que ha de pesarle.

Este juramento de que habia de pesarle á Iturbide que no se hubiera acordado de él á la hora de repartir las recompensas, lo repetia con mucha frecuencia, principalmente mientras aquel mas se engrandecia, llenándole aquello que estaba pasando en México de grandes rencores y de sentimientos envidiosos. Era cierto que la fortuna le habia vuelto las espaldas

tan pronto como habia empezado á sonreírle, era cierto tambien que se habian producido algunas quejas de los habitantes pacíficos contra su modo de mandar, era cierto que se habia quedado á medio camino; pero era indudable que habia hecho cundir la desmoralizacion en las filas enemigas pasándose á los independientes, con lo cual, reducidos á defenderse en Veracruz, puesto que tambien era cierto que habia penetrado en esta plaza, haciendo grandes destrozos en la guarnición, su presencia habia servido cuando menos para evitar que allí se extendieran las operaciones militares, que recibieran ó mandaran auxilios á ninguna parte y para tenerlos rigurosamente bloqueados. Si pues habia prestado mayores servicios que Luaces, que Orbegoso que se le habia rendido y que tantos otros que no eran del país ó que si lo eran no habian hecho nada, ¿por qué á él que tanto habia procurado distinguirse peleando con decision y con lealtad, no se le premiaba en el momento del triunfo de un modo ruidoso y conforme á sus hazañas que tanto estrépito habian metido? Indudablemente tendria que pagársela el Señor Iturbide si no enmendaba pronto su falta.

Algo mohíno, principalmente porque el viejo Dávila estaba muy fuerte con sus cañones en San Juan de Ulúa y no tenía elementos para atacarlo, salió de Veracruz para establecerse en Jalapa, dándose el título de comandante general de la Provincia, el cual nadie tenía derecho de disputarle, una vez que lo habia conquistado á fuerza de su brazo, de su astucia y de sus proclamas.

Para expedir otra de estas con la cual se prometia meter muchísimo ruido, le presentó oportunidad el coronel realista Don Manuel de la Concha que se le presentó en Jalapa repentinamente.

—Pero que anda vd. haciendo solo, Don Manuel? le preguntó Santa Anna finjiéndose asustado, pues demasiado bien sabia ya que habia de presentársele.

—Me voy á embarcar en Veracruz para España, le contestó Concha.

—Si, ya sabia yo que el gobierno le habia concedido la licencia y el pasaporte, pero entendia que ya habia llegado al puerto por otro camino.

—No, señor coronel, me he venido por aquí contando con sus garantías.

—Pues por milagro tenga que haya vd. llegado con bien, porque tiene muchísimos enemigos.

—He tomado mis precauciones viniéndome por los pueblos en que no soy conocido y viajando de incógnito.

—Me alegro muchísimo de que haya llegado con bien, porque ahora de aquí en adelante, si no es á la salida de la poblacion ya no tendrá riesgo ninguno.

—Cómo! Ud. cree?

—Que si algunas gentes han sabido su llegada, de seguro que irán á esperarlo en el camino. ¿Quiere vd. una escolta para mayor seguridad?

Concha aceptó; pero luego que vió la catadura de los hombres que le ofrecía Santa Anna la rehusó políticamente diciendo que prefería adoptar otro partido.

Era desconfiado, sabía que le odiaban por las crueldades que había cometido con los insurgentes hasta aplicándoles el tormento, habiendo hecho derramar la sangre y las lágrimas con la mayor indiferencia, y aconsejado por el miedo, tomó un disfraz y salió de Jalapa sin avisar á nadie.

Después de haber traspuesto las últimas casas de la población, en el primer recodo del camino fué asaltado por cuatro hombres que llevaban cubierto el rostro, el jefe de los cuales le dijo dándole la primera cuchillada:

—¡Ah! infame, bandido, toma para que pagues de una vez tus crímenes, ya no harás mas víctimas, bestia sanguinaria, ¡toma!

Y le hundió por segunda vez la espada, acabándolo de destrozar sus compañeros.

Entonces fué cuando Santa Anna dió su proclama diciendo que había querido salvar á Concha y que este lo había rehusado escapándose imprudentemente de la compañía de la escolta, pero agregaba con entonación trágica que los asesinos recibirían un castigo ejemplar.

—Está buena la proclama, dijo Santa Anna á su secretario, (debemos advertir que él nunca supo escribir proclamas) ni nada, pero es necesario que vaya una carta más ardiente aun.—Y en la carta decía Santa Anna á Iturbide que su próxima elevación al trono sería “una digna recompensa al mérito más sublime, y un dique poderosísimo que oponer á la furiosa avenida de las pasiones más exaltadas. Viva Vuestra Magestad para nuestra gloria, y

esta expresión sea tan grata que el dulce nombre de Agustín 1.º se trasmita á nuestros nietos, dándoles una idea de las memorables acciones de nuestro libertador. Ellos por la historia se eternizarán como es justísimo, y yo en unión del Regimiento de infantería de línea número 8 que mando, y que bajo mi dirección estaba prontísimo á dar tan político como glorioso paso mucho antes de ahora, sintiendo no hayamos sido los motores de tan digna exaltación: más si los primeros en esta Provincia que tributamos á V. M. nuestros sumisos respetos, si los primeros que ofrecemos nuestras vidas y personas por conservar la respetable existencia de V. M. y corona que tan dignamente obtiene, lo que cumpliremos exactamente y nos complacemos gustosos en repetir: somos constantes súbditos que verterán su sangre por el más digno emperador.”

—Excelente, magnífica, soberbia carta! exclamó luego que se la leyó el secretario, ¿quién dará una prueba mayor de adhesión á Su Magestad? Ahora que se saquen copias y que se me dé á firmar la que ha de ir por el correo.

Después que la volvió á leer al firmarla dijo para sus adentros:

—Está comprometedor la carta, pero eso no quitará que me la pague el Sr. de Iturbide, si no me levanta tanto como yo quiero.

Los asesinos de Concha fueron descubiertos y aprehendidos, pero no se les hizo nada. El principal de ellos fué protegido por Iturbide, según asegura Alman. ¿Qué habría en eso? ¡Misterio! Ese quedó en

las tinieblas como tantos hechos que deja entre velos la historia.

Sigamos adelante.

Con el regimiento de la Union y Cazadores del Imperio, se formó en Enero de 1822 el 8.º Cuerpo de infantería que quedó de guarnicion en Jalapa al mando de Santa Anna, haciéndosele saber que el Ministro de la Guerra de acuerdo con la regencia solo á los jefes distinguidos daba mando de tropas.

—¡Vaya! esto es algo, murmuró Santa Anna, pero no todo lo que deseaba.

En el mes de Abril quiso hacer el ex-gobernador Dávila, que permanecía en Veracruz, una contrarevolucion, contando con los españoles que quedaban en el país é invitando á que entrara en ella al mismo Iturbide; entonces el Capitan general Luaces que se ocupaba del embarque de parte de esas tropas, voló á Jalapa y dijo á Santa Anna:

—En el acto sale vd. con su cuerpo y con la caballeria de los destacamentos que se le incorporarán, á cubrir la Sierra de Jalacingo.

—¿Pues qué hay, mi general?

—Que el tenaz Dávila ha hecho un lio comprometiéndonos á todos los españoles. Para que vea Iturbide que hay lealtad, fusila usted á todos los prisioneros.

Santa Anna salió casi sin saber lo que sucedía, pero la contrarevolucion fué deshecha en otros puntos, sin que á él le tocara nada y volvió despues tranquilamente á Jalapa.

Estaba allí fastidiándose, cuando el 25 de Mayo le

llegó la ya esperada noticia de la proclamacion de Iturbide como emperador y exclamó:

—Ahora va la mia.

A renglon seguido publicó una proclama, ¡cuándo había de faltar la proclama! en la que decia entre otras cosas: “No me es posible contener el exceso de mi gozo por ser esta medida la más análoga á la prosperidad comun por la que suspirábamos y estábamos dispuestos á que se efectuase, aun cuando fuese necesario exterminar algunos genios díscolos y perturbadores; distantes de poseer las verdaderas virtudes de ciudadanos: anticipémonos, pues, corramos velozmente á proclamar y á jurar al inmortal Iturbide por emperador, ofreciéndole ser sus más constantes defensores hasta perder la existencia: sea el regimiento que mando el que primero acredite con esta irrefragable prueba, cuán activo, cuán particular interés toma en ver recompesado el mérito y afirmado el gobierno paternal que nos ha de reglr. Multipliquemos nuestras voces llenos de júbilo y digamos sin cesar complaciéndonos en repetir: ¡Viva Agustín 1.º emperador de México!”



A las cinco de la mañana, después de dado el toque de alba, se echaron á vuelo las campanas de las cien torres que coronaban el 21 de Junio de 1822 las Iglesias de la gran ciudad de los Moctezumas, y desde ese momento comenzaron á dispararse 24 cañonazos á cada hora con motivo de la gran solemnidad que iba á verificarse, que era nada menos que la coronación de Agustín I, emperador de México.

Luego que salió el sol se vieron las principales casas adornadas con cortinas, algunos tiestos de flores aquí y allá, todo muy barrido y regado, y las calles de Plateros y San Francisco, frente del portal de Mercaderes y la vuelta por Palacio hasta la Catedral, estaban cubiertas con el toldo usado por los padres para las procesiones del Córpus. La ciudad respiraba cierto

aire de fiesta, pero acercándose mas á carnaval que á otra cosa, porque todos se reían ó se preparaban gozosos como para ver una bonita caricatura. Por supuesto que esas calles, que eran las que iba á recorrer el emperador y su graciosa consorte la soberana, estaban con su correspondiente valla de tropas.

Los emperadores habitaban la casa que llevaba el nombre de Moncada en San Francisco: la Emperatriz, mas ansiosa ó mas inquieta, mandó pasar recado al Emperador suplicándole pasara á su departamento luego que le fuera posible. El emperador no se hizo esperar. No obstante que poco antes habían andado á la greña por las calaveradas del libertador, habían tenido que reconciliarse para presentarse bien delante de la gente.

—No hay nadie? preguntó Iturbide viendo para todos lados al entrar.

—No, contestó la emperatriz.

Entonces Iturbide metiendo la cabeza entre los hombros é hinchando los carrillos, tomó la actitud de quien hace grandes esfuerzos para contener la risa. La emperatriz también sintió como cosquillas luego que vió las coronas y los mantos que estaban sobre un mueble; pero se puso un dedo en los labios, diciéndole:

—¡Chist! no vayan á oírnos las damas de la corte.

Entonces Iturbide ya no pudo contenerse y se echó á reír.

—Tú dirás..... nos hemos salido con la nuestra..... ya somos emperadores..... hoy va á ser la consagración..... ¡que gracial

Y se echó sobre una cama, tapándose la boca con un pañuelo para que no se oyeran de lejos sus carcajadas.

La emperatriz, que había hecho poderosos esfuerzos para contener las carcajadas también, logró dominarse y dijo á Iturbide procurando sostener la seriedad:

—Te llamé para que me des otras lecciones de soberana.

—Que voy á saber yo tampoco, si nunca he visto córtés, y aunque me he estado leyendo unos libros que me proporcionó mi amigo el Obispo de Puebla, no he podido sacar de ellos nada en limpio. En fin, allá veremos, allá nos dirán lo que tenemos que hacer y si nos equivocamos, no se ha de notar, porque aquí nadie sabe una jota de estos líos de imperio. Lo que sé es que tenemos que ir muy estirados y que las caudas las debemos portar con garbo como si siempre las hubiéramos usado.

—¿Y qué hacemos con estos príncipes y con estas princesas que nunca las han visto mas gordas?

—Pues nada, les dices que siempre estén á nuestro lado, que saluden cuando nosotros saludemos y que guarden toda formalidad, sin andarse con secretes ni con risitas. Ahora, perdóneme Vuestra Magestad que me retire, (*aquí Iturbide lanzó otra carcajada*) porque mi corte me está esperando.

—Vaya con Dios Su Magestad Imperial, contestó la emperatriz haciendo una reverencia profunda al estilo de campesina y soltó otra carcajada que hizo volver á Iturbide y decir despues de reirse á sus anchas:

—Que chistosos estamos!

Y se fué limpiándose los ojos que se le habían llenado de lágrimas siempre de pura risa.

Tenemos que extractar en seguida la relación que hace Alaman de estas ceremonias, por ser sumamente curiosa:

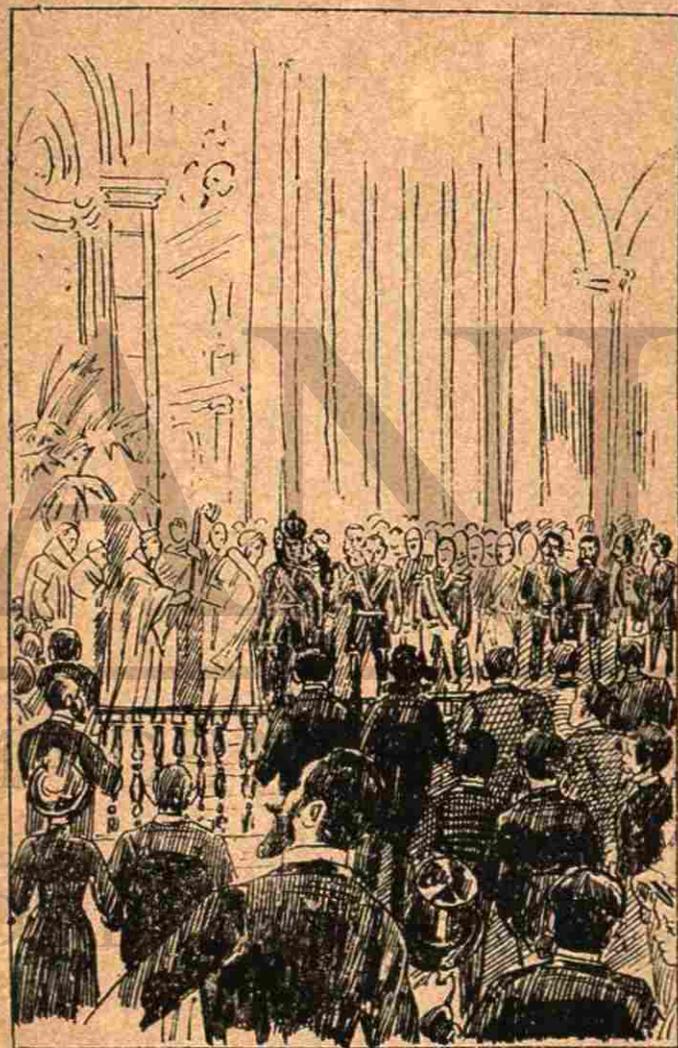
El congreso se reunió á las ocho de la mañana en su salon de sesiones y de allí se desprendió procesionalmente con una escolta, dirigiéndose á la Catedral, ocupando el correspondiente sitio: dos comisiones, compuestas cada una de 24 diputados, incluso un secretario, las que fueron nombradas para ir por los emperadores, respectivamente, presidiendo la primera el general Andrade y la segunda Cañedo, mayorazgo de Guadalajara. Salió Iturbide de su palacio á las 9 de la mañana vestido con el uniforme de coronel del regimiento de Celaya y una media hora despues la emperatriz cuando ya estaba arreglada la comitiva, que llevó el orden siguiente: rompía la marcha un escuadrón de caballería, tras del cual iba un piquete de infantería llevando en su centro suspendido de una lanza el escudo de armas del imperio, y á sus lados dos lábaros ó banderas imperiales con una cruz roja en campo blanco: seguían las corporaciones ó sus diputaciones en el siguiente orden: las parcialidades de indios de San Juan y Santiago con su música y cañas de carrizo compuestas; las religiones con los frailes de los conventos; los curas párrocos de la ciudad y de los pueblos; los tribunales y el Protomedicato; la Universidad; el Ayuntamiento y sus mazas; los colegios, oficinas y personas de distinción; la diputacion provincial y la Audiencia; el Consejo de Estado y el Cuerpo Diplomático que se com-

ponía solo del ministro de Colombia. Los caballeros de la Orden de Guadalupe iban en donde quiera porque todavía no tenían capas é insignias. Entraban á continuación los ugieres, reyes de armas, pajes y el maestro de ceremonias con sus ayudantes, todos estos vestidos en la guardaropía del teatro por falta de dinero ó porque nadie sabía como habían de vestirse.

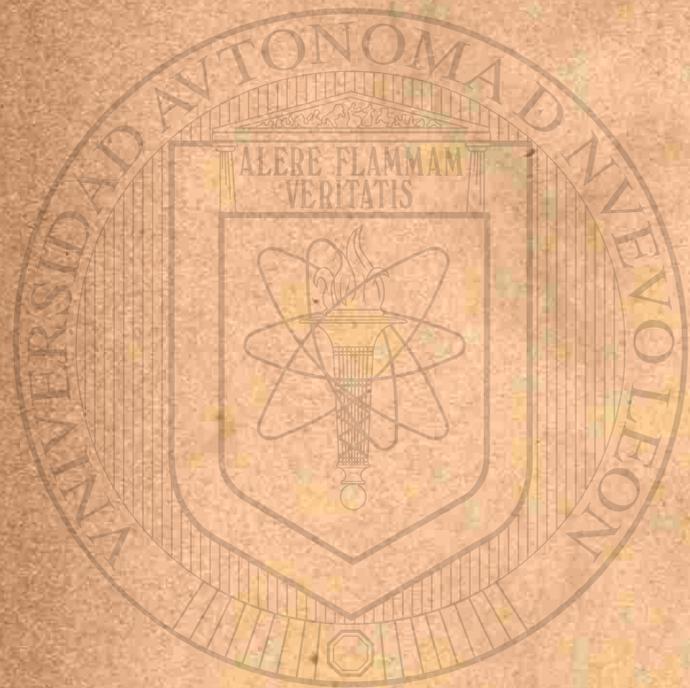
El acompañamiento de la emperatriz se componía de tres generales que llevaban sobre cojines la corona, el anillo y la canastilla con el manto teniendo cada general dos oficiales de alta graduación á su lado, la comisión del congreso, yendo en el centro la emperatriz con las princesas sus hijas y una docena y media de damas ó doncellas de honor. Con alguna separación seguía la comitiva particular del emperador con cuatro de los generales mas distinguidos que llevaban las insignias que habían de servir para la coronación, que eran las mismas que para la emperatriz y además el cetro, igualmente con dos oficiales á derecha é izquierda: en el centro de la comisión del congreso iba el emperador con su señor padre y el príncipe imperial. Tras del emperador el capitán de sus guardias, el mayordomo, el limosnero mayor, el capellan y el médico de cámara, los caballerizos, los veterinarios, los cocineros, los edecanes, los ministros y generales de alta graduación, cerrando la marcha una escolta vestida de amarillo y los coches de palacio.

A la puerta de la Catedral esperaban dos obispos, los cuales dieron agua bendita á los soberanos, dirigiéndose éstos bajo de palio á un pequeño trono, acompañados de los mismos prelados y el cabildo eclesiás-

LEYENDAS HISTORICAS



No se le vaya á caer á V. M.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tico. El obispo de Guadalajara era el consagrante, y los de Puebla, Oaxaca y Durango estaban en el presbiterio vestidos de pontifical: los generales que conducían las insignias las colocaron sobre el altar y empezada la misa el emperador y la emperatriz se arrodillaron en las gradas del mismo y el obispo consagrante se acercó á ellos y les hizo la unción en el brazo derecho, entre el codo y la mano, teniendo que irse luego al pabellon para que los canónigos les enjugasen el crisma. Después de esa ceremonia y de bendicirse las insignias imperiales, el presidente del congreso, Mangino, colocó la corona en la cabeza del emperador, diciéndole por lo bajo en tono de guasa:

—No se le vaya á caer á V. M.

A lo que es fama que Iturbide contestó:

—Yo haré porque no se me caiga.

El emperador coronó luego á la emperatriz y mientras que á ésta la vestían y le ponían las demás insignias sus damas, hacían lo mismo con aquel sus generales, debiendo ya suponerse los gestos que harían.

Trasladáronse entonces al trono grande, guiados por el maestro de ceremonias y al terminar el obispo celebrante los rezos, se dirigió á la concurrencia diciendo en alta voz:

—Vivat Imperator in æternum.

Y contestaron los presentes sin alzar mucho la voz para no hacer escándalo en la iglesia:

—Vivan el emperador y la emperatriz.

El obispo de Puebla ocupó el púlpito y predicó un

sermon que censura acremente Alaman por la volubilidad de sus principios y la inconsecuencia de sus opiniones, pues en él sostuvo todo lo contrario de lo que antes habia sostenido.

Despues del sermon bajaron del trono SS. MM. se dirigieron al altar con mantos y coronas, acompañadas de las personas de su servicio en orden procesional y presentaron las ofrendas que llevaban cinco diputados, las que consistian en dos cirios con trece monedas de oro y trece de plata, dos panes tambien de los dos metales y un cáliz, despues de lo cual vueltos á sus tronos, el jefe de los reyes de armas dió á gritos el siguiente pregon:

—El muy piadoso y muy augusto emperador constitucional primero de los mexicanos, Agustín, está coronado y entronizado, ¡viva el emperador!

Iturbide dió de codo á la emperatriz por no haberle gustado lo de Agustín y lo de entronizado, lo primero porque parecia una familiaridad, y lo segundo un insulto; pero la dama le contestó con unción señalándole á la concurrencia:

—Atienda S. M. I.

Al tiempo que el público gritaba con voces apagadas:

¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz!

Los repiques y salvas de artillería anunciaron al pueblo esta proclamacion que otro rey de armas repitió en el tablado de la Catedral, tirándose monedas de plata con la efigie ya del emperador, obsequio que hizo á los vasallos prorrumpir en aplausos.

El Ministro de Estado dió fé del acto y suscribieron el acta los príncipes, los individuos que formaban la mesa del Congreso, los demás ministros, los obispos, los generales y otros concurrentes de elevada gerarquía.

Los soberanos volvieron con sus comitiva y bajo palio al Palacio imperial en donde recibieron las felicitaciones de las autoridades y corporaciones que contestó el emperador reiterando sus protestas de cumplir los juramentos que habia hecho de encaminar sus esfuerzos á proteger la religion, á conservar la independencia y á hacer la felicidad del imperio. Se presentó en seguida en el balcon principal frente á la plaza con la emperatriz y los príncipes, arrojando monedas al pueblo, el cual aplaudió ese rasgo de generosidad de la familia reinante.

Las fiestas continuaron por dos días más, presentándose la familia imperial en teatros y paseos para recibir aplausos de la muchedumbre, que bien á bien no estaba muy enterada de lo que aplaudia.

El coronel Santa Anna habia sido condecorado con la cruz de número de la orden de Guadalupe y en tal concepto, se consideró con derecho para concurrir á la coronacion de Iturbide, así como á la inauguración de la orden y pidió licencia al Capitan general de quien dependia, que se la concedió muy limitada en razon de la actitud amenazante que conservaba el general Dávila en el fuerte de San Juan de Ulúa.

Llegó, pues, á México en donde tenia sus relaciones y desde luego se orientó sobre la manera en que

102000.2855

debía concurrir á la ceremonia aconsejándose de Bustamante que había sido unos días su secretario frente á Veracruz.

—Vaya vd. con su traje de gala de coronel, le contestó Bustamante, pues la farsa esa de la orden todavía no se toma con formalidad, porque no hay capas ni sombreros anchos emplumados y por otros motivos.

No oyó con buenos oídos Santa Anna aquellas pullas lanzadas contra la respetable orden de que era miembro, aunque sí le agradaron los epigramas que no dejó de decir el diputado contra la coronación, porque lo devoraba la envidia que sentía contra la buena fortuna que le estaba soplando al generalísimo, á quien *in petto* llamaba con todas sus letras: *un aventurero*.

—¿De manera que no hay sitio en la comitiva para los guadalupanos?

—Segun sé, irán diseminados en las clases á que correspondan, de modo que á vd. señor D. Antonio le tocará ir entre los oficiales sueltos.

En esa virtud Santa Anna se presentó al general Quintanar para que se sirviera admitirle entre los oficiales superiores de su séquito.

Así fué como concurrió á la ceremonia de la coronación, y aunque le tocó estar un poco lejos porque había presentes cosa de unos trescientos que se consideraban de mayor distinción que un simple coronel de cuerpo, todo lo estuvo devorando con miradas ar-

dientes y puede agregarse que también rencorosas pues todo aquello le causaba, sin poderse dar mucha cuenta de ello, una angustia mortal.—Y sin embargo, murmuraba entre sí: yo he aplaudido en mi proclama y en mi carta y lo he aplaudido con excesivo entusiasmo que se le hubiera proclamado emperador..... habrá sido pues un imbécil?

Después de la ceremonia fué también á Palacio entre los militares á felicitar al nuevo soberano; pero como eran tantos los felicitantes y había algunos vestidos tan elegantemente, casi pasó inadvertido entre la multitud. Cuando le tocó su turno de besar la mano á Iturbide creyó que éste lo reconocería y le dirigiría algunas palabras amables; pero ¡nada! le tendió la mano con desenfado como á los otros y siguió conversando con los ministros, sin que tampoco ninguno de éstos le dijera: ¡este es el coronel Santa Anna!

Fuerza es decir que salió del Palacio muy poco satisfecho y aun despechado. ¿Acaso era, pues, tan insignificante que nadie se fijaba en su persona, no obstante haber tenido el mando de una provincia, y haber asaltado la plaza de Veracruz durante la revolución?

Tenía aún á su disposición todo el día siguiente, que podía pasarlo en México, alcanzándole bien el tiempo para llegar á Jalapa.

—Mañana tal vez me recibirá S. M., murmuró.

Y al siguiente día se presentó en Palacio, pero S. M. estaba rodeado de los obispos y de otras gentes de distinción y ni siquiera logró ser recibido por la

emperatriz ni por ningún ministro, porque todos estaban ocupados.

—¡Canario! exclamó al salir, he venido en mal tiempo á hacerme presente. ¡Lástima de las molestias que me he tomado en todo este viaje para ver mogigangas!

Y ya no pensó sino en regresar á sus terrenos, en donde por la buena ó por la mala se hacía pasar por la primera persona. Por supuesto que á nadie le pondría en el secreto de su fracaso.

Cuando iba en camino, la indignación lo dominaba por completo y á cada momento se hacía esta exclamación interior:

—¡Este Sr. de Iturbide tiene que pagármela!

CAPITULO VI.

SANTA ANNA INTRIGANTE.

En Agosto del mismo año de 1822, el general Luaces que no pudo soportar el clima de Veracruz, mandó que Santa Anna estableciera allí su Comandancia militar, quien se trasladó á dicho puerto con su Regimiento, bajo la recomendación muy precisa de que no intentara nada contra Dávila mientras no recibiera órdenes y también de que morigerara su conducta, porque eran muy repetidas las quejas que se recibían, ya de violencias ejercidas con los particulares, ya de crueldades con sus soldados y ya de vejaciones aun con las mismas mujeres que pasaban por donde estuvieran alojadas sus tropas. A todo lo que no contestó Santa Anna, en primer lugar, porque eran ciertas las acusaciones, y en segundo lugar, porque sabía que aquel jefe iba muy enfermo y con la resolución de pedir su reemplazo.

emperatriz ni por ningún ministro, porque todos estaban ocupados.

—¡Canario! exclamó al salir, he venido en mal tiempo á hacerme presente. ¡Lástima de las molestias que me he tomado en todo este viaje para ver mogigangas!

Y ya no pensó sino en regresar á sus terrenos, en donde por la buena ó por la mala se hacía pasar por la primera persona. Por supuesto que á nadie le pondría en el secreto de su fracaso.

Cuando iba en camino, la indignación lo dominaba por completo y á cada momento se hacía esta exclamación interior:

—¡Este Sr. de Iturbide tiene que pagármela!

CAPITULO VI.

SANTA ANNA INTRIGANTE.

En Agosto del mismo año de 1822, el general Luaces que no pudo soportar el clima de Veracruz, mandó que Santa Anna estableciera allí su Comandancia militar, quien se trasladó á dicho puerto con su Regimiento, bajo la recomendación muy precisa de que no intentara nada contra Dávila mientras no recibiera órdenes y también de que morigerara su conducta, porque eran muy repetidas las quejas que se recibían, ya de violencias ejercidas con los particulares, ya de crueldades con sus soldados y ya de vejaciones aun con las mismas mujeres que pasaban por donde estuvieran alojadas sus tropas. A todo lo que no contestó Santa Anna, en primer lugar, porque eran ciertas las acusaciones, y en segundo lugar, porque sabía que aquel jefe iba muy enfermo y con la resolución de pedir su reemplazo.

Así pasó, en efecto, Luaces se fué á curar en Tehuacan en donde murió, y en fines de Septiembre se nombró al general Echávarri, muy amigo de Iturbide, para sucederle. El Comandante Militar que no quería que se le olvidara, sino hacerse presente á todas horas, escribió al Ministro de la Guerra y aun al emperador, sometiéndoles varios proyectos para apoderarse de San Juan de Ulúa, á donde él tenia gran empeño en entrar con cualquier motivo ó pretexto.

—¿Y qué es lo que ese coronel Santa Anna quiere por fin? preguntó Iturbide al Ministro de la guerra.

—Lo primero que pide es dinero.

—¿Y para qué?

—Para ganarse la gente por la seducción.

El emperador se rió de buena gana, exclamando:

—Como que ya quisiéramos todos nosotros estar tan desahogados como Dávila y los suyos que cuentan con los derechos que cobran á todo lo que entra y sale del puerto y con los auxilios que reciben de la Habana. ¡Vamos los pobres á querer comprar á los ricos!

—Ello es que yo, sin consultar á V. M. porque se trataba de una bagatela, mandé que le entregaran tres mil pesos primero.

—Pero es que ahora parece que pide más.

—Pide otros dos mil pesos, porque el oficial con quien dice está entendiéndose se los exige.

—Pues mándeselos V. E. aunque ese oficial sea él mismo, como tengo razones para sospecharlo, según los informes que me dió Luaces y según lo que se

refiere en las muchas cartas en que se habla de ese militar.

Y haciendo un gesto que indicaba que no quería seguirse ocupando de Santa Anna, pasaron á otro asunto.

Echávarri llegó á Veracruz el 25 de Octubre y recibido y obsequiado que fué por el Coronel Santa Anna que ya le esperaba bien preparado para colmarlo de halagos y cautivarlo, se encerraron solos en un gabinete para hablar de negocios.

—Y bien, le preguntó Echávarri, ¿qué tenemos de San Juan de Ulúa?

—Estaba ardiendo en deseos de que pudiéramos hablar á solas, mi general: ya sabrá V. E. que he estado estudiando varios planes para hacer que el castillo caiga en nuestro poder, si es posible sin derramamiento de sangre.

—El Ministro de la guerra me insinuó que su señoría me pondría al corriente de todas estas cosas.

—De eso cabalmente quería hablar á V. E.

—Ya escucho.

—Debe saber V. E. que ya mandé unos agentes de mi confianza al castillo llevando buena cantidad de onzas de oro consigo.

—Y esos agentes, ¿pudieron penetrar al fuerte sin ser registrados?

—Si pudieron y todo iba muy bien; pero unos soldados los denunciaron, fueron llevados á presencia del gobernador y éste recogiendo las onzas que habían sido repartidas, los amonestó de esta manera:

“Lo que yo debía hacer desde luego era fusilarlos por el crimen de soborno que está comprobado; pero no estamos en guerra abierta, una vez que sólo conservo la posición que se me ha encomendado mientras recibo ordenes y ademas no quiero derramar sangre; de modo que voy á dejarlos ir con su dinero que devolverán al Sr. Santa Anna, diciéndole sencillamente de mi parte: que en este castillo hay primeramente mucho honor y en seguida que no escasea el dinero ni nada.” Despues de lo cual mis comisionados fueron puestos en una barca con órdenes de hacer proa para Veracruz y con amenaza de echarlos á pique si la desviaban un punto de la direccion.

— Es testarudo el Sr. Dávila, murmuró Echávarri y luego añadió. Segun eso, los planes han fracasado.

— Ahora tengo otro, mi general; pero antes debo decir á V. E. que las circunstancias han cambiado. El general Dávila está entregando el mando del castillo al brigadier Don Francisco Leamur, segun reza una orden del dia publicada ayer, habiendo recibido el primero como premio de su tenacidad el nombramiento de teniente general, esperando ahora sólo una embarcación para irse á la Habana.

— Bien, ¿y el plan?

— Es una intriguilla, mi general, que espero debe darnos buenos resultados.

— Veamos cual es esa intriguilla, Señor Coronel Santa Anna.

— Comprendiendo yo que Leamur está deseoso de acometer alguna hazaña ruidosa para elevarse, le he

mandado decir que estoy profundamente disgustado con el Sr. Iturbide por haberse coronado emperador, violando el plan de Córdoba y cometiendo una falta con el rey Don Fernando VII, por cuyas razones que conceptuaba poderosas, estaba dispuesto á entregarle la plaza mañana en la noche.

— ¿Mañana en la noche? exclamó Echávarri algo azorado.

— Mañana en la noche, mediando ciertas contraseñas. Para que confiara mejor en mi propósito le he mandado cuatro oficiales míos en los que tengo la mayor confianza que vendrán con las tropas españolas para desembarcar en los puntos de la playa que les designen. Esos oficiales ya están instruidos de las señales que han de ver y de los puntos donde deben atracar con todo sigilo, así como saben por donde han de saltar la muralla que estará desmantelada, para que mientras ellos practican esa maniobra, las tropas mexicanas que estarán disfrazadas con uniformes españoles que ya tengo prevenidos, tomarán las mismas lanchas y guiadas por mí penetrarán en el castillo llevándolo todo á fuego y sangre.

Echávarri se quedó un momento pensativo, y aunque de luego á luego se convenció de que el plan era audaz, pero muy realizable, queriendo afirmar mejor sus ideas, hizo esta reflexion:

— ¿No cree su señoría que dejen á algunos de ellos en sus lanchas, los que pueden dar la voz de alarma, y que habiendo la voz de alarma y estando los realistas cerca vuelvan y se trabe una refriega tal vez desigual?

—Todo está previsto, mi general. Los oficiales mexicanos que vienen con ellos saben la señal que han de hacer para avisar que hay gente en las lanchas, y en ese caso primeramente se les engaña con los uniformes españoles que hemos de llevar, y una vez sorprendidos se les sujeta y se les pone mordazas para que no chillen. Pudiera haber alguna imprudencia de parte de los nuestros ó pudieran ellos conocer el ardid antes de estar sujetos; pero como toda nuestra guarnicion ha de estar lista, lo mas mal que puede resultarnos es que no entremos al castillo, pero haciendo en cambio prisioneros á todos los que vengan que siempre serán unos doscientos ó trescientos.

—En efecto, contestó Echávarri sonriéndose, la estratagemata está bien urdida. Ahora solo pregunto yo: ¿á mí qué papel me toca desempeñar en ella?

—Ninguno, porque no hay necesidad de que S. E. exponga su persona.

—Estando todo tan bien dispuesto, nada voy arriesgando y antes bien me proporcionará el lance un buen rato de diversion.

—En ese caso, puede S. E. ponerse en expectativa, y para acudir á cualquier evento, en el baluarte de la Concepcion con unos cincuenta hombres de los mejores de mi regimiento.

—Estando yo al frente de cincuenta soldados agueridos no me importa que venga lo que viniere.

—A la hora precisa acabaré de poner á V. E. al corriente de todo, y entre tanto es conveniente que no se le vea ni se haga movimiento alguno para que no

reciban aviso ni entren en desconfianza los del castillo.

Echávarri vió todo aquello como muy natural y se estuvo quieto. Pero lo que habia sucedido era que con su llegada todo el plan de Santa Anna se habia ido á pique, pues lo que en realidad meditaba no era apoderarse del castillo, cosa bien difícil por cierto, sino de Dávila y su familia que sospechaba iban á embarcarse en la siguiente madrugada.

Hé aquí lo que pasó, sujetándonos en este punto rigurosamente á la historia.

Poco antes de la media noche del día 26 se dirigió Echávarri al baluarte de la Concepcion acompañado de su secretario, del coronel Arana, sus ayudantes y de su guardia compuesta de doce soldados á la cual tuvo que dejar con uno de los oficiales en un punto inmediato que encontró desguarnecido y empezó á sorprenderse cuando llegó á la Concepcion y vió que no habia ni un soldado de los cincuenta que habia ofrecido enviarle Santa Anna.

—¡Diablo! exclamó el Capitan General, rascándose la cabeza, y luego dirigiéndose á uno de sus ayudantes:

—Vaya usted, señor Piña, á ver si está la tropa en la estacada.

El oficial se fué á toda prisa, pero á poco volvió todo azorado, diciendo:

—Mi general, por un portillo abierto en la estacada están entrando ya los realistas. He reconocido á Castrillon, ayudante del señor Santa Anna, que los conduce.

—¡Rayos y truenos! Si habremos venido á caer en una emboscada.

No tuvo tiempo de dar órdenes al pequeño grupo que estaba con él, compuesto de sus cinco oficiales y doce paisanos armados, porque ya estaban encima de él un oficial con diez granaderos españoles, que de luego á luego hirieron al Comandante Velez y mataron á tres paisanos; pero así como el ataque fué brusco, así tuvo que ser la defensa, y gritando Echávarri á los suyos con todo vigor: "¡A ellos, mis valientes! les dió tal carga, que logró cayeran muertos cuatro de los asaltantes, haciendo retirar al resto á la playa á reunirse con sus compañeros que se habian quedado cerca de las lanchas.

Entre tanto, el teniente Eleuterio Mendez llamado por Castrillon que estaba asustado de aquella barbaridad que habia hecho sin comprenderla, acudió en auxilio del baluarte con un pique de caballería, y entonces Echávarri pudo emprender el ataque en toda forma, tomando un capitán, un sargento y ocho soldados prisioneros que quedaron heridos, lo mismo que otros se fueron dispersos no pudiendo embarcarse á tiempo en las lanchas que se pusieron en fuga.

En el baluarte de Santiago donde se encontraba Santa Anna, tambien se empeñó un combate encarnizado en que hubo bastantes muertos y heridos.

Echávarri, que no era lerdo, se cuidó bien de no manifestar desagrado á Santa Anna por aquella jugada, comprendiendo que estaba en su poder y que podría jugarle otra de mayores consecuencias, limitándose á decirle:

—Fué lástima que el plan no diera el resultado de la toma del castillo.

Pero reservadamente escribió al emperador, diciéndole que Santa Anna habia querido hacerle desaparecer para que lo nombraran á él Capitan General, y que aun se suponía que estaba en inteligencias con el enemigo, que podia dar funestos resultados, por lo que juzgaba urgentísimo que se le reemplazara por otro gefe en aquella comandancia militar.

Como en el parte que rindió Echávarri ocultó todos los detalles y solo dijo que se habia rechazado un ataque intentado por el nuevo gobernador del castillo Leamur, Santa Anna tuvo á su vez que tragarla, quedando en la creencia de que el Capitan General era un bendito á quien podia jugarle el dedo en la boca, y mas se persuadió de que nada habia notado de sus manejos, ni nada habia dicho, cuando vió que llegaron las recompensas, siendo ascendido Echávarri á Mariscal de campo, recibiendo Santa Anna las letras de servicio, cosa que era muy honorífica, y Arana el grado de brigadier.

—¡Vaya! dijo aquel á este último, á quien le tenia mucha confianza, ¿quién habia de creer que una trampa en que caimos estúpidamente habia de valernos un ascenso tan inmerecido?

Santa Anna por su parte se dirigió con todos sus oficiales al alojamiento de Echávarri para felicitarlo, y cuando logró hablarle de cerca, sin que nadie le oyera, le preguntó:

—¿No fué bueno mi plan, señor Mariscal?

—Ni tanto, le contestó Echávarri, la mas grande

de las barbaridades militares que nunca se habia visto ha merecido un premio.

—Muy bien ganado, Exmo. Señor, ¿acaso no estuvimos á pique de perder la vida?

—¡Vaya si lo estuvimos! Sobre todo yo, que no ví por allí ni uno solo de los cincuenta.

Viendo Santa Anna que era escabroso el terreno en que empezaba á entrar su jefe, pidió permiso de retirarse, y se despidió haciendo tan profundas reverencias que mas bien parecia un palurdo.

En ese mismo dia de las felicitaciones, recibió Santa Anna un paquetito que se le enviaba del castillo de Ulúa: tenia en lacre encarnado el sello del general Dávila, que reconoció en el acto. Abrió el paquete, y se encontró intactas, esto es, sin haber sido abiertas las seis cartas que, aprovechando diversos conductos, habia enviado á Ines Dávila. No habia, ademas de las cartas, mas que una tira de papel conteniendo estas líneas sin firma: "por encargo de la familia del Exmo. Sr. Teniente General Don José Dávila, que se ha embarcado hace tres dias para la Habana, se le remiten al Sr. Santa Anna unas cartas que no quiso abrir la persona á quien iban dirigidas."

—¡Orgullosa mujer! Ni ahora que estoy encumbra-
do quiere oirme.

Pero como á la vez estaba muy preocupado Santa Anna con sus sueños de ambicion que lo tenian dominado por completo, pronto hizo á un lado el recuerdo de Ines, echando las humillaciones que habia sufrido por ella al saco de las aventuras comunes.

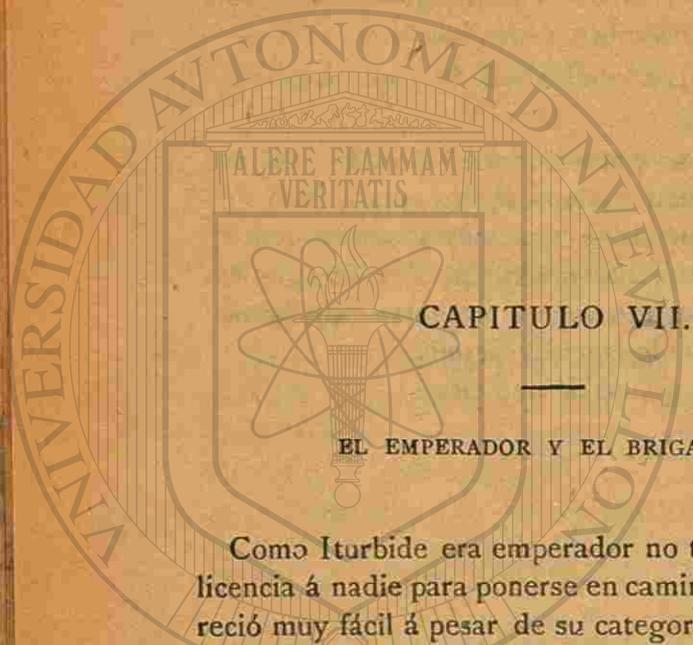
Lo que sí le hizo demudarse, brincar y darse á sí mismo la voz de ¡alerta! fué la noticia que le dió Echávarri el 12 de Noviembre, diciéndole:

—Salgo mañana á recibir á S. M., que viene en camino.

—¿A S. M. el Emperador Agustin I? exclamó Santa Anna queriéndosele saltar los ojos.

—Sí, señor: me avisa que muy pronto estará en Jalapa y será muy conveniente que cuando su señoría sepa que ha llegado vaya á presentarle sus homenajes, para lo cual le concedo permiso.

Santa Anna se quedó de una pieza.



CAPITULO VII.

EL EMPERADOR Y EL BRIGADIER.

Como Iturbide era emperador no tuvo que pedirle licencia á nadie para ponerse en camino, lo cual le pareció muy fácil á pesar de su categoría, porque como soldado tenia la costumbre de estar siempre listo para moverse: un día pensó en la conveniencia de salir á arreglar por sí mismo las dificultades que había en Veracruz, y al siguiente avisó á sus ministros que le tuvieran todo listo para la marcha, porque saldria el 10 de Noviembre despues del almuerzo. Era el día 8 cuando les expresó su soberana voluntad, se apretaron las manos, se vieron unos á otros y convinieron en que era fuerza hacer el gasto que se necesitara aunque no estuvieran con ningun fondo las cajas del Estado. Lo que acababa de tomar el emperador de una conducta, pues se le habia quedado la enfermedad de apoderarse

de las conductas, desde que tan bien le fué con la que se apropió en Iguala, ya habia volado. ¿En qué se habian gastado tantos cientos de miles? En los pitos y flautas que tenia la monarquía, esto es, en los palaciegos que rodeaban el trono como moscas, desde el regente vitalicio, empleo que tenia el padre de Iturbide, hasta el último de los príncipes, que tampoco de nada se ocupaban.

Los ministros despues de apretarse las manos, repetimos, sacaron el dinero de este estanco y del otro capitalista y reunieron la suma que se necesitaba, diciendo al emperador que podia ponerse en camino cuando su augusta persona lo creyera conveniente.

En la víspera por la noche, pidió permiso de ser recibido en la cámara de la emperatriz que se encontraba casi al punto de darle otro ilustre vástago.

—Vengo á despedirme de V. M., le dijo con gravedad cómica el señor Iturbide á su muger.

—¿Es cierto, pues, que te marchas..... quiero decir que se marcha V. M. dejándome en este estado?

—Así lo reclaman los interesantes asuntos del imperio, señora.

—Pero hombre de Dios..... quiero decir, pero V. M. ¿no puede diferir su viaje siquiera hasta que pase mi enfermedad, que segun dicen los médicos será en esta semana misma?

—Me consta cual es la situación crítica que guarda mi digna consorte S. M. la augusta emperatriz, al punto de que tal vez mañana mientras yo traspongo las garitas ella sienta los dolores del parto; pero así

de graves son los asuntos que exigen mi presencia en Veracruz, que ni esa consideracion es suficientemente poderosa para que me impida ponerme en marcha.

—Hágase en todo la voluntad de V. M., contestó humildemente la emperatriz, y por lo bajo añadió: estuviéramos solos para llenarte de araños.

—V. M., siguió diciendo Iturbide, no necesita salir de su retiro para gobernar el imperio, pues felizmente tiene á su lado al Regente, á los príncipes y á sus excelentes consejeros, que sabrán evitarle toda molestia, haciéndole saber de los negocios públicos, solo lo que sea muy necesario que sepa V. M.

Besó la mano el emperador á la emperatriz y salió seguido de los personajes de la corte que lo acompañaron, en tanto que la emperatriz muy abultada de vientre como estaba, se quedó rodeada de todas sus damas. Una de ellas le dijo al oido que debía desmayarse, y entonces la emperatriz se sentó poco á poco en un sillón con los ojos cerrados y todas la rodearon para volverla en sí dándole á oler pomos dorados de esencias, como les habian dicho que se hacia en otras cortes.

Fijada la hora de la salida del emperador, se llenó el frente del Palacio con los carruajes, con las escoltas, vestidos los soldados de gala, con los equipajes, con las piezas de artillería y con los curiosos que se instalaron en gran número para ver el aparato imperial, á que no estaban acostumbrados, y luego que se dejó ver el emperador, sonaron los clarines, redoblaron los tambores, tañeron las campanas, se hicieron

descargas con los cañones, se pusieron en movimiento las escoltas, estiraron el cuello los curiosos para ver mejor, porque la muchedumbre estaba contenida por una valla de soldados, y comenzaron las plegarias en todas las Iglesias, pidiendo los padres á voz en cuello, al Dios de los ejércitos, que salvara la vida del emperador, por mas que supieran que S. M. no iba á exponerse á ningun peligro.

No referirémos la carrera de triunfos y de aplausos que acompañaron al augusto amo en todo su brillante camino, en que tanto él como su lujoso equipage, esto es, el séquito que llevaba, formado con la nueva nobleza, fueron objeto de alabanzas y de regalos, ni las altisonantes palabras que en prosa y verso les dirigieron, comparándolos hasta con los dioses del Olimpo, y nos reuniremos con la imperial comitiva algunas leguas antes de llegar á Jalapa á donde habia ido el general Echávarri á recibirlo con su lucida guardia y sus no menos guapos ayudantes, quien invitado por el emperador, dejó el caballo que montaba en manos de sus ordenanzas y entró á ocupar un asiento en la carroza imperial: los dos tenian mucho que decirse y la conversacion comenzó, como era natural, por el fantasma del comandante militar de la provincia que estaba como oscureciéndoles el horizonte.

Echávarri le contó todo lo que le habia pasado con Santa Anna, desde el chasco que le habia pegado cuando llegó á Veracruz, haciéndole creer que iba á tomar por astucia el fuerte de San Juan de Ulúa, poniéndole una celada en que poco le faltó para que pe-

reciera, que era el objeto que seguramente se habia propuesto aquel jefe, hasta lo ocurrido en las últimas fechas, siendo todo una cadena de impertinencias, abusos, insubordinaciones, escándalos y cuanto podia, no solo ser digno de censura en un militar, sino de un castigo severo.

—Y bien, ¿por qué no lo ha castigado V. E? le preguntó Iturbide.

—Por varias razones, le contestó Echávarri. En primer lugar siempre está rodeado de sus mejores tropas como temeroso de que algo pueda sucederle y no he creído conveniente traer mayor número de fuerzas de las que él tiene, por no hacer gastos y por no provocar una contienda inevitable. En segundo lugar, aun trayendo tropas, seria muy expuesto, porque á no dudar mantiene inteligencias con los del castillo y esto es lo que ha servido hasta ahora para que no sufra un bombardeo la poblacion. Y en tercer lugar, como he dado cuenta de todo á V. M. y V. M. me ha contestado que dictaría providencias y me ha dado noticias de su viaje, he esperado naturalmente á que V. M. misma venga á poner el remedio á esta situacion.

—En efecto, contestó Iturbide, despues que hubo oido con reconcentracion todo el difuso relato de su Capitan general, tanto el antecesor de V. E., como la diputacion provincial, como el consulado y los vecinos de importancia de toda la Provincia, me han estado mandando queja sobre queja respecto de la conducta equívoca, irregular y abusiva de ese militar, que creé que ha subido por la violencia de sus gran-

des merecimientos, haciendo gala á todas horas de una ambicion desmedida, pues aun ha llegado á decir que él vale mucho mas que yo y que estaria mejor colocada en sus sienes la corona imperial, de modo que nada de lo que V. E. me dice me coge ya de nuevo, pues demasiado conocidas me son sus intemperancias é insolencias; pero lo que sí me ha llenado justamente de alarma es la sospecha que V. E. ha llegado á tener de que esté en connivencias con el enemigo, pues siendo así, y estando en su poder este puerto que es la llave de la nacion, nos puede entregar, no ya al castillo en donde no hay suficientes elementos para una reaccion, sino á la primera escuadrilla que se le presente de la Habana, y por eso es que he juzgado urgente venir yo en persona á conjurar ese peligro, del cual saldremos, ayudados por nuestros buenos subordinados.

—Si viene á Jalapa como yo se lo ordené á presentar sus homenajes á V. M., será el momento oportuno, segun creo, de separarlo de esta comandancia.

—Si viene á Jalapa no volverá mas á Veracruz, eso es lo que tengo acordado con el Ministro de la Guerra.

—Estando aquí V. M. á mí no me toca mas que obedecer sus sabias determinaciones.

—Señor Echávarri, le dijo Iturbide con llaneza tomándole una mano, aquí no hay mas Magestad que un antiguo camarada suyo, y como amigo y compañero de armas es como quiero que me trate cuando nos encontremos solos como ahora.

Pero no pudieron seguir adelante las expansiones porque el Gran Maestro de ceremonias dispuso que se detuviera á almorzar la imperial comitiva debajo de una enramada que habian dispuesto los vecinos una legua antes de llegar á Jalapa, ayudados por los hacendados. Se suponía que en Jalapa habia de haber muchos discursos y muchas fiestas, y se determinó que el emperador estuviera bien refocilado para soportar las fatigas del aplauso.

Entraron en Jalapa, pero el recibimiento que se hizo allí al soberano estuvo muy lejos de corresponder á lo que se esperaba: el pueblo estaba fatigado con el férreo dominio de Santa Anna que se juzgaba impuesto por el Emperador; los españoles ricos se sustrajeron á los compromisos, retirándose á sus fincas de campo, y aun las autoridades estuvieron algo displicentes en sus manifestaciones, lo cual hizo exclamar á Iturbide cuando ya estuvo tranquilo en su alojamiento y rodeado únicamente de los suyos:

—No parece sino que desde esta ciudad comienza España.

Pues como no habia habido entusiasmo, ni ruido, ni programa de festejos, ni siquiera un arco de flores habiendo tantas en Jalapa, parecía mas bien que habia entrado á tierra conquistada y hallarse muy lejos de sus súbditos.

Lo que mas le inquietaba era que no se habia presentado todavia Santa Anna; y lo que es él tenia mucho miedo de presentarse en Veracruz.

—Estoy seguro de que sí vendrá, le habia contesta-

do Echávarri, á quien habia manifestado sus temores antes de meterse en la cama aquella noche.

Efectivamente, al día siguiente á eso de las nueve de la mañana se oyó un repique á vuelo, sonaron los clarines y se vió desembocar al Comandante Militar por la calle principal con gran boato de Estado Mayor y de escolta.

—Este es el verdadero emperador, murmuró Iturbide, al menos el de esta Provincia.

Y se asomó al balcon á ver aquel aparato de tropas que casi superaba al suyo.

Santa Anna se apeó del magnífico caballo que montaba en frente de la casa, y fué á ofrecer sus respetos á Iturbide, quien lo recibió tendiéndole los brazos y felicitándole por el brillante equipaje de sus fuerzas.

—Ya habrán informado á V. M. de que hasta mi sueldo íntegro gasto en procurar que á mis soldados no les falte nada.

Iturbide guiñó un ojo al Ministro de la Guerra que estaba presente, quien tenia en su poder un voluminoso expediente con las quejas de las expoliaciones que cometia don Antonio Lopez.

Entonces juzgó oportuno el emperador decirle para prepararlo:

—Un hombre como su señoría debe estar en la corte: debo tenerlo á mi lado; seguramente me agradaría mucho llevarlo con nosotros, concluyó dirigiéndose al Ministro Dominguez, que aprobó con la cabeza.

Santa Anna que era muy sagaz, se salió murmurando:

—Este señor Iturbide quiere sacarme de mis terrenos porque me tiene miedo. Vamos á ver como se presentan las cosas.

Iturbide no habia perdido de vista al coronel, sin embargo, y luego que le vió salir, dijo á su Ministro Dominguez:

—Apresúrese V. E. á comunicar las órdenes con toda cautela y con toda moderacion, porque necesitamos sacar de aquí á ese jefe sin que advierta que se le destituye de la Comandancia.

Entonces el Ministro Dominguez dictó las disposiciones con demasiada suavidad, ordenando al brigadier Don Manuel Gual, que en caso de renovacion del ataque de los del castillo de Ulúa ó de cualquiera acefalia, tomara el mando de la plaza. Al brigadier don Mariano Diez de Bonilla, comandante del castillo de Perote se le nombró Comandante de la Provincia en lugar de Santa Anna, y á este le dijo el Ministro de la Guerra que el emperador insistía mucho en llevárselo.

—Es el caso que no tengo dinero para el viaje, le contestó Santa Anna, que empezó á tener muy vivas sospechas en el asunto.

—¿Para qué quiere su señoría dinero, si va con nosotros?

—Yo no he de ir llegando á la capital como un portador.

—Hablaré con el emperador, le contestó el Ministro.

Entonces el emperador para obviar dificultades mandó á su mayordomo que diera á Santa Anna 500 pesos de su tesoro particular.

Santa Anna, segun su costumbre, tomó los 500 pesos, pero alegó que siempre necesitaba unos dias para entregar la comandancia así como para quitar su casa y arreglar sus negocios propios. No hubo mas remedio que concederle el permiso de quedarse, una vez que bajo su palabra de honor se comprometió á presentarse en México antes de quince dias.

Iturbide se puso de tan mal humor, que entonces fué cuando cometió la indignidad de mandar poner un aparejo al alcalde D. Bernabé Elias, porque no proporcionó pronto las bestias de carga que se le pidieron para los equipajes de la imperial comitiva.

Santa Anna se presentó como era debido á hacer los honores al emperador una hora antes de la señalada para la marcha y tomó asiento en el salon donde aquel estaba recibiendo. Entonces se le acercó el capitán de las guardias y le dijo en voz alta:

—Señor brigadier, delante de S. M. nadie se sienta.

Santa Anna se levantó rojo de vergüenza y de cólera.

Después montó á caballo y salió con su gran escolta hasta una milla de Jalapa en donde se despidió; pero luego que ya iba lejos el Emperador y divisando desde una loma á la imperial comitiva, exclamó extendiendo la mano en ademan amenazador y de modo que todos los suyos lo oyeran:

—Pronto vamos á ver si el brigadier Santa Anna puede sentarse delante de ese emperadorcillo de tres al cuarto.

Era el 1.º de Diciembre: sin perder un momento dispuso el regreso de sus fuerzas á Veracruz y él se puso violentamente en marcha con sus ayudantes, sediento de vengar las ofensas de que se consideraba víctima expiatoria.

CAPITULO VIII.

EL PLAN DE CASA MATA.

Santa Anna, que habia caminado á mata caballo dia y noche hasta Veracruz, porque le importaba estar allí antes de que pudiera sospecharse que habia sido destituido de la Comandancia por el Emperador, llegó al puerto el día 2, á las tres de la tarde, y deteniéndose apenas á tomar un bocado en su alojamiento porque estaba muerto de hambre, y luego, sin hacer caso de la fatiga y sin dar cuenta á nadie de sus intenciones, se puso á llevar á efecto el acto mas audaz y mas desesperado que podia verificar hombre alguno en su posición. Sin considerar las consecuencias, sin pensar en los males que podian sobrevenirle, sin medir la enormidad del crimen que conforme á las leyes del imperio iba á cometer, y aconsejado solo por su despecho, por su rabia, por sus deseos de vengarse pronto y á todo trance de las graves ofensas que creia se le ha-

bian hecho, y repitiéndose siempre en su interior aquello de *nada soy, nada tengo, ni nada puedo perder en el albur que voy á jugar y que puede llevarme quien sabe hasta donde, si me sopla buen viento*, luego que acobó de engullir en diez minutos unos cuatro platillos de los varios que le sirvieron, formó en la calle á sus seis oficiales que lo habian acompañado en su desafortado viaje, y les dijo:

— Mis amigos: ¿están ustedes dispuestos á acompañarme para acometer una gran empresa, cualquiera que sea?

— Sí, mi coronel, le contestaron todos á una.

— Bien, entonces adelante.

Y seguido de aquella poca gente se dirigió adonde estaban las guardias del principal y de la capitania, que no sabia en qué condiciones se encontraban, ordenando á los capitanes que las mandaban que lo siguieran; reunidas ya, las llevó á su cuartel, puso sobre las armas á la tropa que allí habia, y una vez reunidos cuatrocientos hombres, se dirigió á la plaza, mandó tocar generala, hizo que fuera alguna gente á repicar las campanas, dió allí el primer grito de ¡viva la República! y recorrió las calles seguido de su tropa y del pueblo veracruzano, que ya por su cuenta siguió dando muertas al imperio y vivas á la República, quedando así hecho el pronunciamiento.

Leamur, el jefe del castillo, informado de lo que pasaba, mandó ofrecer á Santa Anna los elementos que tenia para que pudiera sostenerse, pero este, cuando hubo pasado todo y entró en reflexion consigo mismo, dijo rascándose la cabeza:

— Mi calaverada ha salido bien, porque en Veracruz detestan al señor de Iturbide; pero ¿qué voy á hacer con mil hombres á lo mas, que son los que podré reunir para presentarle batalla á todo el imperio?

En esos momentos se le presentó don Miguel Santa María, Ministro plenipotenciario de Colombia, que estaba esperando embarcarse, por haberlo despedido las autoridades imperialistas acusándolo de revoltoso republicano.

— Señor general, dijo á Santa Anna, (este, naturalmente se habia dado el ascenso al pronunciarse), si no he oido mal, acaba Su Excelencia de proclamar la República.

— ¿La República? preguntó Santa Anna azorado, pareciéndole aquello una abominacion, ¿yo he proclamado la República?

— Eso era lo que gritaban las gentes que seguian á las tropas y era lo que gritaban las tropas mismas al recorrer las calles. Acérquese S. E. al balcon y verá como es un grupo de soldados y paisanos el que pasa ahora haciendo la misma proclamacion.

— En realidad yo no tengo mas plan que ver si puedo echar abajo á Iturbide.

— Pues la manera de derribarlo es dar un manifiesto proclamando francamente la República. Contará S. E. con el partido republicano que es fuerte y numeroso, lo mismo que con los antiguos insurgentes de todo el pais que desean ver establecido aquí el régimen republicano como en Norte América y como en Colombia.

— Y S. E. podría hacerme un buen plan en ese

sentido, una vez que no tengo en torno mio de quién valerme?

—Con ese propósito vengo, trayendo algunos artículos ya redactados que me puse á escribir luego que observé que se verificaba el movimiento sin que nada se proclamara.

Santa María leyó á don Antonio el plan que habia forjado, y el militar que no entendía una jota de lo que allí se decia, precisamente por no entenderlo creyó que era magnífico, y aquel fué por de pronto el plan de la revolucion. En lo que sí paró bien la oreja Santa Anna, era en que se decia que Iturbide habia violado sus juramentos, proclamándose emperador, disolviendo el congreso y haciendo sus demas fechorías, y que por lo mismo, él solo habia roto los títulos que tenia para que fuera obedecido por el ejército. No faltó por supuesto la proclama que encargó Santa Anna estuviera llena de cargos contra Iturbide y muy entusiasmadora.

Como Iturbide en verdad habia falseado el Plan de Iguala y habia convertido en provecho personal los sacrificios hechos por la Nacion, tenia á esta disgustada y abundaban los descontentos en todas las clases, que si callaban era por prudencia ó por miedo, pero que no cesaban de reprobear su conducta, calificándolo de falso, de ambicioso y de tirano en lo íntimo de sus conciencias. Así fué como el pronunciamiento de Santa Anna, que no fué como él dijo mas que una calaverada, encontró grande eco, no solo en Veracruz sino en todas las poblaciones de la Provincia, que gusto

sas lo secundaron. El plan, por principio de cuentas era de medias tintas, no satisfacía las aspiraciones de la mayoría que queria hacer la prueba de un gobierno netamente republicano; pero se consideraba que con todo y ser malo podia traer algo mejor que aquel ridiculo imperio que á muy pocos contentaba. De luego á luego y no sin cierto sobresalto de parte de Santa Anna fué viendo delante de sí al general don Guadalupe Victoria que se habia escapado antes de México en donde estuvo preso y se habia refugiado en los alrededores de Veracruz, el cual le dijo para tranquilizarlo:

—Aquí, como cuando estuvimos en San José antes del triunfo de la independenciam, no vengo á pretender disputarle la gloria de ser el iniciador de una revolucion salvadora, ni á rebajar un átomo de su poder, sino á buscar la proteccion de sus banderas bajo las cuales militaré aunque sea de último soldado.

—De ninguna manera será último soldado un general tan distinguido, le contestó Santa Anna y mucho menos cuando no he de ser yo solo el que ha de realizar tan grande empresa, para la cual siempre conté con los patriotas. Por de pronto mucho me servirán los consejos de V. E.; y como deseo salir á campaña lo mas pronto posible, acaso podamos arreglar la manera de que V. E. tenga el mando superior de la plaza y yo el de las fuerzas expedicionarias.

—Lo que V. E. disponga estará bien dispuesto, le contestó el antiguo insurgente manifestando gran satisfacción,

A renglón seguido trataron la manera de extender el espíritu revolucionario así como las operaciones militares, conviniendo ambos en que era preciso desplegar la mayor actividad para que no se perdiera aquel movimiento llevado á cabo con tan buena fortuna.

A los pocos días Victoria fué reconocido como general en jefe del Ejército libertador que debía formarse y Santa Anna como general en jefe de las tropas ya existentes, con las cuales se apresuró á salir á campaña.

Iturbide y sus parciales se movieron también violentamente, con impresos, excomuniones y tropas, pero Santa Anna logró dar una buena sorpresa á estas últimas en Plan del Río, haciendo prisionero á todo el cuerpo de granaderos. Dió libres á los oficiales, incorporando á los soldados en sus filas y se dirigió á atacar á Jalapa que estaba guarnecida por el 6.º Regimiento y otras pequeñas secciones, al mando del brigadier D. José M. Calderón. Llegó allí el ejército republicano el 21 de Diciembre al amanecer, y sin ningún preámbulo, con el atrabancamiento propio de Santa Anna, pues siempre tenía la creencia de que nadie podía resistirlo cuando él atacaba, se metió en columna cerrada por la calle del Carmen, sucediéndole lo que era natural que le sucediera, que se le recibiera á balazos y fuese prontamente rechazado. La infantería no tuvo más remedio que buscar un refugio en la Iglesia de S. José, en donde se le estrechó á rendirse quedando toda muerta ó prisionera; pero Santa Anna con 200 dragones que le quedaron puso piés en polvo

rosa dando al diablo aquella revolución que tuvo allí por terminada.

En el Puente del Rey estaba el general Victoria con unos 300 hombres esperando los contingentes que habían de mandarle algunos pueblos, cuando llegó Santa Anna destrozado.

—Todo se ha perdido, general, dijo este al primero, llevaba unos granaderos incorporados en mi regimiento, se pasaron al enemigo al dar principio al ataque, los míos se desmoralizaron y se han dejado derrotar completamente.

—Lo sé todo, le contestó Victoria con calma, así es la guerra, nosotros los jefes estamos obligados á combatir, pero no siempre debemos esperar que nos favorezca la victoria.

—En esta vez he jugado el último albur, general, habiéndolo perdido, no tenemos otro camino que abandonar la empresa.

—Cómo! exclamó Victoria alarmado.

—Tengo un buque listo en Veracruz, tengo el dinero suficiente para vivir en el extranjero, vamos á embarcarnos, es la salida que nos queda.

—¡Oh! no; le respondió Victoria con firmeza, no podemos desertar de una causa tan santa como la que hemos proclamado, cuando la lucha apenas comienza.

—¿Pero no sabe V. general, (se le olvidó hasta darle el tratamiento) que vienen en camino más de ocho mil soldados para pulverizarnos?

—Y qué? debemos esperar á que nos pulvericen, cosa que no es tan fácil mientras estemos en el puerto

de Veracruz. ¡Oh! ¡si yo lo hubiera tenido alguna vez en los diez años de la insurrección!

—¿De manera que vd. opina porque sigamos combatiendo?

—Naturalmente. Yo me quedo aquí á recibir el primer choque de ese ejército, con instrucciones á los míos de que luego que caiga muerto le lleven á V. E. mi cabeza. Esa será la señal de que todo ha concluido y de que ya puede embarcarse.

Sorprendió mucho á Santa Anna esta firmeza de carácter á que estaba tan poco acostumbrado y dijo á Victoria:

—Si triunfa esta revolucion, que ahora ya lo dudo mucho, á nadie mas se deberá sino á V. E. que me ha dominado con su valerosa resolucion. Yo voy entonces á poner á Veracruz en actitud respetable de defensa.

—Y dentro de un mes, yo se lo juro, le dijo Victoria estrechándole la mano con fiereza, todo habrá cambiado favorablemente para nosotros.

Santa Anna se fué transformado del todo, y en honor de la verdad, es fuerza decir que todos lo vieron animoso y activo como en los primeros dias de su pronunciamiento, acopiando víveres, aumentando tropas, reparando fortificaciones y multiplicándose en el trabajo para reparar las pérdidas que habia sufrido. Victoria por su parte hizo un fuerte del Puente del Rey, resuelto á defenderlo á todo trance.

Entre tanto, Guerrero y Bravo se levantaron tambien en el Sur, pero pronto fueron destrozados, así es

que en México se solemnizó varias veces el triunfo del imperio, asegurando Iturbide en sus proclamas que pronto se daría cuenta tambien con Santa Anna, que era el único insurrecto que quedaba en Veracruz.

En efecto, desde el principio de Enero de 1823 se empezaron á reunir las fuerzas que debian formar el ejército de Echávarri para operar sobre Veracruz, componiéndose de mas de tres mil hombres de infantería, caballería y artillería; pero se encontró con que no podia avanzar porque la plaza estaba con mejores elementos que los suyos y á lo menos la artillería era de mas calibre y de mayor alcance, por lo que si no recibia todo lo necesario para establecer un cerco en forma, tenia que retirarse con mengua de su reputación militar. Por otra parte, la grita contra Iturbide era general, principalmente porque habia disuelto el congreso, y todos los hombres de buena fé, aun los favorecidos por el emperador, estaban disgustados de su conducta; motivos más que suficientes para que el jefe sitiador se resolviera á entrar en pláticas con Santa Anna.

—¡Alabado sea Dios! exclamó Santa Anna, esto si que era lo que menos me esperaba. Echávarri, el niño mimado de Iturbide hablándome de un plan nuevo para salvar al congreso, equivale á la salvacion de todos nosotros, que no teniamos mas salida que echarnos al agua! Sí, señores, dijo á los comisionados, con otro cualquiera no me arreglaría, pero sí con Echávarri que es todo un caballero. Díganle ustedes que lo más insignificante que me proponga que tenga

por fin echar á pique al imperio, lo apruebo de antemano.

Entonces fué cuando se forjó el plan de Casa Mata, que se llamó así porque allí se hizo, esto es, en el fuerte en donde Echávarri tenia su Cuartel General.

En el nuevo plan no se hablaba ni palabra de República y aun se ofrecia no atentar á la vida del emperador; pero sí acatar la voluntad del congreso que conforme á las bases tendria que reunirse. Entonces lo que empezó á gritarse despues desde Veracruz hasta Colima, fué:

¡Viva el Plan de Casa Mata!

CAPITULO IX.

EN LA CORTE.

Cuando regresaba Iturbide de Jalapa, supo en Puebla que se habia pronunciado Santa Anna en Veracruz, causándole tal noticia, como es desuponerse, un efecto espantoso. No le daba á aquello ninguna importancia contando con el ejército y creyendo contar con la voluntad de la Nación; pero sentia cómo se ajaba su dignidad, cómo se hacia menoscabo de su elevada soberanía con aquella rebelion que establecia un precedente fatal, cuando consideraba que el monarca era una sagrada persona contra la cual no era permitido alzar la mas leve protesta. Era en su concepto un crimen de lesa-magestad el cometido por Santa Anna, y se proponia castigarlo con severidad tal, que á nadie le quedaran deseos de pensar siquiera en sublevarse contra el augusto emperador.

—Y lo que mas me hiere, decia á su Secretario de

Guerra el general Dominguez, es que ese Santa Anna se haya burlado de mí dándome su palabra de honor de que vendría á México antes de quince días.

Se levantó del sillón que ocupaba y empezó á dar vueltas por la alcoba en estado febril, deteniéndose repentinamente en frente de Dominguez, que tambien se habia puesto de pié, para decirle:

—Y ¿quién es ese Santa Anna? ¿qué méritos tiene? ¿qué campañas ha hecho, en qué victoria se ha distinguido para que tenga la audacia de llamarse ya general, segun esas cartas de Veracruz?

—V. M. sabe mejor que yo quien es ese oficial.

—Sí, lo sé demasiado: es un intruso en el ejército libertador, que á fuerza de audacia y de intrigas logró apoderarse de un puerto que no le correspondia. Comenzó por apropiarse los ascensos que le mandaban los realistas cuando ya se habia pasado á las filas contrarias y luego pretendió alucinarme á fuerza de adulaciones, hasta proponiéndome venir él mismo á amarrar al congreso y ofreciéndome apoderarse de la conducta para que tuviéramos elementos y proclamarme Señor absoluto. Es un hombre sin delicadeza, sin honor, sin principios, sin honradez y sin conciencia. Yo lo hice brigadier, le dí la comandancia de la principal provincia, le honré con una condecoracion, le ofrecí encargarme de su porvenir y me ha pagado con una de las mas grandes villanías. Todas aquellas bajas adulaciones de sus cartas y de sus proclamas, todo aquel ofrecerme derramar su sangre por la familia imperial, todo aquel entusiasmo en favor del trono, no han si-

do mas que frases huecas, no fué mas que un barniz que quiso dar á sus sentimientos de víbora traidora. Es necesario escribir, ordenar á Echávarri que no descarse, hasta coger vivo por cualquier medio que sea á ese canalla. Quiero hacerlo ahorcar en México, en una plaza pública, con la casaca vuelta al revés, para que despues sea fusilado por la espalda, como se fusila á los traidores.

Dominguez trató de calmar el negro humor de S. M. ofreciéndole que sin duda alguna Santa Anna seria cogido vivo y fusilado, y al dia siguiente continuaron la marcha para México procurando hacer la entrada á horas imprevistas para que no se le hiciera ninguna manifestacion. Asi, cuando acordaron los habitantes de la capital, ya su emperador estaba en el Palacio sin que se hubiera tirado un cañonazo, ni se hubiera dicho siquiera una mala misa por su feliz regreso.

Antes de quitarse las botas fuertes fué á visitar á la emperatriz que habia dado á luz sin novedad al Benjamin de los príncipes y por cuyo suceso sí se habian hecho muchas rogativas en las iglesias y se habian tocado repetidas veces las campanas.

La emperatriz estaba en su gran lecho dorado y en torno de ella, en diferentes actitudes, se encontraban todas las damas de la corte.

La princesa, que tambien estaba allí sin entender nada de etiquetas, se echó en los brazos del emperador. Este la medio abrazó, y haciéndola á un lado dulcemente, la dijo:

—Permitame Su Alteza presentar mis respetos á la emperatriz.

Iturbide se acercó al lecho, tomó una mano de su esposa, la besó y dijo entre serio y entre burlesco:

—¿Cómo se siente V. M?

La emperatriz lo invitó á que se sentara cerca del lecho para que le refiriera cómo le había ido en su viaje y entonces toda la corte se retiró, esto es, las damas y los edecanes.

—Estoy fastidiado, dijo casi al oído á la emperatriz.

—¿Por qué?

—Nos quieren quitar la corona,

—¿Cómo? ¿quién? preguntó ella alarmada incorporándose.

—No se asuste S. M., que todavía les ha de costar mucho trabajo, porque me prometo defenderla con tanto tesón como cuando la conquisté.

—Quítate de magestades y dime con llaneza lo que pasa.

—Pues pasa que un jefecillo insignificante, un tal Santa Anna, ha proclamado en Veracruz la República.

—¡Válgame Dios, Agustín! eso puede traer consecuencias.

—Ningunas. Ya mandé cogerlo, y me lo traerán para castigarlo.

—Y por lo demás, ¿te fué bien en el viaje?

—Así, así. El objeto que llevaba era quitar de la Provincia á ese pillo de Santa Anna: tu dirás si me fué bien.

—Pero ¿te hicieron muchas fiestas, te recibieron con esplendidez?

—En todas partes, menos en Jalapa, porque todo aquello lo tienen dominado entre Santa Anna y los españoles.

La conversacion de los emperadores degeneró en banal por otro cuarto de hora, mientras que las damas y los caballeros permanecían esperando en dos cámaras contiguas que estaban separadas, comunicándose solamente por los balcones que daban sobre un patio. A la vez que una bella dama apareció en un balcon, se presentó en el otro un guapísimo edecan de los de Iturbide.

—¡Esperanza! dijo suspirando el galán, ¿cuándo tendrá para mí ese nombre todo su significado?

—¿Me decía usted algo, señor marqués?

—¿Qué otra cosa tengo que decirte, bien mio, sino que te amo? exclamó el galán con atrevimiento.

Doña Esperanza se puso como unas granas y sin atreverse á retirarse del balcon en donde estaba como clavada, bajó los ojos con modestia y guardó silencio.

—Mi Esperanza, mi cielo, continuó diciendo con fuego el jóven edecan, no dejaré escapar esta hermosa oportunidad que tanto deseaba para repetirte lo que te he dicho en mis cartas, que sin tí no puedo vivir, que estoy loco por tí de amor y que solo espero que tu decidas de mi suerte, si es que me amas, para gozar plenamente de mi dicha; si es que me desprecias, para ir á buscar la muerte en donde quiera que haya peligros y combates.... ¿Me amas, Esperanza?

—Señor marqués, contestó Esperanza con un tim-

bre de voz celestial, bien sabe su señoría que hay entre nosotros dos abismos insondables.

—Entre nosotros dos no hay abismo ninguno, y aun creo que nuestros corazones se han acercado sintiendo mutuas simpatías desde la primera vez que nos vimos: entre nuestras familias puede haberlo, pero cualquiera que sea el abismo, nosotros lo salvaremos con nuestro amor.

—¡Ay! Ricardo, que bien se echa de ver que no conoce vd. el carácter de mis padres y la severidad de sus juicios.

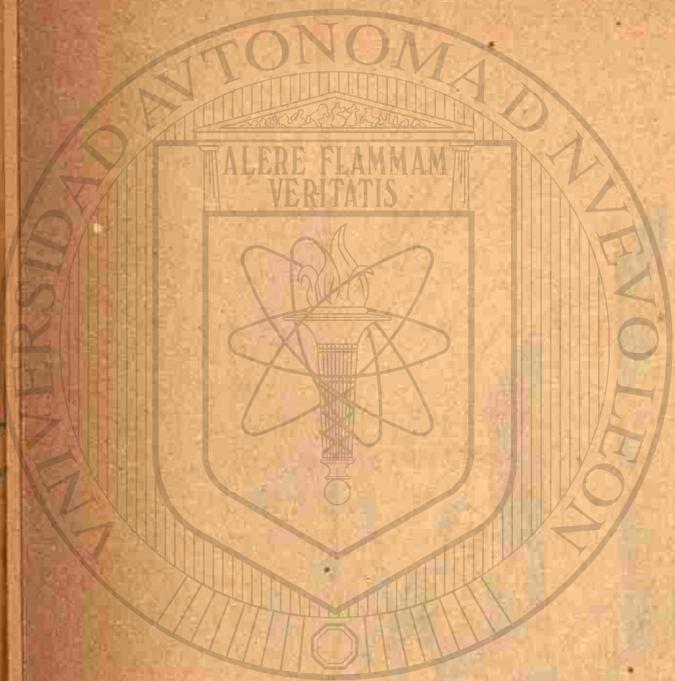
—Pero conozco la terquedad de los míos, y con todo, veo esos obstáculos como castillos de barajas que se desvanecerán al menor soplo, cuando nosotros les digamos á nuestros respectivos padres que nos amamos y que nada en el mundo será bastante á desviar nuestras inclinaciones. Yo, Esperanza, veo en los ojos de vd., la bondad que ha tenido hoy para escucharme y para responderme, veo siempre que la encuentro algo en su frente que me dice que soy amado; pero necesito que me lo diga. Ya comprenderás cual será mi confianza cuando así te hablo añadió con mas ternura, y cuando así confío en que no puedes menos que amarme, porque debes sentir que hemos nacido el uno para el otro, que tenemos que amarnos con toda nuestra alma y que debemos de unirnos algun día para no separarnos nunca.

—En efecto, Ricardo.....comenzó á decir Esperanza, cuando se presentó otra de las damas diciendo, Al cuarto de la emperátriz,

LEYENDAS HISTORICAS.



—¡Esperanza! dijo suspirando el galán, ¿cuando tendrá para mí ese nombre todo su significado?



Ricardo tuvo también que ir á reunirse á la comitiva del emperador, dando á los diablos aquella voz de mando tan inoportuna que vino á cortar la frase mas interesante en la contestacion de su Esperanza.

Ahora diremos brevemente algo respecto de quienes eran Esperanza y Ricardo.

Esperanza era la mas joven y la mas bella de las damas de la emperatriz. Contaba 16 años y estaba ya completamente desarrollada. Si su cuerpo era gentil, si sus formas eran las de una diosa, su semblante no era menos encantador. Sobre todo, sus ojos soñadores deslumbraban con sus miradas y su boca era fina y graciosa, adornada de unos dientes magníficos y de una voz verdaderamente armoniosa. A la vez que el perfil de su rostro era correcto, tenía suma gracia y grande expresion. Ni siquiera necesitaba recargarse de adornos para estar hermosa, porque cuando estaba vestida con mas sencillez mas se veían resaltar sus gracias naturales que la asemejaban realmente á una diosa.

Su físico era pues inmejorable y en cuanto á la parte moral no lo era menos, pues si bien estaba educada algo en las prácticas devotas segun la usanza y no había recibido una gran instruccion, poseía buenos sentimientos naturales y su escesiva temidez la hacía aparecer un tanto mogigatá.

Pertenecía á la noble familia de los Cadena y su padre Don Ramon era orgulloso y testarudo; así como Doña Ana su mujer, madre de la joven, era vana, rencorosa y muy pagada de sus timbres y de su ilustre

prosapia, fundando todo su orgullo en descender de la mas pura raza española.

Ricardo, todo lo contrario, era hijo de un campesino que había hecho gran caudal con su trabajo, quien había prestado á Iturbide fuertes cantidades en los tiempos para él mas calamitosos, por cuyo motivo había querido premiar aquellos servicios ennobleciendo al hijo para quien había buscado un pergamino que le daba el título de marqués del Olmo. D. Hilario Guzman, así se llamaba el rico labrador, había resistido, pero algo de vanidad en la familia y algo de interés en Iturbide, le hicieron aceptar para su hijo el título de marqués y el empleo de edecán.

Ricardo era un guapo mozo, según hemos dicho antes, y aunque había pasado una parte de su vida en el campo, lo cual le había valido hacerse ágil y robusto, en los últimos tiempos había hecho algunos estudios al lado del Lic. Espinosa de los Monteros que era su padrino y le había servido de tutor. Tenía mucho despejo y ambicionaba figurar como militar mejor que como letrado, sentándole muy bien el traje de uniforme que portaba con más frecuencia.

Las familias de Cadena y Guzman poseían fincas de campo limítrofes que les habían ocasionado algunos pleitos en que siempre había triunfado la segunda, porque le amparaba la justicia; y como estas fincas habían prosperado más, porque tenían abundante agua y eran mejor cultivadas, de allí había nacido tal odio de parte de los consortes Cadena hácia los consortes Guzman, que podia llamarse á la altura en que estaba,

irreconciliable. Lo que más les había hecho montar en cólera era lo del título de marqués para Ricardo, lo cual había hecho casi blasfemar á Doña Ana, que si bien era muy religiosa, era tambien muy exaltada. No podia ver con buenos ojos que Iturbide dispensara su proteccion á los Guzman y por eso ellos se habían hecho del favor de la emperatriz hasta entregarle á su hija Esperanza para tenerla más de su parte. Por medio de esta poderosa influencia esperaban un dia ú otro, poder sobreponerse á sus rivales en la Corte. Por su parte la familia Guzman, que no tenia los mismos motivos para aborrecer á la familia Cadena, si bien no la despreciaba porque era muy encumbrada, al menos evitaba todo contacto con ella y sólo se permitia motejarla en muy contadas ocasiones. En lo que si Don Hilario Guzman se mostraba intransigente, era en las propiedades en las cuales mantenía la más rigurosa disciplina, disciplina que consistía en no permitir la menor invasion de sus vecinos, en impedirles que tomaran sus aguas y más que todo, en no dejarles transitar por sus fincas sino era por los caminos reales. Don Ramon de la Cadena, por su parte, acostumbrado por el ejemplo de sus antepasados á toda clase de invasiones, hecho á tomarse los terrenos y el trabajo de los pobres sin admitir observaciones y señor absoluto como queria ser en donde quiera que se encontrara y más en sus tierras, se ponía furioso siempre que encontraba el menor estorbo en sus usurpaciones ó impedimento á sus caprichos, lo cual daba origen á pleitos interminables entre ambos propietarios de que siempre se estaba ocupando la curia,

Por todas esas circunstancias, aquella misma noche cuando Esperanza llegó á su casa acompañada de su hermano y fué llamada á la mesa, no pudo menos de estremecerse al oír á su padre que decía:

—Si es cierto lo que he oído decir, que además del título de marqués intruso que se le ha dado al mequetrefe hijo del aldeano Guzman, se le va á dar también la cruz de la orden de Guadalupe, vale más echar á la lumbre las tales condecoraciones.

—Sí, se están ordinariando mucho, exclamó doña Ana muy indignada. Hacer nobles y caballeros á los trabajadores del campo.....¡no se puede pedir más!

—Yo voy á promover en el Consejo que se haga una representación.

—Y yo, mañana que lleve á Esperanza á Palacio, voy á permitirme decir dos palabras al oído de S. M. la Emperatriz.

—Ahora si al patarato de Guzman.....

—¿Al padre?

—No, al hijo, al hijo, que pasó por aquí á caballo dándose unas ínfulas como si fuera el mismo emperador.....¡qué fátuo! ¡qué necio!.....y levantaba la cabeza viendo á nuestros balcones como queriéndonos dar en cara con su improvisado encumbramiento.... digo, que si á tal individuo se le ocurre volver á pasar por aquí, ha de pesarle.

Esperanza no pudo resistir más y se retiró prestando un fuerte dolor de cabeza.

CAPITULO X

SUEÑOS Y REALIDADES.

El palacio de Moncada, en donde continuaba viviendo la familia imperial con su abigarrada corte que se disolvía en su mayor parte por las noches porque no había suficiente espacio para alojar á todos los que la formaban, presentaba un aspecto de animación inusitada: entraban obispos, generales, magistrados, condes, marqueses y las familias más encopetadas. Las damas de la emperatriz estaban vestidas con sus mejores galas y los caballeros del emperador ostentaban también sus más brillantes uniformes. El tesoro imperial estaba á la cuarta pregunta, una vez que los fondos se habían empleado en alistar la armada que había de exterminar á los revoltosos de Veracruz; pero el fastuoso lujo desplegado en aquella noche disimulaba un tanto cuanto la miseria, debido seguramente á los ahorros de los soberanos que habían tenido que salir á hacer suplementos de alguna consideración á sus vasallos.

Se trataba del bautismo del príncipe Felipe, An-

Por todas esas circunstancias, aquella misma noche cuando Esperanza llegó á su casa acompañada de su hermano y fué llamada á la mesa, no pudo menos de estremecerse al oír á su padre que decía:

—Si es cierto lo que he oído decir, que además del título de marqués intruso que se le ha dado al mequetrefe hijo del aldeano Guzman, se le va á dar también la cruz de la orden de Guadalupe, vale más echar á la lumbre las tales condecoraciones.

—Sí, se están ordinariando mucho, exclamó doña Ana muy indignada. Hacer nobles y caballeros á los trabajadores del campo.....¡no se puede pedir más!

—Yo voy á promover en el Consejo que se haga una representación.

—Y yo, mañana que lleve á Esperanza á Palacio, voy á permitirme decir dos palabras al oído de S. M. la Emperatriz.

—Ahora sí al patarato de Guzman.....

—¿Al padre?

—No, al hijo, al hijo, que pasó por aquí á caballo dándose unas ínfulas como si fuera el mismo emperador.....¡qué fátuo! ¡qué necio!.....y levantaba la cabeza viendo á nuestros balcones como queriéndonos dar en cara con su improvisado encumbramiento.... digo, que si á tal individuo se le ocurre volver á pasar por aquí, ha de pesarle.

Esperanza no pudo resistir más y se retiró prestando un fuerte dolor de cabeza.

CAPITULO X

SUEÑOS Y REALIDADES.

El palacio de Moncada, en donde continuaba viviendo la familia imperial con su abigarrada corte que se disolvía en su mayor parte por las noches porque no había suficiente espacio para alojar á todos los que la formaban, presentaba un aspecto de animación inusitada: entraban obispos, generales, magistrados, condes, marqueses y las familias más encopetadas. Las damas de la emperatriz estaban vestidas con sus mejores galas y los caballeros del emperador ostentaban también sus más brillantes uniformes. El tesoro imperial estaba á la cuarta pregunta, una vez que los fondos se habían empleado en alistar la armada que había de exterminar á los revoltosos de Veracruz; pero el fastuoso lujo desplegado en aquella noche disimulaba un tanto cuanto la miseria, debido seguramente á los ahorros de los soberanos que habían tenido que salir á hacer suplementos de alguna consideración á sus vasallos.

Se trataba del bautismo del príncipe Felipe, An-

drés María Guadalupe, á quien iba á olear el famoso Pérez, obispo de Puebla, y á armar caballero como Gran Maestro de la Orden de Guadalupe su padre el emperador, despues de un paseo procesional por la casa como los que se hacen ahora en las *posadas* y de otras ceremonias que omitirémos, para decir que en esta ocasion y con motivo de haber habido tan gran concurso, aprovechó Ricardo Guzman una oportunidad para acercarse á Esperanza de la Cadena en un ángulo del gran salon en los momentos en que estaba mas entretenida la concurrencia, poniéndose él al abrigo de las miradas indiscretas detras de una cortina.

—Esperanza, le dijo, aquí estoy.

—Sí, Ricardo, ya lo sé: le ví venir y colocarse en ese sitio.

—Ahora es tiempo de concluir aquella frase que no quedó terminada.

—Esa frase en esos momentos, como usted pudo figurarse muy bien, iba á ser de acuerdo con sus sentimientos; pero ahora me horrorizo solo de pensarlo, porque considero imposible toda relacion entre nosotros,

—¿Imposible, Esperanza? ¿has dicho imposible?

—Sí, porque no solo tendríamos que sufrir grandes contratiempos, sino verdaderas desdichas. Dirijase usted, Ricardo, á otra jóven á quien pueda hacer realmente feliz. Yo seria muy desgraciada.

—No digas tal cosa, Esperanza mía. ¿Quién podría estorbar nuestra dicha?

—Nuestros padres y..... mas aún los míos, que verían nuestros amores como un castigo del cielo, como una maldicion.

—¿Tanto así me odian?

—Ellos tienen motivos para guardar hondos resentimientos, no tanto contra usted como contra su familia.

—Cuestiones judiciales, asuntos de intereses son los que nos han dividido; pero eso se arreglará fácilmente, en procurándolo una de las partes.

—¿Usted cree que esos disturbios de tantos años, heredados tal vez de nuestros antepasados podrán acabar algun día?

—Yo te aseguro, Esperanza, que mis padres no tienen rencor alguno porque consideran que siempre han obrado protegidos por la justicia.

—Mientras que los míos creen que quienes han tratado de abatirlos, son las influencias, los manejos torpes y las injusticias.

—¡Ay! dijo Ricardo suspirando, parece que tambien á tí te han trasmitido una poca de su mala voluntad.

—A mí no: yo no entiendo de esas cosas; y si ellos no se mostraran tan ofendidos, yo me consideraria la muger mas feliz viéndome amada por un hombre como usted.

Ricardo sacó una mano por entre las cortinas y cogió la que al descuido habia dejado caer Esperanza. Ella se estremeció, pero no la retiró.

—¿Entonces quiere decir que tu me amas? le preguntó Ricardo con ansiedad.

—¿Y cómo había de poder negarlo aunque quisiera, si el mismo hecho de estar aquí dice bien claro que aunque vea delante de mí el infortunio, una fuerza misteriosa me arrastra á encontrarlo?

—¡Ah! ¿me amas, me amas? ¡Apenas puedo creerlo!

—Y yo lo puedo creer menos cuando anoche mismo oí decir á mi padre que á su hija misma la matoria si la oyera pronunciar una palabra sola de disculpa para los Guzman! ¿Qué haría, pues, si llegara á saber que yo amo al marqués del Olmo, al único hombre en el mundo á quien él no consentirá nunca en dar mi mano.....?

—¡Oh! Esperanza, Esperanza; es terrible eso que me dices, pero yo te juro que tendré valor y fuerzas para conjurar todas las tempestades. Si es preciso, el mismo emperador intercederá en mi favor.

—Ya termina la ceremonia: vamos á separarnos.

—¿Y no hemos de vernos pronto para establecer nuestro plan de conducta?

—Sí, yo diré cuando y cómo. ¡Adios!

Desasíó su mano de las del jóven marqués, y fué á ocupar su sitio entre las damas, radiante de felicidad, pero oscureciéndose de vez en cuando su frente con las sombras de la incertidumbre y del temor.

Hasta entonces había sido Esperanza la mas bella entre las bellas, esto es, en los dos años que hacia había salido por primera vez al mundo, pero en esta noche á todos llamó la atención su espléndida hermosura, mereciendo un cumplido del mismo emperador y un golpecito en la megilla del obispo de Puebla, que le dijo: ¡eres una niña ideal!

Siguió á la fiesta del bautismo, pocos dias despues, otra no menos ruidosa, y fué la del aniversario de la Universidad, en que se sacó en un carro triunfal la imágen de la Concepcion, llevando á sus piés el retrato de Iturbide. Desfilaron los doctores con sus borlas verdes, blancas y amarillas, desfiló la corte, desfilaron las comunidades, desfilaron las tropas, no faltando nadie de los que se suponian ser algo, que no fueran en aquel desfile, con lo que se conseguía un poco que se olvidara lo que pasaba en Veracruz y que las gentes no estuvieran desasosegadas, pues que así se lograba que se dudara cuando menos de la importancia que revestia aquella revolucion, tanto mas cuanto que se llevaba muy apretada la disposición sobre no dejar que se leyeran los impresos de los rebeldes, ni se circularan las noticias, habiendo para lo uno y para lo otro penas muy severas.

Vino en seguida la funcion titular de la Orden de Guadalupe. Conyenia menudear esa clase de fiestas para tener entretenido el ánimo del pueblo y de los políticos.

La Orden de Guadalupe habia tenido una inauguracion muy ridícula en la Villa de Guadalupe, habiendo sido vista en lo general como una mogiganga, tanto por la ceremonia de armar á los caballeros, como por los ridículos mantos y sombreros que estos llevaban: de manera que ya la tal Orden habia merecido no solo la réchifa del público, sino un abundante manajo de chistes y epigramas.

La función titular se verificó en la Profesa con la asistencia del emperador y de toda su corte, oficiando en la misa el obispo de Puebla, que era el amigo y consejero inseparable de Iturbide. Al llegar al Evangelio, todos los caballeros de la Orden, que estaban advertidos, se levantaron como movidos por un resorte, se colocaron los sombreros emplumados hasta las cejas, se terciaron las largas capas, desenvainaron las espadas y rodearon el trono en donde estaba colocada la familia imperial formándole una bóveda de acero.

Todas esas faramallas tenían la significación, como se comprende, de que la Orden había sido instituida especialmente para sostener el principio monárquico, y en primer lugar y sobre todo para que los caballeros derramaran hasta la última gota de su sangre en defensa de la que ya era sagrada familia imperial. El padre Bárcena, que había sido uno de los regentes, subió al púlpito cargado con todas las insignias de la caballería y dijo un sermón que edificó á los presentes, haciendo una sola trinidad de la virgen de Guadalupe, del padre de Iturbide con toda su descendencia y de todos los caballeros de la Orden. Ninguna de las tres entidades quedaba abajo de las otras dos; pues que la virgen brillaba por sus milagros, la familia imperial por su grandeza y los caballeros por sus armas.

A la pantomima religiosa había que asociar la pantomima profana, y se dispuso que por la noche se celebrara una tertulia en Palacio concurriendo los caballe-

ros con sus trajes y respectivas insignias y la familia imperial con todas las suyas, esto es, se dispuso una especie de bailecito de fantasía, aunque con todo el ceremonial de la corte, que estaba en estudio.

En el gran salón, alumbrado con muchas bujías y mecheros de aceite, se veían como si fuera una gran mascarada: trajes de obispos, de canónigos y de frailes; trajes de militares de marina y de infantería y caballería en que dominaban los colores rojo y amarillo, así como los plumeros; las capas blancas y rojas de los caballeros de la Orden, llevando al cuello y en el pecho diversas insignias, las damas de la corte vestidas todas de azul celeste, y los edecanes de azul más subido y cuajados de galones y entorchados, en suma, la familia imperial con sus mantos de púrpura recamados de oro, brillando en sus cabezas las coronas cuajadas de brillantes y topacios, las cuales habían costado siete mil pesos.

Todo aquel heterogéneo conjunto de colores chillantes mezclado con el que llevaban las personas de la curia, los comerciantes y simples particulares que iban vestidos de negro, lo mismo que las señoras de edad, así como las señoritas en lo general, vestidas de blanco, daba una vista especial al salón, como la que pudiera ofrecer un baile de carnaval.

A las doce de la noche después de una procesion de caballeros y de una plática que sobre la caballería hizo el obispo de Puebla, se bailó la cuadrilla imperial al compás de una música pausada y solemne, y concluida, se permitió á las damas de la corte y á la

demás concurrencia que continuaran bailando dos horas más, porque á las dos en punto se serviría el ambigú y se disolvería la reunion.

Ricardo aprovechó, pues, el pequeño desorden que se produjo en el salon, (mientras estuvo cubierto e emperador recibiendo en su retrete á personas muy señaladas), á cuyo efecto se dirigió á Esperanza para invitarla á bailar.

—¡Es imposible! le contestó ésta muy asustada, aquí están mis padres.

—Han ido á besar las manos á la familia imperial, dijo Ricardo, y aun cuando llegaran á vernos juntos, creo que esto nada tendria de particular.

Tranquilizada ella en parte, porque en efecto estaban ocupados los viejos haciendo la corte, y en parte por las palabras de Ricardo, se levantó á bailar.

No tenian los jóvenes cinco minutos de estarse diciendo ternezas, cuando surgió como por escotillon, presentándose delante de ellos la pálida figura de don Ramon de la Cadena, quien con voz temblorosa por la ira, dijo á su hija:

—Esperanza: pide excusas al caballero que te acompaña porque tenemos que irnos inmediatamente.

La joven dejó de bailar y se manifestó tan aturrida como si hubiera caído un rayo sobre su cabeza.

● Ricardo haciendo una profunda inclinacion ante el padre de la novia le dijo con sincera humildad:

—Señor Don Ramon, yo soy el que tengo que pedir excusas por haberme atrevido á solicitar de la hermosa hija de vd. que me hiciera compañía en el

balle y soy el primero en obedecer las respetables órdenes de vd, que es persona que tanto venero, entregándole desde luego á la señorita Esperanza ya que vd. dispone llevársela.

—Sí lo dispongo, contestó el viejo con rudeza, pero realmente desconcertado con la cortesía del joven marqués.

Este puso la mano de Esperanza en la de Don Ramon y haciendo una profunda reverencia á ambos se alejó sin afectacion.

Don Ramon preocupado é indeciso, no sabía que hacer si dar el pequeño escándalo de salirse cuando apenas la fiesta comenzaba ó quedarse al lado de Esperanza cuidándola y haciéndole algunas observaciones. Optó por lo último, pero teniendo que dar sobre ello alguna ligera explicacion á Ricardo para corresponder á su finura. Este ya por su parte estaba satisfecho, porque en los cinco minutos que tuvo en sus brazos á Esperanza había oído que esta le juraba amor eterno y que le daba una cita que era lo que mas apetecía en el mundo.

La fiesta de Palacio concluyó sin novedad, pero al día siguiente se hizo otra que produjo la mayor hilaridad. Conforme á los estatutos de la orden de Guadalupe el último de Diciembre debian celebrarse las honras fúnebres de los caballeros que hubieran fallecido. Hasta ese momento ninguno había muerto, pero como los Estatutos decian que debia haber honras fúnebres, se verificaron estas con toda solemnidad, enlutándose el templo de la Profesa. Parece que esta farsa fué la

que dió el golpe de gracia á la Orden, pues que de allí salieron los mismos caballeros riéndose á carcajadas de Iturbide y de su consejero el Obispo de Puebla que le metía en la cabeza tantas pamplinas.

Siguieron otras muchas fiestas entre ellas las promociones militares que se hicieron, tanto por premio á las primeras victorias que se alcanzaron contra los revolucionarios, como por el feliz alumbramiento de la emperatriz; siguió la jura que se hizo en favor del emperador; y estaban todavia frescos los recuerdos de todos aquellos desperdicios, cuando tras la noticia de que se habia unido Echávarri con Santa Anna, cosa que parecia increíble, llegó la que pareció mas fabulosa todavia, la de que el marqués de Vivanco, nnevo capitán general, á quien tanto habia agasajado Iturbide, tambien se habia pronunciado contra el imperio. El Sur estaba levantado en armas: Bravo habia entrado á Oaxaca: en suma, la monarquía se desmoronaba, porque por todas partes surgian pronunciamientos, y lo peor de todo era que avanzaba al mando de los generales Echávarri y Negrete sobre México, el Ejército que habia recibido el pomposo nombre de libertador.

A Iturbide le pareció todo aquello como una pesadilla y permaneció atontado varios dias sin tomar ninguna disposicion, hasta que sus consejeros y aun su mujer misma lo excitaron á que se moviese. Entonces mandó comisionados haciendo proposiciones y ofrecimientos á los pronunciados, expidió un manifiesto ofreciendo que convocaría una representacion na-

cional, recurrió al terror y decretó prisiones; pero, ¡nada! la tempestad seguia avanzando y el imperio desmoronándose. Sin embargo, como todo lo de aquella monarquía debia concluir en sainete, unos dos capitanes, comanche el uno y apache el otro, llegaron á México, entraron á Palacio, y le dijeron á Iturbide:

—No te apures, compadre, nosotros te traeremos veintisiete mil indios para que te sostengas.

Y como un náufrago de todo se coge, Iturbide los creyó, lo hizo público y hasta los mas imperialistas se rieron con ganas de la ocurrencia.

Estaba el 10 del mismo Marzo nuestro héroe don Antonio en el gabinete del general Victoria á eso de las once de la mañana, cuando llegaron á este pliegos de la Junta de guerra que funcionaba en Puebla, dándole noticias del buen cariz que presentaba la revolución, y como se había resuelto destronar de pronto á Iturbide á reserva de lo que dispusiera la representación nacional, haciendo falta solo para que el golpe fuera redondo, que hubiera también un ejército revolucionario que apoyara el plan de Casa Mata en los Estados del Interior.

Santa Anna, que había logrado, según su costumbre, inspirar gran confianza á Victoria como amigo y partidario suyo, de lo cual le había dado muestras en las dos veces que le había querido ceder el mando, respetándolo como su superior y admirándolo siempre por su valor, por su constancia y por su práctica militar, cogió al vuelo aquella confidencia del Directorio y construyendo rápidamente un plan en su cerebro, le dijo:

—Mi general, se comprende muy bien cual es el objeto encubierto de esa indicación de la Junta.

—¿Cuál? le preguntó Victoria.

—Que V. E. mande algunas tropas que no le hagan falta para que desembarquen en Tampico y se presenten engrosadas por el rumbo de San Luis Potosí, amenazando también al Imperio.

Victoria, que no era tan perspicaz como Santa Anna, se quedó mirando á éste sin comprender cual era su intención. Entonces le explicó muy ampliamente

S. ALTEZA.—15

CAPITULO XI.

PREMIO AL INTRIGANTE.

El desmoronamiento del pantomímico imperio de Iturbide se había acentuado mucho en el mes de Marzo de 1823.

Un directorio revolucionario funcionaba en Puebla, en el cual ocupaban el primer lugar el marqués de Vivanco, Negrete, Echávarri y seguían todos los que habían sido masa dictos á la corona, los que mas habían ayudado al generalísimo y mas marcados honores habían recibido de su gobierno, todo lo cual sentía él como heridas mortales en su corazón, diciendo en sus conversaciones privadas á la emperatriz que no había visto ni creía que pudieran existir monstruos mas grandes de ingratitud como aquellos hombres.

Victoria, según hemos visto antes, se había quedado al frente de la comandancia de Veracruz y el mismo 8.º Regimiento que seguía al mando de Santa Anna, formaba parte de la guarnición que estaba á sus órdenes, de manera que el héroe del motín había vuelto á quedar de simple subalterno, lo cual no cuadraba bien con sus grandes ambiciones.

que podía ser muy bien que la idea de la Junta fuera la de que se le ayudara con fuerzas por aquel rumbo, pero en el evento contrario de que no fueran esas las intenciones del Directorio, allí estaba ese pliego para que pudiera cubrir la determinación de aquel movimiento, que tanto convenía á Victoria para contar con un buen cuerpo de ejército en el interior mandado por un amigo leal que estaba dispuesto á dar su vida por engrandecerlo. Santa Anna era audaz, y dijo por fin sin embajes á Victoria:

—Una vez caído Iturbide y establecida la República, ninguno tiene méritos como V. E. para ser electo Presidente, y en mí tendrá su principal apoyo.

Victoria cayó en la trampa y sostuvo á su vez la oportunidad de que Santa Anna apareciera con su Regimiento por Tampico, de lo cual se propuso dar cuenta al Directorio, acordando con Santa Anna que lo haría en el momento en que estuviera ya para embarcarse á fin de que no hubiera tiempo de recibir una contra-orden.

Mientras avanzaba Santa Anna con su Regimiento, el imperio cayó, Iturbide tuvo que salir desterrado con su ex-imperial familia, entró el ejército libertador á México, funcionó el congreso, se nombró un triunvirato para que desempeñara el Poder Ejecutivo interinamente y varios partidos entraron en lucha presentando serios obstáculos á la revolución.

Santa Anna desembarcó en Tampico, llegó á marchas forzadas á San Luis Potosí, y aunque se encontró todo dispuesto de muy distinta manera de como creía

sin que nadie se apresurara á ponerse á sus órdenes para engrosar su ejército, etc., etc., como vió que todo andaba revuelto y que se necesitaba hacer ruido, mucho ruido, satisfecho de que el que gritara mas, se habia de llevar la palma, hizo un nuevo pronunciamiento en San Luis declarándose "Protector del sistema Federal."

—¿Qué sistema es ese? le preguntó un vecino curioso.

—Yo no lo conozco, le contestó Santa Anna, pero he oído decir que ese es el que mas conviene en estas circunstancias.

En San Luis le sucedió otra vez á Santa Anna lo que le habia pasado en Veracruz: se presentó allí el general Armijo que también era partidario del sistema federal, tuvo que ponerse á sus órdenes porque era su superior y que desistir de su plan de protectorado, no librándose por eso de ser llamado á México para responder de su conducta, previniéndosele que dejara el Regimiento en Querétaro al mando del jefe que se le designó.

—¡Diablo! ¡diablo! exclamó Santa Anna, yo soy el autor de todo esto, por mí tienen el mando esas gentes de México, y sin embargo, yo voy á ser el primer procesado. ¡Bravo por la gratitud de los políticos! Aquí era mano de pronunciarse por cualquier plan para no tener que ir á dar cuenta de mi conducta; pero como no me han de hacer nada y me conviene mucho ir á mezclarme en las intrigas que hay ahora y en las que indisputablemente tengo que hacer papel, ¡vamos á México, y Cristo con todos!

Antes de salir de Querétaro habló en secreto con los oficiales de su confianza, acordando con ellos la manera de estar en frecuente comunicacion.

Llegó á México, y al dia siguiente, vestido con todos sus arreos de brigadier, se presentó al Ministerio de la Guerra. El ministro Herrera, que sabia era muy poco paciente, le hizo guardar una pequeña antesala y lo recibió agradablemente. En tono de chanza le dijo:

—¿Cómo ha ido, señor protector de la federacion?

—Excelentísimo señor, le contestó Santa Anna, ¿no dicen los papeles públicos que está triunfante la causa que yo juré sostener en San Luis?

—Allá íbamos todos, solo que vd. se apresuró demasiado; pero vamos á ver, señor brigadier, ¿qué entiende su señoría por sistema federal?

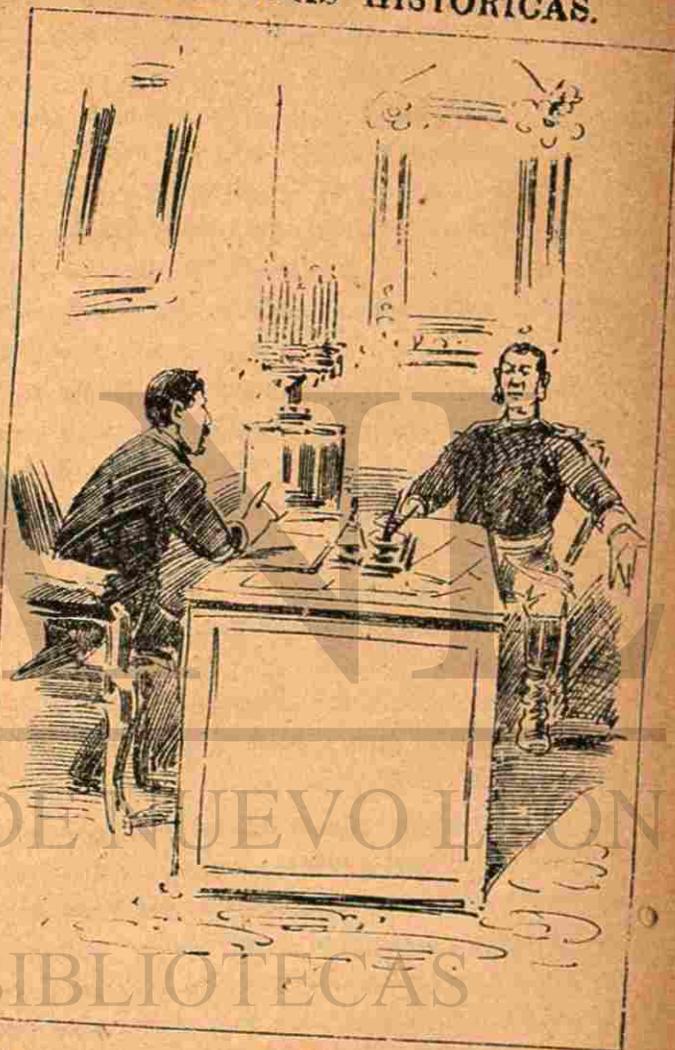
—Diré á Su Excelencia, que cuando yo me pronuncié en Veracruz por la República, maldito lo que entendía de lo que era eso, á no ser por Santa María y un licenciado de Jalapa que me lo explicaron; pero cuando en San Luis me pronuncié declarándome protector de la Federacion, me quedé tan en ayunas como lo estoy hasta ahora porque nadie ha podido explicármelo ni bien ni mal.

—Entonces ¿por qué se pronunció vd?

—Porque los amigos me lo comunicaron en sus cartas y porque algunos potosinos me lo exigieron como una muestra de mis ideas avanzadas, y á mí me gustó el plan para singularizarme.

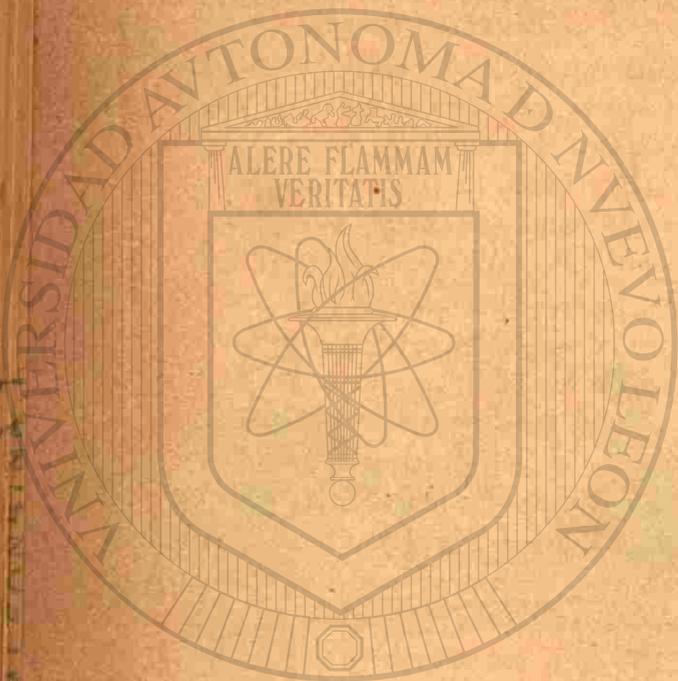
—Pues en premio de la franqueza con que usted

LEYENDAS HISTORICAS.



—De manera que cuando yo creía que se me iba á recibir con palmas.....?

—Ha estado á punto de que se le reciba con calabozo.



DIRECCIÓN GENERAL DE

me habla, le ofrezco empeñarme con el Poder Ejecutivo, y especialmente con Michelena que es el de mas influjo para que lo traten mejor que como se habia pensado.

—¡Ah! ¿pues qué se queria hacer conmigo?

—Encerrarlo por providencia precautoria en la Acordada ó en algun cuartel: yo tengo las instrucciones al efecto y para que en seguida se le formara un proceso en forma por su rebeldía.

—¡Cáscaras! ¡Por mi rebeldía! y es mi plan el que ha triunfado!

—Sí, pero vd. dió tan mal ejemplo, que ahora cada cual se está pronunciando por lo que se le antoja, y todos los militares le están perdiendo el respeto al gobierno por culpa de usted.

—De manera que cuando yo creía que se me iba á recibir con palmas.....

—Ha estado á punto de que se le reciba con calabozo.

No dejó de desconcertarse Santa Anna y aun se puso mustio; pero luego Herrera para tranquilizarlo le dijo:

—Somos amigos, hicimos juntos la campaña de Veracruz y es natural que me interese por un buen compañero. Así, pues, bajo mi responsabilidad se va usted á su alojamiento con la única obligacion de presentarse todos los dias al Ministerio mientras se resuelve sobre su persona. Para que no le falten recursos hoy mismo puede ocurrir á la Tesorería por quinientos pesos.

Por supuesto Santa Anna se retiró satisfecho y fué á cobrar el dinero con el propósito de morder, si era necesario, la mano que se lo daba, como había hecho con Iturbide, quien, se recordará, le hizo un obsequio semejante de su bolsillo particular para que al día siguiente se le rebelara.

Como los días pasaban y todo el país estaba revuelto, y Santa Anna no podía moverse porque se sentía vigilado, escribió á sus oficiales del 8.º diciéndoles que se pronunciaran por cualquiera cosa, mientras él iba á reunirlos. En efecto, el 8.º se pronunció en Querétaro, pero el general Bravo estuvo pronto á someterlo y ordenó su disolución, mirando Santa Anna con ojos tristes desde lejos que había concluido su Regimiento, aquel cuerpo con que contaba para cualquier calaverada que se le ocurriera.

En las siguientes semanas vió al mismo Michelena, vió á Victoria, movió cielo y tierra para salir de aquella situación, y estaba ya consiguiéndolo, cuando ocurrió el pronunciamiento de Lobato en la misma capital.

Entonces Santa Anna se encontró en su elemento, que era el de la intriga. Por un lado fué con los pronunciados y les dijo que contaran con él, y que se les reuniría luego que pudiera allegarles nuevos elementos; pero por el otro fué y se ofreció al Gobierno como mediador, asegurándole que tenía tanta influencia sobre los gefes rebeldes, que estaba seguro de hacerles aceptar cualquiera transacción.

Se encontró con que el Gobierno era enérgico, con que este tenía un mejor apoyo, que era el del Con-

greso, pues los congresos eran entonces tan respetados, como que se les tenía por la verdadera Representación nacional, y obtuvo la respuesta de que no se necesitaba su intervención, y que si quería, podía aliarse con los revoltosos. Vió que con estos no podía tampoco ocupar el primer término, y prefirió meterse en baraja, esperando el desenlace de los sucesos.

Los sucesos se desenlazarón á favor del Gobierno, los pronunciados se sometieron y entonces Santa Anna volvió á mover sus influencias para que se terminara su causa que apenas se había comenzado y en el mes de Marzo de 1824 consiguió, á fuerza de intrigas, que el asesor de guerra Licenciado Alvarado estendiera su parecer del todo favorable al procesado haciendo valer sus servicios prestados en Veracruz durante la guerra de independencia, como después proclamando allí la República y en San Luis el sistema federal que era el que había triunfado, por lo cual opinaba que lejos de merecer castigo era acreedor á los premios que de seguro tendría que otorgarle el gobierno.

El general Barragan que era el comandante militar, acordó de conformidad adhiriéndose en todo al dictamen del asesor y Santa Anna desde ese día comenzó á visitar á todos los miembros de influencia en el gobierno, haciéndoles patentes sus méritos y de tal manera lo veían moverse y meterse en todas las casas, como si realmente tuviera grandes negocios entre manos, que el gobierno se alarmó y trató de Santa Anna en consejo de ministros.

—¿Que hacemos con este hombre? preguntó el Ministro de la Guerra.

—Sería conveniente darle alguna colocación en Palacio para tenerlo cerca, opinó Victoria que era uno de los tres miembros del poder ejecutivo.

—Haré observar á ustedes, dijo otra vez el Ministro de la guerra, que lo primero que reclama Santa Anna es la banda de general por estar comprendido en el decreto que hizo generales á todos los brigadieres.

—Es muy justo que lo hagamos general, apoyó Michelena.

—Pero si nada mas de jefe de cuerpo ha sido tan quisquilloso, ¿que no hará siendo general?

—Este nos va á dar muchos dolores de cabeza, opinaron todos.

—Se me ocurre una idea, señores, dijo Alaman. Debemos quitarlo de la provincia de Veracruz, porque allí es donde tiene sus influencias.

—Por eso digo que lo tengamos aquí cerca, donde podamos vigilarlo, afirmó Victoria.

—Aquí es muy capaz de armarnos una bola el día menos pensado, dijo el de la guerra. Ustedes no conocen á Santa Anna bien peinado.

—Que continúe exponiendo su proyecto el de relaciones.

—Pues mi proyecto continuó diciendo Alaman es que lo mandemos de gobernador á la Península yucateca.

—¡Pobres yucatecos! exclamó Victoria, ¿qué nos han hecho para que les mandemos á tan inquieto personaje?

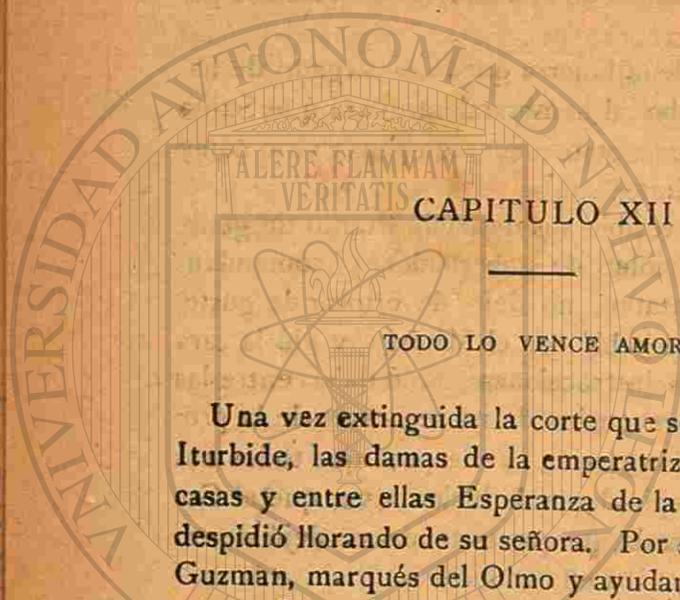
—Es que solo allí no podrá hacer muchas intrigas.

Siguió deliberándose, y concluyeron todos por aceptar aquella indicacion de Alaman como la menos peligrosa.

El Ministro de la Guerra quedó encargado de hacer mucho bombo al nombramiento para que Santa Anna lo estimara como una recompensa y no como un destierro militar.

De pronto, al recibir sus despachos tanto de general de brigada, como de gobernador y comandante militar de Yucatan, no dejó de brincar de gusto, pero despues que habló con el Ministro y vió la cara que ponía y las instrucciones que le daba, entre las que llevaba la prevencion de no separarse de la provincia sin permiso escrito, y despues que todos sus amigos los conspiradores le hicieron ver que el Gobierno lo desterraba porque le temia, no dejó de exclamar cuando ya iba en camino:

—¡Que no me separe sin permiso escrito! eso ya lo veremos: cuando menos lo aguarden ya tendrán por aquí al general Lopez de Santa Anna.



CAPITULO XII

TODO LO VENCE AMOR.

Una vez extinguida la corte que se había formado Iturbide, las damas de la emperatriz se fueron á sus casas y entre ellas Esperanza de la Cadena, que se despidió llorando de su señora. Por su lado Ricardo Guzman, marqués del Olmo y ayudante ó edecan del emperador, quiso seguir la suerte de éste acompañándole hasta Jalapa en donde fué disuelto el cortejo imperial de orden superior. Iturbide fué conducido á Veracruz para deportársele á Italia y la mayor parte de su servidumbre regresó á la capital, pidiendo sus pasaportes los que la formaban á las nuevas autoridades dimanadas de la revolucion. Si bien Ricardo dejaba pesaroso á su Señor, tanto por el cariño que le profesaba como porque deseaba haber corrido á su lado algunas aventuras en que se pusiera á prueba su valor, en cambio los deseos de ver á su amada le daban á las para volver al seno de su familia que tambien lo esperaba con ansia.

—En fin, le dijo su padre abrazándolo, luego que se apeó del caballo, en el patio del palacio que ocupaban en la calle de Santa Inés, creo que es mejor que todo eso haya concluido porque tu madre no tenia vida con los cuidados en que la habias puesto con tu ausencia.

—Señor, le contestó Ricardo, con mucha pena me vine del lado del emperador al cual deseaba haberle podido dar algunas pruebas de mi lealtad y de mi adhesion, derramando por él mi sangre.

—¡Qué sangre, ni qué alforjas! exclamó don Hilario, que era un buen hombre muy llano y muy poco fino, muy mal educado por un español bastante brusco que habia sido su padre, antes bien desde ahora debes ver en donde escondes tu titulillo de marqués que nos costó tan buenos pesos.

Iba á contestar Ricardo al tiempo que doña Ventura que tambien bajó las escaleras, lo estrechaba entre sus brazos. Doña Ventura era la excelente mujer de don Hilario, madre por consiguiente de Ricardo, el único heredero de la familia.

Pasó este la mañana muy contento al lado de sus padres; pero despues que hubieron comido juntos, aprovechó la hora de la siesta para salir á dar una vuelta por la calle de las Capuchinas, en donde vivia Esperanza. Puertas y ventanas estaban cerradas como las de las demas casas á esa hora, y tuvo que estacionarse por allí cerca esperando alguna oportunidad para ver á su amada. Esta no se presentó, pero en cambio, al poco rato de estar allí el jóven, apare-

ció el cochero en la puerta al cual hizo una seña, diciéndole:

—Ven acá, Juan.

Juan que había sido ya el intermediario de aquellos amoríos, y que por ello había recibido buenas propinas, corrió al lado del capitán, diciéndole:

—La niña no sabe que está aquí su señoría, pero corro á avisarle, si es que encuentro un pretexto para subir.

—Entonces le darás también esta carta.

Al entregarle la carta puso en las manos del cochero un puñado de pesos, agregándole:

—Esta noche á las ocho vendré yo mismo por la contestación.

La carta era una carta de amor como todas, en que le preguntaba si no lo había olvidado durante su ausencia, si todavía le amaba, etc., etc., y la contestación la obtuvo Ricardo á las ocho en el mismo estilo, con la circunstancia, además, de haber visto á Esperanza un momento asomada al balcón.

En la segunda ó tercera carta Esperanza advirtió á Ricardo que ya sabían en su casa su regreso y que le rogaba no se dejara ver, y usara, tanto para pasar por allí como para escribirle, de las mayores precauciones, porque su padre estaba más intransigente que nunca por quien sabe que nuevas reyertas de vecindad que habían tenido los mayordomos de las haciendas de una y otra familia.

Y tanto se repitieron las quejas y tanto se acentuaron las hostilidades de don Ramon de la Cadena para

con Ricardo, que al fin este se resolvió á dar un paso atrevido, introduciéndose cierto día en su despacho.

Don Ramon era un español altivo, y lo primero que dijo luego que reconoció á Ricardo, fué esto:

—Yo no tengo ningun negocio con usted, señor mio.

—Es negocio mio el que vengo á tratar.

—Tampoco quiero oír los negocios de usted.

—Por favor, señor, exclamó el jóven doblando una rodilla, lo que deseo más vivamente es, que se ponga término de cualquiera manera á las animosidades de familia, que no hay razón para que existan.

—No es usted, sino su padre el que tiene que darme una satisfacción.

—El se la dará á usted, luego que sepa que usted se ha dignado atenderme.

—¿A mí condiciones.....?

—No son condiciones, señor, es una súplica. Yo me encargo de hacer la reconciliación con ustedes.

—Y ¿á qué fin.....?

—¿A qué fin? Usted lo sabe, señor: yo amo á Esperanza y ella también me ama á tal grado que no podremos vivir el uno sin el otro.

—¿Qué es lo que está usted diciendo, desgraciado?

Don Ramon fuera de sí, se levantó y empezó á buscar algo para tirarle encima á Ricardo. Este también se levantó y conociendo que había ido demasiado lejos, se apresuró á decir:

—¿Acaso soy tan indigno, señor, que me tiene usted tal aborrecimiento?

—No quiero estallar, pero usted me obliga, exclamó don Ramon apretando los puños, odio lo mismo á usted que á toda su raza, somos rivales y jamas podremos ser amigos. Renuncie usted á sus insensatas pretensiones y procure no volver á ponerse más al alcance de mi brazo.

—Señor, volvió á decir Ricardo, desplegando una sonrisa amarga, vine humildemente á pedir gracia, resuelto á alcanzarla, ó á.....

—¿A qué.....?

—O á decirle, que usted, señor don Ramon, será el responsable de las consecuencias.

Como Ricardo sabia cual era el efecto que habian de producir estas palabras, las dijo ya cerca de la puerta, por la cual desapareció al mismo tiempo que don Ramon le tiraba con un libro de cuentas que fué lo primero que encontró á la mano, gritándole:

—¿A mí amenazas.....? canallas, basuras estas de Guzmanes.....!

Don Ramon subió tembloroso á referir á su familia la cólera que acababa de hacerle pasar el mequetrefe *aquel*, que no nombraría mas, y prohibió terminantemente á Esperanza bajo penas severísimas, que volviera á entenderse en lo más mínimo con aquel indigno mancebo.

Ricardo, por su parte, que tenia ya mil medios para entenderse con Esperanza, quiso aprovechar los momentos de emoción, que son siempre los mas favorables para sacar partido, la escribió diciéndole que era necesario que hablaran unos minutos, y que al efecto

saliera al balcon de su alcoba al oscurecer sin temor alguno de que la comprometiera. ¡Fía en mí! terminaba diciéndole.

Ella no comprendió el enigma, y obedeció luego que lo juzgó oportuno, asomando primero tímidamente la cabeza.

— ¡Esperanza!

No le cabia duda: habian pronunciado su nombre, y era la voz de Ricardo la que habia llegado á sus oidos muy distintamente; pero ¿en dónde estaba que se oia como si estuviera muy cerca? Entonces se adelantó un poco mas sacando una parte del cuerpo.

— ¡Esperanza! volvió á decir la voz, siempre muy inmediata.

La jóven volvió la cabeza y vió muy cerca de ella en el balcon de la casa contigua á su querido Ricardo.

Los enamorados tienen siempre mil expedientes á la mano para burlar la oposición de los padres, cuando la hay, y el jóven Guzman habia trabajado todo el dia en proporcionarse las llaves de la casa vecina á la de los Cadena, que estaba deshabitada.

Brevemente refirió á su novia los medios que habia empleado, y en seguida le habló del mal resultado que habia tenido la entrevista con su padre.

—Sí, contestó ella, mi pobre padre hizo tal mohina que todos creiamos iba á enfermarse; por fortuna desahogó su cólera con los criados, y ya se calmó un poco. Yo bien te lo habia dicho, Ricardo, los enconos de nuestras familias son tan profundos, que es inútil todo esfuerzo que se haga para calmarlos.

—En la mía no encuentro tan tenaz resistencia, Esperanza, hoy mismo les he hablado de mi amor, de que ya tenían conocimiento por otras personas, y creo, por lo que me han dicho, que aplaudirían fuera este un medio para hacer cesar los disturbios.

—Yo estoy desesperada, le dijo la jóven desentendiéndose de esa noticia que le produjo mortificación, todo el día he llorado por las palabras que me ha dirigido mi padre.

En seguida le refirió todas las protestas, todas las amenazas, todas las prohibiciones que había pronunciado don Ramon. La muerte misma seria poco castigo para la jóven si acaso insistía en desobedecerle.

—¿Y tú, bien mio? le preguntó Ricardo con el tono mas dulce, ¿qué es lo que piensas?

—Yo, no pienso nada, Ricardo, ó mejor dicho, pienso amarte en silencio, consumirme con mis penas y... morir.

—Tu no eres de las mujeres que se doblegan, Esperanza mia, conozco bien tu carácter, tu no eres tímida, y estoy seguro de que no cederás ante las amenazas.

—Pero crees que he de entrar en lucha abierta con mis padres? y suponiendo que no cometan violencias conmigo, ¿crees que pueda tener la resolucion de martirizarlos con los disgustos?

—¿Entonces es á mí á quien piensas sacrificar?

—No lo digas, Ricardo. Sacrificarte á tí, que eres mi dueño, el dueño de mi voluntad y de mi alma? ¡Jamás!

—Pues si cuento contigo, Esperanza, yo te juro arrojar los obstáculos. Si no es hoy, será mañana, será de aquí á un año ó de aquí á diez; pero júrame que no me has de abandonar cualesquiera que aquellos sean, júrame serme fiel á pesar de todo, júrame sostener mi fortaleza con tu amor, júrame no amar mas que á mí en el mundo!

—Te lo juro con toda la fé de mi alma, Ricardo. Presiento la lucha, presiento el Infortunio, presiento un porvenir lleno de tempestades, pero estando tambien segura de que me amas, de que piensas en mí á todas horas, de que nunca me olvidarás en ninguna circunstancia, todo, todo lo sufriré con resignacion y con paciencia.

Podian fijarse en ellos los transeuntes, podia ser llamada Esperanza, ó podia ser vista por alguno de su casa desde los otros balcones, y convinieron en separarse para volver á verse allí mismo al día siguiente, pero á las once de la noche, cuando todos estuvieran dormidos, á fin de no despertar sospechas.

Entre tanto don Ramon habia redoblado su vigilancia encargando á su esposa que no se separara de su hija en todo el día para que no pudiera escribir carta alguna, apostando espías en las calles y previniendo á toda su servidumbre que no pasara recado ni papel alguno á la familia sin avisarle, reservándose la facultad de dar los permisos para que su familia pudiera salir á la calle, pues aunque fueran á misa él habia de acompañarlas,

A la noche siguiente estuvieron hablando de balcon

á balcón por una hora larga, y solo se separaron cuando comprendieron que corrían gran peligro de ser observados por las rondas, por los serenos, por los capitanes de vigilancia y por otras autoridades civiles y militares que pasaban á pié y á caballo de cuando en cuando. Ricardo podía ser detenido al volver á su casa á horas avanzadas en aquellos días en que los turbulentistas eran considerados como enemigos peligrosos, principalmente si habían sido militares del imperio.

Acordaron por lo mismo ambos jóvenes dejar pasar cuatro días y volver á verse al quinto á las cuatro de la mañana para conversar hasta el momento en que llegaran los primeros albos de la mañana.

Si bien estuvieron hablando á esas horas con toda tranquilidad, observaron que habían corrido el peligro de ser sorprendidos por don Ramon que era muy madrugador y que temprano abría su balcón, lo cual puso en aprietos á Ricardo que no pudo salir de la casa contigua por temor de ser visto hasta las siete, hora en que el padre de Esperanza fué llamado á tomar su desayuno.

Las entrevistas se siguieron verificando á diversas horas, no obstante esas pequeñas dificultades, pero entonces se presentó otra mayor, y era que se extrañaba que la casa, cuyas llaves tenía Ricardo, permaneciera tanto tiempo vacía, que el propietario de ella á pesar de haber recibido una cantidad mientras se le resolvía si se tomaba ó no la casa en arrendamiento, exigía que se ocupara ó se devolvieran las llaves. Esto y el haberse avivado en ambos jóvenes la llama del amor, los resolvió á cometer la mayor de las impruden-

cias. Esperanza consintió, despues de presentar muy débil resistencia, en que Ricardo hiciera una tentativa para descolgarse del balcón suyo al de ella que estaba un poco mas bajo. El jóven había estudiado bien la maniobra y la practicó con la mayor facilidad. Todo fué asunto de pasar una cuerda larga por los barandales de los dos balcones y despues de darle tres vueltas á fijar los extremos en el de arriba.

En la primera noche Esperanza cerró las persianas, y los dos jóvenes se estuvieron afuera de la alcoba, cegidos de la mano y reclinados en el barandal. En la siguiente noche Esperanza puso dos sillones un poco mas adentro dejando el balcón abierto como si así la claridad del cielo le sirviera para proteger su virtud. Pero á la tercera noche las caricias de Ricardo fueron tan ardientes, los besos tan repetidos, las palabras que pronunció fueron tan conmovedoras, que la misma Esperanza cerró las persianas para que no les molestara el frío, quedándose los dos amantes á oscuras.

Ricardo había penetrado á la alcoba de Esperanza á las once de la noche, debía retirarse á las doce..... ¡qué sorpresa para ambos jóvenes cuando vieron entrar los primeros albos del día por entre los intersticios de las persianas.....!



CAPITULO XIII.

LLUEVEN PRONUNCIAMIENTOS.

Tres ambiciones muy grandes ejercían un dominio pleno en el carácter de Santa Anna: la de figurar mucho, la de ser rico y la de ser amado de las mujeres. Ya se comprenderá qué teatro tan vasto se le presentó para todo esto en la Península yucateca. Después que satisfizo las dos últimas, se consagró á la primera pretendiendo organizar una expedición armada para apoderarse de la Isla de Cuba. Si el Gobierno lo hubiera dejado, allí habría acabado el ambicioso ó..... hubiera llevado á cabo una empresa que le hubiera llenado de renombre. Su proyecto que describió al gobierno del general Victoria, consistía en sorprender con quinientos hombres de buena tropa el castillo de la Cabaña en la Habana, para de allí continuar la conquista de la Isla, que según él le habría inmortalizado.

Cuando se tuvo conocimiento en el Palacio Nacional de la temeraria empresa de Santa Anna, se dividieron las opiniones de los ministros: el de la Guerra, que lo era Gomez Pedraza, dijo:

—No estoy porque se apruebe tal calaverada, pero una vez que Santa Anna la lleva á efecto, bajo su exclusiva responsabilidad, estoy porque el gobierno se haga el disimulado. Si triunfa Santa Anna, lo que es casi imposible, algo se ganará; pero si lo matan, mas se ganará indudablemente con que desaparezca un hombre díscolo y perverso.

Sin embargo, el Gobierno se apresuró á destituir á Santa Anna del mando de la Península, y éste guardó profundo rencor á Gomez Pedraza, porque fué informado de sus palabras.

Una vez destituido del gobierno de Yucatan, se volvió á Veracruz á sacar partido de su cargo de vicedirector, aun antes de recibir órdenes, como militar, ni menos la escrita que se le habia prevenido para que en ningun tiempo pudiera separarse de aquella Provincia, faltando así á la disciplina, según su costumbre, seguro de la impunidad de que se podia disfrutar en aquellos tiempos por los audaces, componiendo los asuntos mas peliagudos con un pronunciamiento, viniendo á servirle al efecto á las mil maravillas el de Montaña, que aconteció en aquellos dias, quien proclamó un cambio de Ministerio y la abolición de las sociedades secretas.

—¡Diablo! exclamó Santa Anna, cuando se habia puesto en camino en busca de los pronunciados, y le

enseñaron el plan, si yo soy grado 30 del rito escocés, cómo voy á componérmelas?

Y se situó en Huamantla á observar los acontecimientos. Desde allí vió que se ponía á la cabeza de la nueva revolucion el general Bravo, que era grado 33 y además vice-presidente de la República, y entonces quiso hacerse valer, escribiéndole que le ayudaría con sus elementos y se pondría con ellos en actividad, si le ofrecia la banda de general de Division y el nombramiento de segundo en jefe del Ejército. El punto de disolver las asociaciones secretas era lo de menos, pues ó no se cumplia con ese artículo ó se cumplia, y tambien le importaba muy poco.

Apenas habia comenzado á escribir á sus amigos de la provincia de Veracruz y á ponerse en contacto con los revolucionarios Bravo y Montañó, sin que nadie les hubiera secundado, cuando vió que Guerrero por parte del gobierno llevaba tres tantos mas de fuerzas, y entonces Santa Anna dijo al secretario que lo acompañaba llamado Pedro Tellez:

—No escriba vd. una carta mas á favor de Bravo y antes bien rompa todos los papeles que puedan comprometernos. Ya no vamos á unirnos con Bravo sino con Guerrero.

Y poniéndose al frente de ciento cincuenta hombres que se le habian reunido con unos quince oficiales de sus partidarios, fué al encuentro del general Don Vicente Guerrero y sin mas ni mas se le presentó diciéndole:

—Aquí estoy.

—¡Cómo! general, exclamó Guerrero sin poder disimular su asombro; me habian asegurado que era usted de los pronunciados.

—Usted puede creer, mi general, que yo podia pronunciarme contra el Gobierno del general Victoria que es mi protector? ¡Imposible! antes bien vengo corriendo á ofrecer á usted mis servicios, y de este paso he dado ya cuenta al supremo gobierno.

—Tambien por mi parte voy á hacerle alguna consulta, porque estoy entendido de que el gobierno contaba con utilizar los servicios de usted en alguna otra parte.

—En efecto, Gomez Pedraza no queria que me viniera de Yucatan; pero yo me he entendido en lo particular con el Presidente Victoria.

—Dé manera que trae usted alguna comunicacion?

—Traigo varias en mi equipaje, pero la mas decisiva me llegará tal vez mañana, que es cuando espero el regreso de un extraordinario que mandé á México desde Huamantla.

En efecto, Santa Anna que era precavido y que nunca hacia sus intrigas á medias, tuvo cuidado de escribirle á Victoria, que luego que habia sabido la rebelion de Montañó, habia volado, como era de su deber, aun sin esperar órdenes, á tomar la justa defensa del gobierno de quien era leal servidor.

—Está bien, le dijo todavia Guerrero, yo soy gran maestre de los yorkinos y Bravo es gran maestre de

los escoceses á cuyo rito sé que tambien pertenece vd., ¿no tiene vd. ningún escrúpulo en ir á bñtir á su jefe?

—Tan no lo tengo que cuando estemos al frente de Bravo yo propondré á V. E. un buen plan para capturarlo, que me dará resultados infalibles.

Tanto los miembros del gobierno como el general Guerrero fingieron creer en las protestas de adhesion de Santa Anna, proponiéndose vigilarlo, porque tenían en las manos las pruebas de su infidelidad, disimularon la circunstancia de conocer su conducta, y le contestaron que aceptaban sus interesantes servicios, dándosele el mando de una Brigada, en cuyos cuerpos no habia mas que coroneles y oficiales de toda confianza.

Llegaron frente á Tulancingo que era el punto en que se encontraba Bravo con unos seiscientos pronunciados y Guerrero, de acuerdo con Santa Anna, provocó un arreglo con Bravo para tratar de que ajustaran un armisticio de ocho horas. Santa Anna aprovechándolo se metió á Tulancingo con sus tropas, sin que nadie se lo impidiera y se apoderó de Bravo como habia ofrecido, y al entregárselo á Guerrero, le dijo:

—Ese es el plan de que hablé á V. E. como infalible, y esta es la prueba mejor que puedo dar al supremo gobierno de mi lealtad.

Así fué como murió en su cuna aquella revolucion. Cuando Santa Anna iba custodiando á Bravo, que era llevado preso á México, le dijo al oído:

—No se afija, general, la que yo les preparo no fracasará.

Despues fué desterrado Bravo con otros oficiales y en la navegacion murió el coronel Don Manuel Santa Anna, hermano del general, que por culpa de este se habia comprometido en aquella desgraciada revuelta.

Al general Don Antonio nada de esto le importaba porque iba á su objeto.

Sucedió entonces que Barragan, gobernador de Veracruz, se apresuró demasiado á pronunciarse por el plan de Montañó, con la mira de que Santa Anna no se le sobrepusiera, errando completamente sus cálculos, pues que una vez que hubo quedádose solo en la liza, tuvo que entregarse, y fué depuesto del gobierno y metido en una prision. Entonces Santa Anna con uno de aquellos rasgos de audacia que tanto le distinguían, fué y se apoderó de Veracruz como vice-gobernador, llenando de asombro á sus amigos y enemigos, pues que entonces ya todos le temian, porque ninguno sabia á qué hora se les voltearia. Así es que unos y otros se propusieron vigilarlo y principalmente el gobierno de México, porque ya sabia que donde quiera que estuviera Don Antonio Lopez, tenia que estallar por fuerza un pronunciamiento.

Por de pronto el congreso veracruzano lo depuso y mandó que se le formara causa, entre otros delitos por el de peculado: ya se habia dedicado entonces á comprar haciendas con los fondos públicos que hacia que de buena ó de mala manera cayeran en sus manos: lo

del proceso no fué del agrado del general, y comenzó á buscar un pretexto para pronunciarse, encontrándolo plausible en la cuestión electoral que estaba muy ardiente en México entre Guerrero y Pedraza. Si bien poco antes había defendido á este contra Bravo y Montañó, ahora iba á encontrar la oportunidad de vengarse de él por aquellas palabras de que *lo dejaran que pereciera en su loca tentativa de apoderarse de la Habana para que el país se librara de un hombre tan pernicioso.*

Burló, pues, al Congreso que lo encausaba, así como al general Mora, comandante general de Veracruz que lo tenía libre en Jalapa bajo su palabra de honor, y evadiéndose de allí el 11 de Septiembre de 1828 con una parte del 5.º batallón y un escuadrón de caballería, mandado por D. Mariano Arista, se dirigió á Perote con cuya guarnición contaba, y allí proclamó la elección libre del Gral. Guerrero para Presidente. ¡Debió tener gracia en aquel entonces, eso de proclamar una elección libre del pueblo por medio de las armas! En su proclama puso verde Santa Anna á Gomez Pedraza, que era el candidato contrario de Guerrero, y quien realmente había ganado ya la elección. Santa Anna se apoderó allí mismo de 400 hombres que se mandaban en cuerda á Veracruz, vistiéndolos y armándolos con los elementos que había en la fortaleza: en Tepeyahualco se apoderó de una conducta de caudales que se remitía á Jalapa por el gobierno, y ya

tuvo un ejército de dos mil hombres con que comenzar la campaña.

Si bien los pronunciamientos se menudearon por todas partes, como era de costumbre, pues que bastaba que uno diera el grito para que los demás lo secundaran, como Santa Anna personalmente siempre era desgraciado en el comienzo de sus empresas, pronto fué derrotado hasta tres veces, teniendo que ir á refugiarse en Oaxaca, perseguido, no solo por las fuerzas del gobierno, sino por un decreto terrible del Congreso, en que se le declaraba fuera de la ley y se ponía á precio su cabeza. Allí estaba el revolucionario en el último extremo, sin encontrar agujero en donde meterse y meditando la manera que le proporcionara aunque fuera el modo de salvar el pellejo, porque ya su causa estaba enteramente perdida, cuando de la noche á la mañana, á virtud del pronunciamiento que se verificó el 30 de Noviembre en la Acordada por el coronel Don Santiago Garcia, desgraciado instrumento de los caudillos Lobato, Zavala y Guerrero, pues que murió en los primeros encuentros, vino á desenlazarse por de pronto la revolución con la huida de Pedraza, y con el nombramiento que hizo Victoria de Guerrero para Ministro de la Guerra, no sin que los de la Acordada hubieran dejado de saquear antes, como de costumbre, el Parian, los almacenes y el Palacio del Gobierno.

Como Santa Anna en su plan revolucionario había

pedido la expulsión completa de los españoles, tuvo que decretarla Victoria poco antes de entregar el gobierno á Guerrero, declarado ya Presidente por el congreso en virtud de la revolución.

El corto periodo de gobierno que se dejó á Guerrero, estuvo, como es sabido lleno de turbulencias, siendo una de las primeras la invasión de Tampico por fuerzas españolas mandadas de Cuba á las órdenes de Barradas.

Santa Anna que habia quedado triunfante, aunque siempre desconfiado de todos, estaba ya meditando un nuevo pronunciamiento en Jalapa en donde tenia unos mil hombres reunidos, cuando con gran regocijo vió presentársele la coyuntura de lucirse con la invasión extranjera. Sin esperar órdenes del gobierno se precipitó para Tampico, poniéndose sobre la marcha de acuerdo con el general Terán que iba para San Luis y juntos lograron hacer rendir á Barradas, siendo premiados ambos con las banderas de generales de División.

He allí pues lograda una de las principales ambiciones de Santa Anna á una edad en que pocos hombres llegan á tal altura: Santa Anna era general de División, esto es, se encontraba ya á un paso de la Presidencia en la cual no dejó de pensar desde aquel momento.

Sanchez Facio, que fué uno de los hombres mas intrigantes y malvados que habia en aquella época, hizo

pronunciar al vice-presidente Bustamante contra Guerrero y cuando iban con el Ejército que este les habia confiado, con dirección á la capital abandonada ya por el Presidente, Santa Anna se pronunció contra los pronunciados en Jalapa, no habiendo de pronto contra quien mas pronunciarse; pero luego que vió la cosa perdida disolvió á la poca gente que tenia y fué á ocultarse en su hacienda de Manga de Clavo de que ya era propietario.

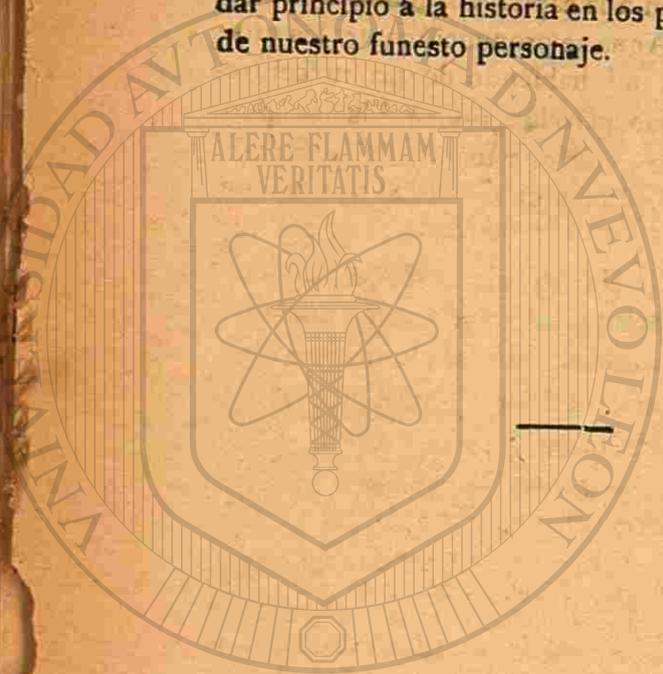
El partido que se habia estronizado con Bustamante era el monarquista que se ocupó en destruir á los republicanos y en mandar asesinar á Guerrero, haciéndose odioso al país, de cuya circunstancia se sirvió Santa Anna para hacer pronunciar al coronel Landero que murió en la sangrienta batalla de Toluca ganada por las fuerzas del gobierno á Santa Anna. El pronunciamiento habia sido solo pidiendo la caída del ministerio.

No habiendo dado resultado este plan en 1831, se proclamó otro por el mismo Santa Anna llamando al que tenia por su mayor enemigo, á Pedraza, haciéndolo que retirara la renuncia que del cargo de Presidente habia hecho en las elecciones anteriores, que le fueron favorables.

Como Pedraza era popular, aquél plan prendió, y en Diciembre de 32, terminó la nueva revuelta con el convenio de Zavaleta, conforme al cual debían hacerse nuevas elecciones bajo la presidencia de Pedraza, que no era al fin mas que uno de tantos instrumentos de Santa Anna, quien consiguió al fin que en 1833

se le nombrara Presidente de la República, viendo así coronado el éxito de sus pronunciamientos.

Rápidamente hemos reseñado esos sucesos para dar principio á la historia en los puntos mas salientes de nuestro funesto personaje.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIV.

TEMPESTADES DOMESTICAS.

La bellísima Esperanza, tan alegre, tan bulliciosa, tan fresca, tan sonrosada, que era antes la alegría en la corte de la emperatriz y el encanto de su casa, no solo por su buen humor y sus agudezas, sino por los mimos con que trataba á sus padres y aun á los sirvientes, ahora estaba triste: se le veían desaparecer los vivos colores de sus mejillas, así como el fulgor de sus miradas, pareciendo marchitarse sus ojos con sus lágrimas y su frente con los pesares, lo mismo que se echaba mucho de menos su animacion y su carácter festivo, porque ya muy poco salía de su alcoba, en donde se pasaba encerrada las horas enteras, quizás llorando, quizás entregada á los pensamientos mas melancólicos. La primera que se fijó naturalmente en que su hija comenzaba á desmejorarse, y que su genio alegre se había tornado en taciturno y meditabundo, fué su madre Doña Ana que dijo á Don Ramon en una noche de aquellas:

—Nuestra Esperanza se nos muere si sigue con esa vida que lleva.

—Ya, ya cambiará de vida, ahora que por necesidad tengamos que salir de este país de donde vamos á ser expulsados.

—¡Expulsados! exclamó Doña Ana, olvidando por un momento la causa de Esperanza que se proponía defender ante su marido, ¿será posible que se hagan caso á los disparates del loco Doñ Antonio Santa Anna?

—Como ha triunfado el plan de Perote, tiene que decretarse conforme á él una nueva expulsión de españoles que comprenderá á todos los que nos habíamos escapado de la primera.

—Quiere decir entonces, que si la niña no se nos muere aquí, se nos morirá en el mar!

—Y es lo peor de todo, continuó diciendo Don Ramón, dando siempre señales de su mal humor, que si antes era muy difícil tener inteligencia alguna con la familia Guzman, ahora que parece está unida con los demagogos es de todo punto imposible, porque ahora nos querrian tratar á latigazos.

—Es llevar muy lejos las pasiones, hombre de Dios.

—Sí, ¡hombre de Dios! y tu eras siempre la que mostrabas mas altivez y mas intransigencia contra esa familia que siempre nos ha vencido con sus influencias y con su dinero.

—No niego que me inspiraron algun desprecio esas gentes por su sangre, sin que tuviera ninguna envidia á sus riquezas, porque nosotros no somos pobres;

pero cuando se trata de la vida de nuestra Esperanza, hay que pensar en la posibilidad de alguna transacción, ya que la buscan.

—No hay ninguna, no puede haberla. En primer lugar nos odiamos de muerte, y en segundo lugar tenemos que odiarnos mas desde que traicionando ellos á los iturbidistas se han aliado á los descamisados que son los que decretan á cada momento medidas atroces contra los peninsulares.

—¿Quieres que mande llamar á Esperanza?

—Me es igual, no he de ceder aunque la vea morir.

Doña Ana creyó que Don Ramon se ablandaria un poco viendo la actitud triste de Esperanza y siempre la mandó llamar.

Esperanza se presentó vestida con negligencia, dibujándose en su semblante mas bien los tintes del terror que los de la melancolía. ¿Sobre qué irian á interrogarla? Aquel llamamiento tan inesperado la habia hecho temblar. ¿Qué habrían descubierto sus padres? ¿qué les habrían contado? Lo primero que hizo al llegar fué dirigirles una mirada inquieta.

Doña Ana fué la primera que rompió el silencio, diciéndole:

—Te hemos mandado llamar para hacerte saber que muy pronto tenemos que salir para España en virtud del nuevo decreto que va á darse ó se ha dado para la completa expulsión de los españoles.....

No habia acabado de hablar Doña Ana, cuando

Esperanza rompió á llorar: aquellas palabras habian ido á clavarse como otros tantos cuchillos en su corazon. Aquella, interrumpiéndose, la atrajo hácia sí cariñosamente agregando:

—Ven á los brazos de tu madre, ¿qué es lo que tienes, hija mia?

Don Ramon volvió á otro lado la cara para que no vieran que se conmovia un poco.

Esperanza en medio de sollozos dijo estas palabras imprudentes arrancadas por el dolor:

—Yo no puedo salir de aquí... ¡eso es imposible!

—¡Imposible has dicho! exclamó don Ramon levantándose.

La jóven empezó á llorar y á temblar sin poder añadir palabra.

—Debes comprender, le dijo entonces Doña Ana, que tu conducta es incomprensible, ¿por qué dices que tu no puedes salir de aquí aunque se vayan tus padres? ¿qué enigma ocultas con esas palabras? ¿Quién podrá tener mas imperio sobre tí que nosotros?

—¡Madre mía! ¡madre mía! dijo apenas Esperanza, siempre llorando, y cayendo á la vez de rodillas.

—Pero ¿qué es esto? ¿qué quiere decir esto...? Esa actitud, ¿significa que pides perdon de alguna falta ó que nos diriges una súplica...?

—¡Madre mía...!

—Bueno: acaba de llorar, serénate, siéntate y hablemos con toda franqueza. Dime lo que piensas, lo que descas...

Don Ramon en tanto estaba paseándose á lo largo de la sala. En esto se detuvo ante las dos mujeres y cruzándose de brazos, dijo con tono que quiso hacer dulce, pero que denunciaba su exasperacion:

—Ahora podrá decirnos ya esta criatura en qué se apoya para afirmar que no ha de salir de aquí tambien desterrada como nosotros?

—No sé lo que dije... suspiró Esperanza.

—Te lo repetiré. Has dicho: "yo no puedo salir de aquí, eso es imposible!" Ahora nosotros queremos que nos des la explicacion de esas palabras.

Esperanza que comprendió que lo primero que tenia que hacer era salvarse de pronto, sacando fuerzas de flaqueza, exclamó á la vez que se cubria la cara con las manos:

—Dije eso por Ricardo... solo por Ricardo... porque cada dia se agotan mas mis fuerzas.

La explicacion era hasta cierto punto satisfactoria y ambos esposos se dirigieron una mirada de inteligencia. Despues que Don Ramon hubo dado otros paseos por la estancia, se detuvo y dijo imperiosamente:

—Pues bien, yo te ordeno que deseches esos pensamientos por dos razones que ya conoces: una, porque es imposible que entres al seno de una familia que nos aborrece tanto como nosotros la aborrecemos, y la otra porque tienes que seguir á tu padre que va á ser arrojado de esta nacion muy pronto.

—¡Padre...! ¡mi amado padre mio! exclamó Espe-

ranza otra vez cayendo de rodillas y enclavijando las manos, todos ceden y solo usted es el que permanece inflexible. Esas gentes no nos odian, yo lo sé bien: yo sé que se manifiestan deseosas de una reconciliación; y..... no me atrevo á decir otra cosa....

—¿Qué cosa? preguntó Don Ramon, casi echando espumarajos de rabia.

—Que su amistad nos protegerá contra el gobierno..... por eso ha entrado á servirle Ricardo..... solo por eso.

—No me nombres á ese traidor....

—¡Padre mio...!

—¡Silencio,...! Todo acabó ya por mi parte.

Se salió de allí á largos pasos diciendo palabras incoherentes y Esperanza se cayó sobre la alfombra desplomada.

Habian transcurrido cinco meses desde las últimas entrevistas nocturnas que habian sellado la felicidad de los dos amantes. Sólo de cuando en cuando habian logrado verse venciendo grandes dificultades. Ricardo habia entrado al servicio militar y con motivo de una campaña habia estado ausente los dos últimos dos meses, que era cuando Esperanza se habia demorado más con los sufrimientos, pues veía con temor que se aproximaba el momento en que todo tenia que descubrirse, porque llevaba el fruto de su amor en las entrañas. ¡Qué situación tan terrible para ella, no sólo por su crédito que iba á verse perdido ante la sociedad, sino más aun, por las terribles con-

secuencias que su conducta le traería cuando de ella se enteraran sus padres! A nadie podía confiarle un secreto de tanta responsabilidad, ni á su mismo confesor, al cual habia tenido tambien que ocultarle su delito. No tenia más en el mundo que Ricardo, al cual no encontraba tampoco la forma de confiarle el secreto de que él era cómplice.....¿No sería fácil que él al saberlo se asustara, ó que se entibiara su afecto y le volviera también las espaldas? ¿Y cómo haría para que lo supiera?

¡Con qué ansia! pero á la vez, ¡con qué temor! lo esperaba aquella noche. Ignorándose en su casa que habia llegado á México se ejercia menos vigilancia sobre ella que también se habia sorprendido, recibiendo un papel en que le daba una cita para las doce de la noche. Ella tenia ya desde antes oculta una escala de cuerda que habia de arrojarle cuando Ricardo le hiciera cierta contraseña.

Llegó el momento.

Recobró algunas fuerzas que le habian abandonado y las tuvo para echarle la cuerda luego que se anunció con la seña convenida.

Segundos después caía desvanecida en sus brazos. No necesitó ella explicarse cuando volvió en sí, Ricardo todo lo habia comprendido.

—No te abandones á las penas, la dijo lleno de noble resolución, los momentos son preciosos y debes ante todo pensar en la manera de salvarte.

—No hay otra más que morir, Ricardo, sólo quería verte por la última vez y decirte adiós.

—Pobre Esperanza mía! Tú que eras tan valiente, que cobarde te has vuelto!

—Y mi honra, Ricardo! Y la cólera de mi padre!

—Huyamos de aquí si temes á la cólera de tu padre.

—¡Oh! ¿huir?..... ya lo he pensado, pero mi madre se moriría de dolor y entonces no podrias tú presentar ante la sociedad á una mujer digna y honrada.

—Y á mí la sociedad, ¿qué me importa?

—Sí te importa, Ricardo; te importa más que todo, tu familia.

En esta no había pensado Ricardo y se quedó meditando.

A poco dijo con desaliento:

—Y el caso es que viene á complicar más nuestra situación el decreto contra los españoles.

—Yo para nada tengo ya valor más que para morir, exclamó la joven desolada.

—¿Morir tú, alma mía, y por mí? ¡Nunca!

La estrechó en sus brazos con pasión y dijo animosamente:

—Lo primero que tengo que hacer es conseguir que no se vea el nombre de tu padre en la lista de los expulsados, y lo conseguiré.

La joven respiró.

—Después de esto hay que confesárselo todo á tu madre. Ella nos salvará.

Esperanza se puso lívida y se sintió desfallecer.

La dejó que se serenara y continuó diciéndole á la vez que la cubría de besos.

—Reflexiona bien que no tenemos más que dos caminos: ó la huida con todos sus inconvenientes ó la confesión con la perspectiva de salvarnos.

—Queda el de la muerte, agregó Esperanza con voz sombría.

—La muerte no, somos jóvenes y podemos y debemos ser felices. Aparta de tu imaginación esa idea espantosa que me hace perder el valor.

—Y lo tendré yo para hablar á mi madre?

—Pues si tú no la hablas, me obligarás á que yo lo haga.

—¡Oh! eso nunca! Exponerte á otra humillacion? Yo he sido la culpable, yo debo sufrir sola todas las consecuencias.

Antes de despedirse Ricardo de Esperanza, le reiteró sus ofrecimientos de emplear todas sus relaciones é influencias para impedir que su familia quedase comprendida en la expulsion, pero de modo que jamás se supiera que á él se debía tal servicio, y además le dijo:

—Si por desgracia la señora doña Ana te trata con dureza ó de cualquiera modo te ofende, mis brazos están listos para recibirte y mi familia no te cerrará los suyos y aun creo que te acompañará á donde sea necesario para ponerte al abrigo de las murmuraciones. Valor, Esperanza mía! y yo te prometo que saldremos con bien de este conflicto.

Después de dichas estas palabras la acarició y salió por el balcon, cuando la mañana estaba alboreando.

Esperanza ya no pudo dormir en las dos horas

que le quedaban, mientras se llegaba lá del desayuno, pero se presentó en el comedor animosa y casi altanera, lo cual no pudo menos que llamar la atención de doña Ana y de don Ramon que se quedaron viéndola con extrañeza. Hasta las huellas del cansancio y de la vigilia que tanto se le acentuaban en los días anteriores, parecían haber desaparecido de su semblante. Ahora estaba otra vez animada y sonriente.

Don Ramon se retiró pronto, porque según dijo, estaba arreglando de la mejor manera posible sus negocios para estar dispuesto á emprender el viaje tan luego como se lo ordenaran. Doña Ana se quedó sola con Esperanza y ésta no queriendo que fuera á extinguirse el valor muy grande que sentía por el momento, invitó á la primera á pasar á su habitación para hacerle una confidencia importante.

Llegados á la alcoba de Esperanza, esta cerró por dentro, se echó á las plantas de su madre y le confesó su falta de un modo tan claro que no podía dejar lugar á dudas.

A medida que la jóven adelantaba en su relación, la señora iba perdiendo el color hasta caer casi desfallecida en un sillón que se encontraba cerca del lecho.

—¡Desgraciada! exclamó sin poder volver de su asombro, ¿no sabes que tu padre te matará luego que lo sepa y que se matará él mismo para no sobrevivir á su deshonra?

—Yo sola, yo sola quiero morir, yo, que soy la culpable.

Después de los mas duros reproches que salieron por la boca de Doña Ana, se abrieron un lugar am-



—¿Morir tú, alma mía, y por mí? ¡Nunca!

plísimo los sentimientos compasivos de su corazón, abrazó á Esperanza llorando y le dijo entre sollozos:

—Ahora lo que se necesita es pensar en salvarte y salvarnos. El medio mejor es que salgamos para Europa mañana mismo.

—¡Por Dios, madre mía! Vamos pensando antes lo que hemos de hacer para no darle semejante golpe á mi padre. No te pido mas que ocho días para reflexionar. Si durante estos no se nos ocurre nada, te ofrezco inmolarme.

A los ocho días ya Don Ramon habia recibido una carta del Presidente, en que le decia que quedaba exceptuado de la expulsion que se habia decretado para todos los españoles y con el fin de que no se notara, le aconsejaba saliera á pasar dos ó tres meses en alguna de sus haciendas.

Don Ramon protestó al principio, pero luego convino en que era mejor para sus intereses no salir del país y consintió en quedarse.

Doña Ana consideró que era el momento oportuno de confesar lealmente la situacion á su marido, y tuvo con él una conferencia á solas. Ya se comprenderá el espanto que tal revelacion le produciria.

—Ya ves, le dijo, hasta donde puede conducir la obstinación en contrariar los sentimientos naturales de los jóvenes.....

Don Ramon no la oyó ni la dejó concluir. Ciego de ira cogió una arma para ir á matar á Esperanza. La buscó por todas partes, y no pudo encontrarla. Doña Ana habia tenido buen cuidado de mandar á

su hija á la casa de una amiga suya mientras pasaba la tempestad.

Tres días despues se veía un coche de camino á la puerta de la casa de Don Ramon. Al subir Esperanza cubierta con un velo, dejó caer al descuido un papel que se apresuró á recoger un cargador. Este cargador era Ricardo disfrazado.

CAPITULO XV.

LA GALLERA PRESIDENCIAL.

Así como el primer caso de *ley fuga* que tuvimos en el país, fué el que ordenaron el Presidente Bustamante y su Ministro Facio, aplicándose á los prisioneros Colin y coronel Reyes Veramendi, que fueron matados por sus guardias, so pretexto de querer fugarse, así el primer Cincinato que tuvimos, fué el general Santa Anna, que, despues de cada revolución se retiraba á Manga de Clavo, para continuar desde allí manejando las intrigas, para las cuales, ademas de tener habilidad propia, le fueron muy propicias las circunstancias de la época.

El general hacendado estableció en la finca todo el *confort* que era necesario para la residencia habitual de un gran Señor, de modo que no le faltaba ni la sociedad de ambos sexos, ni una bodega bien surtida, ni un buen cocinero, ni las mejores viandas que podian proporcionarle el país y el extranjero. A mayor abundamiento habia mandado construir fuera del palacio y en lugar que pudiera considerarse neutral para los fo-

su hija á la casa de una amiga suya mientras pasaba la tempestad.

Tres días despues se veía un coche de camino á la puerta de la casa de Don Ramon. Al subir Esperanza cubierta con un velo, dejó caer al descuido un papel que se apresuró á recoger un cargador. Este cargador era Ricardo disfrazado.

CAPITULO XV.

LA GALLERA PRESIDENCIAL.

Así como el primer caso de *ley fuga* que tuvimos en el país, fué el que ordenaron el Presidente Bustamante y su Ministro Facio, aplicándose á los prisioneros Colin y coronel Reyes Veramendi, que fueron matados por sus guardias, so pretexto de querer fugarse, así el primer Cincinato que tuvimos, fué el general Santa Anna, que, despues de cada revolución se retiraba á Manga de Clavo, para continuar desde allí manejando las intrigas, para las cuales, ademas de tener habilidad propia, le fueron muy propicias las circunstancias de la época.

El general hacendado estableció en la finca todo el *confort* que era necesario para la residencia habitual de un gran Señor, de modo que no le faltaba ni la sociedad de ambos sexos, ni una bodega bien surtida, ni un buen cocinero, ni las mejores viandas que podian proporcionarle el país y el extranjero. A mayor abundamiento habia mandado construir fuera del palacio y en lugar que pudiera considerarse neutral para los fo-

rasteros, una amplia Plaza de Gallos, que no se diferenciaba mas que en los asientos y otras pequeñas particularidades de las demas que entonces habia en todas las poblaciones de la República, por haber llegado á ser la diversion favorita del público, una vez que lo era de un personaje muy principal, abocado á ser el primero y el único mas adelante.

—¡Cierren las puertas! se oyó gritar á un individuo vestido con chaqueta de pieles, que tenia todas las trazas de hombre de campo, y que era en los momentos en que llevamos al lector á Manga de Clavo, el pregonero que daba los gritos en el centro del lugar cercado para la lidia.

El grito de ¡cierren las puertas! parece que es reglamentario en las peleas de gallos cuando hay *grande y chica*, esto es, cuando las principales apuestas se van de un lado, á fin de que no se salgan los que tienen depositadas las de la *chica*, llevándose el dinero *casado*, cuya disposición se dictó seguramente aconsejada por la experiencia, pues tan luego como ha ganado el gallo menos popular, se abren las puertas, una vez que ya los que tienen en su poder el dinero de la apuesta, son los que ganaron. El pregon parece, pues, muy ofensivo, pero ya están habituados á él los galleros y todos se conforman con que se les dé públicamente esa muestra de desconfianza, considerándola como muy natural.

—Doscientos pesos mas al giro contra el colorado, gritó el corredor de Santa Anna, enseñando á la vez un puñado de onzas de oro que traia en la mano.

—Juegan, contestó un rancharo de Jalapa recibiendo el dinero y sacando á la vez de la bolsa ciento y tantos pesos tambien en oro que le correspondian, los que colocó sobre el bordo de la barrera junto á la cual estaba sentado.

Ahora, mientras principia la pelea, haremos una pequeña descripcion del local. Era este circular, amplio, como para contener hasta quinientas personas cómodamente, cubierto por una especie de bóveda con armazon de madera y con cubierta de tejas encarnadas, dejando entre este techo y el muro un grande intersticio para la luz y la ventilacion. La arena, ó sea el lugar de la lidia, en efecto, muy bien enarenado, estaba cercado de una valla circular, fuera de la que habia tres estrados comunicados con la misma valla, el uno para los jueces del campo, y los otros dos, uno en frente del otro para ser ocupados por los galleros principales, que ordinariamente eran Santa Anna y las autoridades de Veracruz y de Jalapa por una parte y los hacendados ricos de la vecindad, por la otra, que tambien eran afectos á este juego, para el cual siempre llevaban algunos miles de pesos en monedas de oro y plata. El estrado en que se colocaba Santa Anna tenia al frente una mesa con carpeta verde, sobre la cual habia montones de onzas de oro bien alineadas, cajas repletas de navajas, cordones de seda y todos los demás útiles empleados en la pelea; el sillón destinado al general estaba acoginado con terciopelo, pendiéndole de todos lados grandes borlas de cordones de oro, y á los piés, un taburete, tambien acogi-

nado y forrado de terciopelo carmesí con borlas de hilos de oro, y á los lados se veían cuatro especies de plateas divididas del resto del local con tapices y cubiertas de colgaduras, las que se destinaban para las familias invitadas de las haciendas y de las poblaciones inmediatas.

Al rededor del circo seguían los asientos para la concurrencia ordinaria compuestos de sillas y de una gradería, enteramente separada esta para las gentes del pueblo, esto es, para los soldados de la escolta y para los trabajadores de la Hacienda. Generalmente en estas diversiones se veían muchos relumbrones correspondientes á los militares que formaban el séquito de Santa Anna y los Estados Mayores de los demás generales y á los ayudantes de los coroneles pertenecientes á las guarniciones de las plazas vecinas.

En esta vez, tanto la hacienda de Manga de Clavo como las otras haciendas del Departamento, como las ciudades de Veracruz y de Jalapa, estaban atestadas de militares y políticos, porque se estaba esparciendo la noticia de un gran acontecimiento que habia de cambiar y mejorar la suerte de todos.

—Fuera del redondel todo el mundo gritó el pregonero.

Entonces brincaron la barrera los corredores de apuestas que quedaban, y solo permanecieron en el círculo los amarradores y topadores. Estos arrancaron plumas á sus gallos de la golilla y de la cola para irritarlos, poniéndolos al frente de otro gallo cualquiera, con el mismo objeto, les aseguraron las navajas en

los espolones, los colocaron en seguida en la raya correspondiente, dándoles á la vez un ligero impulso para lanzarlos uno encima del otro. Los gallos, que tienen para combatir con los de su especie mas desarrollado el instinto que los mismos hombres, y que mientras mas finos son y están mas bien cuidados, tienen mayor valentía, corrieron á encontrarse, multiplicándose en un instante las acometidas con ciega furia, de manera que en segundos casi quedó decidida la pelea, habiendo abierto el colorado al giro el vientre con un terrible navajazo, que le privó de la vida. El colorado tambien recibió una herida en una pierna, pero, como si no le doliera ó como si tuviera conciencia de su triunfo, abrió las alas y lanzó un canto sonoro que fué muy aplaudido.

A la vez se oyó al gritón, que dijo con voz robusta.

—Abranse las puertas, se ha hecho la chica.

No habia peligro, pues, de que nadie se saliera con las apuestas, una vez que las habian ganado los mismos depositarios.

Santa Anna dió un manazo, con cólera casi, sobre la mesa, pues el hermoso gallo giro, que era uno de sus consentidos, le habia hecho perder mas de dos mil pesos, dando un triunfo inesperado el gallo jalapeño del partido de los hacendados.

Pero su disgusto, que de todas maneras debia de ser pasajero, porque estaba muy acostumbrado á estos lances, se disipó con mas razón y como por encanto, cuando vió entrar á su ayudante Legorreta, el cual le dijo:

—Excelentísimo Señor: allí está ya el correo de México.

—Que entre.

El ayudante vaciló, como si no hubiera oído bien, y Santa Anna tuvo que repetirle:

—Que entre, que entre aquí mismo.

Tan seguro así estaba de que deberían ser buenas noticias las que tenía que traerle.

El correo, que era un ranchero todo vestido de cuero, entró muy empolvado y sonando las espuelas. Se quitó el sombrero y casi se arrodilló para entregar al general un gran paquete sellado y lacrado.

Santa Anna cogió el paquete con garbo, hizo saltar la cubierta y escogiendo entre todos los pliegos uno, en que reconoció el sello del Congreso, fué el que abrió pasándoselo á su Secretario, el Lic. Romero, que estaba á su lado, diciéndole:

—Lea usted en voz alta.

Romero leyó la declaración que habia hecho el Congreso á virtud de la computacion de votos, habiendo resultado electo como Presidente de la República el general Antonio Lopez de Santa Anna y como vicepresidente el Sr. Don Valentín Gomez Farias.

Todos los circunstantes prorrumpieron en aclamaciones y aplausos, adelantándose algunos á felicitar personalmente al afortunado general; pero este hizo cesar el entusiasmo, diciéndoles:

—A todos invito para celebrar la noticia, esta noche en mi casa; por ahora, vamos continuando la tapada propuesta y admitida, en que está interesado nuestro honor.

Era tal el vicio que tenia el general por las peleas de gallos, que en aquel momento no solo veía con indiferencia el gran puesto, objeto de todas sus ambiciones, sino que, de la misma manera habia otras veces continuado el juego, cuando le habian dado aviso de que el enemigo estaba encima, predileccion gallera, que en efecto, fué causa de alguna de sus derrotas, segun refieren los historiadores.

Se siguieron jugando cinco tapados de Veracruz contra Manga de Clavo, siendo uno de los soltadores el mismo Santa Anna en persona, no obstante la alta investidura que acababa de recibir, y es fuerza agregar, que en esta ocasion ya no perdió mas que una sola pelea de mil pesos, pues que se tuvo el cuidado de no desagradar al Señor Presidente, y todos á una procuraron hacer trampas, que resultaron á su favor, puesto que no hay juego que mas se preste á ellas, segun afirman las personas prácticas.

Al concluir la funcion, volvió á victorearse al general, y toda la concurrencia fué escoltándolo á su casa, en donde hubo fuegos artificiales, discursos, poesías, cena, baile, y otras manifestaciones que de antemano estaban preparadas.

Excusado es decir que en esa misma noche se hicieron á Santa Anna varias insinuaciones á fin de que se pusiera en marcha al día siguiente para ir á ocupar la presidencia; pero él contestó á todos afectando abandono y desinterés:

—Ya veremos, ya veremos: esa es carga demasiado pesada para mis hombros, y necesito pensarlo mucho antes de aceptarla.

Así permanecieron tres días en medio de la incertidumbre, hasta que al cuarto dijo á su secretario:

—Escriba usted una carta muy lacónica y muy indiferente al Señor Ministro de Relaciones Gonzalez Angulo, diciéndole que no puedo presentarme á tomar las riendas del Gobierno por enfermedad.

—Pero Señor..... quiso objetar el secretario, que era uno de los mas anhelantes para poder hacer su Agosto, y Santa Anna se apresuró á interrumpirle, diciéndole:

—Yo conozco bien á todas esas gentes: mientras menos ansioso y mas desinteresado me vean para ocupar un puesto que todos ambicionan, me harán mas instancias, porque mas me tendrán en deseo. Quiero que me rueguen mucho para que menos derecho tengan de quejarse despues.

Habiendo entrado á ocupar la Presidencia el Vicepresidente Gomez Farias que representaba el elemento aetamente liberal, se empezaron á dictar medidas por la nueva administracion del todo contrarias al gobierno de Bustamante que emanó del pronunciamiento de Jalapa, siendo una de ellas la de devolver á Santa Anna la banda de general de Division de que habia sido despojado. Con ese motivo hubo otras fiestas en Manga de Clavo y volvieron á llover las instancias para que Santa Anna se presentara en México. Este decia á sus íntimos:

—Dejen ustedes que se cansen de Gomez Farias y yo seré llamado como un segundo libertador, Ya verán, ya verán.

Las pasiones politicas estaban en efervescencia, y como un acto de moralidad se comenzó en Mexico á instruir un proceso contra los ex-ministros Facio y Alaman, á quienes se consideraba autores de todas las iniquidades hechas en el gobierno de Bustamante. Aquellos personajes huyeron con objeto de embarcarse en Veracruz para refugiarse en el extranjero. Santa Anna lo supo y mandó á su ayudante Legorreta con veinte hombres para que los atrapara en el camino y se los llevara.

Los pobres ex-ministros llegaron temblando á presencia del general.

—¡Inocentes! les dijo este, no los he mandado traer para imponerles ningun castigo, sino para protegerlos y salvarlos.

—¡Cómo! exclamaron los dos á un tiempo, llenos de admiracion.

—En Veracruz hubieran sido aprehendidos y encerrados tal vez en el castillo de San Juan de Ulúa; aquí van á estar ustedes mejor que en su propia casa.

—Señor, dijeron ambos enternecidos, y cada uno le tomó una mano para besársela, lo cual él no consintió y antes bien les ofreció asiento, y despues de asegurarse de que nadie podia escucharlos volvió á la sala despues de cerrar las puertas de las habitaciones contiguas, se sentó en frente de ellos, y les dijo:

—Quiero que ustedes y yo seamos buenos amigos.

—Exmo. Señor, contestó Alaman, que fué el primero que pudo recobrar su voz natural, el grán servicio que vd. nos hace es motivo mas que suficiente para que le estemos agradecidos.

—Pues quiero que también seamos amigos, continuó diciendo el general presidente y que conspiremos juntos contra Gomez Farias.

Creyeron que se estaba burlando y no contestaron.

—Hace mucho tiempo que no me pronuncio y siento la nostalgia de los pronunciamientos, ¿con quienes mejor que con ustedes podré contar para una empresa de ese género?

Los ex-ministros estaban estupefactos.

—Ahora necesitan ustedes descansar y voy a instalarlos, pero con toda sinceridad les manifiesto que repruebo la política que están siguiendo Gomez Farias y sus ministros, y que necesitamos derrocarlos.—

Buenas noches.

CAPITULO XVI.

EL GRAN COMEDIANTE.

Santa Anna se estuvo haciendo el interesante dos meses y medio, y por fin, anunció su salida de Manga de Clavo para el día 9 de Mayo, despues de mandar emisarios por todo el camino para que á su tránsito se le hicieran fiestas reales, pues deseaba llegar á México bajo arcos de triunfo,

Con un numeroso séquito parecido á la corte de un monarca, se puso en camino, y en todo este, segun sus deseos, fué objeto de las mas calurosas manifestaciones, si no del todo espontáneas, bastante verdaderas, porque entonces todos tenían fé en el militar que los había deslumbrado con sus proclamas, con sus victorias y con sus alardes de patriota. Cómico perfecto como él era, había renunciado á la pensión vitalicia de dos mil pesos que le había asignado la legislatura de

Veracruz, cediendo toda la cantidad para unas escuelas. ¿Qué eran para Santa Anna dos mil pesos anuales, que podía tomarlos á toda hora de donde quisiera y que con frecuencia los ponía de apuesta en cualquier gallo de su gusto? Además, tuvo buen cuidado de que sus parciales, que eran muchos, desparramaran impresos por todas partes, llamándolo con letras muy grandes el LIBERTADOR DE LA REPUBLICA. La popularidad ya la tenia, pero el entusiasmo comprado á las poblaciones para obtener recepciones espléndidas, le costó cincuenta mil pesos. ¿Qué eran de la misma manera cincuenta mil pesos para Santa Anna, que pronto iba á disponer de millones?

Su entrada en México fué igualmente fastuosa. Era Gobernador del Distrito un Don Ignacio Martínez, que con fondos del Ayuntamiento, del Gobierno, de los vecinos y del mismo LIBERTADOR, pudo transformar la ciudad en un canastillo de flores. Santa Anna no pudo menos que quedar complacido de la recepción que le hizo su capital, despues de los festejos reales que le habian hecho durante siete días en todo el camino. Su cortejo se compuso en las calles de veinticinco generales, de cuarenta coroneles, de cien oficiales de varias categorías y de otros tantos hacendados y particulares que montaban cubiertos de adornos de plata en fogosos corceles. No lo acompañaban dignatarios de la Iglesia porque todavia estaban creyendo muchos que era liberal, pero en cambio, se adornaron los templos y se repicaron las campanas. Todas las ceremonias con que fué recibido el LIBERTADOR DE LA REPUBLICA, fueron dignas de un César.

Después de todo un día de ruidosos agasajos, que seria cansado referir, se presentó el 16 ante el Congreso para hacer el juramento constitucional y con ese motivo pronunció un discurso en que campearon mas que todo las alabanzas á su persona. Como se hubiera propalado en los papeles públicos que queria hacerse dictador, dijo: "No sucumbiria sin contradecirme á mí mismo á las ilusiones de la ambicion." Y por el otro lado para tranquilizar á los frailes dijo tambien: "La Religión dada por su Autor para bien de los hombres, el mejor legado de nuestros padres, freno de las pasiones anti-sociales, apoyo y sosten de la libertad del hombre, de los derechos del ciudadano y de la independenciam de las naciones, será respetada por deber y convencimiento."

Bien es que este discurso se lo habia hecho Alman con quien habia quedado á partir un piñon, y el cual deberia servirle de faro en el porvenir, según los convenios hechos en Manga de Clavo.

No completaba Santa Anna quince días de Presidente, cuando el 1.º de Junio estalló el primer pronunciamiento en Morelia por un tal Escalada á quien se comisionó para que descubriera el campo, ó en otros términos, para que le pusiera el cascabel al gato. En seguida se pronunció tambien un general Duran en Tlalpam y un coronel Unda en Chalco, proclamando todos á Santa Anna supremo magistrado y protector de la Religión, con lo cual le obligaron á dar un manifiesto en que afirmaba *que las autoridades eclesiásticas estaban unisonas con él* y que no habia riesgo todavia de que fuera violada la religion de Je-

sucristo, pidiendo autorización para salir á batir á los facciosos.

De todos modos, y aunque hizo Santa Anna suficientes aprestos militares para salir, los liberales que ocupaban todavía el gobierno, empezaron á sentir desconfianzas y un padre Acosta, senador, pidió á esta cámara que el Presidente fuera declarado traidor. Y este, que era quien había dado impulsos al movimiento, estaba ya asustado de su obra, y trabajos tuvo para impedir que se pronunciaran las tropas minadas por el clericalismo la víspera de su salida de la capital.

Salió acompañado de Arista como su segundo en el mando del Ejército y cuando ya iban fuera de garitas, le preguntó este general con estrañeza:

—Si Su Excelencia está completamente de acuerdo en su interior con los planes de Duran y de Escalada, ¿por qué no nos ha dejado pronunciar anoche? Hubiéramos terminado en un momento con diputados, senadores y ministros.

—Tengo que estar por eso que se ha proclamado que es el sentir de la Nación; pero como yo fui traído al poder por los federalistas y juré sostener el sistema, lo mismo que la Constitución, se me llamaria perjuro, y con razon, si yo mismo me pusiera á la cabeza de cualquier pronunciamiento. Ahora, lo que se necesita es inventar un plan en que no se me deje mas salida que aceptar el centralismo y..... no digo la religion tambien, porque eso es un disparate una vez que todos estamos bien con la Iglesia.

—De modo que V. E. entonces me avisará cual es

la hora mas conveniente para pronunciar me yo que no he hecho juramento ninguno.

Hay que tener en cuenta que el espíritu revolucionario que dominaba entonces en todos los ánimos no era tanto por estar de moda, como porque los militares habían visto la rapidez con que se había elevado Santa Anna á pesar de no valer nada, ni como inteligente, ni como militar, y ninguno queria quedarse atras en audacia, una vez que estaban convencidos de que era verdad que la fortuna ayudaba á los mas audaces.

A Arista por ejemplo, le importaba muy poco en aquel momento, cualquier sistema de gobierno, una vez que no tenia noción bien formada de ninguno; pero sí queria figurar á la cabeza de cualquier pronunciamiento, para elevarse y estar á la expectativa de la primer caída que sufriera Santa Anna.

La conversacion continuó pues entre los dos personajes que iban solos en un coche de camino en el centro de las tropas. Santa Anna, que por de pronto estaba alucinado con las conversaciones que había tenido con Alaman en Manga de Clavo, dijo á su vez á Arista, echándola de maestro:

—Nosotros hemos ido demasiado aprisa, despues de la independencia y yo he sido uno de los mas culpables, proclamando la federacion antes de comprenderla. Este pais acostumbrado por tres siglos al férreo yugo español y educado para la obediencia, no puede estar maduro para disfrutar ni un átomo de libertad. ¿Quénes son los habitantes que lo pueblan?

Cinco millones de indios desgraciados que bastante se conformarán con que no se les siga empleando como bestias de carga, y un millon de gentes de razon entre las cuales predominamos por ejemplo, nosotros, que no somos políticos, que no somos mas que militares sin sabernos gobernar con otra cosa que no sea con la disciplina y las Ordenanzas. Chistosos están esos politiquillos de los Estados con querer soberanía, libertad electoral y quien sabe cuantas otras boberas, cuando no disponen de gentes que les ayuden, ni siquiera que los entiendan. Aquí lo que se necesita ahora es un gobierno fuerte como lo fué el español, en que se haga la voluntad de uno solo en todo el pais para que éste vaya preparándose á practicar en remotos tiempos las instituciones democráticas.

Arista que pugnaba por dar su opinion, pues ya tambien habia sido aleccionado por algunos políticos conservadores, casi interrumpió el discurso de Santa Anna, apresurándose á decirle:

—Perfectamente, mi general, es lo que yo opino: una dictadura.

—Sí, señor, una dictadura suave, pero sin trabas, mas que las muy precisas, de modo que no se pueda llegar á la monarquía.

—Y aunque se llegara.....pues si es lo que siempre hemos tenido.

—Pero despues de la decapitacion de Iturbide y teniendo al lado una República como la de los Estados Unidos, ya no habrá uno aquí que quiera desempeñar el papel de monarca.

—Pero el de dictador.....

—Dictador sí, porque la dictadura no está reñida con la República, y aunque ésta no sea bien comprendida, todos están enamorados de la palabra.

—Entonces ya sé cual ha de ser mi plan.

—¿Qué plan?

—El de mi pronunciamiento.

Santa Anna dirigió una mirada llena de envidia al general Arista, como queriéndole decir con ella: ¡qué feliz eres tú que te encuentras libre para pronunciar! Luego dijo en voz alta:

—Un plan bien hecho proclamando la dictadura, á la cabeza de la cual se pusiera una persona que no abusara del poder y en la cual tuvieran confianza las castas distinguidas, sería apoyada, en primer lugar por el ejército que no quiere estar á merced de las veleidades de los políticos; en segundo lugar por el clero, que vería asegurados los bienes de la iglesia y su prestigio religioso y, despues, por todos los indios que verían en el dictador á un hombre digno de su respeto y aun de su reverencia.

—Yo no veo otra persona que pueda ser el dictador más que V. E.

Santa Anna aprobó con su silencio, y en seguida dió orden de que se detuviera el coche, porque queria montar á caballo para adelantarse á las tropas y llegar primero al pueblo en que tenían que rendir la jornada.

Arista se quedó muy preocupado y diciéndose frecuentemente para sus adentros:

—Más claro no lo dice un loro: Santa Anna quiere que lo proclamemos dictador. Y si lo proclamo, ¿será tan bribon así que me deje á mi solo en la escacada?

Al tercer día de ésta y de otras confidencias que le hicieron afirmarse en su propósito, é instado, además, por ciertas eminencias eclesiásticas que estuvieron llegando de Mexico, Arista se confió al coronel Don Tomás Moreno y ambos á los demas jefes de la Division que encontraron de perlas el proyecto y el mismo Moreno fué comisionado para dirigirse á Santa Anna á fin de comunicarle el pastel.

—S. E. se resistirá, le habia dicho Arista, porque le conviene hacerse mucho del rogar y aun puede ser que quiera aparentar que se le obliga por la fuerza. En todo hay que darle gusto, una vez que quiere hasta lo último hacer el papel de comediante.

—De modo, que á la vista de todos se ha de hacer hasta el aparato de que se emplea la fuerza?

—Exactamente.

Con estas instrucciones se fué Moreno al lugar del camino en donde de propósito se habia quedado Santa Anna acompañado sólo de su secretario Don Manuel Castrillon y le dijo muy políticamente:

—Excelentísimo Señor: el general Arista y todos nosotros estamos pronunciados.

Santa aparentó sorprenderse y exclamó:

—Pronunciados!!! ¿que quiere decir eso, señor Coronel?

—Que acabamos de proclamar como Dictador á V. E.

—¡Jesús! ¿qué locura! ¿qué imprudencia! ¿qué barbaridad!.....¿Pero cómo ha sido eso?

—De la manera más sencilla: nos pusimos de acuerdo con el general Duran que íbamos á batir, el cual viene ya á unirse con nosotros y todos juntos hemos jurado sostener este plan hasta vencer ó morir.

Al mismo tiempo le alargó un papel que Santa Anna pasó al secretario. A medida que iba oyendo leer, iba creciendo su asombro, de tal modo, que el mismo Moreno llegó á creer que no fuera sólo comedia y por fin estalló el general en jefe indignadísimo:

—Esta es una traición que yo no puedo consentir: yo no puedo quebrantar el solemne juramento que apenas pronuncié el mes pasado. Diga vd. al general Arista que ejerza en mí todas las violencias que guste; pero que me rehuso terminantemente á aceptar tan insensato plan.

—¿En ese caso V. E. tendrá la bondad de acompañarme?

—¡Ah! ¿se me reduce á prisión? Tanto mejor, señor Moreno, y diga vd. al señor Arista que tambien puede fusilarme.

Santa Anna quiso entregar su espada, pero Moreno no quiso recibirla y se limitó á seguir á Santa Anna con la escolta que llevaba á Yautepec, á donde llegaron el 8 de Junio.

El 7 del mismo mes estuvo para estallar otro pronunciamiento en México, también proclamando dictador á Santa Anna; pero el gobierno lo sofocó y Gomez Farías que recibió facultades extraordinarias del congreso, dictó medidas enérgicas para salvar la situación, aun contra Santa Anna, á quien todos apuntaban como autor de tantos escándalos.

El día 10 de Junio estaba en Buenavista en calidad de preso y en la noche llegó de incógnito Arista, pues importaba hacer misterio de todo.

—Estamos perdidos, le dijo Santa Anna, ha venido un clérigo á participarme que abortó la revolución en México y necesito presentarme allí para conjurar la tempestad.

Quedó convenido en que á la noche siguiente se fugaría y se hicieron todos los preparativos para simular la fuga. Al teniente coronel Cardona se encomendó el papel de salvador y de esta manera Santa Anna pudo presentarse sano y salvo en México el 16, en medio de los acostumbrados gritos de júbilo del pueblo, á quien se dió dinero para que bebiera y para hacer salir al balcón de palacio á Santa Anna varias veces para aplaudirlo, como se hace con los actores.

Hubo al día siguiente misa de gracias, Te Deum y función de teatro. El día 18 recibió de nuevo el poder y expidió la correspondiente proclama protestando su amor al sistema federal y su odio á la tiranía, lo cual hacia exclamar á los políticos que estaban en el secreto; ¡Es un gran comediante!

CAPITULO XVII.

GOLPE DE ESTADO.

La providencia que dictó Santa Anna para que fueran perseguidos con actividad aquellos que se habian pronunciado por su dictadura, sus proclamas en que una vez más afirmaba que primero perderia la vida que faltar á sus compromisos constitucionales, sus decretos encaminados á continuar gobernando con el programa federativo; y mas que todo, sus ligas reanudadas con el partido de Gomez Farías que dominaba en todas las esferas del poder, hicieron, no solo nacer la desconfianza de nuevo entre los centralistas clericales, sino creer firmemente que los estaba traicionando, á pesar de las seguridades que daban Alaman y tantos otros, á sus amigos, de que todas eran apariencias, y exasperados por no ver que llegara pronto su reinado, empezaron á fustigar al mismo Presidente en sus papeles públicos. De tal modo menudearon estos, y tanto le faltaban al respeto, llenándolo de epítetos, llamándolo traidor, vendido y venal, aunque embozadamente, que

al fin se encabrió cuando le estaba dando cuenta Castillon con aquel papasal, hasta lanzar esta exclamación lleno de cólera:

—¡Es necesario, pues, hacer un escarmiento con esos bribones!

—Eso precisamente es lo que piensan algunos de los Ministros, Excelentísimo Señor.

—Pero, ¿por qué no me lo han dicho...?

—Quizás porque no se atreven.

—¿Y quiénes son los que opinan así?

—Todos, pero especialmente García y Lombardo.

—Llámelos usted, y llámeme también al Gobernador del Distrito y á los Presidentes de las Cámaras, de modo que estén aquí todos reunidos á las once de la mañana. Después llamaremos á Gomez Farías.

El Secretario cumplió con su comision: el Presidente conferenció privadamente con sus Ministros y con el Gobernador, dándoles las correspondientes instrucciones y luego recibió á Don Joaquin Vargas, Presidente del Senado, y á Don Jesus Huerta, de la Cámara de Diputados, y estando todos reunidos, dijo:

—El Gobernador Martinez va á informar á sus excelencias de lo que pasa.

El Gobernador Martinez aleccionado por Santa Anna, les dijo que existía una conspiración continua en las casas principales de la capital; que en los mismos cafés se urdian los planes y se enviaban los emisarios para los campamentos de los pronunciados; que los papeles públicos respiraban la mayor insolencia; que estaban en suma, sobre un volcán, y que, en su concepto,

para salvar aquella situación, que de otro modo se desmoronaría.

Todos quedaron viéndose estupefactos.

—Pues bien, dijo Santa Anna antes de que se perdiera la impresión del alarmante relato, mi Ministro García con quien hablaba de esto antes de que sus señorías llegaran, tiene una idea que creo le ha sido sugerida por el señor Gomez Farías.

—Es verdad, dijo el Ministro, y mi idea es, que las Cámaras expidan una ley de expulsión para todos los revoltosos, que nos son por fortuna bien conocidos.

Los Presidentes de las Cámaras casi brincaron en sus asientos, pero como también les iba el pellejo en el cataclismo que se preparaba, se apresuraron á manifestar, que, por su parte, apoyarían lo que allí se acordara.

—Pues yo había comenzado á redactar un proyecto de ley, continuó diciendo García, cuyo primer artículo es este:

Echó mano á un papel que estaba encima de la mesa y leyó:

“Artículo primero. El Gobierno hará que inmediatamente se proceda á asegurar, para expeler del territorio de la República por seis años, á los individuos siguientes, y cuantos se encuentren en el mismo caso, sin necesidad de nuevo decreto.”

—Aquí siguen los nombres de los que han de salir desterrados, continuó diciendo tranquilamente el Ministro, y en seguida se ponen los artículos que deben servir de reglamentación al primero.

—La lista de los deportados, sus señorías mismas pueden hacerla, dijo Santa Anna á los Presidentes de las Cámaras, y el Gobierno se limitará á revisarla y á darle su aprobación.

—No veo la dificultad en eso, dijo Vargas, sino en la latitud con que está redactado el artículo, porque así como está, puede comprender á todos los habitantes de la República.

—No, contestó Santa Anna, sino á los que se encuentran en el mismo caso.

—¿En cual caso? preguntó á su vez Huerta.

—En el de los que sean desterrados, puesto que lo serán seguramente solo los que sean desafectos al gobierno.

—No tengo mas que un escrúpulo todavía, replicó el Presidente del Senado: ¿podremos constitucionalmente dar esa ley de proscripción?

—Seguro que sí, como se han dado tantas expulsando á los españoles, afirmó el Ministro.

—Y sobre todo, continuó diciendo Santa Anna con toda llaneza, el Congreso se llama soberano para eso, para dictar leyes sobre todas materias sin ninguna cortapisa. Las leyes que dicte podrán ser injustas, podrán ser tiránicas, podrán ser absurdas, podrán ser bárbaras; pero como las dicta en uso de su soberanía y por las facultades omnímodas de que el país lo ha revestido, todo el mundo tiene que acatarlas, sin derecho á hacerles la menor observación. Ahora, buen estúpido sería el Congreso si pudiendo anonadar á sus enemigos, no lo hace por escrúpulos mas ó menos pueriles.

—En efecto, exclamó Huerta, que se manifestaba mas animado, si los enemigos pudieran hacer otro tanto, lo harían.

—Tienen determinado hacerlo, afirmó el Gobernador para acabarlos de decidir con este golpe, aquí traigo datos en el bolsillo, que he tenido el honor de enseñar al Señor Presidente, en que consta que los conspiradores se proponen usar con nosotros de los mismos expedientes que se pusieron en obra en el gobierno de Bustamante. Ellos no piensan en desterrarnos, sino en herirnos de muerte.

—Pues si el Exmo. Sr. Presidente desea que se expida esa ley, murmuró Vargas con voz sorda, yo me encargo de que se inicie en el Senado.

—Era lo que iba á proponer á su señoría, dijo Santa Anna sonriendo. Ahora bien, como en el cuerpo del decreto tienen que ir los nombres de los expulsados para que aquel surta todos sus efectos, el Sr. general Martínez dará una lista de treinta personas, que ya tiene formada, la cual podrá ser aumentada en el congreso, pero no disminuida.

Al tratarse de las nombres que debían ir incluidos en el decreto, la sesión se hizo ya de confianza y cada cual empezó á aumentar la lista con las personas no solamente que les parecían sospechosas, sino antipáticas; y en esto estaban cuando se presentó el Sr. Gomez Farías.

Lo pusieron al corriente del negocio que se ventilaba y tuvo al principio las mismas repugnancias que iban sintiendo todos ante semejante monstruosidad,

pero como se trataba de personas que le habian sido y le seguirian siendo hostiles, y ademas, la ley iba á ser firmada por Santa Anna, quien quedaria así mas ligado con el partido liberal, acabó por darle su aprobacion, aunque opinó que no debía desterrarse mas que á los que tuvieran recursos para vivir en el extranjero, y que aun de estos, en pocos debía hacerse efectiva, pues tendria que ser mas bien una ley de amenaza y de defensa, que de ejecucion, porque de seguro, al pretender echar del país á cien ó doscientas personas, como se pretendia, habria que producirse gran escándalo, quizás un levantamiento, viniendo á ser la disposicion por su generalidad, impracticable.

Se discutió con amplitud el punto y se convino en que la lista de expulsion se formaría con los nombres de 51 personas, quedando facultado el gobierno para limitarla ó amplexarla, según se presentaran las circunstancias.

—Sobre todo, señores, dijo Santa Anna á cada uno al despedirlos, mucha reserva en esto si no quieren vdes. quedar burlados.

La ley, aunque con algunos trabajos, pues no todos los legisladores eran serviles, se aprobó, y era natural que se aprobara siendo empeño del Sr. Presidente, levantando, como tambien era natural, mucha polvareda, y recibió tan famoso aborto el nombre de LA LEY DEL CASO, precisamente porque no decia cuál era el caso en que no debía incurrirse para librarse de ella. Seguramente ni á Neron llegó á ocurrirsele tan enorme monstruosidad,

El Presidente Santa Anna, quince dias despues de hecho su disparate, salió al frente de una respetable division para perseguir él mismo á los que se habian pronunciado por su dictadura y volvió victorioso el 27 de Octubre, dando su acostumbrada proclama. Dijo en ella hablando de los facciosos:

“Habiendo comprometido á una fraccion de las clases que conservan privilegios y llamado en apoyo de la subversion á hombres perdidos sin patria ni hogar (hablaba de los clérigos) buscaban una cabeza (se referia á la suya) que diera impulso al movimiento y tuvieron la audacia de ofrecermela dictadura, el poder absoluto, la tiranía sobre esta nacion generosa.....” Se servirán los lectores ir atando cabitos.

Santa Anna seguia, pues, apareciendo como consecuente con el partido que lo elevó á la Presidencia y para corroborarlo luego que volvió de Guanajuato su Ministro de Cultos expidió una circular que contiene estas notables palabras:

“El Presidente no ha podido dejar de advertir que la perversion de las conciencias por *el abuso que se hace del púlpito y secreto de la confesion*, es el origen más fecundo del extremo de las ideas en materias políticas, y *el medio que se pone en juego con éxito más seguro para sublevar á los súbditos contra las autoridades.....*”

Arista y sus compañeros salieron desterrados fuera del país en Noviembre y el 2 de Diciembre se pronunció Don Nicolás Bravo en el Sur por religion y fueros y en contra de la *canalla* que rodeaba á Santa

Anna. Este se excusó como pudo y se evadió para Manga de Clavo, en donde tenía compromiso de organizar una tapada de gallos, dejando en la indigencia al Vice-Presidente Gomez Farias, para que se las compusiera como pudiera. No sólo se llevó consigo cuantos recursos pudo hallar á la mano, sino muchas tropas y muchos elementos de guerra para estar preparado á lo que pudiera sobrevenir.

La hacienda de Manga de Clavo se convirtió á poco de estar allí Santa Anna en una corte imperial, pues llovieron á ella obispos, canónigos, generales, mayorazgos y toda la gente que pertenecía entonces á la casta de los rezagados en ideas, pidiéndole en todas formas y con toda clase de ofrecimientos que los protegiera contra la demagogia que imperaba en México, escitándole de mil maneras para que pusiera su espada en el platillo de la balanza á fin de que ésta se inclinara en favor de la religión y de los privilegios.

—Exmo. señor, le dijeron los que llevaban la voz de la adulacion, su Excelencia que es un sér sobre humano, un astro esplendoroso, un genio inmortal, no está formado por Dios de tan excelsos materiales para estar al servicio de los plebellos, sino para elevarse hasta las más grandes alturas, en las cuales debe venerársele como á un santo, por su superior inteligencia, por su hidalguia, por su sin igual valor, por sus altivas y reales formas, por la nobleza de su sangre, por su alma sensible á los magnánimos sentimientos y por todas las celestiales virtudes que lo

adornan. S. E. debe aceptar los homenajes de nosotros los que sabemos estimar su grandeza y los que estamos prontos á someternos á su voluntad cuando tenga por norma sostener nuestra sagrada religion con todas sus regalías, mejor que sufrir el yugo de esos déspotas descamisados que no tienen religion ni patria.

Santa Anna, que era versátil y que lo que más deseaba era elevarse sobre la humillacion de los demás, que lo que más le urgía era llegar á gobernar sin trabas, sostenido por la gente de ilustre prosapia, fué poco á poco cediendo en sus resistencias, afectando que desaparecian sus escrúpulos, convenciéndose de que los dueños del dinero y de las conciencias eran los que le ofrecían un ancho camino para llegar á la cumbre, y acabó no solamente por darles esperanzas, sino por contraer compromisos que les aseguró serian en esta vez indestructibles.

—Por ahora no puedo regresar á México sin hacerme sospechoso, porque el congreso me concedió seis meses de licencia y sólo tres van transcurridos, contestó á Alaman que se habia convertido en su sombra y que era el principal emisario del partido de la reaccion; pero proporciónenme vdes. pretexto y pronto iré á dar el golpe.

El pretexto se dió luego haciendo que se pronunciaran los devotos de Orizaba para impedir que fueran cerrados allí dos conventos, nombrándose jefe del pronunciamiento al teniente Don Juan Bringas que ya habia estado á pedir la venia en Manga de Clavo. Entonces Santa Anna á virtud de esa revuel-

da y de otras dificultades que por donde quiera se presentaban contra el gobierno, una vez que era sabio que ya se había puesto en pugna por medio de cartas con Gómez Farias, pudo presentarse repentinamente y arrebatarse las riendas del poder.

Entonces dió una proclama contra la libertad mal entendida y prometiendo hacer reformas al Código fundamental, mandó desarmar á los cívicos y derogó las leyes que habian causado alarmas á la clerecía.

Habiéndole preguntado el congreso por medio de una comisión si tenia libertad para legislar, contestó: "La tiene para obrar lo justo, pero yo la tendré tambien para combatir la demagogia."

Otra comision del Senado le fué á preguntar como recibiria la ley para la ocupacion de ciertos bienes monacales y contestó: "Estoy pronto á ejecutarla, pero con la condicion de que ambos cuerpos legislativos formen dos compañías de cazadores, que unidas á mis veteranos y conmigo á la cabeza salgan á dar balazos á los que armarán por tal causa una zambra."

Sólo le faltaba mandar su caballo, á que presidiera las sesiones del Senado.

Por de pronto se desenlazó aquella tirante situacion, mandando Santa Anna que su general Don Ignacio Echeverría se pronunciara en Cuernavaca por la religion y en contra del congreso y mandando tambien que se cerraran las puertas del local en donde se celebraban las sesiones y que se colocara en la puerta del edificio una guardia para que no dejara entrar ni á diputados ni á senadores.

Aquel fué su primer golpe de Estado.

CAPITULO XVIII.

VOLTERETAS Y PRONUNCIAMIENTOS.

Santa Anna estaba en su despacho platicando muy contento con su Ministro de Justicia, sobre la buena ocurrencia que habia tenido de cerrar los salones del Congreso, escondiéndole las llaves para que no pudiera reunirse allí, seguro de que no se atrevería á legislar en ninguna otra parte, y reía á carcajada tendida, cuando se le referia la cara que ponian los diputados al encontrarse con una guardia bien aconsejada para recibirlos mal, cuando se anunció al obispo Portugal.

—Que entre en el acto su señoría Ilustrísima, contestó el Presidente al ayudante.

El Señor Obispo entró, y con una simple ojeada comprendió que se encontraba en un terreno muy bien preparado.

Pasaron los cumplimientos, y Santa Anna fué el primero que dijo al obispo:

da y de otras dificultades que por donde quiera se presentaban contra el gobierno, una vez que era sabio que ya se había puesto en pugna por medio de cartas con Gómez Farias, pudo presentarse repentinamente y arrebatarse las riendas del poder.

Entonces dió una proclama contra la libertad mal entendida y prometiendo hacer reformas al Código fundamental, mandó desarmar á los cívicos y derogó las leyes que habian causado alarmas á la clerecía.

Habiéndole preguntado el congreso por medio de una comisión si tenia libertad para legislar, contestó: "La tiene para obrar lo justo, pero yo la tendré tambien para combatir la demagogia."

Otra comision del Senado le fué á preguntar como recibiria la ley para la ocupacion de ciertos bienes monacales y contestó: "Estoy pronto á ejecutarla, pero con la condicion de que ambos cuerpos legislativos formen dos compañías de cazadores, que unidas á mis veteranos y conmigo á la cabeza salgan á dar balazos á los que armarán por tal causa una zambra."

Sólo le faltaba mandar su caballo, á que presidiera las sesiones del Senado.

Por de pronto se desenlazó aquella tirante situacion, mandando Santa Anna que su general Don Ignacio Echeverría se pronunciara en Cuernavaca por la religion y en contra del congreso y mandando tambien que se cerraran las puertas del local en donde se celebraban las sesiones y que se colocara en la puerta del edificio una guardia para que no dejara entrar ni á diputados ni á senadores.

Aquel fué su primer golpe de Estado.

CAPITULO XVIII.

VOLTERETAS Y PRONUNCIAMIENTOS.

Santa Anna estaba en su despacho platicando muy contento con su Ministro de Justicia, sobre la buena ocurrencia que habia tenido de cerrar los salones del Congreso, escondiéndole las llaves para que no pudiera reunirse allí, seguro de que no se atrevería á legislar en ninguna otra parte, y reía á carcajada tendida, cuando se le referia la cara que ponian los diputados al encontrarse con una guardia bien aconsejada para recibirlos mal, cuando se anunció al obispo Portugal.

—Que entre en el acto su señoría Ilustrísima, contestó el Presidente al ayudante.

El Señor Obispo entró, y con una simple ojeada comprendió que se encontraba en un terreno muy bien preparado.

Pasaron los cumplimientos, y Santa Anna fué el primero que dijo al obispo:

—Ya ve su señoría Ilustrísima que por mi parte están cumplidos todos los compromisos.

—No todos, Excelentísimo Señor.

—¿Pues qué falta? preguntó inmediatamente el general, ¿caso no he barrido con todas las gentes liberales como ustedes querían? Les repugnaba Gomez Farias, y ya Gomez Farias debe andar por ahí prófugo; no les gustaba mi Congreso, y les he cerrado las puertas á los diputados y senadores; querían que la religion y la Iglesia estuvieran bien garantizadas contra cualquier ataque del Gobierno, y ya se ha pronunciado el general Echeverría en Cuernavaca, desconociendo á los funcionarios liberales y proclamando el dominio eclesiástico, ¿Qué otra cosa se desea?

—Tres cosas solamente, Excelentísimo Señor, y vengo encargado por el clero para indicárselas.

—¿Cuáles son?

—Primera, que se forme un nuevo Ayuntamiento: por ejemplo, reconociendo al que fué disuelto por decreto el año anterior.

—Concedido: se me había pasado barrer á esos concejales, que fueron hechura de Farias.

—Segunda: que sea secundado en México el pronunciamiento de Cuernavaca.

—Será el tercer pronunciamiento que haga contra mí mismo ó contra mis intereses. No tengo inconveniente. Ya mis ministros estudiarán la forma para que no resulte un acto del todo ridículo.

—Y tercera, agregó Portugal clavando sus ojos

verdes en el Presidente, que entre un eclesiástico á ejercer funciones de Ministro.

—¿Y para qué?

—Para que cuide de cerca los intereses de la Iglesia y para que la Nacion esté tranquila viendo asegurada su religion.

Santa Anna se tardó un poco para responder, pero al fin respondió:

—También concedido.

—Pues tan luego como se cumplan las tres condiciones indicadas, prosiguió diciendo Portugal tranquilamente, estará aquí el dinero.

—¿Cuánto?

—Cuarenta mil pesos todos los meses.

—Serán cien mil desde luego y cincuenta mil en los otros meses.

—Tengo instrucciones de estenderme á los sesenta mil pesos por la primera vez y á cuarenta mil para las siguientes.

—Pondremos ochenta como primera partida.

—No se puede, Excelentísimo Señor: bastante sacrificio se hace para los sesenta.

—Es que he de pagar el rédito legal.

El obispo se sonrió, y dijo lentamente:

—V. E. sabe muy bien que el dinero que entra á las arcas del Gobierno ya no se recobra ni en todo, ni en parte.

—Es que yo garantizo la devolucion con mi palabra.

—La Iglesia no duda de la palabra de V. E. sino de la posibilidad que tenga para cumplirla.

Santa Anna se ruborizó, no quiso insistir mas y dijo extendiendo la mano:

—Vengan pues los sesenta.

—Vendrán en el acto en que esté cubierta la última de las tres condiciones.

—Mañana mismo.

—Mañana estará entregado el dinero en la Tesorería.

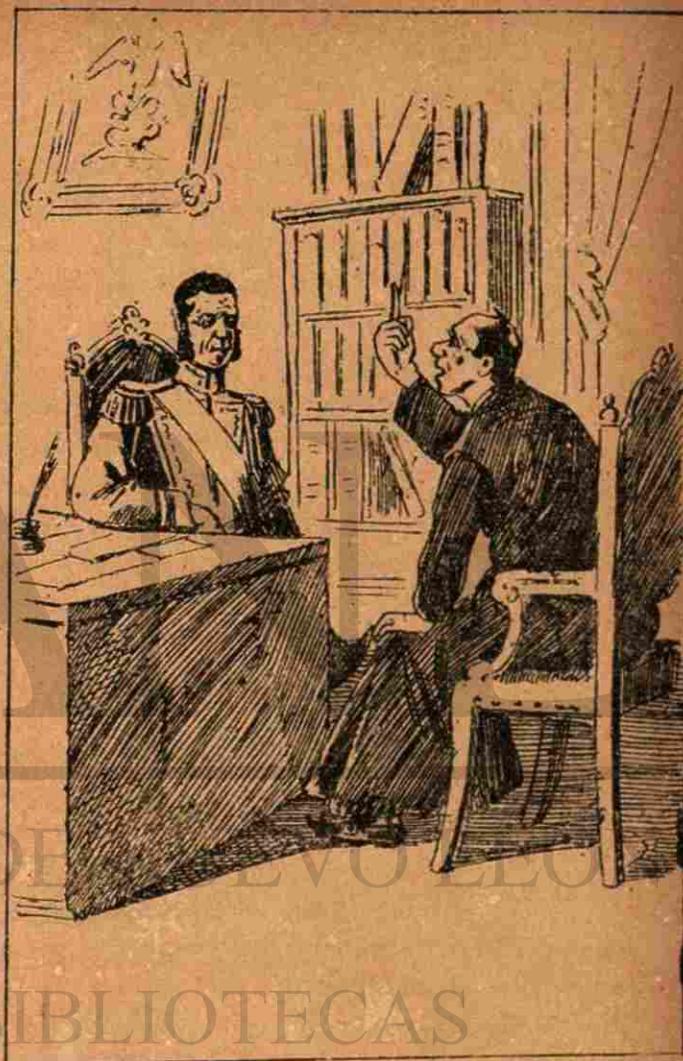
—Lo quiero en mi despacho, la mitad en oro y la otra mitad en pesos fuertes.

—Serán cumplidos al pié de la letra los deseos de S. E.

Se despidió el obispo y al tercer dia él mismo cantó el *Te Deum* en la solemne funcion con que se celebró el pronunciamiento hecho por los nuevos regidores en favor del plan de Cuernavaca, y Su Ilustrísima entró á desempeñar la cartera de Justicia y Cultos, recibiendo Santa Anna la suma convenida en que se pactó la venta del naciente partido liberal.

El Periódico Oficial hizo un gran elogio del Excelentísimo é Ilustrísimo Señor Dr. Don Juan Cayetano Gomez Portugal, Obispo de Michoacan, diciendo ademas que aceptaba ser colaborador del Presidente porque la patria reclamaba sus sacrificios para salvarla.

Siguió navegando como en un rio de leche el Dictador, despues de su último pronunciamiento, contra su propia administración, durante cercade tres meses, sin tener que aplacar mas que muy ligeros disturbios,



—La Iglesia no duda de la palabra de V. E., sino de la posibilidad que tenga de cumplirla.

cuando llegó la gran fiesta del aniversario de la rendición de Barradas en Tampico, en cuyas fiestas hubo Te Deum, misa por el obispo Belauzarán, sermón por el obispo de Puebla, gran parada de tropas por la tarde en el Paseo de Bucareli, recepción en la Ciudadela en donde fué levantado un rico dosel, felicitaciones del clero y de todas las corporaciones, discursos, versos, músicas, aplausos y todo género de adulaciones, para las que han tenido siempre mucho arte gran número de las personas que se llaman públicas. Después de haber repartido S. E. algún dinero que le dió el Gobernador del Distrito en nombre del Ayuntamiento, se sirvió el ambigú, según se llamaba entonces á los banquetes, hubo varios brindis, en que se despilfarró todo lo que aquellos pechos serviles podían tener de lisonja, y ya de noche, seguido de la gran comitiva de sus cortesanos se dirigió al teatro, en donde al ocupar el palco del centro, lleno de cortinas y bordados, recibió una segunda ovación, preparada también, porque Su Excelencia era muy amante de estos golpes teatrales. Había aprendido bien del clero el modo de deslumbrar á las muchedumbres ignorantes.

Todas esas comedias de Santa Anna en que parecía no entregarse por completo á ningún partido, disgustaron á los que entre estos estaban en acción, y como todavía la imprenta no recibía los rudos golpes que debía recibir después porque no se le hacía mucho caso, una vez que el Ejército era el único apoyo que se buscaba, tenía aquella cierta libertad, y por eso un

periódico clerical se atrevió á decir: "Obsediado el Presidente por una turba de áulicos dobles y sicofantes degradados, es muy difícil perciba en todos casos el aroma suavísimo de la verdad entre aquella densa atmósfera de alientos corrompidos." Y todo esto para machacar sobre que debía continuarse haciendo mesa limpia, según lo ofrecido en el plan de Cuernavaca, sancionado ya por el gobierno.

A la vez en otro impreso de los liberales se decía esto que apenas parece creíble que se haya publicado contra un soberano tan intolerante y tan arbitrario como Santa Anna: "El digno hijo del padre de la mentira; la escoria de aquella despreciable pacilga llamada Manga de Clavo, de donde los veracruzanos no han querido sacar ni aun sirvientes domésticos; el camaleón sin segundo, que en la revolución de México ha mudado de color á cada paso; el hipócrita más descarado, que después de ser ateo é impio, quiere ahora pasar por cristiano católico, apostólico, romano, cuando su verdadero intento es tener la religión por política y destruir el cristianismo por su misma dolosa y aparente protección; en fin, Antonio López de Santa Anna que se titula Presidente de los Estados Unidos Mexicanos y es tirano de la nación, ha atacado descaradamente los sacrosantos derechos de la libertad, pretendiendo elevar su poder hasta la cumbre más eminente del despotismo de la manera más infame, más vil y más pérfida que pueda imaginarse."

Por supuesto que el autor fué preso y el impresor multado con quinientos pesos, pero todavía no hubo

tinajas de San Juan de Ulúa, ni fusilamiento, ni destierro, ni asesinato.

En fin, que la mar en que poco antes navegaba con tranquilidad, comenzaba ya á alterarse de un modo amenazador y en 26 de Enero solicitó una licencia para retirarse á su hacienda y de no concedérsele pedía que se aceptara su renuncia del cargo. Se le aceptó la renuncia, nombrándose para que lo sustituyera al general Don Miguel Barragan, retirándose el mañoso Dictador con toda su corte de jugadores de gallos.

Apenas llegó el ilustre Presidente á Manga de Clavo y su presencia allí se señaló con un pronunciamiento que estalló en San Juan de Ulúa, reclamándose el gobierno centralista y dictatorial, como una necesidad para la Nación. Como la guarnición de Veracruz se mantuvo firme á pesar del bombardeo que sufrió la plaza, tuvo que ir Santa Anna mismo á desbaratar el pronunciamiento, apareciendo una vez más como salvador de los principios federativos, contra los cuales sin embargo venia trabajando con tezon desde que se habia comprometido con Alaman y con su partido á cambio de las cantidades que seguía sacando del clero.

En lo de San Juan de Ulúa se necesitaba una víctima y esta se encontró fácilmente en Don Mariano Arista que acababa de desembarcar, al cual le dijo Santa Anna:

—Se asegura que vd. ha dirigido el pronunciamiento del castillo.

—Y yo supe que S. E. fue quien lo arregló para aceptar por fin la dictadura sin obstáculos.

—En efecto, tenía que ser uno de los dos, le contestó Santa Anna riéndose, y como yo no fui, tengo que ofrecerle á vd. uno de dos castigos: ó se reembarca para el extranjero ó se queda preso en San Juan de Ulúa.

—Prefiero reembarcarme para el extranjero.

Y entonces el pobre señor Arista que en tan malas circunstancias había caído en Veracruz, tuvo que hacerse á la vela para los Estados Unidos en espera de mejor oportunidad para volver á la escena política en la que tanto deseaba figurar.

Sucedió por entonces que el gobierno de Barragan que era las manos postizas de Santa Anna, expidió una ley reduciendo á la nada las fuerzas cívicas de los Estados, en lo cual no estuvo conforme el gobierno de Zacatecas y el dictador pidió con gran empeño que se le concediera ir á batir á los sediciosos, lo cual naturalmente fué acordado y salió de la capital el día 18 de Abril de 1835 al frente de un numeroso ejército.

El general Santa Anna llegó, vió y venció.

El parte de la acción, que duró dos horas, fué como todos los de Santa Anna, haciéndose gran bombo, y de tal modo alucinador, que sus admiradores que crecían por momentos y de los cuales se componían ya ambas cámaras, decretaron que el nombre del vencedor se inscribiera con letras de oro en el salón de sesiones, que se levantara una columna en Tampico con

esta inscripción: "Santa Anna afianzó la independencia de América" y que se le declarara "Benemérito de la Patria."

El bando con todas estas declaraciones fué solemnisimo.

Entre tanto, la ciudad de Zacatecas fué entregada al saqueo, cometiendo las tropas de Santa Anna varios asesinatos de extranjeros que procuraban defenderse de ser robados, lo que dió motivo á que se pagaran más tarde muy fuertes indemnizaciones.

No pareció suficiente castigo para los rebeldes la sangre que corrió en el combate y despues del combate, y los robos verificados en Zacatecas, sino que además el señor Santa Anna se apropió la riquísima negociación minera de Zacatecas, perteneciente al Estado y la vendió desde luego, por lo que quisieron darle, á los negociantes Don Lorenzo Carrera, Don Luis Castrejon y Don Francisco Agüero, hecho que empañó algo su gloria, segun dijo su partidario Bustamante, pues que se apropió para sí el producto de la venta.

El general Santa Anna cargando una cabeza llena de laureles y bien provistas, así sus cajas particulares, como las de las tropas que lo acompañaron, hizo un paseo triunfal por media República, visitando Aguascalientes, Morelia, Querétaro, Guanajuato y Guadalajara, en cuyas ciudades se le festejó como á un emperador, sin que le faltara nada de lo que pudiera desear un sultan de Constantinopla.

Santa Anna venia dando tiempo á que se planteara

el centralismo y éste encontraba dificultades, por lo que empezaron á llover peticiones de todas partes y especialmente de Orizaba, en que se decía que se volviera al sistema federal, adoptándose otra forma de gobierno más análoga á las necesidades, exigencias y costumbres, garantizándose, sobre todo, la religión católica etc., y como el pronunciamiento de México no se verificaba como él quería, mandó que circulara un impreso que decía *Modo y orden que deberá observarse en el pronunciamiento de la capital del Distrito Federal*. Y seguía la reglamentación de los pronunciamientos.

Una vez arreglado todo, Santa Anna verificó una gran entrada triunfal en México el 21 de Junio de 1835. Hubo valla, columna de honor, misa solemne, Te Deum, sermón alusivo, músicas y piezas especiales, *ambigú* por el clero, paseo militar, procesion de banderas, ceremonia de condecoraciones, por la noche función de teatro, fuegos artificiales, iluminación general y discursos y dísticos.

Fueron tantas las adulaciones que recibió Santa Anna, de tal modo quedó satisfecha su vanidad, tanto lo elevaron, que lleno de arrogancia exclamó dirigiéndose á Barragan y los ministros:

—Mañana mismo me pronuncio contra los diputados si todavía se resisten á establecer el centralismo. No me iré á Manga de Clavo sin dsjarles esto listo.

CAPITULO XIX.

COBARDIA Y TRAICION,

Y el gran Santa Anna, que por fuerza tenía que ser grande cuando lo rodeaban tantos pequeños, aunque no tenía carácter oficial porque disfrutaba de una licencia ilimitada y había concluido el permiso que se le diera para mandar el ejército como general, convocó á una Junta en que ya figuraron los principales atletas del centralismo, Alaman y Molinos del Campo, compuesta de mas de doscientos políticos prominentes, de la cual nacieron las 14 Bases de Gobierno que echaron por tierra la Constitución de 24 y el sistema federativo.

El general se llevó en seguida á Manga de Clavo mas de un millón de pesos que le produjo la campaña de Zacatecas y pudo organizar unas lides de gallos régias; pero cuando mas entretenido estaba en su diversion favorita, que no le privaba, por otra parte, de estar en continua correspondencia con sus amigos de México

el centralismo y éste encontraba dificultades, por lo que empezaron á llover peticiones de todas partes y especialmente de Orizaba, en que se decía que se volviera al sistema federal, adoptándose otra forma de gobierno más análoga á las necesidades, exigencias y costumbres, garantizándose, sobre todo, la religión católica etc., y como el pronunciamiento de México no se verificaba como él quería, mandó que circulara un impreso que decía *Modo y orden que deberá observarse en el pronunciamiento de la capital del Distrito Federal*. Y seguía la reglamentación de los pronunciamientos.

Una vez arreglado todo, Santa Anna verificó una gran entrada triunfal en México el 21 de Junio de 1835. Hubo valla, columna de honor, misa solemne, Te Deum, sermón alusivo, músicas y piezas especiales, *ambigú* por el clero, paseo militar, procesion de banderas, ceremonia de condecoraciones, por la noche función de teatro, fuegos artificiales, iluminación general y discursos y dísticos.

Fueron tantas las adulaciones que recibió Santa Anna, de tal modo quedó satisfecha su vanidad, tanto lo elevaron, que lleno de arrogancia exclamó dirigiéndose á Barragan y los ministros:

—Mañana mismo me pronuncio contra los diputados si todavía se resisten á establecer el centralismo. No me iré á Manga de Clavo sin dsjarles esto listo.

CAPITULO XIX.

COBARDIA Y TRAICION,

Y el gran Santa Anna, que por fuerza tenía que ser grande cuando lo rodeaban tantos pequeños, aunque no tenía carácter oficial porque disfrutaba de una licencia ilimitada y había concluido el permiso que se le diera para mandar el ejército como general, convocó á una Junta en que ya figuraron los principales atletas del centralismo, Alaman y Molinos del Campo, compuesta de mas de doscientos políticos prominentes, de la cual nacieron las 14 Bases de Gobierno que echaron por tierra la Constitución de 24 y el sistema federativo.

El general se llevó en seguida á Manga de Clavo mas de un millón de pesos que le produjo la campaña de Zacatecas y pudo organizar unas lides de gallos régias; pero cuando mas entretenido estaba en su diversion favorita, que no le privaba, por otra parte, de estar en continua correspondencia con sus amigos de México

é influyendo directamente en todo cuánto se ejecutaba, recibió la noticia desagradable, no solo de que los texanos estaban insurreccionados sino de que ya habían dado algunos signos de hostilidad contra los escasos destacamentos de tropas que tenía el gobierno en aquella region.

Sin esperar á que se le llamara, dió la orden de marcha á sus gentes, y con el boato régio de siempre se puso en camino, y llegó á Tacubaya, en donde vivía de ordinario, el 15 de Octubre, anunciando al gobierno que quería ponerse al frente de las fuerzas que se destinaran para someter á los revoltosos:

Como ya estaba en el poder otra vez todo el elemento monarquista, y éste no tenía mucha confianza en el general que le había dado tan costoso triunfo, hubo sus vacilaciones para concederle el mando, tanto mas cuanto que se mostraba muy exigente, pero se convino en ello al fin, bajo la consideracion de que era mejor tenerlo lejos que cerca. Confirman esto las siguientes palabras del historiador Bustamante, que era centralista muy subido de tueste: "Por fin, el día 28 de Noviembre de 1835, salió Santa Anna para San Luis Potosí, dejándonos bien desabridos con respecto á las locuras que haría en la expedicion, pero contentos, así porque ya no teníamos encima este *ahazote*, como por cierta esperanza que abrigábamos de que por su propia mano se iba á inhabilitar para volver á mandar mas á los mexicanos."

Necesitamos aquí para la mejor inteligencia de

nuestro relato, referir, aunque sea muy brevemente lo que pasaba en Texas.

Se había formado allí una colonia anglo-americana que no podía estar contenta con tantos disturbios como se sucedían en el interior de la República, y que había manifestado, no solo disgusto, sino rebeldía, desde que el Presidente Don Anastasio Bustamante prohibió la enagenacion de los terrenos texanos que se había estado verificando antes tranquilamente, y coincidió aquel descontento con la llegada de Don Lorenzo Zavala, hombre muy inquieto, quien despedido, porque sus ambiciones no habían sido satisfechas y tal vez lleno de enojo porque se le hubiera despojado de un cargo diplomático que tenía en el extranjero, abandonó su nacionalidad mexicana, se declaró texano, y enemigo acérrimo de su antigua patria, dando con su gran actividad el mayor aliento á la insurreccion separatista que se había estado anunciando.

Excitados, pues, los texanos por ese mal mexicano, tan inteligente y audaz, como pérfido y traidor, no se resolvieron á declarar su independenciamiento como tal vez él se los proponía y todos lo deseaban, considerando que podían encontrar dificultades internacionales; pero si hicieron un pronunciamiento contra Santa Anna hasta cierto punto justificado, pues decían en la declaracion aprobada por el pueblo de Texas erigido en Convencion: "Que tomaban las armas en defensa de sus libertades amenazadas por las usurpaciones de los *despotas militares*; continuando por lo mismo adictos

á la Constitucion Federal de México. Que no reconocian autoridad en los usurpadores que habian derribado el régimen federativo. Que solo se gobernaría Texas independientemente, mientras en México no se restableciera el reinado de la Constitucion." Y terminaban protestando por su honor que eran sinceras sus declaraciones y que no imaginaban hacerse reos de duplicidad.

Dos mexicanos, pues, tenían principalmente la culpa de esta asonada: Don Antonio Lopez de Santa Anna y Don Lorenzo de Zavala. El primero, por su perjurio, derribando la Carta que muchas veces habia jurado sostener á cambio del sistema despótico militar llamado el centralismo, que tanto disgusto produjo en el país y especialmente á los colonos de Texas, que clamaban por un gobierno liberal, semejante al de los Estados Unidos; y el segundo, empleando su sagacidad y sus rencores contra la patria, siendo allí uno de los que con mas energía y con mas diligencia atizó el fuego de la discordia.

La campaña de Texas se hizo, como se hacía todo entonces, con muy pobres elementos, porque el dinero solo andaba en las manos de las gentes del gobierno y de los agiotistas; pero el soldado mexicano, acostumbrado siempre á las privaciones, y aun á la miseria, hizo prodigios de valor con una fortaleza increíble en medio de su debilidad y venció á los anglo-americanos en todos los primeros encuentros. Uno tras otro fueron cayendo los fuertes de los texanos en poder del general Urrea que empezó la campaña con

un reducido número de tropas, y por su parte, Santa Anna que llegó con mas de mil hombres, ocupó á San Antonio de Bejar, y tomó á fuego y sangre el fuerte del Alamo, sin que escapara uno solo de sus defensores.

Era el 21 de Abril de 1836. Los texanos ya habian levantado el acta de su independencia. D. Lorenzo Zavala firmó como delegado de la municipalidad de Harrisbourg. ¡Un hombre que habia sido gobernador del Estado de México, diputado, Ministro y jefe de la Legacion Mexicana en Paris.....! ¡qué vergüenza! Era Presidente interino de la República por muerte de Barragan, Don José Justo Corro y Santa Anna despues de rendir terribles jornadas en persecucion del gobierno texano, que ya andaba todo amedrentado, ocultándose en los bosques, habia acampado en los linderos de un bosque que ocupaba el enemigo, cerca del rio San Jacinto. Ese enemigo se componia de unos seiscientos anglo-americanos al mando del general Samuel Houston, que segun algunas escaramuzas anteriores, no solo rehusaba el combate en campo abierto, sino que parecía mas bien que trataba de escaparse, no obstante que habia venido en observacion de los movimientos de Santa Anna.

Sea como fuere, este general se conformó con echar una ojeada despreciativa al bosque en que se ocultaba el enemigo, y escogiendo el lugar que le pareció mejor cerca del rio, mandó que se estableciera allí el campamento. Y como para tranquilizar á los jefes y oficiales que lo rodeaban, dijo en voz alta:

—Esa fuerza del general Cos que acaba de llegar viene completamente destrozada y comprendo que ya no puede dar un paso. Las nuestras igualmente están muriéndose de fatiga: todos necesitamos tomar algún descanso, y aunque es cierto que tenemos cerca al enemigo, ese es un enemigo que no nos molestará.

Luego señaló los puntos que habían de ocupar los cuerpos, formando pabellones, permitiendo á todos que desensillaran y dieran de comer á sus caballos.

—Allí junto á aquel montecito se levantará mi tienda y que todos se coloquen en la sombra lo mejor que puedan porque amenaza hacer un día muy caluroso.

Eran las ocho de la mañana cuando se tomaban estas disposiciones y el sol estaba ya cayendo á plomo muy pesadamente.

Las tropas todas, pero especialmente las que había traído el general D. Martín Cos presentaban un aspecto muy lastimoso, así por lo desgarradas, como por las fatigas y el hambre que habían sufrido.

Santa Anna se dirigió á su tienda y ordenó que le armaran su catre de campaña.

Los generales Cos y Castrillon, luego que arreglaron el campamento, según las instrucciones que les había comunicado Santa Anna, fueron á pedir órdenes para el servicio. El general en jefe se había quitado las botas y la ropa de encima para acostarse, y ya con la idea de que iba á dormir, les dijo bostezando:

—Usted, señor general Cos puede acostarse como yo voy á hacerlo y suprimir toda clase de servicio.

Nuestro compañero el señor general Castrillon se encargará de la vigilancia del campamento, avanzando una guardia y dejando los centinelas indispensables.

Ambos jefes se retiraron, la tienda se cerró, rodeada por las pequeñas tiendas de los ayudantes, y el general en jefe se puso á dormir á pierna suelta.

—Aunque rendido por el cansancio, dijo Cos á Castrillon, y mis soldados no lo están menos, me disgusta que nos entreguemos todos al descanso, estando al frente del enemigo.

—El general en jefe sabe bien que ese enemigo no es temible, tanto por su inferioridad numérica como por su desmoralización, de suerte que no hay cuidado ninguno, y menos cuando yo voy á tomar las precauciones debidas. Puede usted dormir tranquilo, compañero.

Con estas seguridades, Cos se dirigió á la retaguardia del campamento, en donde estaban sus tropas tendidas formando grupos debajo de los matorrales que les prestaban escasa sombra, y cuando llegó allí observó que la mayor parte de los soldados estaban desnudos.

Castrillon, como sucede siempre en tales casos, delegó la vigilancia á sus subalternos y después de nombrar una avanzada y dos guardias muy reducidas, se metió en su tienda y se acostó vestido en su catre, encargando á sus ayudantes que le hablaran si algo ocurría.

El enemigo, por su parte, como debía hacerlo naturalmente, destacó algunos hombres conocedores del

terreno, para que observaran los movimientos del ejército de Santa Anna, y en esa virtud, el general Houston estuvo recibiendo noticias de que los soldados estaban formando pabellones con las armas, luego que se habían levantado algunas tiendas de campaña para los jefes, en seguida, que tanto estos como la tropa estaban diseminados en los mogotes, y por último, que reinaba en todo el campamento el silencio mas profundo.

El general americano no podía creer esto; y fué necesario que él mismo saliera del bosque y viera con sus propios ojos aquella quietud para convencerse de que en efecto todos dormían.

Entonces á la una de la tarde, cuando el calor era mas fuerte y tenía á todos mas aletargados, hizo que sus fuerzas se movieran hácia el campamento de Santa Anna sobre el cual cayó con ímpetu, arrollando fácilmente los obstáculos que se encontró al paso.

La sorpresa fué completa y la resistencia que pudo oponerse, aunque vigorosa, como no obedecía á plan ninguno, tuvo que ser dominada de pronto, produciendo alguna dispersión. Por fortuna, Cos que aunque habia caído rendido de cansancio, se preocupaba por el peligro, pudo organizar á su gente y dar una carga á la bayoneta que hizo replegar al enemigo al bosque, pero ya Santa Anna habia huido y nadie sabia donde se encontraba. Los jefes subalternos Céspedes, Arenal, Núñez, Almonte y otros siguieron batyéndose y ya la victoria estaba declarándose por los

mexicanos no obstante el desorden con que se batían, cuando de pronto cayó muerto el jefe de columna Luelmo, su gente huyó y la dispersión se hizo general, al cerrar la noche, con sorpresa de los anglo americanos que en lo que menos pensaban era en salir victoriosos de aquella jornada cuando ya estaba para ellos completamente perdida.

Cobraron entonces ánimo, se apoderaron del campamento, abandonado y en la mañana muy temprano destacaron partidas en persecucion de los dispersos trayendo uno de ellos al mismo Santa Anna disfrazado de soldado raso, el cual fué prontamente reconocido.

Esto fué para ellos la principal victoria: capturar nada menos que al general en jefe del ejército, quien no dejaba de llamarse tambien á toda hora Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

El júbilo que experimentaron los texanos cuando ya creían su causa perdida para siempre, fué inmenso. Celebraron su triunfo estrepitosamente é hicieron todo lo posible para que se conociera luego la noticia por toda la comarca.

El espanto de Santa Anna fué tal, creyendo que se le iba á fusilar en represalia de tantas ejecuciones como habia hecho con los prisioneros de guerra, que él mismo antes de que nada se le pidiera, dijo á Houston:

— Señor general: doy á vd. mi palabra de honor de que todo lo arreglaré en favor de vdes. con tal de que no se atente contra mi vida.

En lo que menos pensaba Houston era en matarlo, una vez que más iba á servirle vivo que muerto.

Entonces Santa Anna cometió la primera ignominia entre tantas como hizo en aquellas circunstancias, firmando la vergonzosa comunicacion dirigida á su segundo el general Filisola, ordenándole la retirada y cesacion completa de hostilidades, reforzando aquella con la carta siguiente: "Exmo. Sr. general de division Don Vicente Filisola. Paso de San Jacinto, Abril de 1836. Mi estimado amigo y compañero. Como no sé el tiempo que permaneceré por aquí y ustedes tienen que regresar al interior, quiero me mande usted mi equipaje, el del compañero Almonte, el de Castrillon, el del compañero Núñez y un baúl de mi secretario el Sr. Caro.....Recomiendo á vd. *que cuanto antes se cumpla con mis órdenes de oficio, sobre retirada de las tropas, pues así conviene á la seguridad de los prisioneros y en particular á la de su afectísimo amigo y compañero, Antonio Lopez de Santa Anna.*"

De manera que tenían más importancia las personalidades de los ilustres prisioneros que el honor de la patria empeñado en una guerra justa en defensa de la mitad de su territorio. Parecia que en esas notas estaba ya firmada por Santa Anna la pérdida de Texas, pero como si no bastaran todavía, firmó dos convenios, uno público y otro reservado, comprometiéndose á no hacer armas contra los texanos y á reconocer á David G. Burnet como Presidente de la República de Texas, y más aun, como se creyó que obraba con

felonia, se le pusieron grillos en los pies y se le obligó á escribir una humillantisima carta al Presidente de la Union Americana Andres Jackson, pidiéndole misericordia.

¡Que pequeño, que bajo, que despreciable, se mostró en esa ocasion el general Santa Anna!

XXV CAPITULO XXV

ASPERBEREY HIE ASSANSEN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DEPARTAMENTO GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONSEJO DE BIBLIOTECAS



CAPITULO XX.

ESPERANZA SIN ESPERANZA.

La hacienda del Olmo perteneciente á la familia Guzman, se encontraba situada al Norte de la hacienda de Santa Gertrudis, perteneciente á la familia Cadena, y el caserío de la una se divisaba bien de la casería de la otra; estaban ambas divididas por anchos fosos y elevadas cercas de piedra, una vez que sus dueños habían sido, por asuntos de intereses, enemigos mortales. La primera de esas fincas había progresado muchísimo, debido á que su propietario, además de haber estado dedicado personalmente á atenderla y administrarla, no se había metido en política ni gastaba mucho lujo, mientras que el dueño de la segunda que era Don Ramon de la Cadena, había sido primero realista, despues iturbidista y por último, centralista, todo lo cual, juntamente con el esplendor á que se trataba, le había costado el dinero, y sobre de Texas, y mas au.

todo, había gastado bastante en los pleitos sobre terrenos y aguas en que siempre lo había vencido la familia Guzman, motivos, como hemos dicho antes, para que la odiara y por los que también había menguado su propiedad hasta el punto de no conservar mas que el casco de la hacienda y unos pocos de terrenos que la habían rebajado á la categoría de rancho.

Habían transcurrido algo mas de diez años desde la última vez que hicimos mencion de estos nuestros personajes y, naturalmente, unos y otros habían pasado por diversas vicisitudes, segun los trastornos en que el mismo país estaba envuelto, cuando á la vez se encontraban las dos familias en sus respectivas fincas por ser el tiempo de las aguas y de las labores, y en los momentos en que penetramos á la casa de la hacienda de Sta. Gertrudis veremos en una pieza á D^{ca} Ana, ya demasiado vieja, teniendo en sus rodillas á una preciosa niña muy vivaracha y muy decidora y á pocos pasos á Esperanza, que, á pesar de sus treinta años, conservaba la misma belleza que tenia cuando era una damita de la emperatriz, de diez y seis años, teniendo una labor de costura.

En uno de los momentos en que salieron la señora grande y la niña, se presentó una mujer de la cuadrilla á Esperanza, quien despues de saludarla y de decirle algunas generalidades, le dejó un papel en las rodillas ausentándose luego á toda prisa.

Esperanza leyó: "Vida mia. He venido á casa por muy poco tiempo porque estoy perseguido. Deseo

mucho verlas tanto á tí como á mi hija. ¿Me podrás negar tal dicha, Esperanza? Las espero esta tarde, antes de meterse el sol, en el arroyo de los pinos en donde nos vimos hace cuatro años.—Tuyo siempre, siempre.—RICARDO.”

Esperanza cambió de color, sintió que se le quería salir el corazón del pecho y murmuró temblando:

—Por fortuna mi padre salió hoy para México y mi madre no sospechará nada ni querrá acompañarnos, por temor á las lluvias. Iré, Ricardo, seguramente que iré y te llevaré á la niña.

Cualquiera que hubiera observado á Esperanza en el resto del día, la habría visto desasogada y nerviosa, contestando con distracciones cuando se le dirigía la palabra y dirigiendo la vista con frecuencia á un enorme péndulo que había en el comedor. Cuando notó que eran las cuatro empezó á mirarse en el espejo y á hacer uso de afeites que tenía antes casi abandonados, lo mismo que á correr hácia su ropero para buscar un vestido algo mejor que los de costumbre, una flor y algunos otros dijes de esos que sirven para hermosear á las mujeres y que ella con toda seguridad no necesitaba. Con el mismo empeño peinó y aderezó á la niña diciéndola con frecuencia:

—Estate quieta, Ana, no te muevas tanto, Anita, mira que ahora vamos á hacer un paseo muy precioso.

—Pero á donde vamos pues?

—A donde siempre, á los alrededores, á cortar rosas al pie del arroyo, pero nos puede encontrar al-

guien, porque ahora hay en las fincas cercanas muchos vecinos y tenemos que atravesar por la carretera.

La abuela se opuso un poco á que salieran porque había nubes amenazadoras en el horizonte; pero Esperanza insistió de tal modo y supo alegar tan buenas razones, que la hizo convenir en que era necesario aquel paseo para la salud de la niña, aunque á trueque de que habían de ir acompañadas de gentes de confianza y con todo género de precauciones.

Por fin, salieron á las cinco y media la madre y la niña acompañadas de dos criadas y de dos mozos. Esperanza no hizo mucho alto en aquella compañía estorbosa; ya se proponía en su interior alguna manera de alejar á aquella gente un poco del lugar de la cita. Ella mandaba y de seguro que tenía que ser obedecida por mas extraño que fuera lo que mandara.

Luego que estuvieron cerca del bosquecillo que formaban los árboles al borde del arroyo, dijo á sus acompañantes:

—Ustedes se quedan aquí y yo voy á aquel punto en busca de una persona que me ha de estar esperando. Cuando yo llame irá Nicolasa con la niña y ustedes se quedan aquí esperándome hasta que les hable.

Dicho esto se fué corriendo sin atender á las observaciones que le hacía Anita como niña mimada.

Ricardo estaba allí esperándola despues de haber dejado su caballo al otro lado de la cerca que limitaba los terrenos de la hacienda en las manos de su asistente.

—Esperanza!

—Ricardo!

Fueron las dos exclamaciones que se oyeron, á las cuales se siguieron una tempestad de abrazos y besos por parte de Ricardo y otra de sollozos y de caricias por parte de Esperanza. Cuando hubo calmado un poco en ambos la grandísima emoción que experimentaron, Esperanza dijo:

—No puedo permanecer mucho tiempo aquí, porque han venido otras personas acompañándome y mi madre me espera en la casa.

—Trajiste á mi Anita?

—Allí está.

—Quiero verla.

—Sí, sí; pero dime antes.....

—Qué quieres que te diga? Que las circunstancias, y más que todo, la desesperación en que me tiene la invariable tenacidad de D. Ramon, me ha obligado á seguir mezclándome en la política y siempre con los partidos que pierden y que son perseguidos de muerte por los triunfadores. Ultimamente me ligué con Arista, porque este afirmaba que procedía de acuerdo con Santa-Anna, como así era en efecto, pero este nos traicionó, fuimos derrotados, se nos espatrió y yo, burlando la vigilancia de las autoridades de Veracruz, volví á tierra cuando Arista fué reembarcado, y con asuntos de mi jefe y con asuntos míos, vine á México, y como lo que más me interesaba era verte á tí y ver á mi hija, ver á los dos pedazos de mi corazón, me aventuré también á venir á la hacienda á todo ries-

go, aunque entiendo que ya no hay tanto, porque las persecuciones han calmado desde que acaeció la muerte de Barragan. Por otra parte, Santa-Anna se fué á la guerra de Texas y tal vez esté próxima la oportunidad de que venga Arista que es amigo mío y que me dispensará toda su protección cuando la necesite... Pero, vida mía, perdóname, si te estoy molestando seguramente con las cosas políticas que no deben interesarte, cuando no debía hablarte más que de mi amor que permanece tan puro y tan profundo en mi corazón como el primer día.

—Al contrario, Ricardo, me interesa muchísimo saber todos los trabajos que has pasado y cuales las esperanzas que abrigas para el porvenir.... ¡si no pienso yo en otra cosa de día y de noche!

—Ahora háblame de tí, dime si sufres, dime si necesitas de mi apoyo en tu situación, dime lo que quieres que hagamos.

—¡Ay Ricardo! las lágrimas que yo he derramado por tí, los pesares que he sufrido, los tormentos que en silencio me han hecho devorar mi falta, son indescriptibles, amigo mío... Si no fuera por tu recuerdo... si no fuera por esa inocente que ignora hasta el presente que soy su madre, y más aún, que no sabe lo que le ha de costar la mancha que lleva impresa en su propio nacimiento si no fuera por Ana.....

Esperanza no pudo continuar porque su voz fué ahogada por los sollozos. Poco después continuó así reanimada por las caricias de Ricardo:

—Mi padre solo vive, porque Dios es grande, por-

que la vida que lleva, no es vida. Va á México, solo para los negocios muy precisos y á defender un poco sus intereses, cada vez que se los quiere apropiár el gobierno. El resto del tiempo lo pasa en la hacienda encerrado, sin hablar con nadie, paseando muchas noches por los corredores, como si fuera una sombra, siempre triste y siempre meditabundo. Hasta hace muy poco tiempo, se colocó un momento á la niña en las piernas, la dió un beso, y casi rechazándola, se levantó y se fué á su cuarto pálido como un muerto. Mi madre también ha envejecido, al grado de que parece una anciana de ochenta años. Y yo... figúrate lo que sufriré viendo os sufrir... figúrate lo que sentiré pensando en mi suerte y en el porvenir de esa niña...

—Si yo hubiera muerto, Esperanza, si yo fuera un olvidadizo y un desnaturalizado y un canalla, si yo no las amara tanto á las dos, habria motivos para llorar y desesperarse; pero yo no aliento mas que para ustedes, yo no pienso mas que en salvarlas, yo no quiero sino que llegue un día en que puedan ser felices.

—En verdad, Ricardo, todo eso es mucho consuelo para mí, pero mis penas no dejan de ser penas.

—Traeme á la niña, Esperanza.

—Antes es necesario convenir en el pretexto que haya para presentártela, porque ya está grande y es muy inteligente.

—Me pones en duro aprieto, porque es la primera vez que voy á abrazarla. En la otra ocasion apenas me la dejaste ver á distancia y entre los árboles, porque estaba presente la señora doña Ana.

—¿Has reflexionado, pues, en que es un paso muy imprudente el que vamos á dar?

—Yo no he reflexionado nada, no he pensado mas que en que voy á verla, en que voy á estrecharla contra mi corazón.

—Si le decimos que se calle sobre este encuentro, encontrará extraordinario que se le haga tal recomendación; si no se le dice nada, todo lo referirá despues y descubrirá la entrevista nuestra, y todo esto tendrá para mí funestos resultados.

—Pero se hace tarde, el cielo está sombrío, no tardará tal vez en llover y en difundirse la oscuridad.....

—Pues voy á llamarla, y Dios dispondrá de nosotros.

Esperanza salió de entre los árboles, y gritó con fuerza:

—Nicolasa, trae aquí á la niña.

Ricardo se cubrió tras un arbusto para poderla contemplar á su satisfaccion cuando llegara. El sol llegaba á su ocaso, estaba ya medio cubierto por las nubes, pero aun reinaba bastante claridad.

La niña llegó brincando y repitiendo: Esperanza, Esperanza.

—Aquí estoy, Anita: voy á presentarte á una persona que te quiere mucho.

—¿Quién es? ¿dónde está?

—Aquí, contestó Ricardo, apareciendo y tendiéndole los brazos.

Esperanza se asustó y se refugió en el regazo de su madre.

— Anita, querida niña de mi alma, exclamó Ricardo siguiéndola, alcanzándola y estrechándola contra su corazón.

Anita dió un grito y pugnó por desacirse de los brazos de su padre.

— Véle bien, hija mía, le dijo Esperanza con mortificación, fíjate en sus ojos á ver si no le quieres.

Ricardo estaba llorando.

Anita alzó la cabeza para verlo, y dijo á su mamá con sencillez:

— ¿Por qué llora?

— Por el gran placer que siente mirándote.

— ¿Pues quién es este señor.....?

— Es es una persona de la familia.

— Y ¿por qué no viene á casa?

— Porque está oculto porque lo vienen persiguiendo sus enemigos..... por las cosas de la política, hija mía.

— Que se venga con nosotros y no le harán nada... yo le esconderé en mi alcoba y le cuidaré..... ¿se viene vd. á nuestra casa, señor.....?

— Vida mía de mi alma, dijo Ricardo siempre derramando lágrimas, ¡y qué sentimientos tiene tan nobles y tan hermosos!..... Yo te amo, Anita, yo te amo mas que si fuera tu padre.

— ¿Y mi abuelita conoce al señor? preguntó la niña ingenuamente.

— Sí lo conoce, y mi padre tambien, pero están enojados con él porque se fué á la guerra.

— ¡Ah! ¿luego es militar?

— Es coronel.

— ¡Ay qué gusto, si tuviéramos un coronel en la casa!

— Es imposible que vaya, porque mi padre se lo ha prohibido en virtud de que son de opiniones diversas. Tu no comprendes las cosas de la política.

— Si las comprendo, ¡vaya! Mi abuelito es español y este señor que es mexicano ha de haber peleado contra los españoles.

— Eso ya pasó; ahora son otras las opiniones en que están divididos los Señores, mas ardientes tal vez que aquellas de la guerra de independencia.

— Bueno, pues yo me encargo de contentarlos á todos. Yo quiero mucho al Señor coronel ¿cómo se llama?

— Ricardo.

— ¿Y qué más?

— De la Cadena.

Una nube pasó por el semblante de Ana, algo como un recuerdo de haber oído ese nombre pronunciado hasta con cólera por el abuelo.

— ¡Ah! suspiró, positivamente no puede venir á casa.

Tras esto dijo Esperanza que estaba como sobre brasas.

— Es hora de irnos, despídete y váyanse yendo tú y Nicolasa, que luego las alcanzo.

Ana abrazó á Ricardo con tristeza; él estampó un beso en la frente de la niña acompañado de ardientes lágrimas. Y ella se fué, todavía volviendo la cabeza

como para mirarle bien y no olvidar aquella fisonomía.

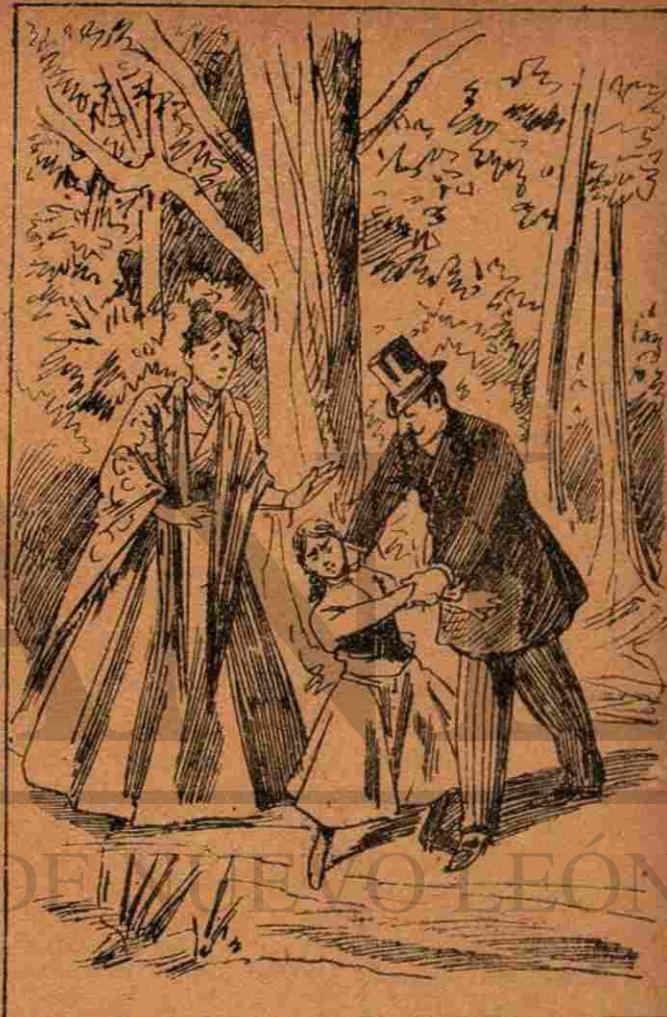
Luego que desaparecieron llegó su turno á Esperanza.

—Amado esposo mío, ¡adios!

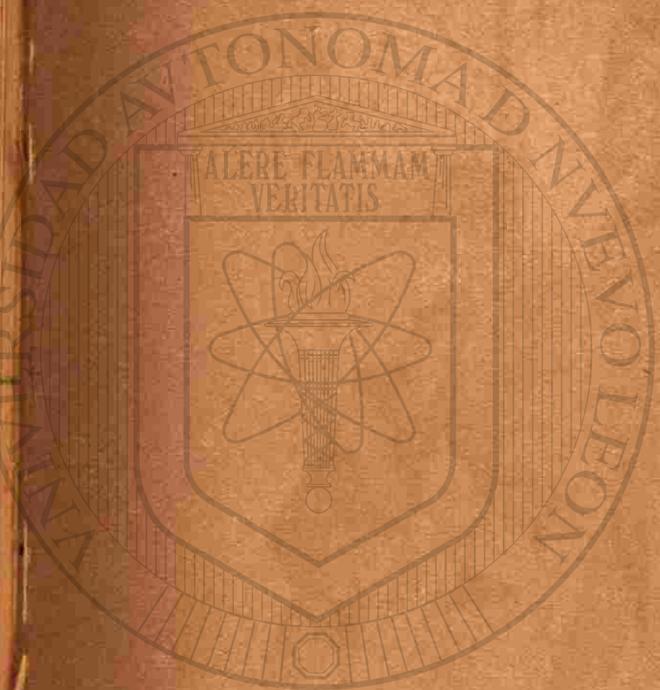
—Si, tu esposo opóngase quien se opusiere. Yo volveré.....

—Ricardo, hay ocasiones en que no se puede luchar contra la suerte, ¡adios!

Lo abrazó, le dió un beso y se alejó corriendo, espantada de lo que acababa de hacer.



Anita dió un grito y pugnó por desasirse de los brazos de su padre.



DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO XXI.

LA MONJA.

A la hermosa Anita se le quedó profundamente grabada la noble fisonomía de Ricardo: ya tenía suficiente edad para reflexionar y reflexionó que las explicaciones que se le habían dado sobre aquella entrevista á excusas, no eran satisfactorias. Sentía como un estorbo que se le paseaba de la cabeza al corazón, el cual conocía que no había de quitársele mientras no aclarara ese misterio, y se propuso aclararlo. Por de pronto pareció conformarse con las historias que le iba refiriendo Esperanza: aquel apuesto militar había sido en otros tiempos muy estimado y muy distinguido en la familia; pero algunas acciones suyas que no habían sido aprobadas, algunas calaveradas tal vez que no podían encontrar buena acogida en el rígido carácter de D. Ramon, lo habían ausentado para siempre de la casa. Pero el militar había

conocido á Ana cuando era pequeñita, la había querido tanto como si fuera hija suya, le había mandado suplicar que la llavara para verla, y Esperanza no había podido resistir á aquel deseo, aun sin el consentimiento de la abuelita; parecia conveniente pues que esta no se enterara de aquel encuentro, al menos mientras D. Ramon no hiciera las paces con su pariente.

Cuando Esperanza pronunció la palabra *hija*, Anita se estremeció y estuvo á punto de hacer esta pregunta que nunca hasta entonces había querido hacer, supuesto que no se lo decían: ¿quienes eran sus padres?

Transcurrieron unos días y regresó D. Ramon de México: no llegó nada contento, todo lo contrario. Los negocios andaban muy mal: el gobierno se mostraba muy exigente y quitaba el dinero á todos los que lo tenían y quería sacarlo tambien á los que lo habian tenido: él pertenecia á estos últimos; no tenia ya nada que dar y se le apremiaba para que pagara adelantadas las contribuciones de la casa de México que muy poco le producía y las de sus fincas de campo que estaban ya reducidas á una miseria absoluta con tantas revoluciones y con tantos robos. El gobierno de Santa Anna y su guerra de Texas habian costado un dineral y el gobierno de Corro tambien seguia costando lo mismo, pues aunque no estuviera allí Santa Anna, estaban los mismos ministros que eran insaciables. Aquello no era, no podía ser gobierno, sino una cueva de foragidos, según el juicio de D. Ramon.

Ya se comprenderá que su carácter, de ordinario

seco y duro, ahora se habia convertido en feroz y por lo mismo en intratable.

No obstante, Anita se consagró de tal manera á mimarlo, á acariciarlo, á cuidarlo y á seguirlo, que el viejo acabó tambien por acercarla tres ó cuatro veces á su corazon y por darle un beso en la frente, lo cual en él era un signo de inmenso cariño.

Anita siguió endulzándole las horas otro dia mas y al siguiente el buen viejo que tenía un fondo excelente, á pesar de sus asperezas, le dijo sentándose en las rodillas.

--Dime que es lo que más deseas, chiquita, para concedértelo.

Ella se quedó un momento viéndolo fijamente, le dió un beso en cada mejilla y luego le preguntó:

--¿De veras me concederá vd. lo que yo le pida, abuelito?

--¿Pues te había de engañar acaso? ¿Entonces no sabes que siempre que he ofrecido algo lo he cumplido? Pídemelo que quieras, y una vez que te haya contestado que sí, puedes creer que lo tendrás, aunque sea un imposible.

--Lo que yo quiero es sumamente sencillo.

--Dilo.

--Quiero..... quiero, mi abuelito lindo, que se contente vd. con el militar y que lo deje venir á la casa.

--¿De cual militar hablas? preguntó D. Ramon empezando á fruncir el ceño.

--De ese pariente de la familia que se llama D. Ricardo.

D. Ramon casi iba á hacer rodar á Anita al tiempo de levantarse demudado y tembloroso. Luego cogiéndola de ambos puños con fuerza le preguntó:

—¿Luego has visto á ese hombre?

—Sí.

—¿En dónde lo has visto?

—Muy cerca de aquí..... en el bosquecito del arroyo.

—¿Y fué Esperanza la que te llevó allí y la que te ha aconsejado que me digas eso?

—Ella no me ha aconsejado nada: me llevó á verlo.. el me abrazó y lloró..... me conmoví mucho..... supe que mis abuelitos estaban enojados con él y yo pensé...

—¡Silencio! ni una palabra más.

D. Ramon, airado, se dirigió á su habitacion, echó la llave por dentro y no volvió á salir de allí en todo el día. Por la noche solo recibió á Doña Ana que fué á llevarle la cena. A esta le comunicó algunas órdenes que debían permanecer reservadas.

En la mañana temprano estaba en el centro del patio el coche de camino con dos tiros de mulas. D. Ramon salió de su habitación y Esperanza de la suya y cada cual se dirigió al coche silenciosamente. Esta última iba vestida de negro y cubierta con un espeso velo que le llegaba el borde del vestido.

Doña Ana tenía entretenida á Anita en su pieza para que no se enterara de aquel viaje repentino.

D. Ramon había adelantado en la tarde anterior á un mozo que llevó varias cartas á México. Cuand

el coche llegó á México se encaminó directamente al Convento de la Concepción.

Se apeó el Sr. de Guzman, le siguió Esperanza y ambos entraron al locutorio, que les fué abierto por la madre portera. Allí se encontraba ya la madre abadesa.

—Esta es la jóven de que debe haber hablado á la madre superiora el Ilmo. Señor Arzobispo.

—Sí, señor; tengo orden de recibir aquí y de vigilar muy estrictamente á la jóven llamada Esperanza Guzman.

D. Ramon, sin despedirse de su hija, se salió de allí despues de haber dejado en las manos de la Superiora un pliego con instrucciones.....

Hasta aquel momento todo lo que había estado pasando á Esperanza le parecía un sueño: la orden que le había dado su madre para que se vistiera y se cubriera con un velo el semblante; la separacion de su hija sin despedida; su entrada brusca en el coche; el camino hecho silenciosamente en compañía de su sañudo padre; aquella entrega de su persona en el convento que parecía definitiva.....

Pues ¿qué era lo que había pasado?

Esperanza no se daba cuenta de su situacion y le parecía seguir soñando.

Ricardo que aun vivía en su hacienda, inmediata á la de D. Ramon, y que tenía á esta muy vigilada, supo todo lo que estaba pasando, montó á caballo seguido de su asistente y á duras penas pudo alcanzar el carruaje en que iba Esperanza, seguirlo á la Con-

cepcion y ver una parte de los sucesos desde la esquina próxima en donde estuvo apostado despues de haber echado pie á tierra.

No le cabia duda de que sus relaciones con Esperanza habian sido nuevamente descubiertas por aquel padre feroz, quien para impedir las, se habia valido de la influencia que tenia con el alto clero, consiguiendo que fuera encerrada la jóven en aquel convento.

Cuando vió á Don Ramon salir solo de la portería, subir al carruaje y alejarse, sin siquiera volver la cabeza á donde se quedaba su hija encerrada, Ricardo se estremeció indignado, y murmuró:

—Es preciso, pues, de una vez aceptar la lucha.

E inmediatamente se fué á su casa, escribió una carta al Ministro Tornel, diciéndole que deseaba ponerse á las órdenes del gobierno y pidiéndole una entrevista.

Demasiado sabia Tornel que Ricardo Guzman era uno de los oficiales mas distinguidos de Arista, al cual habia acompañado en todas sus últimas campañas, y esa circunstancia, unida á la de que en aquellos momentos todo se veía revestido de cierta novedad y de cierto interés, y cada hombre de Estado allegaba elementos para acrecer un círculo, Tornel contestó en el acto, citándolo á una conferencia.

Ricardo le expuso brevemente sus circunstancias: él, no tenia ideas políticas, ni principios fijos, como pasaba entonces con casi todos los hombres de armas; él, habia seguido á Arista por afeccion personal, y al único á quien profesaba bastante mala voluntad, era á

Santa Anna; pero desde el momento en que habia desaparecido de la escera, encontrándose prisionero y con su reputacion militar perdida, ya se podia servir al gobierno sin temer á aquel famoso general, que así como tenia muchos amigos, tenia tambien muchos enemigos entre los hombres honrados, que no le podian ver en la política sino con profunda desconfianza por sus veleidades y perfidias.

Tornel, aunque era santanista, en aquellos momentos era mas Ministro que otra cosa, y convino casi al pié de la letra con las opiniones de Ricardo, asegurándole que el gobierno utilizaria sus servicios tan pronto como empezaran á organizarse las tropas que habian de hacer la campaña de Texas.

Entonces Ricardo abordó la segunda cuestion. Refirió á Tornel todas sus aventuras y sus relaciones con Esperanza, en la cual tenia una hija que contaba diez años, y como aquel hombre desnaturalizado, aquel Don Ramon de la Cadena habia conseguido por su alta influencia con el arzobispo encerrar á la madre en aquel convento contra su voluntad, no obstante todas aquellas circunstancias, así como la muy atendible de que se trataba de una mujer de mayor edad que ya no podia tampoco figurar al lado de las vírgenes.

Tornel, que era bastante despreocupado, á pesar de pertenecer á los centralistas, se rió con ganas al oír el fin de la aventura y expresó así francamente su opinion:

—Los votos que pronunciara esa jóven en caso de que lograran estrecharla á hacer algunos, no serían válidos.

—No serán válidos, Exmo. Sr., ¿pero quién reclama contra ellos?

—Es verdad, ninguno de la familia, y usted, señor coronel, no tiene personalidad legal en el asunto.

—Motivo por el que vengo á exponer mis quejas al gobierno.

—Amigo mio, dijo Tornel, que era muy amante de cortar por lo sano: tenemos tres caminos y los tres vamos á seguir en este negocio. Uno es hablar á Corro, de lo que yo me encargaré; otro, pedir la extracción de la monja al Gobernador de México, lo cual tiene que hacer él por estar en sus facultades, y el tercero gestionar algo, aunque sin provecho, con el Arzobispo. Si ninguno da resultado, queda un cuarto camino mas ejecutivo, del que usted mismo se encargará.

Ricardo comprendió bien el pensamiento del Ministro y salió de allí radiante á poner en ejecución las providencias que le tocaban.

Desde luego dedicó sus cinco sentidos á ponerse en comunicacion con Esperanza. Su misma madre que, además de ser una buena mujer, era una dama respetable, se comprometió á conseguir que se le facilitara hacer una visita al convento y á poner una carta en las manos de la religiosa forzada, y por lo que respecta al Gobernador de la ciudad y al Arzobispo, el mismo Ricardo fué á verlos, encontrando en ambos grandes resistencias por distintos capítulos: el Gobernador de México contestó que estaba bien penetrado de la justicia que habia para excluir á

una mujer que estaba encerrada contra su voluntad, pero que la medida traería gran escándalo y que él no la dictaría sin la autorización del Presidente. El arzobispo contestó que aunque Esperanza estaba en la Concepción solo en depósito, como de todas maneras se trataba de una monja, habia necesidad de recabar un breve del Papa, y que todo el negocio fuera ventilado en forma en la curia eclesiástica que tenia á su cargo entre otros deberes, el de impedir que las mujeres del claustro salieran al mundo á prostituirse.

Entonces hubo necesidad de esperar á lo que resolviera el Presidente Corro; pero el Presidente Corro que era de pequeño ánimo, dijo que él no se metía en esas cosas y que estaría solamente á lo que resolviera el cabildo.

—Queda á vd. el cuarto camino, dijo Tornel á Ricardo, el que dejamos como último recurso y que tienen expeditos los hombres de corazón cuando se les cierran todas las puertas.

—Pues á pesar mio lo pondré en planta, pero contando con la protección que V. E. pueda darme indirectamente.

Y ese camino fué el de avisar á Esperanza que al día siguiente que era el 3 de Octubre estuviera dispuesta á las doce del día para trasponer las puertas del convento. Le parecía ridículo escalar las tapias á media noche y prefirió la luz del día para hacer uso de la fuerza de su derecho.

No era tan fácil sorprender un clautro en aquellos

tiempos en que las puertas tenían fuertes cerraduras y estas eran vigiladas por gentes listas; pero Ricardo se dió tal maña que acompañado solo de dos militares amigos suyos logró sujetar á la madre portera, hacerse de las llaves y entrar á los primeros departamentos en donde vió á Esperanza luchando con las monjas que se habían puesto furiosas defendiendo su presa. Todo fué que Esperanza viera allí á Ricardo, y cobrar ánimo, desacirse de las que la sujetaban por las muñecas y correr á sus brazos. Se desató una gritería espantosa, se tocaron las campanas, se llamó á los sacristanes y campaneros pidiéndoles auxilio; pero Ricardo se abrió paso sostenido por sus dos amigos que también sacaron á relucir sus armas y en dos brincos se vió aquel en la calle depositando su preciosa carga en el carruaje que allí tenía preparado.

El escándalo, como debe suponerse el lector, fué mayúsculo: todo el mundo hablaba de una monja escapada, pero muy pocos sabían que no era tal monja y que lo que se había hecho era destruir uno de los infinitos atentados contra la libertad individual que se multiplicaban en aquel entonces en los conventos.

Nadie ignoraba al día siguiente que los prófugos se encontraban en San Agustín de las Cuevas; pero la autoridad no se movió, lo cual pareció extraordinario, debido á que Tornel había tomado acertadas providencias para impedir que se moviera.

Muchísimos trabajos pasó Ricardo para encontrar un sacerdote de buena voluntad que quisiera autorizar su matrimonio; pero lo encontró en un cura despreo-

cupado que creyó no perder mucho con ponerse en pugna con el cabildo, una vez que no podía estar más perdido ni mas ignorado, que como se encontraba.

Un hombre del carácter de D. Ramon tenía que reventar y en efecto reventó cuando le dieron la noticia; pero en cambio los desposados recibieron la bendición de Doña Ana, que les llevó á su hija Anita.

Ricardo y Esperanza estrecharon á la niña entre sus brazos derramando torrentes de lágrimas.

de las circunstancias difíciles porque atravesaban los políticos en aquellos momentos.

Unos quince diputados santanistas, que divididos en fracciones de á dos y de á tres, estaban en los corredores, siguieron á Pacheco Leal, luego que llegó, y todos entraron al saloncito que estaba despues del vestibulo, en donde se encontraron completamente separados del resto de sus compañeros.

—Señores, les dijo Pacheco Leal, es necesario ahora estar mas alertas que nunca, y procuren tener al corriente de esto á los demás amigos. Se trata por los ministeriales de presentar una adición al decreto que aprobamos ayer, declarando que el general Santa Anna dejó de ser Presidente, habiéndose aprobado las bases constitucionales del centralismo. Esa adición es el mismo artículo 3.º que reprobamos, aunque con otras palabras. Si no contamos con mayoría para rechazar semejante adición, nos salimos: es necesario no dormirse.

—¿Y qué noticias hay del general Santa Anna?

—Desde que vino la noticia el día 9, de que los americanos lo habian puesto en absoluta libertad, noticia que todos sus amigos celebramos con grande entusiasmo, ya no se ha tenido ninguna.

—Sí se ha tenido, dijo Rivero inmediatamente, allí está su apoderado Rosso que acaba de decirme algo interesante.

—¿Qué? ¿qué? le preguntaron varios, rodeándole.

—Que el general le escribió avisándole que se daría á la vela en un buque que le estaba alistando el

CAPITULO XXII

BORRASCAS.

Iban á celebrar sesión los diputados el 22 de Febrero de 1837 á las once de la mañana, y desde antes de la hora estaban reuniéndose en el hemiciclo que se les había construido para sus trabajos parlamentarios en el ala Sur del Palacio.

Algunos grupos estaban formados en los corredores inmediatos al departamento de la Presidencia, otros los estaban formando en diversos sitios de la rotonda, y algunos, en mas pequeño número, andaban por la secretaría y por la sala de las comisiones, notándose gran animación en todos los semblantes.

Las conversaciones que sostenian los grupos, eran á media voz, y cuando alguno, que no era de los *nuestros*, como se llamaban, se acercaba ó pasaba de largo, tenia cuidado de callarse el que llevaba la palabra.

Oyendo, por nuestra parte, algo de lo que se practicaba en esos grupos, podremos formarnos concepto

Ministro de la Guerra de los Estados Unidos, por orden del mismo Gobierno norte-americano.

—¡Chist! hizo en el acto Pacheco, poniéndose un dedo en los labios; yo también lo sabía ya, pero no conviene hablar aquí de esas cosas.

—Nadie nos oye, repuso Montalvo, y aunque nos oyeran, no podrían ya entorpecer los designios que traiga el general.

—Pero cualquiera cosa puede influir en el ánimo de los neutrales y hacernos perder la votación.

Siguieron hablando en silencio y comunicándose noticias y proyectos, mientras llegaba el momento de acordar un plan de campaña parlamentaria.

Abajo, en el fondo de la Cámara, se encontraba otro grupo de diputados, ocupando el primer término Bustamante, Chico, Tagle y Michelena, que eran de los que se habían mostrado más tenaces para nulificar á Santa Anna, á los cuales rodeaban otros de menos significación, pero no menos predispuestos contra aquel general.

—Acabo de ver allá arriba en conciliábulo á los santanistas, dijo Michelena.

—Sí, contestó Chico, alguno les dijo que íbamos á presentar una adición al proyecto, y están alistándose para combatirla.

—Yo no puedo comprender todavía, dijo por su parte Tagle, cómo nos derrotaron ayer al votarse la tercera proposición siendo tan importante, como que privaba de todo cargo público á Santa Anna, habiendo

contado nosotros con la mayoría para los anteriores artículos.

—Es porque Tornel está jugando con dos barajas, contestó Michelena, y nos quitó algunos diputados.

—Entiendo que el que trabajó, fué el mismo Corro, por conducto de Monasterio, dijo otro de los diputados del grupo.

—Eso ya no tiene remedio, exclamó Bustamante, que estaba en áscuas, veremos lo que dice la adición de Elizalde.

—Aquí tengo la copia, contestó Tagle, dice así: "Concluyó en la Presidencia de la República Mexicana el general Don Antonio Lopez de Santa Anna desde la publicación de las leyes constitucionales."

—Van á decir que es el mismo artículo ya reprobado.

—No, porque en él se le exigía una rehabilitación absoluta de sus manejos en Washington, para que pudiera ejercer cargo alguno en lo sucesivo, y esta es una simple declaración para que no venga á alegar derechos y á meternos en una revuelta.

—Revuelta que hará de todas maneras, si no lo hacemos trizas antes de que llegue al país, dijo con voz sorda Bustamante. Yo conozco mucho á Santa Anna, ustedes lo conocen también, y si ahora no nos aprovechamos y andamos con contemplaciones, no le faltará coyuntura para volvérsenos á meter y realizar su traición ya pactada.

—Pero el caso es que Corro es muy débil, le tiene además mucho miedo: los ministros, lejos de animar-

lo, están irresolutos, y el gobierno, en suma, es el que contraría los trabajos de los buenos, dijo Tagle.

--Pues debemos tambien quitarnos de Corro, que es un incapaz, exclamó Chico, lleno de exaltacion, demostrando con ello la gran ojeriza que tenia al Presidente.

—¿Acaso elevariamos sobre Corro á Tornel que ha cometido abusos tan grandes como la prision de Torres y la destruccion de su imprenta, y como el destierro del general Basadre á Veracruz? dijo Barrio, que fué el que sostuvo las acusaciones contra el Ministro.

—Ya de eso fué absuelto el Ministro por el Jurado, contestaron varios tornelistas.

—Dejemos esas pequeñeces y vamos á ver como nos quitamos de Santa Anna, que es el mas pernicioso de todos, insistió Bustamante.

Entonces convinieron en esparcirse para rectificar los votos con que contaban.

Don Rafael Irazábal, que era el Presidente de la Cámara, estaba en el centro rodeado de otros diputados que guardaban una actitud enteramente tranquila, y como si solo estuvieran esperando que se completara el número para dar principio á los debates. A lo mas dirigian una que otra alusion á los miembros que andaban de aquí para allá, haciendo el recuento de los partidarios, y como si ellos fueran del todo imparciales, cosa que realmente no sucedia, pues que ya tenian formada su opinion sobre el grave asunto que

iba á tratarse, la cual estaba generalmente de acuerdo con los ministros. Eran el núcleo de lo que despues se llamó el partido servil.

Por fin, el Presidente tocó la campanilla, se pasó lista y resultó que no habia *quorum* porque se habian negado á entrar varios santanistas, y entonces se convocó á sesion para las tres de la tarde. Aquella reunion solo habia servido para que se reconocieran los campos.

En la tarde, hasta muy cerca de las cuatro se completó el número, se leyó la adicion y se levantó la tempestad consiguiente.

Tagle, la sostuvo con su elocuencia poderosa, la combatieron Pacheco Leal y algunos otros, pero como estos observaran que se encontraban en minoria, abandonaron sus curules luego que comenzó la votacion.

El Secretario dijo entonces:

—Por acuerdo de la mesa se declara la Cámara en sesion permanente hasta que tenga lugar la votacion, llamándose por la Secretaría á todos los señores diputados ó á sus suplentes, á los que se les recibirá el voto segun se vayan presentando.

Poco despues, á eso de las cinco de la tarde, se oyeron repiques, salvas de cohetes y grandes aclamaciones por algun populacho en las calles, celebrándose así la noticia de haber desembarcado el general Santa Anna en Veracruz.

Los diputados santanistas se reunieron con los mi-

litares de su partido, que eran muchos, y procuraron meter todavia mas ruido para intimidar al gobierno y á los diputados que continuaban en sesion permanente.

Algunos ministros que habian ido á Palacio por la novedad, bajaron al Congreso á conversar con los diputados, y formaron grupos en que se comentaba el acontecimiento. No habia en el salon ni un solo diputado santanista.

No habia llegado el general Tornel, Ministro de la Guerra, que era al que todos esperaban con ansia. Se decia que estaba en una conferencia con el Presidente, examinando los pliegos que habian llegado de Veracruz.

El Ministro de la Guerra se presentó hasta las ocho de la noche, bien surtido de papeles, y lo rodearon los treinta diputados que habia allí, esperando que llegaran los demas que habian sido llamados con urgencia.

—¿Es cierto que llegó Santa Anna á Veracruz? preguntó luego Bustamante, que aparecia el mas apasionado en contra de aquel general.

—Es cierto, contestó Tornel, y desde luego manifestó el mayor desagrado contra las autoridades, porque fué removido de la comandancia militar el general Ciríaco Vazquez, que es hechura suya.

—¿Y es cierto que ha venido en un buque de guerra americano y disfrutando de la mas grande protección de aquel gobierno? preguntó á su vez Chico.

—Aquí traigo las comunicaciones del comandante

Don Antonio Castro y del Jefe Político Don Joaquin Muñoz, que serán leidas en la Cámara, cuando sea oportuno, en que dicen que Santa Anna llegó en una magnífica corbeta de guerra americana, la cual ha estado surta en el puerto y á sus órdenes, hasta saber de la manera cómo seria recibido, resuelto á reembarcarse al tropezar con la menor contrariedad.

—De manera que es manifiesta la traicion de Santa Anna.

—Al menos hacen vacilar mucho los documentos que han llegado. Aqui tenemos por ejemplo una carta escrita en inglés, enviada de los Estados Unidos por una persona seria, al jefe político Muñoz, que es quien la adjuntó con una suya al Sr. Corro, cuyo contenido es el de que el general Santa Anna ha recibido dinero del gobierno americano en cuenta de seis y medio millones de pesos, en que ha sido pactada la venta del departamento de Texas.

—¿La venta?

—No precisamente la venta, porque costaría mucho mas, sino que en esa cantidad se estima el disimulo que ha de tener México para no reclamar la posesion de ese territorio.

Estas palabras del Ministro arrancaron algunas exclamaciones de indignacion y algunos apóstrofes llenos de energía por parte de algunos diputados.

El Ministro continuó hablando así:

—El general Santa Anna por su parte ha escrito al Presidente, felicitándolo por haber sabido conservar la paz y poniéndose á sus órdenes, á cuyo efec-

to, agrega, está dispuesto á jurar la nueva Constitución en manos del comandante Castro.

—Por lo mucho que le importan los juramentos á Santa Anna, exclamó Chico.

—No necesita sino que se le deje lugar para meter un dedo, dijo Bustamante, que despues seguirá metiendo el brazo y todo el cuerpo.

—Lo mas grave de todo, es lo que dicen los periódicos, y traigo como muestra "L'Abeille" de Nueva Orleans. Está marcado con líneas de lápiz azul lo mas interesante.

El diputado Gomez Anaya leyó en voz alta: "La independencia de Texas no deja, sin embargo, de tener sus dificultades..... el retiro total del general Santa-Anna de los negocios causará necesariamente alguna perturbacion *en las combinaciones que han sido determinadas en Washington entre los Presidentes de las dos Repúblicas.*"

—¿Qué mas clara se quiere ver la traicion.....?

En ese momento llegaron en tumulto los diputados santanistas é interrumpieron al ministro. Venian contentísimos, seguros de que despues de la gran manifestación popular que acababa de hacerse por la llegada de Santa-Anna, ya nadie se atrevería á votar en su contra.

Eran las nueve y media de la noche y se abrió la sesión.

Como la votación había quedado abierta y ya la mayoría había votado aprobando la adición, los diputa-

dos santanistas aunque dieron su voto negativo, solo vinieron á completar el *quorum* cayendo candorosamente en la trampa que se les había tendido.

—¡No importa! exclamó Pacheco Leal en voz alta luego que se hizo la declaracion, ya vendrá el general á ponerles á todos el pié en el pescuezo.

No fué aquella la noche triste, sino la noche agri-dulce de los santanistas.

Siguieron en los otros días las interpelaciones á los ministros sobre las instrucciones que tenían las autoridades respecto de Santa Anna, sobre si se había de continuar la guerra con Texas y otras que mantenian sobrecitada la atencion pública, todo lo que tuvo por el pronto dos resultados: 1.º Que el ex-Presidente se retirara aparentando humildad á su hacienda de Manga de Clavo y 2.º Que el ministro Tornel declarara que el ejército mexicano no podia ni avanzar ni retroceder de sus posiciones, porque el gobierno no tenia un centavo y las tropas estaban á racion de hambre desde hacía muchos meses.

Entonces el congreso para salvar la situacion hizo dos barbaridades tambien: 1.º Autorizar al gobierno para que pidiera á los agiotistas dos millones de pesos, uno que había de ser en efectivo y otro nominal, compuesto de papeles sin valor. 2.º Decretar que las cuartillas tuvieran el valor de *tlacos* para que disminuyeran los perjuicios que causaba la abundancia del cobre.

Entónces fué cuando se armó la gran sambra. Era

el día 9 de Marzo. Apenas se supo en la calle lo que acababa de aprobar el congreso, se reunieron pelotones de gente en la plaza, se cerraron todas las puertas de las tiendas con estrépito y comenzó el tumulto.

Los gritos eran: ¡muera el gobierno! ¡muera el traidor Santa-Anna! ¡viva la libertad!

Los diputados pidieron auxilio al gobierno y el gobierno no les hizo caso. Entonces el diputado Chico se subió en su asiento y gritó:

—Pido que D. José Justo Corro sea separado inmediatamente de la presidencia por inepto y que se nombre otro con arreglo á la Constitución de 1824.

Los diputados tuvieron miedo y empezaron á escabullirse teniendo los más que salirse por las caballerizas de Palacio á la calle de Santa Teresa para no caer en poder de la plebe que permanecía en la plaza y que estaba tratando muy mal á los *catrines* que le parecían diputados.

Los amotinados se dispersaron cuando salió la tropa, pero al retirarse rompieron dos vidrios de los aparadores de dos tiendas francesas que costaron cincuenta mil pesos de indemnización.

Así eran las desdichadas tormentas de la política en aquellos tiempos.

CAPITULO XXIII.

LA GUERRA DE LOS PASTELES.

Lo mejor que hizo Santa Anna luego que pudo orientarse en Veracruz de que no le era favorable la opinión pública, fué meterse en baraja, esto es, encerrarse en su hacienda de Manga de Clavo, á jugar gallos, que era su pasión favorita, dejando todos sus ratos de ocio para enredar y desenredar hilos en la política, una vez que siempre estaba rodeado de algunos partidarios, y que tenía establecido al mismo tiempo un cordón de correos á la capital.

Para disminuir el alto prestigio con que contaba, no solo había contribuido su conducta pública, respecto de la cual era acusado de traición á la patria y de cobardía, sino su conducta privada; sobre la cual circulaban varias historias nada edificantes.

Había llegado á México un tal Arce que era uno de los tipos que lo acompañaban con mas asiduidad,

el día 9 de Marzo. Apenas se supo en la calle lo que acababa de aprobar el congreso, se reunieron pelotones de gente en la plaza, se cerraron todas las puertas de las tiendas con estrépito y comenzó el tumulto.

Los gritos eran: ¡muera el gobierno! ¡muera el traidor Santa-Anna! ¡viva la libertad!

Los diputados pidieron auxilio al gobierno y el gobierno no les hizo caso. Entonces el diputado Chico se subió en su asiento y gritó:

—Pido que D. José Justo Corro sea separado inmediatamente de la presidencia por inepto y que se nombre otro con arreglo á la Constitución de 1824.

Los diputados tuvieron miedo y empezaron á escabullirse teniendo los más que salirse por las caballerizas de Palacio á la calle de Santa Teresa para no caer en poder de la plebe que permanecía en la plaza y que estaba tratando muy mal á los *catrines* que le parecían diputados.

Los amotinados se dispersaron cuando salió la tropa, pero al retirarse rompieron dos vidrios de los aparadores de dos tiendas francesas que costaron cincuenta mil pesos de indemnización.

Así eran las desdichadas tormentas de la política en aquellos tiempos.

CAPITULO XXIII.

LA GUERRA DE LOS PASTELES.

Lo mejor que hizo Santa Anna luego que pudo orientarse en Veracruz de que no le era favorable la opinión pública, fué meterse en baraja, esto es, encerrarse en su hacienda de Manga de Clavo, á jugar gallos, que era su pasión favorita, dejando todos sus ratos de ocio para enredar y desenredar hilos en la política, una vez que siempre estaba rodeado de algunos partidarios, y que tenía establecido al mismo tiempo un cordón de correos á la capital.

Para disminuir el alto prestigio con que contaba, no solo había contribuido su conducta pública, respecto de la cual era acusado de traición á la patria y de cobardía, sino su conducta privada; sobre la cual circulaban varias historias nada edificantes.

Había llegado á México un tal Arce que era uno de los tipos que lo acompañaban con mas asiduidad,

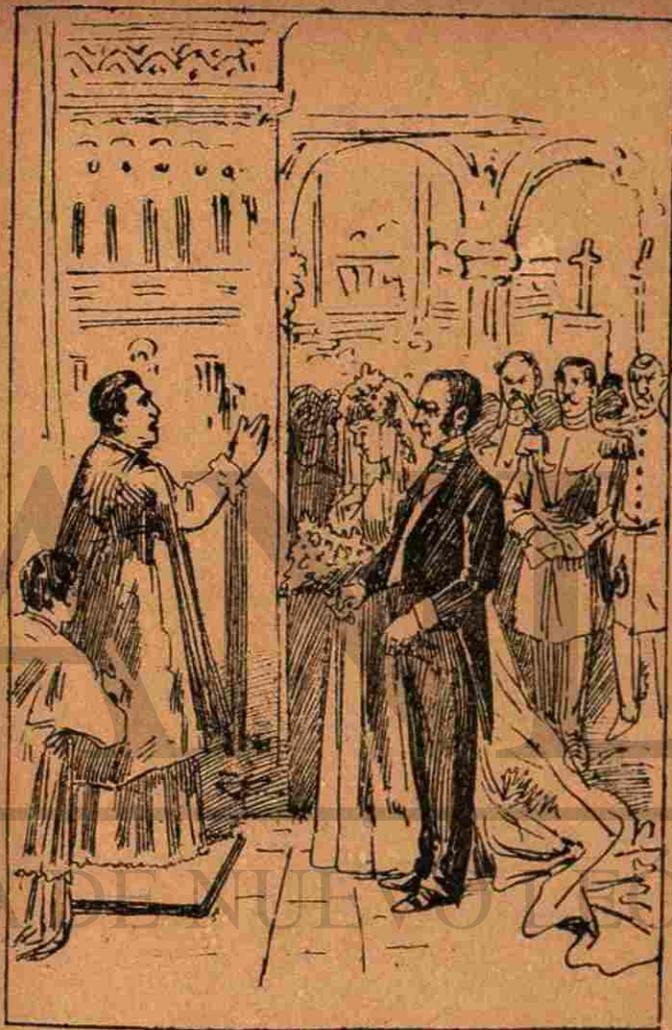
en sus correrías, y este refería con el mayor aplomo, por no decir con la mas grande desvergüenza, que Santa Anna se había enamorado de una bella joven de familia distinguida en San Antonio de Béjar. Santa Anna se había casado ya en primeras nupcias en la Provincia de Veracruz con una joven llamada tambien Ines como su primera novia; pero en San Antonio negó á pié juntillas que estuviera casado, y como ocupaba una posicion deslumbradora facilmente comprometió á la texana á que se casara con él, único medio que había para poseerla. Pero ¿como resolver la dificultad sin cometer el delito de bigamia? El mismo Arce fué quien le sugirió una manera que le pareció ingeniosa:

—A mí no me conoce la familia, le dijo, me vistó de padre, soy presentado como capellan del Ejército, y yo los caso, echándoles unos cuantos latinajos.

Santa Anna vaciló al principio, pensando en las consecuencias, pero como no había otro medio, convino en que se hiciera la farsa, y se simuló el casamiento.

El individuo que se disfrazó de capellan, fué conocido desde entonces, hasta que se murió en la época del gobierno de Juarez, con el apodo de "el Padre Arce."

Esto se supo por todas partes, y produjo en la época un grandísimo escándalo, costando á los partidarios de Santa Anna reñidas luchas para quitarle de encima el anatema universal.



.....y se simuló el casamiento

Dejemos por de pronto al general ex-Presidente, jugando gallos para consolarse de sus fracasos, y vamos á ver lo que pasaba al gobierno centralista de Bustamante con las reclamaciones francesas.

Una escuadra se habia presentado en Veracruz, según las primeras versiones, para reclamar el valor de unos pasteles que se habian comido los soldados santanistas en un amasijo frances.

El pastelero era de Tacubaya, allí se habian comido los milicianos unos 6 pesos de malos pasteles, y aquel no hizo mas que agregar al 6 unos cuantos ceros para hacer una reclamación de \$60,000. A su ejemplo otro reclamante pidió 30,000 pesos por unos vidrios que le rompieron en un motin, y así, sucesivamente, fueron presentándose reclamaciones que parecieron de pronto risibles, hasta que de formalidad los ministros diplomáticos amenazaron, y de las amenazas se vino á concluir con la presentacion de una escuadra en ferma, que exigia el pago de mas de medio millon de pesos.

Como se comprende muy bien, los negocios en México se habian paralizado, y una muchedumbre de gente se veia á todas horas, así en los corredores de Palacio, como frente á las puertas, inquiriendo noticias, las cuales menudeaban de un modo alarmante. Los unos recojian voces sueltas, los otros esperaban á que se repartieran los impresos, y muchos que tenían diputados conocidos acechaban su salida de las sesiones para hacerles preguntas.

Habian pasado ocho meses de angustias desde que el baron Deffaudis mandó su *ultimatum*, no para el

gobierno centralista de Bustamante, que permanecía indiferente ó perplejo ante los graves acontecimientos que se desarrollaban, sino para los patriotas mexicanos, que con los alientos deseaban que se dictaran providencias eficaces en punto á la defensa nacional, pues que desde el 15 de Abril había comenzado el bloqueo de los puertos, cuando una mañana se notó un movimiento inusitado en Palacio. Los Ministros abandonando su habitual apatía, entraban y salían á la Presidencia, ó se dirigían al Congreso con papeles, y hasta en los puestos militares se observaba que los oficiales se desperezaban, aguzaban el oído y abrían los ojos mirando para arriba con aire desazonado.

Al dirigirse Payno para el Ministerio de la Guerra, le salieron varios amigos al encuentro, preguntándole:

—¿Qué pasa?

Payno, casi sin detenerse, les contestó:

—Pasa que mañana llega aquí M. Le Roy.

—¿Y quién es Mr. Le Roy?

—Es un oficial de Marina enviado con pliegos de Mr. Carlos Baudin.

—¿Y quién es Mr. Carlos Baudin?

—Es el contra-almirante de la escuadra francesa que ha llegado á Veracruz á tomar la dirección de las operaciones.

—¡Canastos.....! ¿De modo que ahora, sí.....?

—Puede ser que traiga grandes pretensiones, pue-

de ser que venga con miras hostiles; pero puede ser también que presente las bases de un arreglo

Y sin querer explicarse más, desapareció.

La llegada de Mr. Le Roy, fué como una explosión: y sin embargo, solo vino á notificar que Mr. Baudin había llegado investido con plenos poderes de su gobierno, y que deseaba conferenciar con algun otro plenipotenciario.

Violentamente esto es, á los catorce dias salió para Jalapa Don Luis Gonzaga Cuevas, que era el *factotum* de Bustamante, y se encontró con que Mr. Baudin tenía exigencias exorbitantes.

Quería nada menos que los franceses residentes en el país no tuvieran carga alguna en los servicios públicos y todas las libertades y garantías para su comercio y negocios, que fueran puntualmente pagados sus créditos reconocidos, y que además en el término de 30 dias se entregaran ochocientos mil pesos para la Francia; que se satisficieran también los gastos que el gobierno frances había hecho para la guerra; que se castigara á los funcionarios militares y civiles contra quienes hubiera quejas de los franceses perjudicados, y otras bagatelas semejantes.

Incidente notable. El general Manuel Rincon mandaba las tropas mexicanas y era el jefe de la defensa. El Jefe de San Juan de Ulúa le mandó pedir permiso para hacer fuego sobre la escuadra, porque estaba aproximándose de tal modo, que pronto quedaria á cubierto de las baterías, y ya no podria hacersele daño, El general Rincon contestó:

"El jefe de la fortaleza se cuidará de hacer fuego sobre los buques enemigos, mientras no rompan los suyos, principalmente porque todavía se encuentran los parlamentarios mexicanos á bordo de la capitana."

En efecto, los oficiales Valle y Diaz, porta-pliegos del gobierno, se encontraban á bordo de la *Nereida*, la cual, lo mismo que los otros buques, continuaron maniobrando tranquilamente.

Felonia semejante, que no debia haber tolerado el general Rincon, aunque hubieran estado veinte parlamentarios en los buques de guerra enemigos, produjo fatales consecuencias. Salvada la principal dificultad, que era la de la aproximacion al castillo, sin pérdida ninguna por parte de la escuadra francesa, y colocada esta en puntos en que ya no podría recibir el menor daño, pudo dar principio al bombardeo, casi impunemente.

El general Don Antonio Gaona, comandante del castillo de San Juan de Ulúa, que fué la principal víctima destinada al sacrificio por aquel gobierno conservador, malo, como todos los gobiernos conservadores que ha habido en el país, dijo, en el parte que rindió de tan triste jornada: que dos causas habian concurrido, muy desfavorables, para la defensa del castillo: la una, que siempre habia estado manifestando que las piezas del fuerte se encontraban en muy mal estado, sin que le hicieran caso; y otra, que se hubiera dejado situar á los buques enemigos frente á los ángulos de las obras, inutilizando al castillo en su mayor extension, por lo que, aunque la defensa fuera honrosa, no podia dar gloria á las armas de la República."

Así sucedió en efecto: el fuego enemigo comenzó cuando apenas se desprendió de la capitana la lancha que llevaba á los parlamentarios mexicanos á Veracruz en medio de las balas, y desde las dos y media de la tarde, hasta las seis y media de la misma, el bombardeo fué arrasante, de tal modo, que quedaron inutilizados los cañones servibles de la fortaleza y fuera de combate todos los artilleros y gran número de oficiales y tropa, siguiendo todavía, aunque mas flojo, hasta los tres cuartos para las siete, en que se solicitó la suspension de las hostilidades.

El general Santa Anna que hasta entonces habia estado de simple espectador del bloqueo en su hacienda de Manga de Clavo, y que no podia ver que se desarrollaran tan ruidosos acontecimientos sin mezclarse en ellos, corrió, luego que oyó el cañoneo, á presentarse á Rincon, y éste lo comisionó para que fuera á cerciorarse del estado que guardaba el castillo. No era cosa tan fácil, atravesar una legua de mar por entre la metralla; pero Santa Anna era intrépido cuando queria, tanto mas, cuanto que el fuego casi llegó á extinguirse cuando él iba en el agua, y logró llegar á la fortaleza sano y salvo. Allí pudo dar fé de que todo se habia ya perdido, puesto que las piezas estaban desmontadas y no habia cureñas de refaccion, las municiones eran escasas, los artilleros habian acabado, dos repuestos de parque habian sido volados, las obras principales estaban destruidas, tres gefes, trece oficiales y 213 soldados fuera de combate, de manera que no se podia pedir mayor sacrificio á la guarnicion

prolongando una defensa inútil, de todo lo cual se levantó una acta, quedando autorizado Gaona para firmar una capitulación honrosa. Este valiente jefe exclamó luego:

—Señores, si alguno cree que todavía estamos en posibilidad de seguir defendiendo la fortaleza, yo me pongo á sus órdenes para combatir.

Todos convinieron en que era una temeridad pelear mas, y la capitulación se firmó. Conforme á ella el castillo sería entregado á los franceses á las doce del día del 28 de Noviembre de 1838, saliendo la guarnición con los honores de la guerra. A las dos de la tarde todos los buques franceses que había en la bahía saludaron su paballón, que fué izado en esos momentos en las torres de Ulúa.

Sin pérdida de tiempo la escuadra francesa, compuesta de nueve buques y algunas fragatas, corbetas y bombarderas, formó en línea frente á Veracruz, amenazando con reducir á escombros la ciudad si no capitulaba, y Rincon, aconsejado por Santa Anna, que dominó en la junta de guerra, tuvo tambien que capitular. A la vez el mismo Santa Anna escribía al Ministro de la Guerra, pidiéndole que tal capitulación no se aprobara, como de hecho no se aprobó, y que se utilizaran sus servicios en la guerra.

Entonces el gobierno depuso á Rincon, sometiéndolo á juicio, y nombró general en jefe á Santa Anna.

—Heme aquí otra vez en juego y en camino de la Presidencia, dijo este á sus amigos, lleno de gusto.

Por la noche llegó el general Arista, quien estando

gravemente enemistado con Santa Anna, le dijo con sequedad:

—Vengo á ponerme á las órdenes de V. E., según lo dispuesto por el gobierno.

—Deme un abrazo, general, le contestó Santa Anna: ante el peligro de la patria debemos deponer todo resentimiento. Con gusto sería yo el que me pusiera á sus órdenes, si no fuera porque el peligro es inminente y podrian trastornarse las operaciones.

Despues de contentarlo con otras frases melosas, le dijo cuáles eran las medidas que había dictado para la defensa de la plaza contra el invasor, encareciéndole mucho que sus tropas redoblaran las marchas para formar un ejército respetable.

Hasta horas avanzadas de la noche estuvieron charlando y luego se pusieron á dormir á pierna suelta en el mismo alojamiento.

¡Oh imprevisión militar de aquellos generales! A las cinco de la mañana fueron despertados por los mismos franceses, que habían desembarcado con sigilo é invadido la plaza.

Santa Anna pudo escaparse en paños menores por entre los mismos soldados enemigos que no lo conocieron; pero Arista que tenia el sueño mas pesado ó que no quiso prescindir ni en aquel momento de su carácter de general, cayó prisionero.

Es el caso que Santa Anna creía que estaba dentro de un armisticio porque había mandado decir á Boudin, que solicitaba una suspension de armas, y fiado

en ello como se fia en un vago deseo, se desnudó y sufrió la gran sorpresa de aquella madrugada.

El general Santa Anna luego que se vió libre corrió á reunir los destacamentos que habia en varios puntos por el rumbo de San Sebastian; pero los franceses que creian haber conseguido su objeto que era apoderarse del comandante de la plaza y destruir algunos cañones, habian tomado el rumbo del muelle y allí se trabó la refriega.

Es preciso advertir que como ignoraban que Arista estuviera en la plaza, creyeron que este era Santa Anna al llevárselo prisionero.

Santa Anna pues, á la cabeza de sus piquetes, atacó á los franceses en el muelle: estos le dispararon una pieza de á ocho que tenian allí cargada de metralla y el gefe mexicano fué herido de un pié y de una mano.

¡Jesus mil veces! Estas heridas no solo salvaron á Santa Anna de la deshonra, sino que fueron su rehabilitacion. Ellas le sirvieron de tema para decir en su bombástico parte que estaba á las orillas del sepulcro, despues de haber conseguido la última de sus gloriosas victorias. Habia rechazado á los franceses á la bayoneta, los habia acribillado, los habia puesto en fuga y en seguida se habia visto precisado á abandonar la plaza de Veracruz destruyendo la artilleria. Aquí hay que advertir que eso solo era lo que se habian propuesto los franceses con su desembarco.

Santa Anna se retiró del mando, le amputaron el

pié y quedó cojo, lo cual dió lugar á que despues le llamaran el Cojo Santa Anna. Tambien aquella hazaña le sirvió para elevarse mas despues.

Y este fué el peor de los resultados que nos trajo la guerra de los pasteles.

Santa Anna soltó una sonora carcajada y todos le imitaron. A poco siguió diciendo con mas formalidad:

—Yo he tratado de tenerlos á ustedes al corriente de todo. Los franceses continúan con el bloqueo y deteniendo sus rehenes. D. Guadalupe Victoria, á quien el gobierno nombró mi segundo, no pudiendo él mismo salir á hacer la campaña de Tampico sobre Urrea, porque es uno de los diplomáticos nombrados para tratar de los convenios de paz con Baudin, destacó á Arista sobre Tampico. El ministro inglés Mr. Pakenham estuvo conmigo en Manga de Clavo como intermediario, pero yo se lo despaché á Bustamante. En fin, por allí no hemos tenido ya mas novedades.

—Pues aquí tampoco hay mas de lo que se ha hecho, dijo Alaman, pero sí creo que queda mucho que hacer.

—Qué?

—Despachar á D. Anastasio á hacer la campaña que tiene ofrecida.

—De eso yo me encargo, contestó Santa Anna fro-tándose las manos.

Pero terminó el mes de Febrero, Santa Anna continuaba con su tertulia de todas las noches adelantando un poco en su curacion, D. Anastasio Bustamante habia recibido el dinero necesario de las cajas clericales, aún habia movido algunas tropas, pero él sin embargo no abandonaba la presidencia ni parecia tener intenciones de separarse de la capital. Fué necesario que Santa Anna hiciera un viaje á Palacio en litera y le dijera muy al oído:

—“Mi querido Don Anastasio: yo no he venido aquí á quitar á vd. el puesto que ocupa, sino que he sido traído sin pretenderlo, y me veo precisado á darle un buen consejo de amigos: váyase para Tampico, porque si no se va como ha ofrecido, el mal puede tomar mucho cuerpo, y cuando quiera, ya no podrá remediarlo, de modo que si vd. no va á concluir con aquello, tendré que ir yo, á pesar del mal estado de mi pierna.”

Todavía logró hacerse Bustamante el desentendido, prolongando su estancia en Palacio, hasta el día 9, en que entregó la Presidencia á Santa Anna, decidiéndose á salir de México para Tampico, hasta el día 18, dando pávulo á mil murmuraciones por esa lentitud.

Hay que hacer notar tambien, que el mismo día 9 de Marzo de 1839, en que Santa Anna tomó el mando, se aprobó el ignominioso tratado del Almirante Baudin, accediendo á todas sus exigencias propuestas desde un principio, lo cual hizo inútiles tantos sacrificios hechos por la Nacion, así como la pérdida de tantos hombres y del mismo pié izquierdo de Santa Anna, al cual pié, entre paréntesis, se le hicieron por aquella época suntuosas honras fúnebres.

Y sucedió que mientras Bustamante marchaba á pasos de tortuga para Tampico á escarmentar á los pronunciados Urrea y Mejía, Santa Anna, todavía en litera, logró destrozarlos en Acajete, el 3 de Mayo, adquiriendo una de sus mas sangrientas victorias, pues que costó mas de seiscientas vidas de mexicanos.

Ya se comprenderá bien que esta hazaña, que puso, en fútilo por una parte al Presidente Bustamante

levantó por la otra á su sustituto Santa Anna, hasta ponerlo en los cuernos de la luna.

Sin embargo, en aquel cielo azul se destacaba una mancha negra: la disposicion del dictador contra la prensa, que terminaba con estas terribles palabras: "Dispone el Presidente, que no conviniendo en las actuales criticas circunstancias, á la policia, tranquilidad y órden de las poblaciones, donde se están cometiendo abusos de imprenta, que los autores y cómplices, continúen residiendo en ellas, y soplando desde su arresto el fuego de la anarquía que devora á la Nacion, sean trasladados luego que se arresten, á las fortalezas de San Juan de Ulúa ó Acapulco, donde quedarán á disposicion de sus jueces.... pidiendo para la ejecucion de esta providencia el auxilio necesario á la autoridad militar, con cuyo objeto se dirigen hoy las comunicaciones convenientes á las comandancias generales."

Ya se comprende que la situacion con semejantes órdenes, no podia menos que presentar una tirantez poco tranquilizadora.

En efecto, Santa Anna se puso en pugna con el Consejo de gobierno, por querer eliminar de una pluma á Don Anastasio Bustamante, y en virtud de la ausencia de este, llamó á Don Nicolas Bravo para que se encargara de la Presidencia, á fin de que no le reventara el cohete en las manos, y se retiró como de costumbre á su hacienda de Manga de Clavo, no sin publicar el concebido manifiesto á la Nacion, lleno de plañideras reconveniones á sus

colegas y de amenazas para los que no habian sabido secundar su política.

Bustamante regresó á poco de la campaña y se hizo cargo del poder constitucional; pero con tan negra fortuna, que todas fueron desdichas, por encontrarse su camino sembrado con los obstáculos que le oponían los santanistas, hasta estallar el pronunciamiento de 14 de Julio de 1840, acaudillado por Urrea y Farías, en que el nuevo Presidente quedó prisionero, libertándolo á los pocos dias el arrojado de Valencia que venció á la revolucion, despues de sufrir la capital los destrozos consiguientes.

El malestar siguió, las intrigas no cesaban, y de todo esto se aprovechó el partido monarquista que todavia respiraba, para que por conducto de Don José María Gutierrez Estrada fuera lanzada la idea de que se llamara á un príncipe extranjero, como remedio único para poner fin á tantas calamidades como llovian sobre la patria, lo cual hizo por medio de un opúsculo publicado el 18 de Octubre, que fué enérgicamente rechazado por el gobierno.

Cayendo y levantando, dando tropezones aquí y allá, porque la serpiente de la discordia habia derramado todo su veneno entre las personas que formaban el núcleo conservador, pasó el gobierno de Bustamante el año de 1840, hasta que ya en el siguiente empezaron á formarse nubes densas que amenazaban formar una tempestad, hábilmente dispuesta en Manga de Clavo, por lo que el Ministro Almonte

un tanto cuanto alarmado, dijo en cierta vez al Presidente:

—¿Qué será bueno que hagamos con el cojo Santa Anna? Todos los descontentos se están dirigiendo á él, dizque buscando una tabla de salvacion, y es muy capaz de hacernos un pronunciamiento.

—El caso es que se le dá cuanto pide, contestó Bustamante.

—Pero es insaciable. Ahora quiere la Comandancia de Veracruz y que se le nombre pacificador de Chiapas y Yucatan.

—Me parece que es darle elementos para que nos haga la guerra.

—El caso es que de todas maneras los tiene en la mano, y siquiera el pudor le contendrá un poco, si le damos esa muestra de confianza.

Bustamante, que tanto le conocía, se sonrió y encogiéndose de hombros, se apresuró á contestar:

—Enhorabuena, vamos llenando de ponzoña al alacrán.

Y se le expidieron los nombramientos, á la vez que los comerciantes del Departamento de Veracruz, acudían al ilustre mutilado, nombrándolo su defensor contra las tiránicas disposiciones fiscales del gobierno.

Santa Anna les respondió:

—Por fortuna ya estoy en posibilidad de servirles; fíen en mí, que muy pronto los libertaré de tanta opresion.

Entonces recibió órdenes muy precisas del gobierno para que se moviera con el fin de que se

ocupara personalmente de la pacificacion que le habia sido confiada, de los Estados de Tabasco y Yucatan, que andaban un poco alborotados; pero el ilustre mutilado no se movió de Veracruz. Esperaba algo. Ese algo no aparecía y se impacientaba tanto de estar esperando, como el gobierno de su impasibilidad.

Por fin, llegó el 8 de Agosto de 1841. El general Don Mariano Paredes de Arrillaga, uno de los jefes mas mimados por Bustamante, enarboló el estandarte de la rebelion en Guadalajara, aprovechando los elementos que le habia dado aquel nombrándole comandante militar. Entonces no se conocía ni la gratitud, ni la consecuencia.

Cuatro capítulos contenía su plan, desconociendo al gobierno, siendo los principales el segundo, conforme al cual se debia nombrar un sustituto, y el tercero, que declaraba á Don Anastasio Bustamante incapacitado, lo mismo que él habia hecho con Guerrero.

Entonces Santa Anna se apresuró á enviar dos comisionados. Uno que lo fué Don Francisco Morphi, encargado de hacer amigables proposiciones al pronunciado Paredes; otro, que lo fué el coronel Pacheco, encargado de manifestar al gobierno que no se ocupaba por de pronto mas que de llenar la mision que se le habia confiado para estar pronto en aptitud de concurrir á sostener al gobierno contra los revolucionarios, á los cuales odiaba de muerte, pues que estaba porque la suerte del país se mejorara, pero empleándose los medios pacíficos.

Almonte, ministro de Bustamante, que conocía
S. ALTEZA—33

muy bien á Santa Anna, dijo, luego que se hubo retirado Pacheco:

—Exmo. Sr: esta no es mas que una celada que nos tiende el maldito cojo: la primera medida que debemos dictar es impedir que se apodere del castillo de Perote.

E hizo que saliera en el acto el general Don Anastasio Torrejon, con las instrucciones correspondientes; pero el directorio santanista que tenia gentes adictas en todas partes, supo á tiempo de lo que se trataba, y mandó un correo extraordinario á Veracruz con la noticia: ese correo pudo salir dos horas antes que Torrejon. Cuando este jefe del gobierno llegó á Perote, se encontró la casa ocupada. Santa Anna habia salido con tropas del puerto, y forzando las marchas logró apoderarse de la fortaleza. Estando allí se manifestó ofendido por la desconfianza del gobierno, y esto le sirvió de pretexto para pronunciarse proclamándose Gran Mediador.

El Gobierno aceptó la mediación de Santa Anna, pero echándole en cara sus inconsecuencias y sus perfidias por medio de una nota contundente que le dirigió el ministro Almonte.

Santa Anna sacó partido de ella para indignarse, y arrojando la máscara, contestó diciendo ya sin ambages ni eufemismos á Bustamante, que las disposiciones dictadas por el Ejecutivo, para reprimir la rebelion, no eran otra cosa que *un propósito de gobernar despóticamente á los mexicanos, quienes si siguieran tolerán-*

dolo darian al mundo una prueba de su imbecilidad é ineptitud para conocer sus verdaderos intereses.

A renglon seguido publicó un plan revolucionario, compuesto de ocho artículos contraidos á pedir que se separaran del Poder el Presidente de la República y su ministro de la guerra, y á proclamar la union de todos los mexicanos para concurrir á salvar á la patria que estaba en peligro si continuaba dirigida por un gobierno despótico.

Entre tanto, el general Don Gabriel Valencia, tambien amigo íntimo de Bustamante, se habia apoderado de la Ciudadela el día 31 de Agosto, haciendo uso de las engañas que eran comunes entonces, expidiendo tambien su plan de pronunciamiento el día 4 de Septiembre, el cual comenzaba diciendo: "Libre la capital se reunirá en el acto una Junta del pueblo como en los antiguos comicios de Roma, para designar al ciudadano que haya de ejercer el Ejecutivo interinamente." Seguian despues otras muchas rarezas, hijas probablemente de algun consejero letrado que no se sabia si era demagogo ó monarquista, y terminaba ofreciendo fidelidad en todas las promesas.

Por último, en 12 de Septiembre el gobierno, que no quiso quedarse atrás, por medio del ministro del Interior Don José María Jimenez presentó al Congreso el cuarto plan de pronunciamiento, que proponia en resúmen: 1.º Que se reuniera un Congreso extraordinario, compuesto de una sola Cámara para expedir las bases de la política, conservando la forma republicana. 2.º Que dicho Congreso se reuniera

en Enero de 1842. 3.º Que entré tanto, gobernara al país un triunvirato compuesto del mismo Bustamante y de los beneméritos Bravo y Santa Anna. 4.º Que todos los que estaban en el candelero siguieran desempeñando sus funciones tranquilamente. Y 5.º, que se decretara un olvido absoluto para todos los delincuentes políticos.

Como en todos tiempos ha habido hombres juiciosos, los pocos que habían quedado libres del himnotismo que ejercía la política, se preguntaban asombrados: ¿acaso se ha convertido nuestra República en una gran casa de locos?

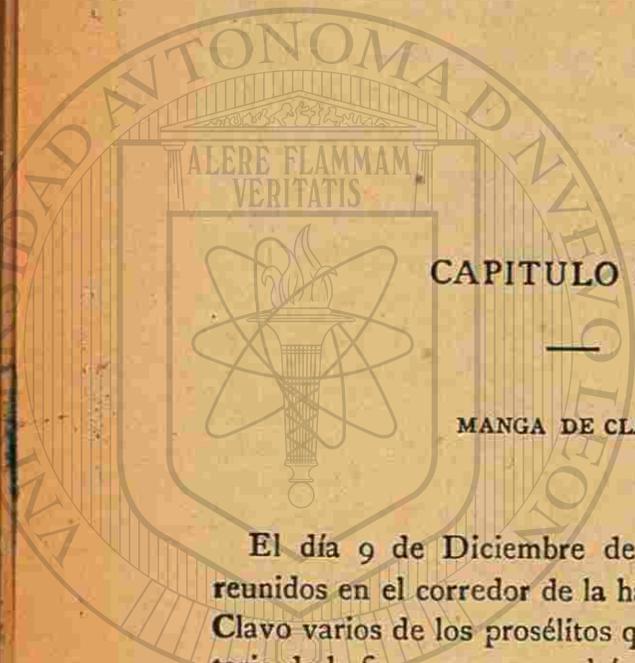
La capital sufrió el sitio de las tropas que llegaron del Oriente y del Occidente, mandadas por Santa Anna y Paredes y fué maltratada por los combates. Hubo armisticios y pláticas, sin que pudieran avenirse los contendientes; y entonces Santa Anna dictó las "Bases de Tacubaya." Se pronunció la guarnición de México por la Federación, pero sin resultados; y Bustamante se retiró á Guadalupe, firmándose al fin el convenio de la Presa de la Estanzuela en 6 de Octubre, quedando el triunfo por los rebeldes.

Se dieron todos el ósculo de paz, pero como sucede siempre, los vencidos quedaron debajo de los vencedores.

El tantas veces Mediador, Libertador y Benemérito, entró bajo palmas al Palacio Nacional, birlándole la primacía en todo á Paredes, que se había pronunciado para ser Presidente, probándole así que sabía mas un cojo que un manco.

Se cantó el indispensable Te Deum en Catedral y la junta de cuarenta notables nombrados por Santa Anna para que eligiesen libremente al jefe de la Nación, designó al mismo Santa Anna como Presidente Provisional.

Y Paredes volvió á quedarse con un palmo de narices como resultado de los cuatro planes, jurando desde ese momento en su interior urdir un quinto plan que fuera coronado con el éxito.



CAPITULO XXV.

MANGA DE CLAVO.

El día 9 de Diciembre de 1842, se encontraban reunidos en el corredor de la hacienda de Manga de Clavo varios de los prosélitos que rodeaban al propietario de la finca, como aquel á quien llamaban el Padre Arce por haberse vestido de sacerdote, para simular un casamiento de su amo, dos ó tres ayudantes del General y unos cuantos políticos, cuando llegó á caballo D. Antonio Landero, el cual, despues de desmontar, dejando las riendas de la cabalgadura en manos del mozo que lo acompañaba, saludó cortesmente á cada una de las personas allí presentes, de las que algunas eran muy conocidas suyas, y sin dirigirse particularmente á nadie, preguntó:

—Y el general?

—Ea este momento debe de entrar al baño, le con-

testó el Padre Arce; y á renglon seguido le preguntó: Y tú, de dónde vienes, buena pieza?

—De los Estados Unidos, adonde me envió Su Excelencia, no tanto para que escapara el bulto, cuanto para que diera un paseo despues de aquel *Plan de Dictadura* que publiqué y que á tantos hizo desmayarse.

—Ah, sí! Su Excelencia no quiso perder tan preciosa alhaja.

—Ahora lo que deseo es saber lo que ha sucedido desde entonces, porque en los Estados Unidos estuve como sumido en un pozo.

—Ya recordarás que los notables hicieron la elección de Presidente.

—Sí, y que se levantó polvo porque S. E. se presentó de levita al *Te Deum*, porque hizo esperar una hora al arzobispo vestido de capa pluvial, porque entraron los soldados con sus chacos puestos é hicieron retemblar las bóvedas con los tambores y cornetas, porque S. E. se sentó bajo palio y tuvo de pie durante la misa á todos los generales.....

—Luego S. E. supo tapar la boca á todos, nombrando general de Division á Paredes, y generales de Brigada á Cortazar y á Juvera, mandando pagar las deudas con que se habia endrogado D. Juan Alvarez.

—Eso lo presencié, lo mismo que la gran leva que mandó echar de gente para sostenerse con un ejército formidable, y ví la primera guardia de los Supremos Poderes, formada con los veteranos.

—Entonces recordarás lo que pasó el 16 de Noviembre de 1841.

—Qué pasó?

—Que S. E. echó fuera al ministro Gómez Pedraza por haber mandado poner, sin su consentimiento, el ridículo nombre de *Fanal de la República Mexicana* al *Diario del Gobierno*.

—Vaya si me acuerdo! contestó riéndose á carcajadas Landero, como me acuerdo del bando que sacó Lombardini, dando la convocatoria para que se eligiera el Congreso Constituyente á los seis meses, plazo que se designó por lo que pudiera suceder al poder dictatorial.

—Pues bien, á poco fué cuando chillaron mucho las gentes porque se impusieron contribuciones á las canales, á las ruedas de los coches, á los perros, á las ventanas y puertas; porque se mandaba graduar á los doctores administrativamente y porque se cobraba peage á los que iban á jugar á San Agustín de las Cuevas.

—Pero en cambio se quedaron todos estupefactos luego que vieron que comenzó á levantarse el prodigioso edificio del Mercado del Volador, al costado de Palacio, y cuando se puso la primera piedra del Gran Teatro de Santa Anna... ¡me acuerdo! ¡me acuerdo!

—Entonces verías la estatua de nuestro grande hombre.

—Esa no la ví; pero me dicen que es una obra grandiosa y que se ostenta en el centro de la Plaza del Volador.

—Exactamente.

—Comenzó el año de 1842 con las brillantes recepciones que hubo en Palacio, á que concurrieron el Cuerpo diplomático y lo mas granado de la aristocracia mexicana.

—Sí, sí.

—Y luego los Comandantes Militares de Jalisco, Oaxaca, Michoacan, Puebla, Nuevo Leon y Durango, recibieron la investidura de Gobernadores.

—Precisamente esos pasos de reconcentracion del poder, fueron los que me hicieron á mí caer en la combinacion de la dictadura, aunque algo resfrió á nuestra gente aquella disposicion sobre que se tuviera por extranjeros introducidos ilegalmente á los religiosos que vinieran á la República sin permiso, lo mismo que los remates que se hicieron en favor de Escandon, Valencia y otros, de fincas de campo pertenecientes á la Iglesia.

—Pero en cambio te alegraría el decreto de Febrero, suspendiendo toda clase de pagos para amortizar deudas, con objeto de que hubiera suficiente dinero en las cajas de S. E., y luego en Abril aquellas contribuciones á todo bicho viviente y hasta sobre los sueldos de los mismos empleados, cuando no se encontró ninguna otra cosa que grabar con impuestos.

—Entonces, entonces fué cuando publiqué mi malhadado "Plan de Dictadura," que me produjo de pronto el destierro para Chalchicomula como *chivo expiatorio*, convenciéndome de que de no ser así, podía haber un pronunciamiento que me costara la cabeza. Poco

despues fué cuando S. E. me mandó dinero para embarcarme, y desde ese momento estoy casi á oscuras de lo que siguió pasando.

—Pues voy á contártelo á grandes rasgos; pero será fumando un cigarrillo y apurando un vasito del buen jerez de las bodegas de S. E.

Las demas personas que habia en el corredor, unas se habian ausentado yéndose para el comedor porque se acercaba la hora del almuerzo, otras formaban grupos distantes y las menos eran las que formaban el auditorio de Arce y Landero. Hicieron rueda en torno de una mesita en que se sirvieron las copas y siguieron oyendo.

Arrellenándose el Padre Arce y tomando ciertas ínfulas, comenzó así:

—El *Diario Oficial* anunció que la *Excma. Señora Presidenta* se habia enfermado de pulmonia, y á la ministracion del Viático concurren, no solamente todos los empleados civiles y militares, sino el Cuerpo diplomático. Algunos se rieron de que empezara á usarse tal tratamiento; pero ¿cómo habia de llamarse á la esposa de S. E., si no *Excma. Señora Presidenta*? Siguió la guerra en Yucatan, pero en cambio se decretó que no serian admitidos los diputados que se mandaran de alli al Congreso. El 9 de Junio se les obligó á jurar á los diputados las Bases de Tacubaya, y el 10 se instalaron, pronunciando S. E. un discurso contra la Constitucion de 1836, con que casi sacó chispas; dijo, ademas, una cosita que no gustó mucho á los descamisados

—¿Qué dijo? preguntó Landero, interrumpiendo al narrador.

—Que la Nacion fué humillada en los tratados con Francia, y que hubiera triunfado la guerra con mejores hombres y con mejores leyes.

—Sí, han de haber dicho que él fué quien firmó los tratados.

—Y pronosticó la ruina de los Estados soberanos é independientes si continuaba el sistema federativo. Despues de esto siguió la fiesta de su cumpleaños, el 13 de Julio, en que su círculo de amigos organizó, entre otras fiestas, una funcion de ópera, gran parada y simulacro militar, gran banquete, gran serenata, un besamanos, una ascension aerostática, no faltando nada de cuanto en tales casos se acostumbra en las monarquias. Al banquete de la noche concurren todo el clero, el Cuerpo diplomático y el aeronauta Acosta.

Y ahora es necesario que te quites el sombrero, añadió el P. Arce cómicamente, levantándose y quitándose el suyo, porque voy á leerte la descripcion que hizo el *Diario Oficial*, y que siempre traigo en la bolsa, de las ceremonias con que se hizo la inhumacion del venerado pie de nuestro augusto Señor. Dice así:

“Terminada la solemnidad cívica de la Alameda en conmemoracion de Iturbide, la concurrencia toda, y ademas la oficialidad de los cuerpos francos de la guarnicion, los señores secretarios del despacho, sus Oficiales Mayores, el Estado Mayor del Presidente y la Plana Mayor del Ejército, se reunieron sucesi-

vamente formando hileras, al fin de las cuales venia una urna funeraria vistosamente adornada, en cuyo centro se ocultaba en una pequeña caja, el pie del Excelentísimo Señor Presidente, mutilado en Veracruz. A retaguardia marcharon dos regimientos de infanteria y un escuadron de caballeria, con las respectivas músicas y la correspondiente dotacion de artilleria, en direccion al cementerio de Santa Paula, bajo la vela. Habiendo llegado al panteon, se subió á la urna que ocupa la extremidad de la columna que forma el cenotafio, coronado de las armas y los pabellones de la República, la caja donde está el pie, que colocó en su lugar D. Antonio Maria Esnaurrizar, acompañado de los ayudantes del Excmo. Señor Presidente. Una salva de artilleria anunció el fin de esta ceremonia, á la que siguió un discurso del Sr. Licenciado D. Ignacio Sierra y Rosso. Asistieron tambien los niños y niñas de las escuelas lancasterianas y la mas lucida y numerosa concurrencia, en medio del mayor orden y del mas placentero regocijo."

Con estos y otros festejos eclesiásticos se hicieron las honras fúnebres al precioso pie de S. E. Ahora me pongo el sombrero, me siento y prosigo, dijo el P. Arce, continuando imperturbable de esta manera su relacion:

Siguió discutiéndose la Constitucion en el Congreso, y para que los diputados no fueran á equivocarse, el *Diario Oficial* declaró que el Ejecutivo estaba cierto de que con la Federacion vendrian á entronizarse los principios anárquicos, que tales eran las idea s

del ilustre General Santa Anna, quien no consentiria que los frutos de la guerra fueran de lágrimas, de sangre y de perdicion. Y como las cosas empezaron á ponerse feas, y como S. E. es tan muelon, se fingió enfermo y dió un decreto para que recibiera la Presidencia D. Nicolás Bravo, á quien nombró por soberana voluntad su sustituto, y el 29 se presentaron ambos en el balcon para que los aplaudieran; se dieron las proclamas de costumbre..... y Tornel quedó encargado de entenderse con los diputados y de mandarlos á sus casas si no entraban por el buen camino.

Con una tempestad de carcajadas fueron saludadas estas últimas palabras.

—Nos venimos todos á Manga de Clavo, continuó diciendo Arce, S. E. ha mejorado mucho de salud probándole bien los aires del campo y ahora estamos esperando con ansia que nos vengan algunas noticias interesantes, porque ya está puesto el plan para que no se levanten más los demagogos.

—Y esa compana?

—Nos llama al almuerzo y significa tambien que S. E. ha salido del baño, aunque él almuerza separadamente con la Exema. Señora Presidenta.

Casi atropellándose se dirigieron al comedor los parásitos, saliendo de todos los cuartos como una nube de langosta, luego que oyeron el toque de la campana. Entre ellos habia canónigos, generales, abogados, frailes y otras genticillas de menor importancia.

Terminado el almuerzo, se dirigió S. E. á la sala

principal de la hacienda, se colocaron los ayudantes en las puertas y comenzó la audiencia, llevada por lista, pues eran raras las personas que podían hablarle diariamente, aun viviendo bajo el mismo techo, sino que tenía cada cual su día y hora designados. En esta les tocó á las gentes del clero, que estuvieron entrando y saliendo; algunos de los clérigos terminaban su negocio y partían en su mula ensillada seguidos de uno ó mas mozos, segun su categoría ó sus posibles.

Mientras el general daba las audiencias un empleado tomaba notas y el secretario asistido de sus escribientes escribía cartas en la pieza inmediata. De la misma manera entraban y salían correos, pero estos no eran detenidos para nada: con el fin de atenderlos prontamente siempre estaban en el patio cinco ó seis caballos ensillados, pareciendo reinar en aquellos momentos mayor actividad que en otras ocasiones en que solo los gallos absorbían toda la atención de S. E.

Concluida la audiencia el hacendado salió á dar un paseo: comió á las seis de la tarde, y por la noche hubo una reunion de confianza á que concurrieron todos los huéspedes; pero Santa Anna estuvo un poco apartado conversando solo con sus generales al parecer de asuntos interesantísimos.

Cuando todos se retiraron se quedó sólo con el general Don José Antonio Mozo y con su secretario Parra.

—Estoy inquieto, les dijo, porque hace tres días que no recibo cartas de Tornel: ¿que habrá sucedido?

¿se habrán doblegado los diputados ó se empeñarán siempre en dar una Constitución federativa?

—No se doblegarán, contestó Mozo porque entre ellos hay algunos de color muy subido que no transigen ni con sus madres.

—Pues infelices de ellos si se resisten, porque el movimiento se encuentra tan bien organizado que no durarán tres días despues de que presenten su última resistencia.

En esos momentos resonaron las herraduras de un caballo en las baldosas del patio.

—¡Correo! exclamó Santa Anna levantándose.

En efecto, era un correo y por su conducto los miembros del gobierno participaban á Santa Anna que no queriendo los diputados plegarse á lo convenido, se hacía necesario proceder en consecuencia.

—Mejor, volvió á exclamar Santa Anna con regocijo, prefiero eso para que tengamos bola. Sentiria mucho no ver el desarrollo de esta combinacion que he concebido.

—Yo tambien, contestó sumisamente Mozo.

—Quiere decir, que pasado mañana se levantará en Huejotzingo el acta convenida contra el congreso y en seguida lo secundarán las guarniciones á medida que la reciban, mandando su adhesion al general Valencia. Ahora verán ustedes como todo eso va á hacerse como con máquina. Ahora sí que voy á dormir contento. Buenas noches.

Casi al mismo tiempo que el acta de Huejotzingo, llegaron á Manga de Clavo las actas de todas las guarniciones, vaciadas en el mismo modelo, descono-

ciendo al congreso por sus exageraciones constitucionales, proponiendo que se nombrara una Junta constituyente y reconociendo á Santa Anna y á Bravo como presidente interino al primero y al segundo como vice-presidente, y por último, el decreto del gobierno dando el golpe de Estado.

En la carta en que Tornel participaba á su jefe lo que habia pasado le decía: "Todo se ha hecho según las instrucciones de S. E. Como el congreso no quiso cejar, fué preciso dar el decreto desconociéndolo y para impedir que los diputados se reunieran se cuidaron las entradas por nuestros fieles soldados de Supremos Poderes. Entónces se fueron aquellos á la casa de su Presidente D. Francisco Elorriaga y redactaron un manifiesto que refutaremos en el *Diario Oficial*, habiendo ya pasado todo con la mayor tranquilidad. Ahora solo esperamos aquí que V. E. venga á ponerse al frente de la cosa pública para que tiemblen los pocos discolos que levantan el gallo."

Esto de *gallo* hizo sonreír á Santa Anna y exclamar en su interior: "¿Será un pillo ó me encajará tal palabra para que me fije mejor en el asunto?"

En todo el mes de Enero de 1843, le llovieron á Santa Anna comisionados de todas partes, pero principalmente de México, pertenecientes á todos los partidos que esperaban su alta proteccion. Estaban las cosas de tal modo, que iba á ser el triunfo del primero que se lo ganara. El se estuvo haciendo el socarrón sin comprometerse con ninguno, á lo menos de un modo muy resuelto.

Pero en el mes de Febrero recibió una noticia que

le pareció alarmante: Valencia habia dado un cuartelazo al Ayuntamiento, es decir, el cuerpo municipal, compuesto de personas honorables, se habia disuelto ofendido por unos ayudantes del comandante militar, y reinaba en México una grande alarma. Entonces Santa Anna indignándose, y en presencia de todos sus queriditos, dijo á su secretario:

—Diga vd. á Bravo y á Tornel que me presentaré á recibir el poder el próximo 5 de Marzo. Es fuerza que yo vaya á poner en juicio á esas gentes que no pueden estar quietas si no tienen el pié en el pescuezo.

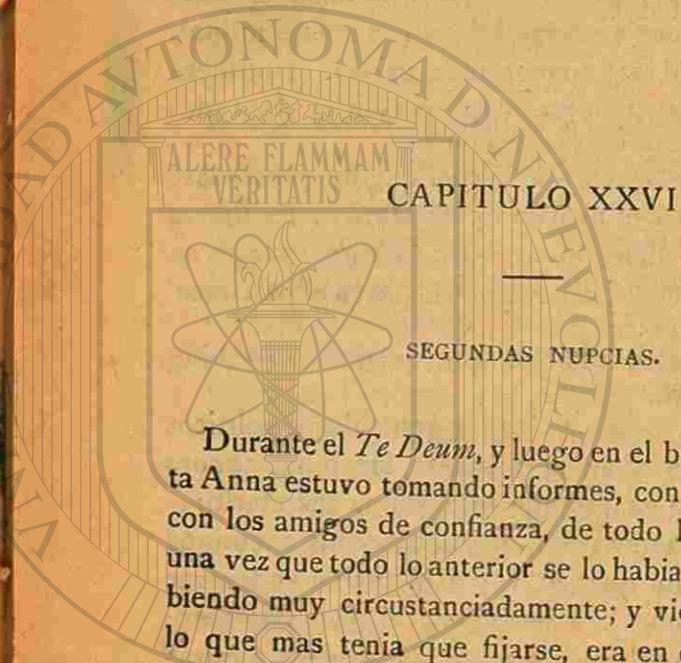
A poco agregó:

—Dígales usted tambien que quiero ser recibido con toda pompa.

Así que se fueron todos los generales y políticos que le rodeaban en aquel momento, lanzó una sonora carcajada y dijo ya estando solo con su secretario:

—Eso quiero que crean mis amigos, mis enemigos y todo el mundo, que me voy á México á enderezar los entuertos que han hecho con el Ayuntamiento; solo usted y yo sabemos que mi ida obedece á miras más altas; que vamos á desbaratar el complot del partido escocés que quiere echarme á pique para convertir en un instrumento á Bravo que es un bendito. Y yo no creería á Muñoz Ledo y demás liberales que me han denunciado la conspiracion, si no fuera porque me han mandado las pruebas..... ¿Quién lo habia de creer de Bravo, de Tornel, y sobre todo, de Valencia.....? ¡Picaros.....! ¡Ya me las pagarán!

¡Cuántas caras largas se vieron el 5 de Marzo, día en que entró Santa Anna á México entre arcos de flores y con gran ruido de músicas y repiques!



CAPITULO XXVI

SEGUNDAS NUPCIAS.

Durante el *Te Deum*, y luego en el besamanos, Santa Anna estuvo tomando informes, con los ministros y con los amigos de confianza, de todo lo que pasaba, una vez que todo lo anterior se lo habian estado escribiendo muy circunstanciadamente; y vió claro, que en lo que mas tenia que fijarse, era en destruir á todo trance á los generales Paredes y Valencia, que solos ó aliados, eran los mas temibles, puesto que el primero contaba con el poderoso Departamento de Jalisco, y el segundo, con una buena parte del Ejército acantonado en la capital y los alrededores. Lo que importaba por de pronto, era ponerlos en antagonismo, y con tal propósito dijo á Paredes cuando iba á retirarse de Palacio:

—Tenemos que hablar.

Paredes, que era valiente en los combates, pero tímido para las intrigas políticas, se estremeció: no te-

nia su conciencia muy tranquila, una vez que no habia concurrido á México sino para conspirar contra Santa Anna, y tuvo que aguardar á que los demas se salieran.

Cuando ya no quedaban mas que los de confianza, le dijo el Presidente con toda llaneza, como si ignorara cuál era la conducta de su antagonista:

—Necesito de un hombre tan resuelto como V. E., para que desempeñe la comision que hay en estos momentos mas difícil y de mayor importancia.

Paredes abrió los ojos sorprendido, y contestó luego:

—Exmo. Señor: estoy completamente á sus órdenes.

—Quiero que S. E. se encargue de los mandos político y militar de México.

—¿En lugar de Vieyra y de Valencia?

—Exactamente. Ellos no pueden convenir en que se reponga el Ayuntamiento que hicieron disolver, y como tengo que reponerlo, porque es de justicia, se hace indispensable que ellos salgan.

Paredes no encontró nada que oponer á una distincion semejante, y aceptó con palabras llenas de agradecimiento, despidiéndose en seguida.

—Ese enemigo va desarmado, dijo el Presidente á los suyos.

—Y lo mejor es, que queda tambien desarmado Valencia, que es el principal, agregó Mendivil.

Luego Santa Anna hizo una señal casi imperceptible al general Mozo, al cual dijo al oido:

—Prepare su viaje para Guadalajara, amigo mío,

va usted allá muy pronto á apoderarse de los elementos del manco Paredes. Todo depende de que yo reciba el gobierno para acordar su nombramiento.

—En donde sea útil á S. E., allí iré con toda voluntad, contestó Mozo, brillándole los ojos de alegría.

Y cátense ustedes, que en dos por tres desvarató Santa Anna todo el castillo de naipes de los conspiradores, hasta obligar á Valencia y á Tornel á que fueran á pedirle perdon, lo cual ocasionó otro incidente no menos chusco.

Santa Anna ya habia recibido el poder, habia mandado á Mozo á Guadalajara, y habia puesto en posesion á Paredes de su nueva investidura, pero sin dárlo á reconocer á la guarnicion. De esta coyuntura se aprovecharon Tornel y Valencia para presentarse al Dictador y decirle el segundo:

—Señor Presidente, es cierto que he conspirado; pero no contra V. E., sino por el temor de que se entronizara Paredes que tiene una ambicion desmedida.

—¿Que tan desmedida?

—Como que sería capaz de sacrificar á sus mejores amigos, y hasta á sus mas altos protectores para elevarse.

—Es decir, que me sacrificaría á mi mismo.

—Sin duda ninguna. A nosotros nos lo ha repetido.

—¿Es cierto eso, general Tornel?

—Es cierto, Excelentísimo Señor.

—Entonces mande usted á un general de confianza, al general Salas por ejemplo, para que diga á todos los jefes de los cuerpos que no obedezcan á na-

die como comandante militar, mientras no les avise yo mismo oficialmente.

El general Salas, le pegó por su parte una buena tostada á Paredes. Es el caso que este llegó un poco ebrio al cuartel de aquel aquella misma noche, y le dijo lleno de enojo:

—¡Ab! ¿con que vd. es el que anda dando órdenes contra mí á nombre del ministro?

—Sí, señor general....., como subalterno.

—Usted solo es subalterno mio, según este nombramiento del Presidente.

Le enseñó el pliego en que habia sido nombrado Comandante Militar.

—Ese nombramiento ya no vale.

—Rayos! exclamó Paredes, derramando luego las muchas insolencias que acostumbraba decir cuando se le pasaba la mano en el aguardiente, y terminó diciendo así, cuando vió que Salas permanecía impassible:—Pues con la Ordenanza á vd. y á otros muchos los puedo mandar fusilar, y con mi espada en la mano, ni á vd., ni á los miserables Tornel y Santa Anna les tengo miedo. Usted que es solo un doméstico del cojo, puede ir á decirle de mi parte que es un canalla y que pronto nos hemos de ver las caras.

Paredes se salió del cuartel tambaleándose, y Salas se apresuró á hacer el chisme oficialmente, lo cual valió á aquel su completa caída acompañada de proceso y confinamiento.

Cuando Paredes iba para Toluca custodiado por una escolta, desde las lomas de Santa Fé volvió

la vista á México, y enseñando á la ciudad la palma de la mano, dijo en tono amenazador:

—Tú me la pagarás, cojo maldito.

El Dictador, sin obstáculos ya, pues los políticos que no le adulaban, se escondían en sus casas á esperar los acontecimientos, se consagró á gobernar á su modo, sin mas principios y sin mas ley que la arbitrariedad.

Recargó cuanto pudo las contribuciones; pero no le dieron el resultado apetecido, y entonces recurrió á los préstamos, ya fuesen voluntarios, ya forzosos. Estos últimos determinaron que se estableciera una almoneda pública en el gran patio del Palacio, en donde se remataban al mejor postor los coches, los muebles y las alhajas de los propietarios.

Protegió los monopolios, proporcionó utilidades en los negocios á sus favoritos, concedió privilegios que arruinaron la industria del país, declaró libres para una sola compañía la introducción de hilazas, cuando un decreto semejante le sirvió de bandera revolucionaria pocos años antes para derribar á Bustamante, fingió conspiraciones para meter en las prisiones á los hombres mas respetables, y previno á los que ya no eran sus consejeros sino sus siervos, cómo habían de redactar las *Bases Orgánicas*, que sancionó el 12 de Junio de 1843, adecuadas para mantener la opresión.....

¡Y todos callaron!

Después de poner algunas primeras piedras para edificios y monumentos que nunca se concluyeron y

de dar muchos decretos, llamándose benemérito y de ver satisfecha su vanidad con las bajezas de sus aduladores, y de agotar la riqueza y la paciencia públicas, llamó al general Don Valentin Canalizo, que era un pobre diablo, hechura suya, y le dijo:

—Amigo Don Valentin, yo estoy delicado de salud y fatigado de gobierno: me quiero retirar á Manga de Clavo.

—Pero Exmo. Señor, ¿quién podrá gobernar esto, si V. E. nos deja?

—Usted, Don Valentin.

—¡Yo!

—A usted lo voy á dejar de Presidente interino.

—Pero ¿puede V. E. nombrarme interino, siéndolo también?

—Nosotros podemos hacer con estas gentes mexicanas cuanto se nos antoje, amigo Don Valentin: ¿quién quiere usted que reclame?

—Eso sí, lo que disponga V. E. eso tendrán que obedecerlo todos porque ya están acostumbrados.

—De manera que solo una cosa tengo que encargarle en el ejercicio del poder.

—Los encargos de V. E., son órdenes para mí.

—Que cuide de que se elijan diputados y senadores de los nuestros, segun la lista que tiene Tornel, y que vigile, sobre todo, que á mí sea, y á nadie mas, á quien elijan Presidente las asambleas departamentales. Ese es el verdadero motivo de mi separación del poder. Aunque bien podría dirigir las elecciones yo mismo, quiero mejor poder después decir á la Nación que la

dejé en toda libertad para elegir su primer Magistrado.

Le comunicó algunas otras instrucciones, particularmente respecto á los ministros de que debía rodearse, y el Dictador se retiró, dando un manifiesto en que llamó prueba de abnegacion á su retirada.

En Octubre de 1843, se separó Santa Anna del poder, y en 2 de Enero de 1844, se hizo la declaracion de que el mismo Santa Anna había sido electo por las Asambleas departamentales con toda espontaneidad.

El Congreso, que no resultó tan enteramente sujeto á la disciplina del gobierno, como se había querido, en el mismo mes propuso un decreto desconociendo la legitimidad del Ejecutivo, y declaró asimismo que habían cesado las autorizaciones que hasta entonces había tenido para legislar, lo cual hizo exclamar á D. Carlos Bustamante: "Dar decretos para contener el despotismo de Santa Anna, era lo mismo que querer echar puertas al campo." De todas maneras, por de pronto las Cámaras supieron imponerse al poder, y éste logró destruir las intrigas que se pusieron en juego para impedir que funcionara.

Llegaremos al día 3 de Junio en que se veían los principales edificios públicos adornados y dispuestos para iluminarse y en que se preparaban las mesas para el banquete en Palacio y los carteles para las funciones de los teatros, en que había músicas y soldados en las calles y en que los campaneros se habían encaramado á las torres para repicar tan luego como se les hiciera la señal con un cohete de luz!...¿Que

acontecimiento tan notable se esperaba? Uno que hacía temblar á los propietarios: la llegada del general Santa Anna que venia otra vez de Manga de Clavo á empuñar las riendas del poder. Se había anunciado como siempre mandando por delante á sus apóstoles para que le organizaran la recepcion y á las seis y media de la tarde apareció en las calles con todo su séquito, desarrollándose con el ruido posible el entusiasmo de las fiestas preparadas, despues de las cuales se retiró á su residencia de Tacubaya para reaparecer al dia siguiente á tomar posesion del mando, á decir el discurso de cajon y á concurrir al indispensable *Te Deum* en la Catedral.

Tornel cayó de la gracia del soberano por ciertas haciendas que se permitió comprar en Texmelucan y porque dijo arengas y recibió festejos en Puebla hasta el grado de permitir que el comandante de la plaza le mandara una guardia de honor á su alojamiento. Ya no fué pues Tornel el ministro de la guerra, sino Don Isidro Reyes, otra de tantas hechuras de Santa Anna. Además, como en aquellos momentos estaban muy calientes los asuntos de Texas, no solo en México sino en el gabinete de Washington, Santa Anna necesitaba cerca de sí hombres nuevos que no conocieran mucho sus antecedentes por lo que pudiera ofrecerse.

El pueblo estaba abrumado con los impuestos, lleno de zozobras con la actitud amenazante de los Estados Unidos, y lleno de terror con la furiosa *leva* de hombres que había por todas partes para aumen-

tar el ejército; pero el cumpleaños de Santa Anna se celebró con gran fausto el 13 de Junio, gastándose el dinero espléndidamente, como si lo hubiera en abundancia. Entre otros festejos se contó la inauguración de la estatua del Dictador sobre la enhiesta columna de la Paz en el centro del Mercado del Volador. La estatua tenía el brazo derecho extendido en dirección al Norte y dijo el escultor que apuntaba á Texas en signo de recobrar el territorio perdido; pero D. Carlos Bustamante explicó sentenciosamente que á donde apuntaba era á la Casa de Moneda.

Por fin llegamos al 23 de Agosto en que falleció en Puebla la primera mujer de Santa Anna llamada Doña Ines Garcia, pretexto plausible que le sirvió para retirarse del poder en que como siempre comenzaba á sentirse vacilante ante el disgusto general, é influyó para que de nuevo se nombrara al general Canalizo Presidente sustituto.

Todos esperaban que del precipitado viaje de Santa Anna á Manga de Clavo resultara un golpe de Estado ó un pronunciamiento; pero con sorpresa general se vió que resultó otra cosa muy diferente.

Una cuarentena de días habia transcurrido solamente desde el fallecimiento de la Excma. Sra. Doña Ines Garcia y apenas acababa la tropa de retirar sus blondas negras que llevaba al brazo y el *Diario Oficial* de suprimir sus columnas enlutadas, cuando circuló la siguiente invitación que dejó á todos estupefactos:

“El jueves 3 del presente Septiembre, á las siete

de la noche, se celebrará en el salon principal del Palacio Nacional, el matrimonio del Exmo. Señor Presidente constitucional de la República, general de División, Benemérito de la Patria, Don Antonio Lopez de Santa Anna, con la Excma. Señora Doña Dolores de Tosta: el Presidente interino, general de División Don Valentin Canalizo, que tiene el honor de apadrinarlo, suplica á Vd. se sirva dar lustre á tan augusta ceremonia con su personal asistencia.”

— Pero en donde está Santa Anna?

— Cuando llegó Santa Anna?

— Quien ha visto al general Santa Anna?

Fueron las preguntas que se hacian todos sin que acertaran á descifrar el enigma, hasta que el mismo *Diario Oficial* lo explicó el día siguiente diciendo:

“Anoche á las ocho y cuarto se celebró la ceremonia religiosa en el magnifico salon de audiencias solemnes del Palacio Nacional: el ilustrísimo señor arzobispo de esta metrópoli fué quien dió la bendición nupcial á los contrayentes y el excelentísimo Señor Don Juan de Dios Cañedo fué el representante del excelentísimo Sr. presidente constitucional de la República, general de división, benemérito de la patria don Antonio Lopez de Santa Anna: terminada aquella se sirvió en el mismo Palacio un espléndido ambigú: la ceremonia fué lucida y numerosa: se iluminaron varios edificios públicos como en los días de fiesta nacional, y las músicas de todos los cuerpos estuvieron tocando piezas escojidas en la plaza y bajos del Palacio hasta que terminó del todo la función que estuvo brillante etc.”

Como se ve, todos eran excelentísimos y hasta la misma futura antes de ser esposa, lo qué unido á que los cuantiosos gastos de la boda salieron de los fondos públicos, hizo que las lenguas hablaran mucho, que la vena de los poetas jocosos se despertara y que se publicaran muchos papeles dando cuenta del suceso con tono zumbon.

El viaje de la nueva desposada á Manga de Clavo fué regio.

Cuando ya iba en camino la Excma. señora con su gran cauda de acompañantes es fama que le dijeron á Santa Anna algunos de sus amigos:

—Excmo. Señor Presidente: hace V. E. mucha falta en México: Paredes anda queriendo pronunciarse por el rumbo de Guadalajara, y no es eso lo peor, sino que ya se han presentado en el Golfo las escuadras americanas y parece que avanzan sus ejércitos por la frontera del Norte.

—Déjenme pasar á gusto mi luna de miel, les contestó, y despues veremós.

Santa Anna salió á encontrar á su consorte seguido de una comitiva y en Manga de Clavo hubo durante nueve días verdaderas fiestas reales, amenizadas todas las tardes con brillantes tapadas de gallos.

CAPITULO XXVII.

HASTA LA TIERRA TIEMBLA.

“No, no somos genízaros al servicio discrecional de un Señor absoluto.—El pillaje de los bienes de la Nación se ejerce entre nosotros con la mayor procaçidad.—Bajo el pretexto de la reconquista de Texas, Santa Anna recabó del Congreso el decreto de cuatro millones de pesos como subsidio de guerra, cantidad dilapidada aun antes de haberse recogido.—La historia dirá á las generaciones que en los hechos del general Santa Anna, nada se encuentra grande, nada noble, nada decente; que él ha perseguido un desig-nio mezquino y culpable, usando de medios reprobados y viles; que su marcha tortuosa ha sido la de un tirano insolentado por el poder é infatuado por la prosperidad; que su baja duplicidad, su desmesurada ambicion, ni aun merecen compararse con la atrevida generosidad de los grandes dominadores.... que aun sus crímenes han sido rebajados por la pequeñez de sus motivos, que no han sido otros que saciar su ge-

Como se ve, todos eran excelentísimos y hasta la misma futura antes de ser esposa, lo qué unido á que los cuantiosos gastos de la boda salieron de los fondos públicos, hizo que las lenguas hablaran mucho, que la vena de los poetas jocosos se despertara y que se publicaran muchos papeles dando cuenta del suceso con tono zumbon.

El viaje de la nueva desposada á Manga de Clavo fué regio.

Cuando ya iba en camino la Excma. señora con su gran cauda de acompañantes es fama que le dijeron á Santa Anna algunos de sus amigos:

—Excmo. Señor Presidente: hace V. E. mucha falta en México: Paredes anda queriendo pronunciarse por el rumbo de Guadalajara, y no es eso lo peor, sino que ya se han presentado en el Golfo las escuadras americanas y parece que avanzan sus ejércitos por la frontera del Norte.

—Déjenme pasar á gusto mi luna de miel, les contestó, y despues veremós.

Santa Anna salió á encontrar á su consorte seguido de una comitiva y en Manga de Clavo hubo durante nueve dias verdaderas fiestas reales, amenizadas todas las tardes con brillantes tapadas de gallos.

CAPITULO XXVII.

HASTA LA TIERRA TIEMBLA.

“No, no somos genízaros al servicio discrecional de un Señor absoluto.—El pillaje de los bienes de la Nacion se ejerce entre nosotros con la mayor procaçidad.—Bajo el pretexto de la reconquista de Texas, Santa Anna recabó del Congreso el decreto de cuatro millones de pesos como subsidio de guerra, cantidad dilapidada aun antes de haberse recogido.—La historia dirá á las generaciones que en los hechos del general Santa Anna, nada se encuentra grande, nada noble, nada decente; que él ha perseguido un desig-nio mezquino y culpable, usando de medios reprobados y viles; que su marcha tortuosa ha sido la de un tirano insolentado por el poder é infatuado por la prosperidad; que su baja duplicidad, su desmesurada ambicion, ni aun merecen compararse con la atrevida generosidad de los grandes dominadores.... que aun sus crímenes han sido rebajados por la pequeñez de sus motivos, que no han sido otros que saciar su ge-

nial avaricia y satisfacer sus inclinaciones de pirata.”

Estas y otras verdades mas duras todavía se estamparon en el manifiesto del general D. Pánfilo Galindo al estallar el pronunciamiento dirigido por Paredes en Guadalajara.

Ya los lectores se figurarán si Santa Anna se habia de asustar con lo que dijera mas tarde la historia! ¿Qué le importaban para despues todas las historias del mundo si de pronto tenia el poder y los millones?

Pero si Santa Anna era un tirano despreciable, mas inmundo, mas vil, mas canalla se manifestaba Paredes pronuncándose contra el gobierno por malo que fuera, en los momentos en que este se preparaba ó tenia que prepararse para acudir á la defensa nacional, una vez que ya se veia claramente que estaba á punto de ser invadido el suelo patrio por los americanos.

Santa Anna abandonó sus gallos y su luna de miel en Manga de Clavo y se puso á la cabeza de un ejército de siete mil hombres para ir á castigar á los revoltosos de Guadalajara.

El congreso se enfullinó porque no se le habia pedido permiso para que el Presidente mandara las tropas, fueron acusados los ministros, hubo conferencias y sesiones tormentosas; pero siempre el Dictador se salió con la suya y en Querétaro hizo tropelía y media con el gobernador, contra el Ayuntamiento y contra los diputados, á los que en poco estuvo para que no los mandara amarrados codo con codo al castillo de Perote, segun sentencia que dictó en contra de aquellos infelices, con su expedita altanería acostumbrada.

A su vez el congreso de México se indignó por aquella tropelía y llamó á los ministros para que explicaran el caso. Los ministros hicieron todas las chicanas imaginables, segun las usanzas de aquel tiempo, para eludir las explicaciones, hasta que el Congreso se declaró en sesion permanente; pero no tan permanente que no salieran en grupos á sus casas los representantes para llenar las exigencias de la vida. Entonces el gobierno recurrió al conocido expediente de no dejar entrar á los que habian salido. Una guardia en cada cámara bastó para despejar los salones y para cerrar las puertas. No habia otra formalidad que llenar para impedir que hubiera Congreso.

¡Ah, sí! en esta vez hubo otra: la de ordenar á las imprentas bajo penas terribles, que no publicaran protestas, manifiestos ó decreto alguno de los diputados y senadores que estaban reuniéndose en casas particulares.

El pueblo se indignó ante semejante golpe de Estado y manifestó su desagrado poniendo una cuerda al cuello de la estatua de Santa Anna y agregándole una caperuza de ajusticiado.

El gobierno compuesto de Canalizo como presidente interino y de Don Manuel Rejon, Don Manuel Baranda, Don Antonio Haro y Tamariz y Don Ignacio Basadre, como ministros, expidió un decreto el 29 de Noviembre de 1844 suspendiendo al congreso en sus funciones y revistiéndose á sí mismo de todo género de facultades para salvar la situacion, dando otro el 2 del mes siguiente para que todos los empleados lo juraran.

Las corporaciones civiles, siguiendo el torrente de la opinion pública, protestaron contra tal ignominia; el congreso, protegido por un batallon, se reunió en San Francisco y llamó al general Don Joaquin de Herrera para que se encargara del poder como Presidente del Consejo, este invitó cortesmente á Canalizo para que dejara el puesto, evitando la efusion de sangre; pero el Presidente interino que era hombre de pelo en pecho, se enfullinó á su vez y reuniendo á las tropas que consideró fieles en Palacio, se propuso salir á batir á los pronunciados: las tropas fieles se resistieron manifestando que solo sostendrian el orden constitucional. Entonces Canalizo, lleno de cólera, gritó dirigiéndose al comandante general:

—General Salas, ordene usted que vuele el edificio. Los ministros, al oír tan terrible orden, corrieron y se escaparon por donde pudieron, á la vez que Salas tomaba un botafuego de manos de un artillero y se dirigia á incendiar los almacenes. Es fama que el coronel Falcon y unos oficiales impidieron tamaña catástrofe.

Despues de esto el nuevo gobierno ya no tuvo que hacer otra cosa mas que presentarse en Palacio para ocuparlo, mientras los miembros del anterior se hundian en medio de la rechifla general.

Por supuesto que Santa Anna habia sido el alma de todas aquellas medidas salvajes que provocaron la caída de Canalizo, pues que en una carta dirigida al ministro general Rejon, le decia entre otras cosas: "Energía y no pararse en medios de hoy en adelan-

te: en crisis como la presente *la firmeza y los buenos trancazos* lo componen todo."

Por tal causa, por estar dirigiendo la política de México, no habia pasado de Queretaro, haciendo destrozos en los bolsillos de los particulares para mantener un numeroso ejército en completa inaccion.

El pueblo tomó de todo aquello una venganza infantil: desenterró y arrastró el pie que se habia inhumado con tanta pompa y derribó y arrastró por las calles las estatuas del Dictador.

—Ah jál exclamó Santa Anna luego que le refirieron los prófugos de la capital tales sucesos, ya iré por allá y tomaré un buen desquite. Entre tanto vámonos haciendo de dinero para marchar sobre la capital.

Por muchos años quedó latente en todo el Bajío el recuerdo de las exacciones, los atropellos, las iniquidades que se cometieron por los agentes de Santa Anna para sacar dinero y hombres para el ejército.

En 15 de Diciembre el congreso despojó de toda autoridad á Santa Anna y este en 29 de Diciembre, todavia en Queretaro, hizo que todos los jefes y oficiales que tenia á sus órdenes firmaran una acta de pronunciamiento reconociéndolo á él solo como Exmo. Sr. Presidente, general de Division, benemérito de la patria y Sr. absoluto; y desconociendo á los nuevos poderes de México.

—Exmo. Señor, le dijo el general Cortazar, una vez recibido como emisario del gobierno, en la alcaaba que servia de despacho al benemérito, creo que V. E. debe ya haber recibido unos pliegos.....

—Si, contestó Santa Anna interrumpiéndole con mal humor, he recibido unos del Presidente del Consejo en que me ordena que haga entrega á Su Señoría del mando de mis tropas.....

—Yo desearía saber.....

—Si se las entrego ó no, ¿es verdad? Pues se las entrego, solo que como estoy á punto de partir para México y deseo emplear á su Señoría como intermediario mio para con el nuevo gobierno, tenemos que esperar un poco á ver claro en el horizonte.

— De manera que...

—De manera que puede Su Señoría venirse conmigo con el carácter que se sirva adoptar, mientras le hago la entrega.

—Por mi parte le juro, agregó despues de reflexionar un momento, que lo único que deseo es renunciar á todo cargo y expatriarme con mi familia é intereses, pero bajo la sola condición de que Su Señoría mismo se sirva acompañarme para no sufrir vejacion ninguna hasta encontrarme á bordo de cualquier buque extranjero.

Cortazar convino, pero no contó con la huésped. La huésped fué que en Arroyo Zarco Santa Anna lo redujo á la mas estrecha prisión, burlándose de su juramento.

Llegó el dia 1º de Enero de 1845. A las tres y media de la tarde se presentó al frente de la ciudad de Puebla, que estaba ya fortificada, el ejército santanista. El Dictador intimó al general Inclan la rendición de la plaza, acompañándole el acta de Querétaro

en que constaba que el ejército lo reconocia como Presidente. Inclan le contestó que su deber militar le exigia defenderse, aunque contara con pocos elementos. El asedio comenzó desde luego, la ciudad fué bombardeada y los sitiadores emplearon cuatro dias en aproximarse horadando las paredes. Al quinto dia se enarboló bandera blanca en la iglesia de la Santísima que ocupaba el ejército sitiador. Se suspendieron los fuegos y entró á la plaza el general Argüelles llevando proposiciones de arreglo. Fué aquel uno de los ardidés que acostumbraba Santa Anna en la guerra: mientras los sitiados confiaban en la suspensión de armas, él desplegó sus columnas de ataque para tomar la plaza por sorpresa.

—¡Muera el general Argüelles! ¡muera el general traidor! gritó el pueblo indignado amotinándose al frente del Palacio.

Inclan calmó la agitación del pueblo, él mismo condujo al parlamentario fuera de fortificaciones y en seguida se ocupó en rechazar al enemigo que habia adelantado muy poco á pesar de su traidora maniobra.

Al dia siguiente fué aprehendido un espia de Santa Anna con oro para sobornar oficiales. Ofreció decirlo todo si no se le fusilaba, y declaró que cuatro puntos, en donde ya habia inteligencias, iban á ser atacados aquella noche y que, á Santa Anna le urgía entrar á la plaza porque venian tropas de México en auxilio de los sitiados. En esa virtud Inclan resistió el ataque haciendo destrozos en los asaltantes, aprovechándose de aquella oportuna revelacion.

El día 11, un repique á vuelo anunció que la guerra había concluido.

—¿Pues qué sucedió con Santa Anna? preguntaban los curiosos frente á Palacio.

—Santa Anna ha huido llevándose 500 dragones de escolta, contestó uno de los ayudantes de Inclin

A las cuatro hubo otro repique, porque llegó el general Paredes, y al oscurecer otro todavía más ruidoso, porque llegó el general D. Nicolas Bravo. La situación estaba salvada.

Santa Anna envió á México dos comisionados que estuvieron á punto de ser despedazados por el pueblo: uno era el odiado Haro y Tamariz, que había sido su ministro, y el otro el general D. José M^o Mendoza.

He aquí lo que pedía Santa Anna al gobierno:

1.º Que haria renuncia de la Presidencia *libre y espontáneamente*.

2.º Que se le permitiera embarcarse para cualquier país extranjero, que él eligiera, pero abonándosele su sueldo íntegro.

3.º Que se repusieran sus estatuas en las columnas de donde habían sido derribadas.

4.º Que se considerara á los jefes y oficiales que lo seguían, en sus empleos y emolumentos.

El Gobierno le contestó que nada podía concedérsele, y le previno que cesara en su actitud hostil y se presentara á responder ante sus jueces de los cargos que se le hacían.

El 17 de Enero llegó un extraordinario á Palacio

y empezó luego el *rum rum* de que había traído una noticia muy importante. Se reunieron las Cámaras, se presentó allí el Ministerio y el jefe del Gabinete, después del preámbulo de costumbre, dió lectura á la breve nota siguiente del capitán de voluntarios D. Amado Rodriguez, transmitida por el Prefecto de Jalapa:

“En este momento, que son las nueve y media de la noche, ha sido aprehendido en las orillas de este pueblo el Excmo. Sr. D. Antonio López de Santa-Anna y cuatro hombres que le acompañaban.”

—Por fin acabó el tirano, dijo Pedraza.

—¿Qué hará el Gobierno, que no manda fusilarlo? exclamó un diputado de los exaltados.

D. Carlos M^o Bustamante, que oyó esto, dijo con calma:

—A Santa Anna no lo fusila nadie, porque carga al diablo; y si no, ya verán que bien va á salir de este aprieto.

Y, en efecto, Santa Anna fué conducido en litera á Jalapa, se le colocó en la sala capitular, se le permitió recibir á su familia y á sus amigos, y se le guardaron las mismas consideraciones que á un rey destronado.

Después se le llevó á Perote, y todavía tuvo el cinismo el ilustre prisionero, de quejarse desde allí al Gobierno porque recibía muchas molestias, tratándose como pudiera tratarse á un hombre vulgar.

No dejaremos a nuestros lectores sin saborear aunque sea unos párrafos de la nota del Ministro de la

Guerra D. Pedro García Conde, que se puso en di-
mes y directes con el ex-dictador, diciéndole entre
otras cosas: "Jefe V. E. de la República por la Cons-
titucion, ha bajado de tan alto rango por la Constitu-
cion misma. Atacada por V. E. con escándalo, no
puede encontrar en ella otro título que el de *ser juz-
gado con arreglo á sus terminantes prevenciones*. Y si
al poder y voluntad nacional que ha sometido á V. E.
á un *juicio solemne y ejemplar*, para salvar las formas
tutelares de la Constitucion, le llama movimiento re-
volucionario, ¿qué nombre podrá darse á las sedicio-
nes que ha acaudillado V. E. durante el largo perío-
do de 22 años, contra todos los gobiernos y sistemas
establecidos?"

¡Palabras! ¡palabras! El Gobierno de Mexico, sa-
tisfecho con tener preso y nulificado por de pronto á
Santa Anna, se conformó con mandar hacer al arzo-
bispo D. Manuel Posadas una suntuosa función de
iglesia que duró desde las nueve de la mañana hasta
las tres de la tarde!

Cuando los vecinos de la ciudad de México creían
encontrarse ya disfrutando de mayor tranquilidad, li-
bres de Santa Anna, á quien consideraban como la
peste, y con un gobierno tal cual bonachón, que pa-
recía preocuparse un poco de las dificultades, que se
ponían cada día más serias con los Estados Unidos,
vino el 7 de Abril, y á las cuatro de la tarde se sintió
un horrible temblor que echó abajo la cúpula de la
iglesia de Santa Teresa y maltrató muchos de los prin-

cipales edificios, que se pusieron en estado de ruina.

En los dias siguientes continuaron los terremotos
con más ó menos violencia, y entonces el mismo Go-
bierno excitó á la Mitra para que dispusiera rogacio-
nes públicas diciéndole que, por su parte, ya el Mi-
nistro de Gobernación tenia orden de mandar que
fuese conducida á Mexico la Virgen de los Remedios,
para que hiciera cesar las calamidades públicas.

Los partidarios de Santa Anna, que todavía tenia
muchos entre los que medraban á su sombra, se pu-
sieron á gritar entonces:

—¡Hasta la tierra tiembla! y es porque está preso
el benemérito de la patria.

—Sí, tiembla la tierra, contestaban sus enemigos,
pero es porque no se le ha fusilado.

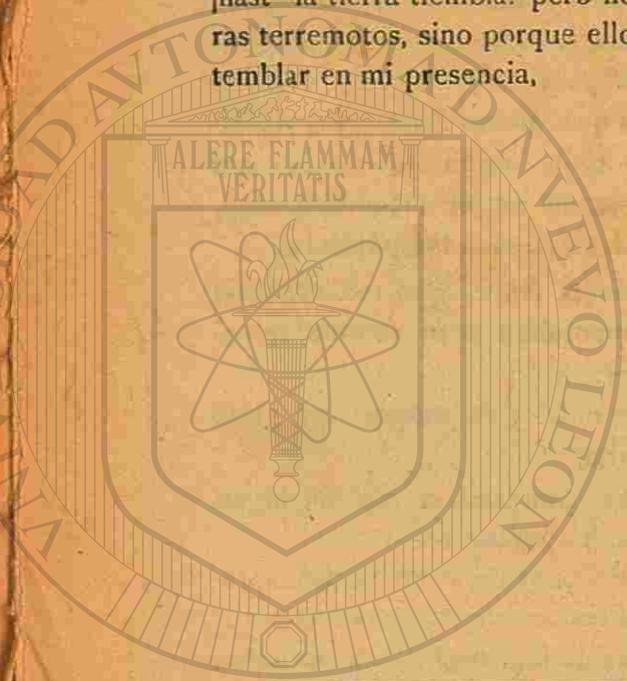
De todas maneras, el Congreso se atemorizó, apre-
surándose á dictar una ley de amnistía, conforme á la
que, Santa Anna y los que habían sido sus ministros,
deberian salir desterrados, el primero para siempre y
los segundos por diez años, disfrutando de la mitad
de sus sueldos.

Arreglados los términos en que habia de verificar-
se la expatriación de Santa Anna, dándosele como
punto de confinamiento la República de Venezue-
la, fue llevado por fin á Veracruz, en donde se em-
barcó con su familia el 1.º de Junio siguiente.

Pocos de sus íntimos fueron á dejarle á bordo; pe-
ro á éstos les dijo en confianza:

—Yo volveré, y entonces sabrán lo que es Santa

Anna; entonces sí podrán decir todos esos bribones: ¡hast la tierra tiembla! pero no porque haya de veras terremotos, sino porque ellos serán los que han de temblar en mi presencia,



CAPITULO XXVIII.

¡DEJENLE EL PASO LIBRE!

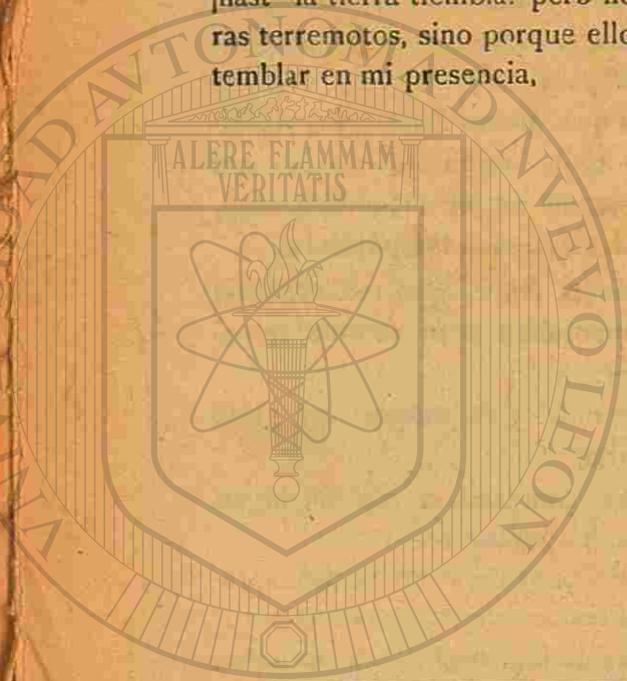
El destierro del general debía ser á perpetuidad, segun el decreto respectivo; pero al año, y despues de varios pronunciamientos, á que no habia sido extraño, ya estaba en la Habana en contacto con sus gentes de Veracruz y arreglando las cosas para dar á su regreso todo el aparato teatral que deseaba. Los generales Rejón, Tamariz y otros, formaban en el extranjero su corte y solo esperaban á un emisario de los miembros que formaban ahora gobierno, elevados por ellos mismos ó por sus intrigas, cuyo emisario ignoraban aún quien seria, para disponer su vuelta á la patria.

El comisionado del partido santanista llegó á la Habana en fines del mes de Julio: tal comisionado no era otro que el general Don Juan Nepomuceno Almonte.

Despues de los abrazos y frases correspondientes de saludo, dijo Almonte:

—Todos los amigos esperan con ansia el regreso de V. E.

Anna; entonces sí podrán decir todos esos bribones: ¡hast la tierra tiembla! pero no porque haya de veras terremotos, sino porque ellos serán los que han de temblar en mi presencia,



CAPITULO XXVIII.

¡DEJENLE EL PASO LIBRE!

El destierro del general debía ser á perpetuidad, segun el decreto respectivo; pero al año, y despues de varios pronunciamientos, á que no habia sido extraño, ya estaba en la Habana en contacto con sus gentes de Veracruz y arreglando las cosas para dar á su regreso todo el aparato teatral que deseaba. Los generales Rejón, Tamariz y otros, formaban en el extranjero su corte y solo esperaban á un emisario de los miembros que formaban ahora gobierno, elevados por ellos mismos ó por sus intrigas, cuyo emisario ignoraban aún quien seria, para disponer su vuelta á la patria.

El comisionado del partido santanista llegó á la Habana en fines del mes de Julio: tal comisionado no era otro que el general Don Juan Nepomuceno Almonte.

Despues de los abrazos y frases correspondientes de saludo, dijo Almonte:

—Todos los amigos esperan con ansia el regreso de V. E.

—De modo que las condiciones que yo puse. . .

—Están allanadas. Aquí traigo el llamamiento hecho en forma por las guarniciones principales y por las comandancias. Ahora no habrá mas dificultades que vencer, que el bloqueo de los americanos.

Santa Anna se sonrió y sacando un papel de su cartera lo pasó á Almonte, el cual leyó una nota del ministro de Marina Mr. Bancroft, trascrita por el comodoro Conner, en que se leía entre otras, estas palabras: "Si el general Santa Anna llega á tener la pretensión de desembarcar en alguno de los puertos mexicanos, *déjesele el paso libre.*"

Por mas que Almonte no fuera escrupuloso, clavó una mirada recelosa en el benemérito, el cual dijo luego, quien sabe si para tranquilizarlo ó por agudeza:

—Los americanos repugnan la guerra y tienen alguna confianza en mi juicio y en mi patriotismo para alcanzar una transaccion; pero les juro á ustedes que la resistencia que yo les oponga ha de ser formidable.

Almonte en seguida les dió todos los informes detallados de los sucesos que se habian verificado en México desde la salida de Santa Anna que, concretándolos nosotros, habian sido los siguientes:

El general Rangel hizo un pronunciamiento en México á los siete dias de embarcado el Dictador, gritando "¡Santa Anna y Federacion!" pero aunque se apoderó momentaneamente del Palacio y aun de algunos miembros del gobierno, como el oficial Miramón encargado de aprehender al Presidente Herrera fué vencido por la entereza de este, que le cambió

el peloton de granaderos en su favor, el movimiento fué sofocado, el cabecilla preso, sentenciado á muerte y al fin perdonado.

El general D. José Joaquin de Herrera fué declarado Presidente constitucional el 14 de Septiembre, y desde luego se le autorizó para que contratara un empréstito de 15 millones para atender á la guerra con los americanos, que se creia inminente, y Paredes fué el general nombrado para mandar la vanguardia del ejército; pero ese jefe lleno de amor propio y siempre decepcionado porque de todos sus pronunciamientos, otros eran los que se habian aprovechado, en vez de marchar á la frontera, se pronunció en San Luis contra el Gobierno. Este lo supo á tiempo y obró con desidia y cobardía, cuando ni siquiera trató de evitarlo. En esas circunstancias el general Arista fué más patriota, porque estando descontento del gobierno al ser invitado por Paredes, contestó á éste que lo primero era salvar á la patria, y marchó á Texas con un puñado de hombres y sin recursos.

El pronunciamiento de Paredes prendió, como todos los pronunciamientos, principalmente luego que fué apoyado por las clases privilegiadas que le dieron prestigio y elementos pecuniarios. Estos sirvieron para corromper á las tropas de la capital, que mandadas por el general Valencia, dieron el grito de ¡viva Paredes! y el buen Herrera tuvo que salir tranquilamente del Palacio en un coche de sitio por entre los pronunciados que le abrieron paso, y se dirigió á su

casa situada frente á la Academia para presentar mas tarde su renuncia del poder constitucional, el cual no tuvo ni dos meses de existencia.

Almonte habia sido no solo testigo sino intermediario en las divergencias de Valencia y Paredes. El primero quiso birlar el poder al segundo, quien no se conformó con ser desbancado la tercera vez como en las anteriores en que tambien se habia pronunciado para ser Presidente, y anunció que pelearía hasta con Dios Padre, si no se le daba gusto, y se convino al fin en nombrarlo Presidente interino, pero resultó peor que todos los Presidentes, y de mas á mas, monarquista.

Al acentuarse las tendencias monarquistas de Paredes, Almonte, que era entonces algo republicano, se separó del Ministerio de la Guerra para consagrarse á trabajar por la vuelta de Santa Anna, único hombre, en su concepto, capaz de poner freno á las intrigas, de organizar la administración pública, y de dar buena direccion á la defensa nacional.

Desde ese momento y segun las instrucciones que ya se habian recibido del mismo general Santa Anna, como muy bien recordaría, empezaron á conspirar Gómez Fariás, Salas, Almonte y demás santanistas, haciendo que estallara el pronunciamiento de Yañez en Guadalajara, y otros varios por distintos lugares, hasta que el mismo Paredes dió bandera á la revolucion prescindiendo de sus planes monárquicos y mandando que se pusieran en vigor las desprestigiadas Bases Orgánicas. Salas se pronunció con una parte de la guar-

nición en los momentos en que la mayor parte del ejército estaba entretenido con la guerra de Texas, que ya habia pasado al suelo mexicano y cuando Paredes habia conseguido que se le diera licencia de ir á mandar personalmente todas las tropas.

Refirió los distintos incidentes de la nueva revolucion, que no les eran muy conocidos á las personas que formaban su auditorio: cómo Paredes, despues de tantas fanfarronadas, y cuando todavia contaba con soldados, huyó por la noche de la capital, dejando comprometidos á sus ministros, y cómo triunfante aquella reaccion, elevó interinamente al poder al general Salas, quien obedecia ciegamente á Gomez Fariás, segun las órdenes que habia recibido del caudillo libertador.

Santa Anna estuvo oyendo todos aquellos pormenores con religiosa atencion, y cuando Almonte hubo concluido, le dijo:

—Estoy satisfecho de la habilidad con que se han manejado todos ustedes. Ahora, mientras disponemos el viaje y mandamos emisarios que nos anuncien, usted mismo va á ocuparse en escribirme un buen Manifiesto, cargando la mano á las ideas monarquistas de Paredes, una vez que ahora tenemos que alhagar un poco á los liberales.

Así fué como la misma mano de Almonte, que habia de ser uno de los principales apoyos de la monarquía mas tarde, escribió en el Manifiesto de Santa Anna los siguientes pasajes, que citamos á saltos:

"Siendo, pues, estos inconvenientes de tal natura-

raleza, que hacen casi imposible el establecimiento de la monarquía en el país, se ha procurado, para vencerlos, complicar de todos modos las cosas de la República, no permitiéndola constituirse en el interior, y agravando en el exterior la difícilísima cuestión de nuestras fronteras septentrionales. Así es que la *facción promovedora de aquel proyecto parricida* habiendo logrado lo primero por muchos años de artificios y amaños, se propuso últimamente llevar á cabo la segunda *provocando de una manera casi directa al gobierno de los Estados Unidos á alzarse con nuestro rico departamento de Texas.....*

“No, mexicanos: nada de transacciones con un partido cuya conducta ha sido un tejido de crueles alevosías para la Patria; nada con él, por lisonjeras que sean sus promesas, y *cualesquiera las formas de que en lo sucesivo se revista.* [Y luego agrega, como si se retratara á sí mismo:]“procuró buscar su salud en sus acostumbrados amaños; proclamó principios que detestaba; se alió con bastardos republicanos y se ostentó amigo de la libertad para así evitar su justo castigo, conservarse en el poder y continuar minando el edificio levantado sobre la sangre ilustre de los Hidalgo y Morelos.....”

También se hizo cargo á Paredes de haber nombrado once obispos y diez y ocho canónigos, con facultades para que mandasen sustitutos de su confianza á las asambleas.

Al llegar á Veracruz, cuya entrada le dejaron franca los buques americanos que bloqueaban al puerto, se-

gun las órdenes superiores, Santa Anna publicó su manifiesto y luego se dirigió á su otra hacienda del Encero, en donde había de recibir las numerosas comisiones que habían de acudir á suplicarle que se encargara del poder, puesto que hacerse siempre mucho del rogar entraba en su programa, como amante que era de hacer comedias.

Almonte, en cambio, con instrucciones de su señor, se dirigió luego á México, para encargarse del Ministerio de la Guerra.

—Ya sabe vd., le dijo Santa Anna al despedirlo, cuál es ahora el programa. Como á veces se dá todo el vino que quieren á los borrachos para que se ahoguen, así nosotros vamos á darles democracia á los políticos. Ahora nos hemos de presentar muy descamisados, hasta que se asusten las clases acomodadas y nos griten todos: “¡Por Dios, ya no queremos tanta libertad!”

Y así fué como Santa Anna entró á México vestido con mucha sencillez, enarbolando un cuadro de la Constitución de 24 y permitiendo que el pueblo, el verdadero pueblo le rodeara, y lo abrazara, y lo acompañara al interior del mismo Palacio; y así fué como renunció al banquete que se le tenía dispuesto, y dejó que los clubs republicanos se desgañitaran y que las prensas sudaran tinta, y, en fin, así fué como se vió que el se negara á ocupar la Presidencia, diciendo que solo había venido como soldado á pelear por la patria.

—No, señores, les dijo á sus amigos Farias, Rejon, Baranda, Rosso, Cerecero y demas que estaban reu-

nidos en torno suyo, después de haber cenado todos juntos en su residencia de Tacubaya, yo no he de permanecer aquí sino el tiempo absolutamente preciso, unos ocho días cuando mas, que son los que necesito para dictar mis disposiciones: me propongo no dejar por acá ni un soldado para evitar los pronunciamientos, y concentraré en San Luis Potosí veinticinco mil hombres que son los que necesito para arrojar á los americanos de nuestro territorio; para mantener ese ejército, solo pediré trescientos mil pesos mensuales que quiero se me aseguren con buenas garantías, directamente, esto es, que los contratistas se entiendan conmigo, sin ninguna intervencion del gobierno.

— En cuanto á Paredes, agregó después, estoy conforme en que se le deje ir á un destierro perpétuo, por mas que á causa de su desprestigio se encuentre muerto en la opinion.

Salas, obsequiando los deseos del Dictador, (Santa Anna seguía siendo el mismo Dictador de siempre desde su casa de Tacubaya,) confinó á Paredes al extranjero.

El pobre manco, y efectivamente estaba pobre Paredes, porque todo lo jugaba y habia sido desprendido, en el poder, se mostro no solo inepto para gobernar, sino débil é insignificante en su calda.

— Otro golpe he meditado para que se afiance mi popularidad, siguió diciendo Santa Anna á sus amigos íntimos: voy á decir á Salas que mande quitar mi estatua de bronce de su pedestal, y que se sustituya con las armas de la República.

Efectivamente, la estatua de Santa Anna habia sido repuesta en el Volador, y fué quitada nuevamente á petición del grande hombre, lo cual se comentó con pomposos elogios sobre su modestia.

Y tambien hay que hacer notar que mientras se cantaba el Te Deum en la Catedral de México, y el Gobierno gastaba los pocos fondos que tenia, en hacer fiestas á Santa Anna, los defensores de Monterrey, abandonados á su suerte, sucumbian ante los americanos, á la vez que estallaban por todas partes las asonadas militares de costumbre.

Santa Anna se habia metido en la cama, pretextando enfermedad, para desde allí estar dirigiendo las intrigas que se sucedian en Palacio con vertiginosa rapidez: á su secretario particular, á los Ministros, al Presidente Salas, á los eclesiásticos, á los periodistas, á los generales, á todos los movía como piezas de tablero.

— ¿Por fin, optó Farías por la cartera de Hacienda ó por la Presidencia del Consejo? preguntaba á su secretario.

— Ya se encargó de la Presidencia del Consejo, bajo la inteligencia de que se quedará de Presidente de la República, segun el ofrecimiento de V. E.

— ¿Ya llegó Haro y Tamariz?

— Vino á ver á V. E.; pero se le contestó que V. E. estaba durmiendo, y se le dieron las instrucciones. Ahora debe estar entrando al Ministerio.

— ¿Y las Brigadas?

— Salieron esta mañana para S. Luis Potosí, pero llevando muy pocos recursos.

—Eso de los recursos es lo que mas me inquieta, porque ninguno de nuestros hombres tiene crédito, y los que tienen el dinero no se azoran todavía con las amenazas de los rojos. Será, pues, necesario tomar otro camino.

El secretario guardó silencio, pero Santa Anna continuó á poco, como iluminado por una gran idea:

—Vaya vd. á ver de mi parte al redactor del *Diario Oficial*, y dígale que publique una serie de artículos, diciéndole al clero lo más enérgicamente que le sea posible, que si no se apresura á hacer un empréstito razonable, el pueblo mismo irá á saquear sus cajas: que el Gobierno está resuelto á dejar á un lado las contemplaciones y á sacar los recursos de donde los haya, para la guerra. *Necitas caret legis*.

Gran esfuerzo hizo Santa Anna para soltar ese latín, que fué repetido en los artículos, lo mismo que los otros de *Vox populi vox Dei*, *Annibal ad portas*, *Ultima ratio regum*, *Aures habent et non audiunt* y otros.

Los artículos salieron y levantaron una polvareda inmensa; pero el cabildo eclesiástico siguió teniendo orejas de mercader.

El *Diario Oficial* fué mas explícito, y dijo: "Pequeños sacrificios que haga el clero hoy, en union de los propietarios, bastarán para que nuestras tropas, tal vez en una sola accion, dejen afianzada la independencia, el honor nacional y la responsabilidad futura de la República."

¡Nada! el clero enterró en agujeros mas profundos sus tesoros.

Entonces se recurrió á un medio menos eficaz, pero mas barato para ahuyentar á los americanos que venian avanzando por todas partes, favorecidos por la guerra civil y por la ineptitud del Gobierno. Ese medio fue el de que el señor Ministro de Justicia se dirigiera al vicario capitular, rogándole que mandara hacer un novenario á Nuestra Señora de los Remedios, con sermones alusivos y rogaciones en todas las iglesias, para que desaparecieran las calamidades públicas.

Santa Anna, que vió pasar no solo los ocho días que fijó para ponerse en campaña, sino varias semanas, salió como pudo de México, sin los elementos que se había propuesto, y lo peor de todo, dejando la política muy alborotada, pues que los ministros estaban desavenidos entre sí, lo mismo que con el Presidente Salas, quien á su vez había disgustado á Santa Anna, por haberse negado á entregar el poder á Farias, pareciendo el Palacio una verdadera casa de locos.

No habiendo valido los motines verificados en las calles de México, las amenazas de los periódicos, las rogaciones en las iglesias, las juntas privadas, ni los manifiestos para conjurar el peligro, se expidió una ley terrible sobre contribuciones, á la cual tampoco nadie hizo caso.

Pero lo mas negro de todo fué que Santa Anna se estacionó en San Luis con tanta calma, como si no tuviera ningun enemigo al frente que combatir, una vez que, en lugar de preocuparse de sus tropas, se ocupaba solo en las intrigas, en el juego y en los amóros, sia hacer preparativo alguno ordenado para la campaña, dan-

do tiempo á que terminara el armisticio pactado en la capitulacion de Monterrey, y no solo esto, sino que dictó medidas descabelladas á montones, y entre ellas la evacuacion de Tampico, que nadie atacaba, en donde se perdieron cuantiosos elementos de guerra. Todavía hizo mas; una Division americana mandada por el general Quitman, proveniente de Monterrey, se dirigió por Victoria á Tampico, y al pasar por la sierra iba completamente cansada y desmoralizada. Los vecinos de los pueblos se ofrecieron á concluir con ella, y cuando Valencia se preparaba con buenas tropas, ayudado de infinidad de paisanos armados, á caer sobre aquel enemigo con seguridad completa de exterminarlo, se recibió una orden terminante de Santa Anna, prohibiendo todo lance de armas, lo cual ocasionó que todos los voluntarios se desbandaran.

El Gobierno americano supo bien lo que hizo cuando dijo á su comodoro: "Déjese el paso libre al general Santa Ana."

CAPITULO XXIX.

SU ALTEZA SERENISIMA.

Todos sabemos cómo terminó aquella desgraciada guerra en que fueron sacrificadas tantas víctimas, tantos mexicanos valientes y abnegados, por la cobardía, la mala fé y la torpeza de los que mandaban, no menos que por la falta absoluta de patriotismo en los que pudieron ayudar con buenos recursos, teniendo por epílogo el vergonzoso tratado de Guadalupe. Hombres mas hábiles, menos fátuos, ó mejor inspirados por un sano amor á la patria, habrían alcanzado antes grandes ventajas con pequeños sacrificios, una vez que los americanos estuvieron clamando por un avenimiento que los alejara del terreno de las violencias.

Echemos ya un espeso velo sobre tantos errores ó sobre tantas ignominias, que hacen hervir la sangre

do tiempo á que terminara el armisticio pactado en la capitulacion de Monterrey, y no solo esto, sino que dictó medidas descabelladas á montones, y entre ellas la evacuacion de Tampico, que nadie atacaba, en donde se perdieron cuantiosos elementos de guerra. Todavía hizo mas; una Division americana mandada por el general Quitman, proveniente de Monterrey, se dirigió por Victoria á Tampico, y al pasar por la sierra iba completamente cansada y desmoralizada. Los vecinos de los pueblos se ofrecieron á concluir con ella, y cuando Valencia se preparaba con buenas tropas, ayudado de infinidad de paisanos armados, á caer sobre aquel enemigo con seguridad completa de exterminarlo, se recibió una orden terminante de Santa Anna, prohibiendo todo lance de armas, lo cual ocasionó que todos los voluntarios se desbandaran.

El Gobierno americano supo bien lo que hizo cuando dijo á su comodoro: "Déjese el paso libre al general Santa Ana."

CAPITULO XXIX.

SU ALTEZA SERENISIMA.

Todos sabemos cómo terminó aquella desgraciada guerra en que fueron sacrificadas tantas víctimas, tantos mexicanos valientes y abnegados, por la cobardía, la mala fé y la torpeza de los que mandaban, no menos que por la falta absoluta de patriotismo en los que pudieron ayudar con buenos recursos, teniendo por epílogo el vergonzoso tratado de Guadalupe. Hombres mas hábiles, menos fátuos, ó mejor inspirados por un sano amor á la patria, habrían alcanzado antes grandes ventajas con pequeños sacrificios, una vez que los americanos estuvieron clamando por un avenimiento que los alejara del terreno de las violencias.

Echemos ya un espeso velo sobre tantos errores ó sobre tantas ignominias, que hacen hervir la sangre

al recordarlos, y que señalan el año de 1847 como el año terrible de la República Mexicana.

Santa Anna renunció la presidencia como de costumbre, luego que vió que contra él se levantaba el clamor público que lo acusaba hasta de traición á la patria: el gobierno le quitó el mando militar, y lo sujetó á un juicio, del que salió mas ó menos bien librado, desembarazándose con tanta fortuna de un asunto que, á cualquiera otro le hubiera costado la cabeza, solo con expatriarse cargado de riquezas á Turbaco, pequeña población de Nueva Granada, en donde estuvo consagrado durante cinco años á jugar gallos y á manejar los hilos de la intriga que lo habian de hacer volver á la Presidencia para conducirse mas mal y causar mas perjuicios que en las veces anteriores, como lo veremos mas adelante.

Después del gran desbarajuste que habia sufrido el país, la administración pública volvió á organizarse con dificultades, principalmente por los embarazos que sembraban los santanistas y hasta el año de 1840 vino á ser electo el general Arista, Presidente de la República, quien gobernó con juicio y con honradez, en 1841, que fué cuando se hizo la declaración en su favor, y tomó posesion del poder.

Tantas intrigas se desencadenaron en torno de Arista, que se le obligó á hacer dimision del cargo; y el atrabancado pronunciamiento de Blancarte que provino de una borrachera en un baile, fué, por último, el que vino á decidir, que el general Santa Anna fuera electo presidente por el partido clerical triunfante,

llamándole al poder bajo un programa monárquico, que él se comprometió á sostener, desde su destierro.

Tenemos, pues, al general Don Antonio Lopez de Santa Anna nuevamente en Veracruz el 1.º de Abril de 1853, siendo sus primeras palabras, como siempre, muy respetuosas para la Nacion, llenas de miel para los partidos y plagadas de ofrecimientos en cuanto al programa de gobierno.

El camino que recorrió el Dictador desde Veracruz hasta cerca de la capital, nunca fué tan sembrado de festejos y arcos triunfales: en todas partes habia comisiones esperándole, en donde quiera que habia iglesia se le cantaba un Te Deum, y no escasearon los discursos, las poesías, y las descargas de toda clase de armas.

A imitacion de los antiguos virreyes, se detuvo unos dias en la Villa de Guadalupe, en donde recibió su despacho de Capitan General, expedido por el gobierno. Los aduladores no solo aguzaron el ingenio, para hacerle muecas, sino que parecieron disputarse el premio de la bajeza, en punto á lisonjas.

Siempre habia estado hinchado de orgullo Santa Anna, y en esta vez su orgullo quedó plenamente satisfecho. Pudo ver con sus propios ojos que sus íntimos se habian excedido á sus indicaciones, que se redujeron á que se le hicieran ruidos populares, y fue recibido con estrépito imperial, mas que con estrépito imperial, pues que al mismo Iturbide, no llegaron á hacersele mayores algarabías.

El dia 15 llegó á Guadalupe, y el dia 20 hizo en Mé-

xico su entrada triunfal. En esos cinco días como no ahondarian los cortesanos aquella legua de camino cómo no se arrastrarían delante del grande hombre!

Santa Anna entró á México mareado y completamente desvanecido, pensando ya en la corona régia que había de ornar sus sienes.

Después de prestar el juramento á que estaba tan acostumbrado, sin llegar á cumplirlo, pronunció un discurso hablando del uso moderado que iba á hacer de sus facultades omnímodas, nombró un gabinete monarquista presidido por Don Lucas Alaman, y su primer acto fué recibir con todas las ceremonias de corte la Cruz de Carlos III, que le fué enviada por la reina de España.

El antiguo republicano, el federalista, el liberal rojo, tornaba ahora á su país metamorfoseado, reventando ya de aspiraciones monárquicas.

Una hermosa mañana, la del 27 del mismo Abril, se presentó Alaman en el despacho del Dictador llevando debajo del brazo la cartera muy abultada, este le tendió la mano y le dijo sonriéndose:

—¿Todavía no acabamos? Ya me estoy cansando de firmar nombramientos y disposiciones. Creo que nunca había firmado tantos papeles como en estos seis días.

—En efecto, contestó Alaman secamente, traigo aquí varios proyectos sobre centralización de rentas, sobre extinción de los pequeños congresos, sobre los deberes de las comandancias militares, sobre una contrata de regimientos suizos que se puede dejar para

mas tarde; pero no el expediente sobre protectorado pedido á España, respecto del cual hay que dictar alguna disposición.

—Lo dejaremos también para mañana ó para mas tarde, ahora tengo aquí una idea fija á la cual necesitamos darle forma. Esto último lo dijo rascándose la frente.

Alaman dejó su cartera cerrada encima de la mesa, acercó una silla y tomó asiento enfrente del Dictador.

—Ya escucho á V. E., dijo.

—Me hace muchas cosquillas en el cuerpo el general Arista, murmuró Santa Anna, siempre riéndose, y quisiera hallar el modo de su señoría me comprende. Hay algunos tontos que se hacen lenguas diciendo que Arista se condujo en el gobierno con honradez, que Arista es valiente, que Arista es patriota, que Arista fué celoso guardian de la Constitución, y repiten de él otros elogios que me queman la sangre, que me fastidian

—Como V. E. tiene facultades amplísimas para proceder.....

—Puedo hacer con él lo que se me antoje, ya lo sé; pero temo un poco á las murmuraciones.....

—Para evitarlas precisamente hemos expedido el decreto de antes de ayer: la prensa enmudecerá ya, y enmudecerá todavía mas, luego que se hagan algunos escarmientos.

—Y por cierto que nuestra ley de imprenta está bastante dura.

—Como se necesitaba. Dentro de poco daremos la ley contra conspiradores, de manera que pueda ser comprendido en ella el general Arista.

—Es que yo no deseo esperarme ni un día mas.

—En ese caso puede notificársele que salga del país por convenir así á la tranquilidad y al orden público.

—Eso es.

—Nadie se atreverá á pedir cuentas á V. E. de ese acto que se estimará de justicia, como todos los que se verifican por razones de Estado.

Y se firmó ese mismo día la orden para que Arista saliera desterrado, produciendo estupor al ex-Presidente y gran sorpresa á todo el mundo que veía comenzar de nuevo la era de las persecuciones; pero nadie se atrevió á levantar la voz, y tras el gran atentado se sucedió el mas absoluto silencio.

El 6 de Mayo dijo adios á su patria Don Mariano Arista para ir á morir en el extranjero.

Se pasaron tres meses en que las nuevas disposiciones de reorganizacion santanista se amenizaron con francachelas, y en principios de Agosto se publicó el terrible decreto sobre conspiradores en que se prodigaba la pena de muerte y la deportacion contra todos los enemigos del gobierno. Creia éste tener muchos entre los servidores de Arista, de que necesitaba desembarazarse.

Haro y Tamariz se separó del gabinete, murieron Tornel y Alaman; D. Juan Suarez Navarro fué arrojado de la oficialía mayor de guerra con ignominia porque

se permitió herir el orgullo del Dictador, y ya pudo éste nombrar un ministerio completamente á su gusto, que le ayudara con pasibilidad á dar desarrollo al programa de dominación absoluta que se habia propuesto ejercer en todos los ramos de la administración, así como en todas las personas y cosas de la República, sin ninguna taxactiva.

En 19 de Septiembre los nuevos ministros, que eran como se decia entonces el *extracto de la conserva*, decretaron el establecimiento de los jesuitas y que los doctores de la Universidad usaran en los sombreros las borlas con el color de su respectiva facultad, esto es: los médicos, borla y cordones amarillos; los abogados, verdes, y los teólogos blancas.

Todos esos decretos, lo mismo que el uniforme de las autoridades y de los empleados tenían hasta cierto punto alguna inocencia, eran entretenimientos pueriles; pero lo que sí estuvo ya irritante, molesto, odioso é insufrible, fué la lluvia de impuestos de que no se escaparon ni las puertas de los establecimientos, ni las ruedas de los coches, ni los perros, de los cuales solo quedaron exceptuados los que servían para dirigir á los ciegos, y todavia fueron mas crueles las requisiciones de caballos y de armas, lo mismo que el sistema de leva para dar al ejército un efectivo de noventa mil hombres, fuera de los tres regimientos de suizos que fueron encargados de contratar los diplomáticos Arrangoiz, Almonte y Pacheco.

Desde los últimos días del mes de Octubre se empezaron á celebrar frecuentes juntas de ministros, pa-

ra tratar un asunto gravísimo, según se decía, en calles y plazas y en los mismos corredores de Palacio. Todos traían las caras largas, aun los miembros del cabildo eclesiástico, porque nadie estaba entonces á salvo de recibir su ramalazo.

— Los ministros han salido hoy del despacho muy preocupados, decía un salicitante de empleo á otros camaradas.

— ¿Qué será? preguntaba un segundo.

— Parece que se va á dar una nueva ley de contribuciones.

— No, ya no hay sobre qué imponerlas. Solo que sea la de echarse sobre los bienes del clero.

— Eso se teme en el Arzobispado.

— Me han dicho que se va á dar otra ley *del caso* para desterrar á los sospechosos.

— A mí me han contado que se van á vender á los yankees unos departamentos.

Y así todos los días se hacían mil suposiciones respecto del trabajo asídúo á que estaban entregados el Presidente y los ministros.

Por fin, se tuvo el parto el 11 de Noviembre, apareciendo el decreto en que se restablecía la *Nacional y distinguida Orden de Nuestra Señora de Guadalupe!*

con todos sus ceremoniales. Esto, los ceremoniales y el programa de los divertimientos, era lo que había hecho sudar el quilo á los señores secretarios de Estado. Ceremonias y procesiones, bailes y tertulias, reglas sobre la etiqueta, mantos, cruces, bordados y rlopeles, colores de las libreas, funciones religiosas y

órden gerárquico de los cruzados, fueron el resultado de tantas meditaciones, llevando por adorno prisiones, confinamientos, sentencias de muerte y otras gracias de sus señorías, que además de ser amantes del placer estaban devorados por la fiebre del esterminio.

La aplicación de la ley sobre conspiradores y otra que se dictó mas tarde contra los sospechosos, así como las circulares reservadas á los gobernadores y comandantes militares sobre vigilancia y espionaje, dieron una cosecha muy grande de víctimas, que se contaron por centenares, escogidas naturalmente entre las que repugnaban á aquel..... (íbamos á decir órden), aquel desórden de cosas.

Uno de los *sospechosos* fué el coronel Florencio Villarreal, comandante de la Costa Chica en el Sur, á quien se destituyó con órden de presentarse en la corte, lo cual se cuidó de hacer, siendo uno de los que dieron después al Dictador muy fuertes dolores de cabeza.

Se había señalado un año por la revolución santanista para el desempeño del poder discrecional, y el tiempo corría velozmente para los hombres de la situación, por lo que dijo un día el mismo Santa Anna á su ministro Bonilla:

— Creo que debemos pensar ya en la convocatoria para la elección de un Congreso constituyente, conforme á los convenios de 6 de Febrero.

Bonilla clavó sus ojillos en el Dictador, y le contestó con sorna:

— Entendía que las actas de adhesión que hemos

mandado levantar por todas partes, eran para retardar lo mas posible ese suceso, que siempre ha sido entre nosotros lamentable, porque no estamos hechos para parlamentos.

—Efectivamente, es embarazoso para un gobierno cualquiera el sistema parlamentario. Yo, por mí, aboliría para siempre los congresos.

—Y como sin ellos nos la vamos pasando tan bien!

—El caso es que yo no puedo prorogar por mí mismo la dictadura.

—Las actas están viniendo ya en el sentido de la próroga.

—No es bastante eso: necesitamos algo mas formal que las actas de los pueblos en que me vienen proclamando Emperador.

—¿Por ventura tiene ya V. E. una idea?

—Tengo una que someto á su exámen. Hay en Guadalajara un general Ortega que figura como Gobernador, á pesar de ser muy bestia. el cual obedecerá ciegamente cuanto se le diga. ¿No le podríamos encomendar que hiciera una especie de pronunciamiento proclamando nuestro poder indefinido?

—¿Y por qué no decirle de una vez que proclame la monarquía?

—Todavía no: necesitamos antes tantear el terreno en los Estados Unidos.

—Cuando menos le diremos que proponga la Presidencia vitalicia con facultades de dejar nombrado al sucesor.

—Eso sí me parece conveniente. Haga su señoría

lo que mejor le parezca, de acuerdo con mis principios políticos que le son ya tan conocidos.

Al día siguiente salió un comisionado con las necesarias instrucciones, y el 17 de Noviembre todos los serviles de Guadalajara, con D. Jose María Ortega á la cabeza, firmaron las cinco proposiciones que les mandó ya redactadas Bonilla, conforme á las que, se prorogaban las facultades omnímodas por todo el tiempo que fuera necesario para organizar la Nación, con la de nombrar sucesor en el pliego de mortaja.

El 16 de Diciembre dió el gobierno el decreto declarando que era voluntad de la Nación que continuara la Dictadura, que el Presidente tenia facultades para nombrar un sucesor, asentando su nombre en un pliego sellado y cerrado; por el artículo 3^o se previno que para lo sucesivo el tratamiento que se debía dar á Santa Anna, era el de Alteza Serenísima.

Tenemos pues que á esas fechas era ya Don Antonio Benemérito de la Patria, General de Division, Gran Maestre de la Nacional y distinguida órden de Nuestra señora de Guadalupe, Caballero Gran Cruz de la real y distinguida órden de Carlos III, Presidente á perpetuidad de la República Mexicana y Alteza Serenísima.

Nunca la adulacion se arrastró tanto como en esta vez para festejar el nombramiento del general Santa Anna, á cuyos actos de envilecimiento concurren hasta personas acomodadas que no tenian ninguna necesidad, humillándose á hacer las más grandés ba-

jezas delante del Dictador, al cual se hicieron en la ocasion continuados festejos.

Varias veces se presentaron en público y particularmente en el Teatro SS. AA., esto es, Santa Anna y la Señora de Santa Anna, á quien se hizo extensivo el título de Alteza, con mantos de seda bordados de oro y ella con corona de pedrería, estando en esas veces el palco del centro encortinado de terciopelo con cordones y borlas de oro; mientras duraba la representacion los gastadores con grandes barbas postizas hacian la guardia. Al entrar SS. AA. todos los concurrentes tenian que ponerse de pié y quitarse los sombreros, desplegándose en todo el boato de las cortes europeas.

Luego que pasaron todas las ruidosas fiestas de la capital, Santa Anna volvió á llamar á su ministro Bonilla, que era su dedo chiquito, y le dijo:

—¿Cómo hemos quedado de recursos despues de hechos todos esos gastos?

—Hemos quedado en un *petate*, serenísimo señor.

—Sería ridículo que ahora que estamos tan arriba se nos echara de ver la arranquera.

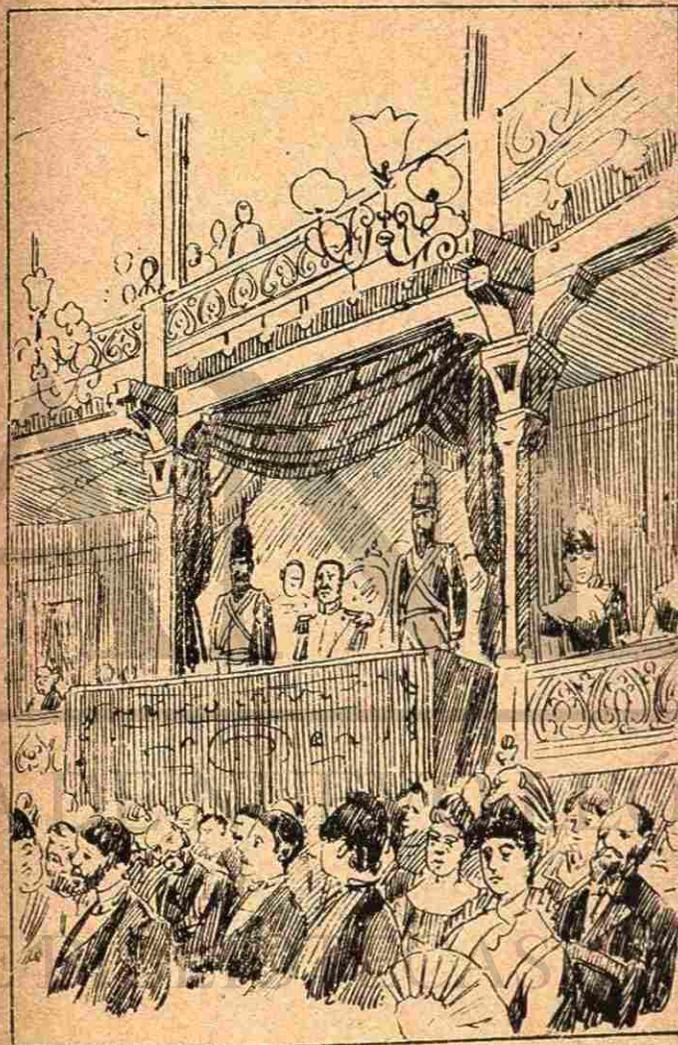
—Eso mismo pienso yo, serenísimo señor.

—Lo cual quiere decir que hay que darle recio á la venta de la Mesilla.

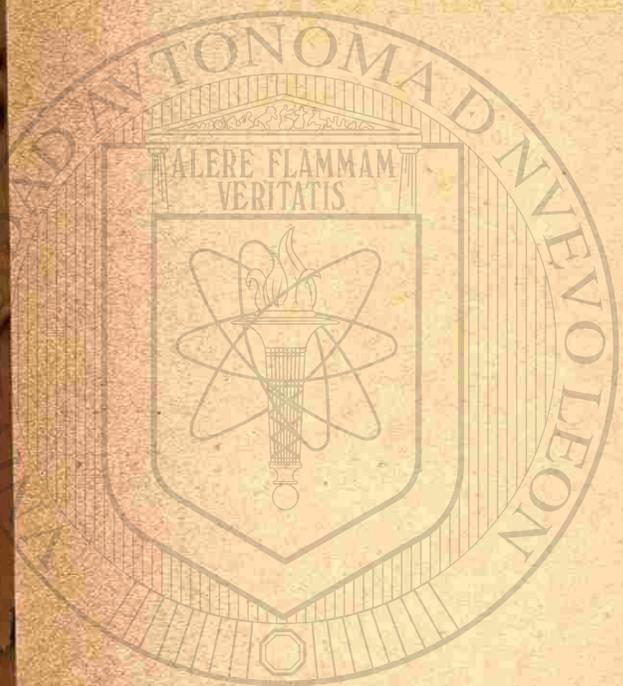
—Desde quince millones que daban los americanos han ido rebajando á siete al ver nuestra necesidad de dinero.

—Pues hay que recibir aunque sean cinco, el caso es que no se nos vaya el marchante.

LEYENDAS HISTORICAS



Su Alteza Serenísima.



—Entonces será ya tiempo de que empiecen á decir nuestros periódicos que estamos haciendo un magnífico negocio.

—Sí; que lo diga *El Universal*, que es el mas servil que tenemos.

Salió la noticia, se cedió al Gobierno americano la gran faja de terreno, por un plato de lentejas que se arrebataron despues los parásitos y los usureros; y Bonilla presentándose á Santa Anna, y haciendo uan profunda inclinacion de cabeza, le dijo:

—Ha quedado servida Su Alteza Serenísima.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXX.

¡ABAJO EL TIRANO!

¡Cómo ofusca el poder, y con qué facilidad quebrantan los hombres sus juramentos, una vez que están encumbrados! Santa Anna había jurado cumplir la ley de la revolución que le llamó á la Presidencia, en cuyo art. 5.º estaban claramente impresas estas palabras: "No pudiendo en ningún caso, NI POR NINGUN MOTIVO demorar la publicación de la convocatoria mas de un año," y antes de que se cumpliera el plazo fatal encontró el medio, según hemos visto, de burlar esa ley para perpetuarse en la Dictadura. ¡Pobre pueblo mexicano, pues, tan propenso á ser burlado, á ser escarnecido, y á ser tiranizado, después de engañársele con promesas mentirosas!

Pero Santa Anna llevó el perjurio al último grado de la desfachatez y del escándalo, con cada uno de sus actos tan depravados como tiránicos, calificados así por la historia, faltando á todos y á cada uno de los compromisos que había contraído con la Nación, lo mismo

que á todos sus ofrecimientos hechos con la mayor espontaneidad: en cambio, se convirtió en un tirano alevoso y cobarde, llevando sus infamias hasta firmar documentos oficiales tan vergonzosos, como aquel en que decía á un comandante de Veracruz: "Un funcionario público *debe cerrar los oídos y obrar sin consideración alguna,*" para que aprisionara y matara. Santa Anna, en fin, oprimió de tal modo al país, hasta tal punto llenó la copa del sufrimiento del pobre pueblo mexicano, que aquella tuvo que desbordarse, produciéndose con las materias explosivas que contenía la natural conflagración.

—¡Con un demonio! dijo un día muy enojado S. A. dirigiéndose á su Ministro de la Guerra, ¿qué pasa en el Sur que no me han traído á Villarreal vivo ó muerto como lo ordené?

—Serenísimo señor, contestó el Ministro, como Villarreal expuso el mes pasado, que no podía venir por estar enfermo, le previne que se pusiera en marcha aunque fuera en camilla.

—Y el teniente coronel Don Francisco Armengol, ¿qué cuentas ha dado de su comisión?

—Espero de un momento á otro me diga que ya trae al prisionero.

—Pues no traerá nada, ni Villarreal tiene enfermedad alguna. Lea S. E. esa carta.

S. A. alargó una carta del Comandante de Cuernavaca en que decía que sus exploradores le comunicaban que Don Florentino Villalba estaba en Cahuamilpa con una fuerza en actitud amenazadora, que

Villarreal había estado varios días en la Providencia conferenciando con Alvarez y que había muchos movimientos de gente que no auguraban nada bueno para la tranquilidad.

Don Santiago Blanco, que era entonces el Ministro de la Guerra se puso de todos colores, é inclinándose profundamente, dijo con tono humilde:

—Disponga S. A. lo que se ha de hacer.

—¡Canastos! exclamó Santa Anna, dando un pufetazo en la mesa que hizo saltar el tintero; lo que se ha de hacer es, mandar cuanto antes tropas que nos traigan vivos ó muertos á los revoltosos del Sur, según la lista que obra en el departamento de guerra.

Don Santiago se apresuró á salir del despacho del Dictador para ir á dar órdenes á efecto de que se movieran tropas de todas partes para el Sur, dando al general Perez Palacios amplias instrucciones para que se encargara de aquella campaña en perspectiva.

Santa Anna quedó satisfecho con las órdenes, bien bárbaras por cierto, que dictó el Ministro de la Guerra y que despues habian de venir á ser un padron de ignominia por lo injustificadas y atroces.

Los del Sur en efecto, hacian lentos preparativos para promover una revolucion; pero luego que observaron que sus aspiraciones habian sido descubiertas, tuvieron que anticiparse, por mas que se sintieran débiles para luchar con el gran poder de la Dictadura, y entonces el general Don Juan Alvarez expidió una proclama á sus parciales, anunciándoles que la inva-

sion de tropas santanistas tenía por objeto uncirlos al carro de la tiranía.

Dada la voz de alarma, todos cuantos por aquel rumbo, y eran muchos, estaban ofendidos de la dictadura, se pusieron en movimiento, y el 1^o de Marzo de 1854 el coronel Florencio Villarreal, aquel mismo á quien se le habia prevenido se presentara en México aunque hiciera el camino en una camilla, proclamó el plan de Ayutla que poco despues, el 11 del mismo mes, fué reformado en Acapulco, tomando parte en la revolucion el coronel Don Ignacio Comonfort, el general Don Tomas Moreno y el viejo patriota Don Juan Alvarez, que era respetado en el Sur como patriarca de la independencia. Don Nicolas Bravo no quiso por entonces mezclarse en el asunto y esto le costó la vida unos meses mas tarde cuando pasó el tirano por Chilpancingo.

El grito lanzado en el Sur repercutió hasta los últimos confines del país, y los que no podían repetirlo á grandes voces, lo hacian en el fondo de su alma, siendo estas tres las palabras májicas que alentaban el entusiasmo en todos los corazones:

¡Abajo el tirano!

En la Costa Chica, en la Costa grande y en el Sur de Michoacan, se gritó sin embozo: ¡Abajo el tirano! Pero en las demas comarcas en que los esbirros no dejaban volar ni una mosca y en donde el miedo á los procónsules de S. A. era el que dominaba, no se decia recio porque era exponerse á perder la vida, pero sí se decia quedo, muy quedo: ¡Abajo el tirano!

Bastante oprimidos se sentían todos los mexicanos para que no desearan que fuera derribado para siempre el pérfido Dictador.

Santa Anna reunió á sus ministros y observándolos cari-acontecidos les echó el siguiente sermón:

—No tengan Vdes. miedo, ¡canastos! ese plan de la revolución del Sur no es del todo malo, confieso que debe alucinar á muchas gentes lo mismo que las proclamas del viejo Alvarez; pero nosotros contamos con un ejército de cerca de cincuenta mil hombres que no defeccionará porque no se trata ahora de un pronunciamiento militar; ese ejército está mandado por buenos y adictos generales; tenemos recursos bastantes y vamos á tenerlos de sobra luego que se nos empiece á pagar el precio de la Mesilla; las revoluciones están desconceptuadas porque nunca se cumple lo que se ofrece en ellas; las leyes de conspiradores y de sospechosos harán que no haya quien quiera secundar en el interior el plan de Acapulco; los hombres de acción entre los liberales están muertos, presos ó desterrados, los demas están escondidos dentro de sus casas temblando; nosotros estamos aceptados por las principales clases, tenemos de nuestra parte al clero y á los ricos, ¿que podemos temer entonces? Diez ó doce mil hombres están ya sobre los rebeldes, y si es necesario, yo mismo iré á traérselos á sus señorías para que los degüellen. ¡Eal vamos á divertirnos, vamos á demostrar serenidad porque es bueno que no seamos nosotros los que manifestemos desconfianza ni en las suernas del gobierno, ni en la justicia de su cau-

sa, que defiende el orden en contra del bandidaje. Vayan ustedes á inventar algunas fiestas.

Por mas que los ministros no las tuvieran todas consigo, aparentaron no solo tranquilizarse sino entusiasmarse con aquel discurso de su amo, y corrieron á sus despachos á inventar programas de balles y diversiones públicas.

Pero las noticias que llegaban todos los dias eran alarmantes: en los primeros encuentros las tropas del gobiernoo habian sufrido descalabros y la revolución lejos de ser sofocada se propagaba como un verdadero incendio. El orgulloso Dictador dijo entonces:

—Será, pues, preciso que yo mismo vaya á dar una dura lección á esos insolentes.

Y Santa Anna salió de México el 16 de Marzo con tropas de refresco. No se le vió desplegar tanta actividad cuando era necesario ir á oponerse á la invasión del ejército norte-americano, ni nunca se había movido con mayor rapidez en ninguna otra campaña.

Dejaremos al Dictador en su festejosa marcha para el Sur, en que cada dia era una fiesta, hasta llegar á Chilpancingo en cuya población se inventó la conseja de que una águila real se había posado sobre las espaldas del tirano como un buen augurio para su futura grandeza, y entremos al Palacio Nacional en la primera quincena de Mayo cuando S. A. tenía mas de un mes de haber abierto la campaña. Los ministros estaban reunidos en el departamento de Relaciones y habian ido allí con el objeto que ellos mismos nos dirán en su conversacion:

—De manera, dijo Lares dirigiéndose á D. Santiago, que S. E. no ha recibido ningun correo, ni ha podido hacer llegar á S. A. S. ningun comisionado.

—No parece sino que el ejército entero ha sido tragado por algun profundo abismo de aquellas montañas, contestó Blanco haciendo un gesto expresivo.

—Y no deja de parecer increíble que desde donde quiera que se encuentre S. A. S. no pueda hacer que una compañía, una brigada ó una division, si es preciso, se abra paso para hacernos llegar noticias.

—La acefalia en que estamos, no puede prolongarse, contestó Lares.

—No puede prolongarse, repitió Bonilla, lo comprendo; pero el pliego de mortaja fué confiado á mi lealtad por S. A. S. y no debo permitir que se abra sin incurrir en grave responsabilidad.

—Diremos á S. A. S., si acaso llega á presentárnos algún día, que las circunstancias eran muy apremiantes, dijo por su parte Aguilar.

—Y cuando yo estoy seguro de una cosa....

—¿De qué cosa, Sr. D. Santiago?

—De que el general Santa Anna es muy capaz de arreglarse con los del Sur y dejarnos á nosotros colgados.

Todos los ministros se demudaron cuando oyeron esta especie de amenaza.

—Está bien, dijo al fin Bonilla: yo consentiré en que se abra el pliego de mortaja, con tal de que en la operacion se deje intacta la cubierta.

LEYENDAS HISTORICAS.



... y cometieron la profanacion de abrir el pliego de mortaja con todas las precauciones imaginables.

Por una parte el temor y por otra la curiosidad, les agujoneaba á todos y cometieron la profanacion de abrir el pliego con todas las precauciones imaginables, consiguiendo el objeto de que los sellos de lacre no se lastimaran. . . . Allí estaban los nombres de ellos mismos encargados de mantenerse en el poder por turnos, dejando á su juicio convocar á elecciones cuando lo tuvieran por conveniente.

Después de pasado el asombro, volvieron á dejar todo en su lugar y se separaron protestando sacrificarse por S. A. S. si acaso volvía con bien de su peligrosa expedición.

Entre tanto, Santa Anna había sido detenido con su ejército en los muros de Acapulco, que le presentó una resistencia poderosa con unos 600 hombres apenas vestidos y municionados, mientras que él llevaba mas de 5000 hombres de sus mejores tropas.

No le dieron resultado ni sus intentos de corrupción y tuvo que volverse corrido y avergonzado, desquitándose con dos pobres oficiales hechos prisioneros en una acción anterior, á los cuales mandó colgar en su presencia.

De regreso por Chilpancingo su paso se hizo notar con el fallecimiento del patriota D. Nicolás Bravo, que según testimonio de un historiador tan serio y tan imparcial como D. Anselmo de la Portilla, no murió de muerte natural; pero antes, como si se tratara de una horda de bandoleros y no de un ejército mandado por un A. S., destruyó los pueblos de la

Venta, Dos Arroyos y otros, reduciendo á cenizas una multitud de haciendas y rancherías.

“Hay que advertir, dice Porilla refiriéndose lo acaecido con Bravo, en Chilpancingo, que la esposa del general Bravo, por una singular coincidencia, falleció el mismo día y casi á la misma hora que su marido.”

Caros le costaron sus actos de bandillaje al general Santa Anna, es decir, no á él sino á la Nación, porque tanto en el combate del Peregrino como en el de el Paso del Mexcala, le hicieron destrozos los pronunciados, matándole cientos de hombres y quitándole cientos de acémilas y un botín cuantiosísimo.

Santa Anna entró á México de vuelta de su desastrosa expedición el 16 de Mayo, con su ejército tan educido y tan maltratado, que daban lástima los hombres sufridos que lo componían; pero eso no fué óbice para que aquel cómico personaje dejara de sacar partido de su misma derrota, haciendo que se le levantaran arcos de triunfo y que se le organizaran los mismos festejos que á un vencedor.

Otro general menos desvergonzado, hubiera preferido quedarse estrellado ante los muros de Acapulco mejor que exhibir su nulidad y su impotencia en presencia de todas las gentes que no podían verle ya después de tantas baladronadas sino como un gran farsante.

—Conque SS. EE. han estado murmurando de mí durante mi ausencia al grado de mostrarse desconfiados de mi lealtad, dijo Santa Anna á sus ministros reunidos, luego que se hubo sacudido el polvo del camino.

—Serenísimo Señor, murmuraron los cuatro inclinándose.

—Silencio! Lo sé todo, no hay disculpa que valga.

—Serenísimo señor, estábamos inquietos, muy inquietos por S. A.

—Lo mejor que tendría yo que hacer, sería despedirlos á todos; pero prefero darles una lección de consecuencia guardándolos.

—Serenísimo señor, dijo entonces el de Hacienda, guiñando un ojo, tenemos ya en caja, puede decirse, los millones de la Mesilla, á lo menos un millón que se ha negociado á cuenta, para entregarlo á S. A. á su llegada.

Santa Anna abrazó entonces á sus ministros enterrecido, y derramó al abrazarlos lágrimas arrancadas por su gran emoción.

Y como á pesar de todo, siguieron recibiendo noticias de que poblaciones enteras se levantaban contra el tirano, ensanchándose la revolución de un modo alarmante, el ministro de la Guerra expidió una circular por orden de Santa Anna, en que se leían estos vocablos dignos de Calígula: “Todo pueblo que se manifieste rebelde contra el supremo gobierno, debe ser incendiado, y todo cabecilla ó individuo que se coja con las armas en la mano, debe ser fusilado.” Amén de otras muchas órdenes dictadas contra determinadas personas y otras más de un carácter general, tronantes y bárbaras. A las medidas dictadas *ad terrorem*, siguieron las ejecuciones y la sangre comenzó á correr á torrentes, iniciándose una serie de

fusilamientos en Michoacan, lo mismo que en recios combates por todos lados, bajo la terrible prohibición de que se hicieran prisioneros.

Así murieron Villalva, Gordiano Guzman, José María Ramos y otros cien y cien valientes.

La tiranía se irguió llena de orgullo, y no tuvo ya compasión para nadie, destrozando cuanto tuvo al alcance de su brazo.

Pero lejos de intimidarse los patriotas, siguieron armándose, y luchando por la libertad, hasta que desde las fronteras de Tamaulipas á las playas de Acapulco, y desde el Golfo hasta el Pacífico, se oía el grito casi unánime de ¡abajo el tirano!

Santa Anna y sus ministros tuvieron un momento de angustia, el terror se apoderó de ellos á su turno y recurrieron á una superchería: apelaron al voto del pueblo. "Habrá un día libre, dijeron, para que se pueda decir la verdad: el 1.º de Diciembre la prensa no tendrá trabas por ese solo día, y todos los ciudadanos podrán decir sin temor ninguno si es su voluntad que siga en el mando el general Santa Anna revestido de amplias facultades." El pueblo, no obstante saber á lo que se exponía, ocurrió á las urnas y en centenares de boletas se leyeron las mismas palabras que servían de bandera á la revolución: "¡Abajo el tirano!"

El tirano se apresuró á tomar la revancha de aquellos audaces.

CAPITULO XXXI.

AURORAS COLOR DE ROSA.

Frente á un solar por el rumbo de San Cosme se veía una casita blanca, rodeada de un pequeño jardín y defendido el frente por una verja de hierro. La casita era baja y en las ventanas se veían unas persianas verdes que se destacaban graciosamente en el fondo blanco. Acababa de cerrarse una de ellas por donde había asomado una preciosa cabeza, la que estaba unida á un busto arrogante y esbelto. La hermosa joven á quien pertenecían aquella cabecita inteligente y aquel cuerpo gentil, dijo con voz clara y sonora, dirigiéndose á otra persona que había en el interior de la alcoba.

—No es Alfonso, mamá. Fué otra persona la que llamó en la casa de al lado.

—Alfonso no debe tardar, hija mia, contestó la no-

fusilamientos en Michoacan, lo mismo que en recios combates por todos lados, bajo la terrible prohibición de que se hicieran prisioneros.

Así murieron Villalva, Gordiano Guzman, José María Ramos y otros cien y cien valientes.

La tiranía se irguió llena de orgullo, y no tuvo ya compasión para nadie, destrozando cuanto tuvo al alcance de su brazo.

Pero lejos de intimidarse los patriotas, siguieron armándose, y luchando por la libertad, hasta que desde las fronteras de Tamaulipas á las playas de Acapulco, y desde el Golfo hasta el Pacífico, se oía el grito casi unánime de ¡abajo el tirano!

Santa Anna y sus ministros tuvieron un momento de angustia, el terror se apoderó de ellos á su turno y recurrieron á una superchería: apelaron al voto del pueblo. "Habrá un día libre, dijeron, para que se pueda decir la verdad: el 1.º de Diciembre la prensa no tendrá trabas por ese solo día, y todos los ciudadanos podrán decir sin temor ninguno si es su voluntad que siga en el mando el general Santa Anna revestido de amplias facultades." El pueblo, no obstante saber á lo que se exponía, ocurrió á las urnas y en centenares de boletas se leyeron las mismas palabras que servían de bandera á la revolución: "¡Abajo el tirano!"

El tirano se apresuró á tomar la revancha de aquellos audaces.

CAPITULO XXXI.

AURORAS COLOR DE ROSA.

Frente á un solar por el rumbo de San Cosme se veía una casita blanca, rodeada de un pequeño jardín y defendido el frente por una verja de hierro. La casita era baja y en las ventanas se veían unas persianas verdes que se destacaban graciosamente en el fondo blanco. Acababa de cerrarse una de ellas por donde había asomado una preciosa cabeza, la que estaba unida á un busto arrogante y esbelto. La hermosa joven á quien pertenecían aquella cabecita inteligente y aquel cuerpo gentil, dijo con voz clara y sonora, dirigiéndose á otra persona que había en el interior de la alcoba.

—No es Alfonso, mamá. Fué otra persona la que llamó en la casa de al lado.

—Alfonso no debe tardar, hija mia, contestó la no-

ble señora, dejando á un lado los dices de costura que tenia sobre las piernas y poniéndose á ver de hito en hito á la preciosa niña, que con su vestido ligero de muselina, se veía muy interesante.

—Me inquieta que tarde tanto, cuando siempre es exactísimo. Ya dieron las doce rato ha, y sabe que lo esperamos á comer.

—Ahí está ya: ha sonado la campanilla.

—¡Es el jes él! exclamó la jóven palmoteando.

—Sosiégate, Anita, ¿qué va á decir Alfonso si te ve hacer esas locuras?

—Demasiado sabe que lo quiero mucho.

Un apuesto jóven apareció en la puerta, despues de haber dado en ella dos discretos golpecitos; y Anita, al verlo, se precipitó, que no se dirigió en aquella dirección, y tomándole las manos cariñosamente, lo encaminó á donde estaba la maná diciéndole en el tránsito:

—Con ánsia lo esperábamos, Alfonso, ¿que le había pasado?

—De yracá han pasado muchas cosas, dijo Alfonso despues de estrechar la mano de la señora Esperanza, maná de la niña, y en poco estuvo que no me fuera posible venir.

—¡Jesus de mi alma! exclamó Anita.

—Siéntese, Alfonso, y cuéntenos lo que sepa, pero ante todo, díganos si se han tenido noticias de Ricardo.

—El coronel está al lado de Comonfort en Jalisco,

contestó Alfonso, sentándose entre las dos damas, es todo lo que he podido averiguar.

—Bien: ahora ya puede continuar.

—Anoche se ha descubierto una conspiración y.... ¿para qué tengo que negarlo, ni menos ocultarlo á ustedes? Yo estaba metido en ella en cuerpo y alma.

—¡Dios santo! exclamó Anita.

—Déjalo continuar.

—Bastante he manifestado en público, ora en la tribuna, ora en la prensa, cuales son mis opiniones políticas, para que no tuviera los mas vivos deseos de entrar en acción contra el tirano; así es que me convertí en el agente mas activo de los jefes de la conspiración; pero el jefe de policía Lagarde, que es muy listo, logró coger algunos de los hilos y debió habernos sorprendido anoche mismo. Una feliz casualidad hizo que se difiriera la hora de la reunión, y solo fueron sorprendidos cinco de los nuestros que han callado obstinadamente los nombres de los demás.

—Y esos cinco desgraciados....?

—Debian de haber sido fusilados ahora mismo segun la orden del Dictador, aunque ya es posible que se salven porque se suspendió la ejecución á virtud de haberse recibido noticias detalladas de la toma de Zapotlan, por Comonfort, quien expuso allí su propia vida para salvar la de los prisioneros....

—¡Cómo!

—Los vencedores invocaron la ley de las represalias, y formaron á mas de cincuenta jefes y oficiales prisioneros para fusilarlos; pero Comonfort puso su

cuerpo entre ellos y los pelotones que debían hacer fuego, diciendo que solo lograrían matarlos sobre su cadáver.

—¡Ese hombre es un héroe!

—Es un héroe, sí, y me complace mucho que el coronel se encuentre á su lado.

Doña Esperanza exhaló un profundo suspiro. Alfonso continuó:

—Tratábase entre las personas comprometidas, de reparar hoy el fracaso sufrido anoche; pero han continuado las prisiones y cada uno de los que quedamos libres hemos sido perseguidos por la policía. Yo estaba encargado de observar, hasta cerciorarme bien, si era cierto que la familia de Santa Anna hacía aprestos de viaje, y he tenido que apostarme en la calle de Vergara, hasta que con mis propios ojos he visto á las personas que la componen, salir en un coche cerrado y á poco despues los mozos y la demás gente que han de escoltarlas. Cuando fui á dar cuenta de mi comisión, lleno de alegría, porque esa salida de la familia de Santa Anna demuestra claramente que el tirano también se dispone á huir, estuve á punto de caer en las manos de los agentes de Lagarde, de los cuales me he escapado á fuerza de astucia.

—Ya nos contará usted de sobre mesa lo que pasó. Ahora vámonos á comer.

Y seguidas las damas por Alfonso, se dirigieron los tres al coqueto comedorcito que estaba situado en el otro extremo del corredor.

Por las miradas que se cambiaban Alfonso y Anita

por las palabras tan cariñosas que esta le iba dirigiendo hablando hasta con exageración de lo que el joven acababa de referir, era fácil comprender que ambos se amaban con un amor dulce, á la vez que apasionado.

Despues que concluyeron de comer, continuaron conversando familiarmente los tres, y cuando Alfonso se preparaba para marcharse, exclamó la joven con verdadero interés:

—Mamá, pero es imposible que dejemos ir á Alfonso cuando sabemos que la policía lo persigue y que puede ser aprehendido tal vez al salir de la casa.

—Tengo idea de que me han perdido la pista, contestó Alfonso, de otra manera me hubieran cogido antes de llegar aquí. Además, como me precipité en un coche, al salir del café en que estaba oculto, estoy casi seguro de que nadie me vió, y que puedo ahora regresar sin peligro.

Con grandes trabajos logró Anita que el joven se quedara con ellas hasta el oscurecer, recomendándole que durmiera en la casa de alguno de sus amigos. Así lo prometió Alfonso, y se marchó.

—¡Qué bueno es Alfonso! ¿verdad? dijo Anita.

—Sí, es muy bueno, contestó la señora Esperanza, pero no me agrada que se mezcle, siendo tan joven, en la política. La política acarrea á las familias muchos sinsabores.

—Pero Alfonso pertenece al mismo partido de mi padre.

—No le hace: demasiado te constan las angustias que nosotras hemos pasado.

—Ahora todos los jóvenes hacen gala de ser partidarios de Comonfort y enemigos del gobierno de Su Alteza Serenísima.

—Así es! como que la Dictadura ha hecho entre la juventud sus mejores víctimas. Pregunta como están Ulúa y Perote, y aquí y en todos los Departamentos, cómo están las cárceles.

—El caso es que Alfonso brilla mucho por su talento y todos dicen que está llamado á cosas grandes.

—Si es que no lo devoran antes las pequeñas.

—Con algun riesgo se alquila la casa, contestó Anita riendo.

Era así en efecto: Alfonso de la Cueva pertenecía á una familia de modestas proporciones, que disfrutaba de grande estimacion en la sociedad; había él hecho una distinguida carrera, obteniendo su título de letrado, en la Universidad, y era á la vez uno de los miembros que formaban la nueva pléyade de la juventud ilustrada, como Zarco, Baz y otros, animados en sus aspiraciones por las ideas de libertad y progreso. Tenia gran fé en el porvenir, y trabajaba con entusiasmo en la propagación de la verdadera democracia.

Como un rayo cundió la noticia en las calles de México sobre la salida oculta de la familia de Santa Anna, precursora, según se dijo en los círculos chicos y grandes, de la huida del tirano. ¿Acaso no se sabia muy bien además, porque se habia visto, que varios

cuerpos de tropa habian estado saliendo para el camino de Veracruz, los cuales no podian tener más objeto que escoltar al jefe de aquella familia? La convicción de que el Alteza iba á marcharse, fué general. Los periódicos, amigos del Gobierno, [en esos momentos todos lo eran, porque los enemigos no se permitian] dijeron en coro que los rumores esparcidos sobre un viaje próximo de S. A. S. era infundados, porque la dicha Alteza tenia la resolución de hacer respetar su autoridad y de no salir del Palacio una vez que tenia elementos sobrados para acabar desde allí con los chusmas de los facciosos.

Y como no bastaron las seguridades que daban los periódicos para acallar las murmuraciones, el mismo Gobierno en documentos públicos aseguró que el Presidente no saldría de la capital porque no era un cobarde ni un imbécil para huir, ni podía degradar de esa manera su alta dignidad.

Los rumores tomaron de aquí pie para ser más tenaces y repetidos.

El Gobierno entonces mandó publicar bandos furibundos declarando perturbadores á los que propagaran tales especies y estableciendo penas terribles contra los desafectos, contra los sospechosos, contra los que hablaran y hasta contra los que pensaran algo desfavorable á S. A. S.

La ciudad se convirtió en una especie de panteón en que solo circulaban los sepultureros, esto es, Lagarde con su nube de agentes; pero aunque el silencio reinara, los vientecillos que soplaban parecían

decir á todos los oídos de los vecinos de la capital. ¡que se va! ¡que huye el tirano! ¡que se acaba el bribón! ¡que un día de estos anochece y no amanece en la ciudad S. A. S!

—¡Por fin! exclamó Alfonso, llegando á la casita blanca con persianas verdes en las ventanas, ¡por fin! repitió limpiándose el sudor que corría por su frente, y pudiendo apenas hablar por la emoción y la fatiga, hoy, (era el 9 de Agosto) á las tres de la mañana ha salido rumbo á Veracruz el general Santa Anna. Yo era el encargado de acechar sus pasos á pesar de todos los peligros y le he visto salir con rumbo á Veracruz, acompañado de su Estado Mayor y de una escolta de lanceros.....! ¡Ya vamos á ser libres!

Una vez disparada esta exclamación se dejó caer como desfallecido en un sillón, y allí no pudo menos que rodearle el cuello con sus brazos Anita, diciéndole:

—¡Alfonso! ¡Alfonso!

—No es nada... es el cansancio... es el no dormir de tres noches y la fatiga de tantos viajes á pie á todas horas.

La señora Esperanza retiró á Anita, lanzándole una mirada reprobativa.

—Ve á traer para Alfonso un vaso de vino azucarado.

Anita corrió á traer lo que se le ordenaba.

—Yo la amo, yo la adoro, exclamó Alfonso, aprovechándose de aquella momentánea ausencia, y alentado por su excitación nerviosa, ella me profesa tam-

bien gran cariño, según se puede ver. Usted, Esperanza, es demasiado benévola con nosotros; pero, ¿cree usted que aprobará nuestra unión el coronel? Esa nube es la única que empaña mis auroras de rosas en el porvenir que sueño... ¿nos dará su consentimiento el coronel Don Ricardo?

—El general. He recibido hoy una carta suya en que me dice que acaba de ascenderlo Comonfort, por su comportamiento en Zapotlán.

Entró Anita, oyó estas palabras y preguntó:

—¿No lo sabía Vd. Alfonso?

—Lo presentía nada más. ¡Cuanto lo celebros!

Con pretexto de que tomara Alfonso el reposo suficiente, Anita lo retuvo en su casa toda la mañana: comió allí y se retiró hasta en la tarde, ansioso de saber el sesgo que se daba á las cosas públicas después de la huida de Santa Anna.

El pliego de mortaja se había abierto y se habían publicado los nombres de Salas, Carrera y de las que según la voluntad del Dictador debían sucederle en el poder; pero los ministros no eran tan lerdos para continuar en el Palacio, y temiendo que se descargara sobre ellos la ira popular, tomaron el partido prudente de ocultarse.

El estupor del pueblo duró sin embargo tres días: ¿era cierto que el Neron había huido? ¿era verdad que los ministros se habían ocultado? ¿sería posible que no hubiera en Palacio ninguna autoridad reconocida? ¿No sería todo aquello una celada para que pudieran caer los esbirros sobre los que manifestaran alegría

por el cambio de situación? El miedo fué disipándose poco á poco, siendo necesario que los jóvenes liberales de la capital despertaran á sus aletargados habitantes diciéndoles á gritos: ¡Arriba ciudadanos! ¡acabó ya la tiranía! los miserables que nos oprimían se han marchado ó están escondidos.....¡ya México es libre! Arriba, ciudadanos. ¡vivan los montañeses del Sur!

Despertó el pueblo y su despertar fué terrible. Alfonso llegó azorado á la casita blanca é hizo un largo relato á las señoras de lo que estaba pasando en las calles de México: todo lo que había en las casas de Santa Anna y de sus ministros había sido lanzado á la calle y cuando estaban amontonados allí carruajes, espejos, camas, roperos, alfombras y cuanto podía ser arrastrado al monton, se incendiaba, formándose inmensas hogueras. Varias imprentas habían sido también destruidas.

—Jesús! exclamó Esperanza.

—La voz general ha sido que se queme todo, que se destruya todo; pero que no se tome ni un alfiler.

—De modo que habrán arruinado á Santa Anna? preguntó Anita.

—Eso es nada. Tiene sus grandes haciendas y sólo de los millones de la venta de la Mesilla tomó para sí 600,000, según declaración de Arrangois, los cuales están bien asegurados en bancos extranjeros.

Refiriéndose á la política dijo Alfonso:

—Nosotros hemos levantado una acta proclamando el plan de Ayutla reformado en Acapulco y nos

ha secundado el pueblo; pero la guarnición á su vez adopta el mismo plan y se va á nombrar Presidente provisional al General Carrera por una falsa junta de representantes. Es una intriga del enemigo con que ganará tiempo, pero no le dará más resultados.

En efecto, á los pocos días el plan de Ayutla fué proclamado sin taxativas, cediéndose en este punto á la fuerza de la opinión.

Alfonso de la Cueva desempeñaba ya un papel importante en el nuevo gobierno provisional, que le causaba grandes fatigas, pero por las noches descansaba ampliamente en la casita blanca cuyas ventanas se cerraban con persianas verdes y allí contaba sus impresiones del día, así como daba cuenta de las marchas del Ejército de Comonfort que ocupaba ya todas las plazas del interior. Aquel jefe se había ido con una escolta á Cuernavaca para conferenciar con el general Alvarez y de un momento á otro llegarían los dos personajes.

El 7 de Octubre se anunció que al día siguiente entraría Comonfort á la capital y daría noticias seguras del general Guzman.... Mentando al rey de Roma....

El general, sin anunciarse, se presentó en la sala.

—¡Ricardo!

—Padre mio! Fueron las dos exclamaciones que se oyeron y en seguida una verdadera tempestad de besos acompañados de sus correspondientes abrazos.

—¿Acaso es este joven el abogado de la Cueva, de que tanto he oído hablar?

—Es Alfonso, es nuestro amigo, nuestro buen amigo....

—Le conozco mucho ya de nombre y las cartas de Vdes. me han dicho lo demas.

—Señor general tartamudeó Alfonso....

—¡Vamos! yo no soy inhumano como el hombre que debió llamarse mi suegro: Señor D. Alfonso: abraza Vd. á su novia.

Un torrente de lágrimas fué el que se desprendió de los ojos de los dos amantes: estos despues de obedecer el superior mandato abrazaron tambien al simpático general.

EPILOGO.

Corria el año de 1876. Habian pasado 19 años desde la caída de Santa Anna y el triunfo de la revolución de Ayutla.

Gobernaba á la sazón D. Sebastián Lerdo y el país estaba conmovido por la revolución que provocara un nuevo plan político proclamado en Tuxtepec, pueblo de escasa importancia en el Estado de Oaxaca.

Habia un grupo formado de tres jóvenes en el portal llamado de Agustinos: uno de ellos habia llegado de la frontera, lo habian abrazado sus compañeros y se disponian á partir en busca de una cantina para celebrar el fausto acontecimiento del arribo de un condiscípulo probablemente, cuando á este le llamó la atención un viejo encorvado por los años que pasaba cojeando por delante de ellos.

—Me parece que yo he visto en alguna parte la cara de ese viejo, dijo.

—Es Alfonso, es nuestro amigo, nuestro buen amigo....

—Le conozco mucho ya de nombre y las cartas de Vdes. me han dicho lo demas.

—Señor general tartamudeó Alfonso....

—¡Vamos! yo no soy inhumano como el hombre que debió llamarse mi suegro: Señor D. Alfonso: abraza Vd. á su novia.

Un torrente de lágrimas fué el que se desprendió de los ojos de los dos amantes: estos despues de obedecer el superior mandato abrazaron tambien al simpático general.

EPILOGO.

Corria el año de 1876. Habian pasado 19 años desde la caída de Santa Anna y el triunfo de la revolución de Ayutla.

Gobernaba á la sazón D. Sebastián Lerdo y el país estaba conmovido por la revolución que provocara un nuevo plan político proclamado en Tuxtepec, pueblo de escasa importancia en el Estado de Oaxaca.

Habia un grupo formado de tres jóvenes en el portal llamado de Agustinos: uno de ellos habia llegado de la frontera, lo habian abrazado sus compañeros y se disponian á partir en busca de una cantina para celebrar el fausto acontecimiento del arribo de un condiscípulo probablemente, cuando á este le llamó la atención un viejo encorvado por los años que pasaba cojeando por delante de ellos.

—Me parece que yo he visto en alguna parte la cara de ese viejo, dijo.

Los otros dos se fijaron en la persona designada y contestaron á una:

—Es el general Santa Anna.

—¡Ah! pues yo no lo conocí antes, pero seguramente se me quedó grabada su expresion por haber visto su retrato en alguna parte.

¿Conque ese es el mentado general Santa Anna?

—Ese mismo es. Ahora ya no hay quien le haga caso.

—Pero cómo es que está aquí? ¿qué está haciendo? ¿acaso el gobierno no le ha dado ningun castigo?

—No sufre mas que el desprecio público que parece es lo bastante; y sobre todo el desprecio del gobierno que le ha concedido venir á morir en su país como al ser mas insignificante.

—De manera que está aquí con permiso del gobierno?

—Si, hizo muchas instancias para venir durante la guerra de la intervencion francesa ofreciéndose con tanto ahinco á los liberales como á los imperialistas y ninguno lo quiso. Cuando todo volvió á quedar tranquilo hizo mérito de su vejez para que se le levantara la expatriacion y parece que el gobierno le contestó que no pesaba sobre él ninguna y que podia venir cuando quisiera con la seguridad de que nadie lo molestaria ni se meteria con él para nada.

—¡Vaya! pues me alegro de conocer aunque sea en su ocaso á un personage de tan triste celebridad.

En seguida los tres amigos se alejaron riendo y charlando. Se conocia que eran unos buenos burgueses que mas se ocupaban de pasarse la buena vida

que de las cosas públicas á las cuales en su conversacion daban poca importancia.

El ex-Alteza continuó cojeando ayudándose á andar torpemente con un nudoso baston, cuando al dar la vuelta á la esquina se encontró de manos á boca con un hombre tambien viejo, aunque menos anciano, todo vestido de negro y que por su aspecto parecia pertenecer al estado eclesiástico.

—No es Su Al. . . á quien tengo el gusto de vera

—¡Chist! . . . Ilmo. Señor. . . ¿será posible? . . .

—Hace muy poco que llegué de Roma. . . estuve ocho años ausente por. . . lo que Su Al. . . sabe.

—Cuidado conque se le salga la palabra á Su Ilma. Es mejor que entremos en alguna parte. . . no me gustan las conversaciones al aire libre.

—Sírvase Su. . . apoyarse en mi brazo. Aquí muy cerca está lo que buscamos.

En virtud de que Su Ilma. iba como de incógnito para su diócesis del interior, habia tomado un cuarto en el hotel próximo y á ese cuarto llevó con algunos trabajos al general Santa Anna que ya se sentía muy fatigado y casi iba arrastrándose.

Cerró la puerta por dentro el obispo encargando antes que se dijera que habia salido, si alguno lo buscaba.

Quando estuvieron sentados el uno en frente del otro, dijo Santa Anna como continuacion de una conversacion que habia comenzado en el camino cuando ambos iban cogidos del brazo:

—Me siento ya próximo al sepulcro, Ilmo. Señor, y

o que yo voy á decirle será como una especie de confesion general.

Se sonrió con desgano porque en puridad de verdad hablaba de su próximo fin como monomanía y no porque pensara realmente en la muerte.

—Aquí estamos solos y puedo decirle Alteza Serenísima sin empacho.

—Para qué? Eso ya pasó. Decía á Su ilustrísima que cuando yo salí del país, lo que menos pensaba era estar me veinte años por allá comiéndome mis pobres recursos. . . .

—Se refirió entonces que llevaba Su Alteza..... \$600,000!

—Llevaba mucho mas, ¿pero que valia eso para mis gastos?..Solamente pasó de un millon lo que perdí en los gallos. . . Mis bienes me los confiscaron y á duras penas pude recobrar algo con el tiempo. . . De modo que me tiene ahora Su Ilma. hecho un miserable, casi un pordiosero. . .

—Bah! bah!

—Luego que Comonfort dió el golpe de Estado, creí que me habia llegado el momento de tomar la revancha; pero rechazaron mis servicios Miramon y Zuloaga, resignándome á esperar que el mismo país me llamara como tantas veces, para que fuera su libertador al ver que los militares y políticos solo se ocupaban en hacerlo pedazos. El país no me llamó en esas horas de crisis y fué la primera decepción que sufrí en el extranjero. ¿En dónde estaban mis amigos? ¿Que pensaba pues el venerable clero que tam-

poco se apresuraba á echarse en mis brazos viéndose por todos despedazado? Mandé emisarios como de costumbre, gasté en fuertes propinas y en publicaciones: todo fué en vano: el desterrado parecía no pesar ya gran cosa en la balanza de los destinos públicos, y esperé. Me estuve esperando durante la prolongada guerra sostenida por los juaristas contra los conservadores. Estos no me llamaron ni cuando lo de Marin, suceso en que pude haberles sido tan útil: si yo estoy entonces al lado de ustedes, no se hubiera encerrado Juárez dentro de los muros de Veracruz, porque lo hubiera echado de allí como eché á los mismos franceses. . . .

El obispo quiso protestar contra esa mentira, pero Santa Anna no lo dejó hablar y continuó:

—El inesperado triunfo de González Ortega en Salamanca, que jamas lo hubiera obtenido sobre mi contando con las tropas que tenia Miramón, puso á Juárez en el poder que, armado con las leyes de Reforma, hizo pedazos á todos ustedes. Entonces dije yo:—Ahora me llamarán, ahora echarán de ver cuanta falta les hago. Yo estaba todavía vigoroso y contaba en mi favor con la experiencia y con el conocimiento profundo de los hombres y del país. ¡Nada! prefirieron continuar entregados en brazos de generales destornillados como Miramón, de pícaros como Almonte, y de bandidos como Márquez, ¡y así les fué!

—Pero.

—Permítame Su Ilma. continuar y despues me haré sus observaciones. Yo seguí en mi destierro dado

á todos los diablos, como era natural, y principalmente molesto por haber gastado mas de doscientos mil pesos en vanas tentativas. Entonces fué cuando se acordaron de mí para preguntarme si estaba conforme en que se pidiera á Napoleon un principe extranjero. En mi interior reprobé ese medio tan bajo y tan miserable de tomar desquite, pero por no ponerme en pugna con ustedes, dí mi aquiescencia, creyendo que el proyecto fracasaria. ¿Quién habia de ser tan imbécil que quisiera cargar con una nacion devorada por las discordias? ¿Quién que conociera un poco á ustedes habia de fiar en su palabra ni en sus promesas? ¿Quién que no estuviera cansado de la vida habia de venir á buscar una muerte segura? Ellos fracasarán, me dije, y vendrán á mí en busca de salvacion. Yo estaba cierto de que sin tropas extranjeras y con mi solo brazo y mi prestigio podria dominar á los liberales que en poco tiempo habian dado grandes muestras de incapacidad, y mas, cuando ya pesaban demasiado sobre el país con sus divisiones, sus disensiones y sus desaciertos. Vi con sorpresa que ustedes se salieron con la suya encontrándose un principe loco, arruinado ó ambicioso, ó las tres cosas á la vez, que aceptó la problemática corona que ustedes le ofrecieron. Mi asombro fué mayor cuando supe que no solo aceptaba Maximiliano la corona sino que se proponia apoyarlo con sus elementos Napoleon ayudado ó por lo menos contando con la aprobacion de otras potencias europeas. Volví la vista á los Estados Unidos

que era la Nacion que podia oponerse al atentado. . . ¿los Estados Unidos permitirían que se entronizara en México una monarquia? Pero los Estados Unidos estaban entregados á la guerra civil que presentaba proporciones gigantescas.

Esa guerra podia prolongarse indefinidamente porque los separatistas contaban con elementos incontrastables. Entonces me dije: El Imperio será un hecho, pero no se consolidará, y aunque hice varias proposiciones para que se me admitiera en el nuevo orden de cosas, se me desechó. Envié comisionados á Maximiliano y me contestó con evasivas; ustedes le habian aconsejado que no me aceptara. Casi me alegré de tantos desaires, porque me consideré libre de todo compromiso. Me apresuré á ofrecer mi espada á Juarez, que tambien la rehusó, como yo me lo imaginaba. Debí haberme venido desde luego, sin tomar consentimiento á nadie; pero preferí esperar seguro de que se me llamaria luego que se me considerara indispensable. Maximiliano, Miramon, Mejía y Mendez, murieron en Querétaro, como me lo esperaba, y ustedes se quedaron sin jefes, porque Márquez huyó cubierto de desprestigio. Ahora no les queda mas que yo en el mundo, volví á decirme, y no tendrán mas remedio que apelar á su libertador. Ustedes prefirieron verse despedazados y humillados á hacer ninguna nueva tentativa, y acabaron para siempre con todo y su ridículo ensayo de monarquia.

—Repare S. A. S.

—Otra palabra para concluir. Vino Juarez por segunda vez al poder reteniendo una autoridad ilegítima

arrebatada á Gonzalez Ortega: el partido liberal volvió como siempre á fraccionarse, el ejército fué convertido en girones, estaba deseoso de vengarse y todos olvidaron á su pobre cojo en ese momento oportuno en que no habia que hacer otra cosa más que reunir los elementos dispersos. En fin, algún ángel del mal anduvo entre ustedes que les impidió ver claro y que les hizo desperdiciar tan bellas oportunidades, y ahora no les queda otro recurso que lamentar sus torpezas, porque los considero perdidos, completamente perdidos, y para siempre. Ahora no se levantarán más porque les falta un hombre como yo y porque con su imperio perdieron todo concepto público. De aquí en adelante serán pulpos y nada más que pulpos, pero nunca gobierno.

El obispo hizo una nueva mueca de disgusto, se disculpó de todos los cargos con algunas puerilidades y terminó diciendo:

—Si nosotros cometimos algunos errores, Juárez no los cometió menores aceptando el protectorado americano y por lo que hace á que ya no hemos de levantarnos más, eso lo veremos mas tarde, cuando se olvide la Intervención y hayamos á fuerza de paciencia y de astucia recobrado el terreno perdido. Tenemos un poderoso auxiliar en la mujer mexicana y esta no nos ha abandonado todavía. Por lo demás, los mismos liberales están destruyéndose, ahora mismo están revolucionando y quién sabe si antes de mucho podremos recoger el campo, que quedará sin contradicción por nosotros.

—El campo no lo recogerán ustedes, porque, dispensándome la frase, cuentan en su seno con mucha gente tan estúpida como cobarde. Oh! si yo fuera ahora joven! El campo tiene que quedar por el hombre que disponga de mi energía, de mi perspicacia y de mis dotes de gobierno; por el militar que sepa imponerse y meter á todos en miedo. Solo los ilusos, solo los necios, solo los muy tontos pueden creer en que aquí es posible la democracia. ¡La democracia con cinco millones de bestias, que no merecen otro verbo los indios, y con tres millones de serviles acostumbrados á adular y á obedecer! Esta nacion está hecha nada mas para que la dominen los tiranos, está educada en la obediencia, en la servidumbre; y así como las mujeres no saben ser mas que devotas, los hombres no saben ser mas que esclavos. ¿Acaso no se vió que mis generales y mis ministros me hablaban de rodillas cuando estuve encumbrado? ¿En qué país los políticos se humillan tanto como en el nuestro, ni en cuál se forman nubes más espesas de lacayos adula-dores en torno de los gobiernos? Si yo dejé de ser humano para convertirme en déspota, ellos fueron los que me hicieron arrojar de mi cabaza el gorro de la libertad, para tomar la investidura de dictador y darme el título de Alteza. Fui débil, lo confieso, tan ligero de juicio, que poco me faltó para aceptar la corona de rey que de todos lados me ofrecían: esos oropeles me fascinaron y perdieron: hoy sería igualmente tirano, pero con la palabra *libertad* en los labios; hoy sería un juguete en mis manos cualquiera Cons-

titucion que me dieran; hoy con las vestiduras de la democracia y con una careta de manso cordero, sabria imponer mi voluntad á los demas..... ¡Oh! que no tenga yo treinta años menos..... este seria el momento oportuno para poner á mis piés esta patria nacida para ser esclava. Todavía seria tiempo si ustedes quisieran: yo compartiria con ustedes las dulzuras del mando, la satisfaccion de ver inclinados delante de nosotros, á tantos mandrias, á tantos pordioseros, á tantos infelices.

Santa Anna se habia enronquecido, se habia fatigado extraordinariamente, gruesas gotas de sudor resbalaban por sus mejillas y al querer levantarse volvió á caer sobre el sillón desfallecido.

Fué necesario llamar á un médico, que le hizo aspirar algunos confortantes y tomar una pócima, debido á cuyos medicamentos, pudo ser llevado en un coche á su casa mas tarde.

Ocho días despues, el 22 de Junio de 1876, se encontraba en un balcon en la calle del Factor un caballero y una dama. Era él apuesto, de negra barba y fisonomía inteligente; demostraba tener algo mas de cuarenta años. Ella de algunos años menos, conservaba todo el esplendor de su belleza y en su semblante se veian retratadas la bondad, la dulzura y la inteligencia.

—Sabes á quién pertenece ese pequeño cortejo fúnebre, Anita? preguntó el caballero, que era quien la habia atraído al balcon.

—No, Alfonso.

—Quién lo diría! Pertenece al hombre que ha tenido mas poder en México y que ha hecho mas males á la patria. El cadáver que va en esa caja es el de S. A. S. Don Antonio López de Santa Anna.

—Ah! yo ni me acordaba ya de ese hombre, ni sabia que viviera.

—Murió ayer, todavía en la opulencia, á pesar de sus despilfarros; pero murió despues de veinte años de tormentos, agobiado por la indiferencia de los mexicanos. Para él no tener poder era lo mismo que vivir en un infierno.

—Recuerdo que mi padre no le tenia ningun cariño.

—Precisamente tu pobre padre murió por su causa. La trabajosa campaña que hizo en su contra, le trajo enfermedades que lo llevaron al sepulcro. apenas unos días despues de encontrarse en el seno de su familia.

—Y mi adorada madre no pudo sobrevivir á tan enorme desgracia: murió en la semana siguiente. Si no hubiera sido por tí, Alfonso, qué hubiera hecho yo sola en el mundo?

—En cambio tienes ahora en torno tuyo muchos seres que te aman. Tu Ricardo, tu Julia, tu Eloisa y tu marido que en cada día que pasa siente doblarse ¡qué digo doblarse! centuplicarse su amor.

El cortejo fúnebre pasó silencioso sin que apenas llamara la atencion de algunos curiosos. Los acom-

pañantes no llegaban á una docena. ¡Qué contraste con las entradas triunfales á México del dictador!

Anita derramó una lágrima por el recuerdo de sus padres y se retiró del balcon.

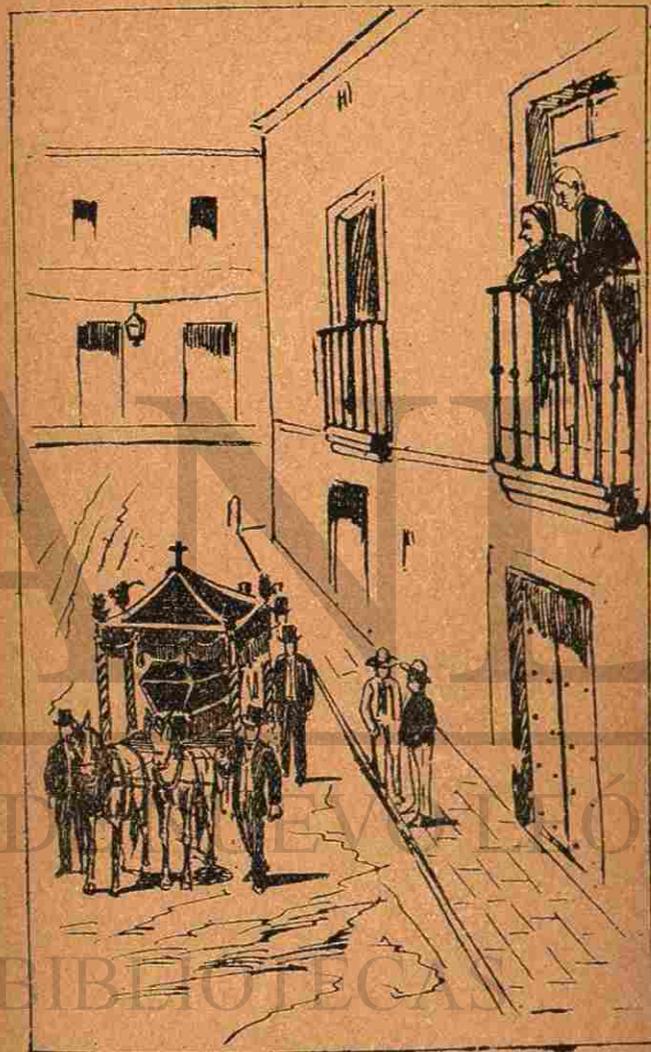
Alfonso la encontró rezando al pie de una imágen.

—Rezas? le preguntó Alfonso cariñosamente.

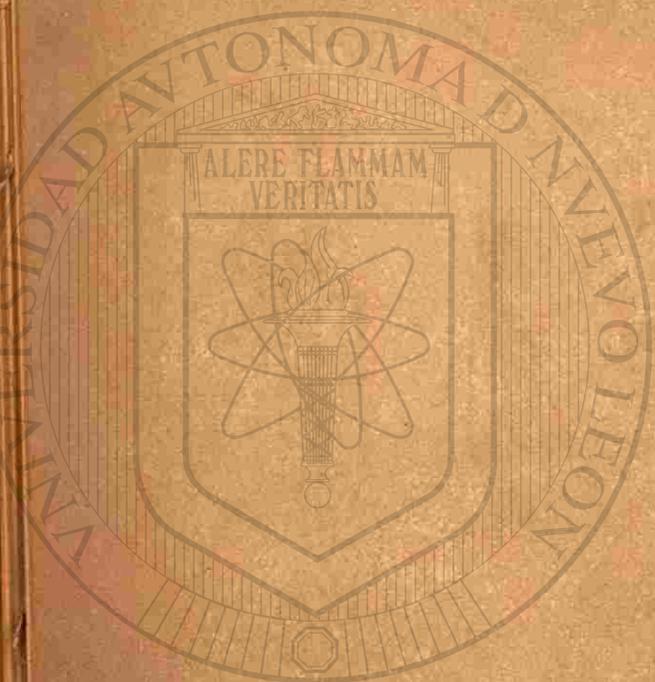
—Sí, encomiendo á Dios el alma del finado.

FIN.

LEYENDAS HISTORICAS.



—¡Qué contraste con las entradas triunfales á México del Dictador!



INDICE

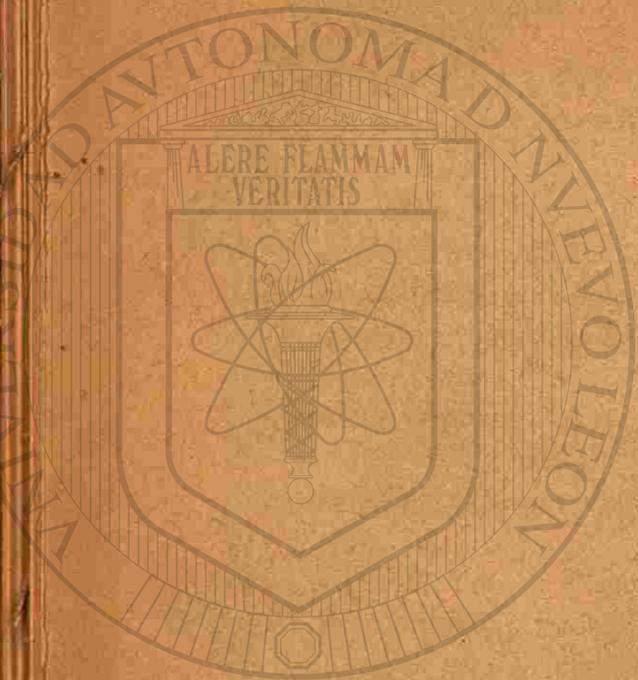
CAPITULOS	PAGINAS
I.—Presentación del heroe.	3
II.—La primera voltereta	13
III.—Las alas de Icaro.	23
IV.—Farsanterias	33
V.—La coronación.	44
VI.—Santa Anna intrigante.	55
VII.—El Emperador y el Brigadier	66
VIII.—El plan de Casamata	77
IX.—En la Corte	87
X.—Sueños y realidades	97
XI.—Premio al Intrigante.	108
XII.—Todo lo vence amor.	118
XIII.—Llueven pronunciamientos.	128
XIV.—Tempestades domésticas	139
XV.—La gallera Presidencial	151
XVI.—El gran comediante	161
XVII.—Golpe de estado	171

II

XVIII.—Volteretas y pronunciamientos	181
XIX.—Cobardía y traición	191
XX.—Esperanza sin esperanza	202
XXI.—La Monja	213
XXII.—Borrascas	224
XXIII.—La guerra de los pasteles	235
XXIV.—Los cuatro planes	246
XXV.—Manga de Clavo	258
XXVI.—Segundas nupcias.	270
XXVII.—Hasta la tierra tiembla	281
XXVIII.—¡Déjenle el paso libre!	291
XXIX.—Su Alteza Serenísima	305
XXX.—¡Abajo el tirano!	318
XXXI.—Auroras color de rosa.	329
Epilogo	341

COLOCACION DE LAS LAMINAS.

	PAGINAS
—No se le vaya á caer á Vuestra Magestad	49
—¡Esperanza! dijo suspirando el galan, ¿cuando tendrá para mí ese nombre todo su significado?	91
—De manera que cuando yo creía que se me iba á recibir con palmas.....?	
—Ha estado á punto de que se le reciba con calabozo	113
—¿Morir tu, alma mia, y por mi? ¡Nunca!	146
—Y la Iglesia no duda de la palabra de V. E, sino de la posibilidad que tenga de cumplirla	184
Anita dió un grito y pugnó por desasirse de los brazos de su padre	210
.....y se simuló el casamiento	236
Su Alteza Serenísima.	316
....y cometieron la profanación de abrir el piego de mortaja con todas las precauciones imaginables	325
—¡Que contraste con las entradas triunfales á México dei Dictador!	351



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



